

Anna Seghers

TRÁNSITO

Traducción de Carlos Fortea

Nordicalibros





Anna Seghers

TRÁNSITO

Traducción de Carlos Fortea

NordicaLibros

The book cover features a photograph of a woman in a plaid dress standing on a wet beach, looking out at two large, rusted metal ships that appear to be shipwrecks. The sky is overcast. A thin teal rectangular border frames the text on the left side of the cover.

Anna Seghers

TRÁNSITO

Traducción de Carlos Fortea

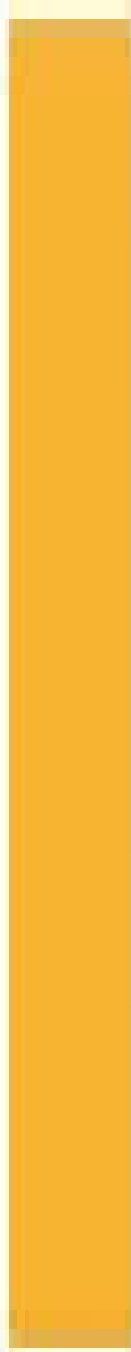
NordicaLibros

Anna Seghers

Tránsito

Traducción de

Carlos Fortea



Nordica libros

Pronto llegará la nieve, se siente en el aire

www.nordicalibros.com

CAPÍTULO PRIMERO

I

Dicen que el Montreal se hundió entre Dakar y La Martinica. Chocó con una mina. La naviera no da información alguna. Quizá no sea más que un rumor. Comparado con los destinos de otros barcos, que fueron perseguidos por todos los mares con su carga de refugiados y jamás fueron acogidos en puertos, barcos a los que se prefirió dejar arder en alta mar antes que permitirles echar el ancla solo porque los documentos de los pasajeros habían expirado unos días antes, comparado con esos destinos el hundimiento del Montreal es una muerte natural para un barco en tiempo de guerra. Salvo que no sea más que un rumor. Si no es que entretanto el barco ha sido capturado o se le ha ordenado regresar a Dakar. En ese caso los pasajeros estarán asándose en un campo al borde del Sahara. O quizá ya sean felices al otro lado del océano... ¿Le resulta todo esto bastante indiferente? ¿Se aburre?... Yo también. Permítame invitarle. Por desgracia, no tengo dinero para una verdadera cena. Pero sí para una copa de rosado y un trozo de pizza. ¡Siéntese, por favor! ¿Qué prefiere ver? ¿Cómo se hace en el fuego abierto? Entonces siéntese a mi lado. ¿El Puerto Viejo? Entonces, mejor enfrente. Puede ver ponerse el sol detrás del fuerte de San Nicolás. Seguro que no se aburrirá.

La pizza es un extraño invento. Redondo y de colores, como una tarta. Uno espera algo dulce, muerde y se topa con pimienta. Cuando uno la mira con más atención, observa que no está salpicada de guindas y pasas, sino de pimientos y aceitunas. Uno se acostumbra. Solo que por desgracia ahora también aquí piden cupones de pan.

Me gustaría saber si el Montreal se ha hundido de veras. ¿Qué hará toda esa gente al otro lado, si llega? ¿Empezar una nueva vida? ¿Aceptar empleos? ¿Ingresar en comités? ¿Roturar la selva virgen? Si realmente estuviera al otro lado esa selva total que lo rejuvenece todo y a todos, casi podría lamentar no haber ido con ellos... Porque tuve la posibilidad de ir. Tenía un billete pagado, tenía un visado, tenía un pase de tránsito. Pero de repente preferí quedarme.

En ese Montreal había una pareja a la que conocí fugazmente en una ocasión. Usted mismo sabe lo que pasa con esos encuentros fugaces de las estaciones, de las salas de espera de los consulados, en la sección de visados de la prefectura. Qué fugaz es el susurro de unas cuantas palabras, como billetes que se cambian a toda prisa. Solo a veces le llega a uno una expresión aislada, una palabra, qué sé yo, un rostro. Eso le cala a uno, rápida y fugazmente. Se alza la vista, se escucha, y ya se está enredado en algo. Me gustaría contarle todo alguna vez, de principio a fin, si no fuera porque temo aburrir al otro. ¿No está usted harto de esos excitantes relatos? ¿No está completamente harto de esas emocionantes narraciones de peligros de muerte superados a duras penas, de fugas sin aliento? Yo por mi parte estoy harto de todos ellos. Si hay algo que todavía me emocione hoy, quizá sea el relato de un alambrador contando cuántos metros de alambre ha trenzado en su larga vida, con qué herramientas, o el cono de luz bajo el que unos niños hacen sus deberes.

¡Tenga cuidado con el rosado! Se bebe como parece: como zumo de frambuesa. Se pondrá usted increíblemente eufórico. Qué fácil es soportarlo todo. Qué fácil es decirlo todo. Y luego, cuando se levanta, le tiemblan las rodillas. Y la melancolía, la eterna melancolía le asalta... hasta el próximo rosado. Tan solo poder quedarse sentado, tan solo no verse involucrado nunca más en nada.

Antes, yo mismo me veía involucrado con facilidad en cosas de las que hoy me avergüenzo. Me avergüenzo solo un poco... al fin y al cabo, han pasado. Tendría que avergonzarme mucho si aburriera a los demás. Aun así, me gustaría contarle todo desde el principio.

II

A finales del invierno, fui a parar a un campo de trabajo en las cercanías de Rouen. Fui a parar al menos vistoso de los uniformes de todos los ejércitos de la Guerra Mundial: al de los Prestataires franceses. Por las noches, como éramos extranjeros, medio presos, medio soldados, dormíamos detrás de alambres de espino, y durante el día hacíamos «servicio de trabajo». Teníamos que descargar barcos de munición ingleses. Nos bombardearon de un modo terrible. Los aviones alemanes volaban tan bajo que sus sombras nos rozaban. Entonces comprendí por qué se dice «bajo la sombra de la Muerte». En una ocasión, estoy descargando con un chico llamado Fränzchen, que tiene el rostro tan lejos del mío como yo ahora del suyo. Hace sol, y se oye un susurro en el aire. Fränzchen levanta el rostro. Ya cae en picado. La sombra ennegrece su rostro. Chac, golpea junto a nosotros. Usted conoce todo esto tan bien como yo. Al fin y al cabo, todo tocaba a su fin. Los alemanes se aproximaban. ¿De qué valían ahora todos los terrores y padecimientos soportados? El fin del mundo se acercaba, mañana, esta noche, ya. Porque todos creíamos que una cosa así sería la llegada de los alemanes. En nuestro campo empezó un auténtico aquelarre. Algunos lloraban, algunos rezaban, más de uno trató de quitarse la vida, alguno lo logró. Algunos decidieron poner pies en polvorosa, ¡huir del Juicio Final! Pero el comandante había instalado ametralladoras a la puerta de nuestro campo. Le explicamos, inútilmente, que los alemanes nos matarían de inmediato a todos nosotros, sus compatriotas huidos de Alemania. Pero él solo sabía repetir las órdenes recibidas. Ahora esperaba órdenes acerca de qué hacer con el campo. Hacía mucho que su jefe se había largado, nuestra pequeña ciudad había sido evacuada, los campesinos ya habían huido de los pueblos cercanos... ¿estarían los alemanes a dos días, o ya a dos horas? Y eso que nuestro comandante no era el peor, hay que hacerle justicia. Para él aún era una auténtica guerra, no entendía toda la vileza, las dimensiones de la traición. Finalmente, llegamos con ese hombre a una especie de acuerdo tácito. Una ametralladora se quedó ante la puerta, porque no había llegado contraorden. Pero probablemente no nos dispararía mucho si trepábamos por los muros.

Así que trepamos, dos docenas de personas, de noche por el muro del campamento. Uno de nosotros, que se llamaba Heinz, había perdido en España la pierna derecha. Terminada la Guerra Civil, había pasado mucho tiempo en los campos del sur. Sabe Dios por qué confusión él, que realmente no servía para un campo de trabajo, había sido trasladado de pronto al nuestro. Ahora,

los amigos de Heinz tuvieron que ayudarlo a subir el muro. Lo cargaban turnándose, porque había mucha prisa, en medio de la noche, huyendo de los alemanes.

Cada uno de nosotros tenía un motivo especialmente bien fundado para no caer en manos de los alemanes. Yo mismo me había escapado de un campo de concentración alemán en el año 1937. Había cruzado el Rin a nado en medio de la noche. Durante medio año, había estado bastante orgulloso de eso. Luego, sobre el mundo y sobre mí cayeron otras cosas nuevas. Ahora, en mi segunda fuga, del campo francés, pensaba en la primera fuga del alemán. Fränzchen y yo corríamos juntos. Como la mayoría de la gente esos días, teníamos el pueril objetivo de cruzar el Loira. Evitábamos las grandes carreteras, corríamos campo a través. Atravesamos pueblos abandonados en las que las vacas sin ordeñar bramaban. Buscamos algo para comer, pero se lo habían comido todo, desde los zarzales hasta los graneros. Queríamos beber, pero las cañerías estaban cortadas. Ahora ya no oíamos disparos; el tonto del pueblo, el único que se había quedado, no pudo darnos información alguna. Entonces los dos tuvimos miedo. Ese hálito de muerte era más angustioso que los bombardeos sobre los muelles. Finalmente, topamos con la carretera de París. La verdad es que no éramos ni con mucho los últimos. De los pueblos del Norte seguía vertiéndose un mudo chorro de refugiados, carros de cosecha altos como una casa cargados de muebles y jaulas de aves, niños y abuelos, cabras y corderos, camiones con un convento de monjas, una niña pequeña que su madre llevaba en un carrito, coches en los que había mujeres guapas y tías con sus pieles salvadas, pero los coches iban tirados por vacas porque ya no había gasolineras, mujeres que arrastraban niños moribundos, incluso muertos.

Entonces se me pasó por la cabeza por vez primera la idea de por qué huían realmente esas personas. ¿De los alemanes? Ellos estaban motorizados. ¿De la Muerte? Sin duda les alcanzaría también por el camino. Pero esa idea solo se me pasó por la cabeza a la vista de los más míseros de todos.

Fränzchen se subió a algo, también yo encontré sitio en un camión. A la entrada de un pueblo otro camión chocó contra el mío, y tuve que seguir a pie. Perdí de vista a Fränzchen para siempre.

Volví a abrirme paso campo a través. Llegué a una gran casa campesina, apartada, todavía habitada. Pedí comida y bebida, y para mi gran sorpresa la mujer me sirvió un plato de sopa, pan y vino en la mesa del jardín. Me contó que tras una larga disputa familiar también ellos habían decidido irse. Todo estaba ya empaquetado, solo faltaba cargarlo.

Mientras yo comía y bebía, los aviones zumbaban bastante bajo. Yo estaba demasiado cansado como para levantar la cabeza. Oí también, bastante cerca, un corto disparo de ametralladora. No podía explicarme de dónde venía, y estaba demasiado agotado como para reflexionar. Tan solo pensaba que sin duda podría subirme al camión de esa gente. El motor ya estaba encendido. La mujer corría ahora excitada de un lado para otro entre el camión y la casa. Se le notaba lo mucho que le dolía abandonar la hermosa casa. Como todo el mundo en tales casos, embaló a toda prisa toda clase de objetos inútiles. Luego vino a mi mesa, me quitó el plato y exclamó:

—Fini!

Veo como la boca se le queda abierta, mira con ojos saltones por encima de la valla del jardín,

me vuelvo, y vi, no, oí, no sé si primero lo vi o lo oí, o ambas cosas a un tiempo... probablemente el camión con el motor en marcha había ocultado el ruido de los motoristas. Ahora, dos de ellos paraban detrás de la valla, cada uno llevaba dos personas en el sidecar, y llevaban los uniformes gris verdoso. Uno dijo en alemán, tan alto que pude oírlo:

—¡Mierda, mierda y mierda, ahora también se ha roto la correa nueva!

¡Los alemanes ya estaban ahí! Me habían alcanzado. No sé cómo había imaginado la llegada de los alemanes: truenos y temblor de tierra. Pero al principio no ocurrió nada más que la parada de dos motoristas detrás de la valla del jardín. El efecto fue igual de grande, quizá más grande aún. Me quedé sentado, paralizado. En un abrir y cerrar de ojos, mi camisa se empapó. Lo que no había sentido ni durante la fuga del primer campo, ni mientras descargaba bajo los aviones, lo sentí ahora. Por primera vez en mi vida, sentí un miedo mortal.

¡Por favor, sea paciente conmigo! Pronto llegaré al meollo del asunto. Quizá usted comprenda. Uno tiene que contárselo alguna vez todo a alguien, una cosa tras otra. Yo mismo ya no puedo explicarme hoy cómo me aterré de esa manera. ¿Ser descubierto? ¿Llevado al paredón? En los muelles hubiera podido desaparecer con igual sigilo. ¿Ser devuelto a Alemania? ¿Torturado lentamente hasta morir? Eso también me hubiera ocurrido cuando cruzaba el Rin a nado. Además, siempre me ha gustado vivir en el filo de la navaja, siempre me he sentido en casa donde olía a chamusquina. Y mientras reflexionaba acerca de qué era lo que de verdad me aterraba de forma tan desmedida, iba teniendo ya algo menos de miedo.

Hice al mismo tiempo lo más razonable y lo más tonto: me quedé sentado. Estaba a punto de hacer dos agujeros en mi cinturón, y es lo que hice. El campesino salió al jardín con expresión vacía, dijo a su esposa:

—Ahora da igual que nos quedemos.

—Naturalmente —dijo la mujer, aliviada—, pero tú ve al pajar, yo me las arreglaré con ellos, no me van a comer.

—A mí tampoco —dijo el hombre—, no soy un soldado, les enseñaré mi pie tullido.

Entretanto, una columna entera había pasado por detrás de la valla. Ni siquiera entraron en el jardín. Siguieron su camino pasados tres minutos. Por primera vez desde hacía cuatro años, volvía a oír órdenes alemanas. ¡Oh, cómo chirriaban! Faltó poco para que me levantara y me pusiera firmes. Después oí que aquella misma columna de motoristas había cortado la ruta de los refugiados por la que yo había venido antes. Todo su orden, todas sus órdenes habían causado la más terrible de las confusiones, sangre, gritos de madres, la disolución del orden de nuestro mundo. Pero por debajo de esas órdenes zumbaba algo claro para todos, vilmente sincero: ¡No fanfarroneéis! Si vuestro mundo tiene que sucumbir, si no lo habéis defendido, si permitís que sea disuelto, ¡entonces nada de pamplinas, entonces deprisa, entonces entregadnos el mando!

En cambio, de pronto yo me sentí muy tranquilo. Aquí estoy sentado, pensé, y los alemanes pasan por delante de mí y ocupan Francia. Pero Francia ya ha sido ocupada a menudo..., todos han tenido que volver a marcharse. Francia ya ha sido vendida y traicionada a menudo, y también vosotros, mis muchachos verdigrises, habéis sido ya vendidos y traicionados a menudo.

Mi miedo había desaparecido por completo, la cruz gamada no era más que un fantasma, yo veía marchar y retirarse tras de la valla de mi jardín a los ejércitos más poderosos del mundo, veía caer los más descarados imperios, y alzarse otros jóvenes y osados, veía a los dueños del mundo llegar a su cúspide y pudrirse. Tan solo yo tenía un tiempo inmenso para vivir.

En cualquier caso, mi sueño de cruzar el Loira había terminado. Decidí ir a París. Allí conocía a unas cuantas personas decentes, si es que se habían mantenido decentes.

III

Me trasladé a París en cinco días de marcha. Las columnas alemanas pasaban por mi lado. La goma de sus neumáticos era excelente, los jóvenes soldados eran la elite, fuertes y guapos, habían ocupado sin combatir un país, estaban alegres. Algunos campesinos ya reían detrás de la carretera... aún se había sembrado en tierra libre. Las campanas doblaban en un pueblo por un niño muerto. Se había desangrado en la carretera. En un cruce de caminos había un carro roto. Quizá perteneciera a la familia del niño muerto. Los soldados alemanes se acercaron a él, arreglaron las ruedas, los campesinos alababan su cordialidad. Sobre un mojón se sentaba un tipo de mi edad, llevaba un abrigo sobre los restos de un uniforme. Lloraba. Al pasar, le di una palmada en los hombros, le dije:

—Todo esto pasará.

Él dijo:

—Habríamos mantenido la posición; pero esos cerdos solo nos dieron munición para una hora. Hemos sido traicionados.

Yo dije:

—Aún no se ha dicho la última palabra.

Seguí mi camino. Un domingo, temprano, entré en París. La bandera de la cruz gamada ondeaba realmente en el Hôtel de Ville. Realmente, tocaban la marcha de Hohenfriedberger delante de Notre-Dame. Yo iba de asombro en asombro. Recorrí París de punta a punta. Y en todas partes aparcamientos alemanes, en todas partes cruces gamadas; me sentía completamente hueco, ni siquiera tenía sensación alguna.

Me afligía que todo ese desorden hubiera venido de mi pueblo, la desgracia de los otros pueblos. Porque no había duda de que ellos hablaban como yo, de que silbaban como yo. Cuando subí a Clichy, donde vivían los Binnet, mis viejos amigos, me preguntaba si los Binnet serían lo bastante razonables como para entender que sin duda yo era miembro de ese pueblo, pero seguía siendo yo. Me preguntaba si me acogerían sin papeles.

Me acogieron. Fueron razonables. ¡Con cuánta frecuencia me enfadaba antaño con su

racionalidad! Yo había sido amigo de Yvonne Binnet, seis meses antes de la guerra. Solo tenía diecisiete años. Y yo, yo, loco, huido de mi patria, huido de toda la devastación, de los malos humores de espesos sentimientos, me enfadaba en silencio con el claro raciocinio de la familia Binnet. Para mí, toda la familia veía la vida con demasiada racionalidad. Por ejemplo, en su razón entraba que se hiciera huelga para poder comprar un trozo mejor de carne la semana siguiente. Les parecía incluso que si se ganaban tres francos más al día toda la familia se sentiría no solo más satisfecha, sino también más fuerte y más feliz. E Yvonne creía, en su racionalidad, que el amor estaba ahí para divertirnos a ambos. Pero para mí, aunque por supuesto lo ocultaba, estaba demasiado metido en los huesos que amor rima a veces con dolor, que hay que silbar cancioncillas que hablan de la muerte, la separación y los males, que la dicha puede arrollarlo a uno sin razón igual que la pena, a la que a veces pasa sin darse cuenta.

Ahora, en cambio, el claro raciocinio de la familia Binnet resultó una bendición para mí. Se alegraron, me acogieron. No me confundieron con los nazis por ser alemán. Los viejos Binnet estaban en casa, también el hijo menor, que aún no era soldado, y el segundo, que había dejado el uniforme a tiempo al ver cómo estaban las cosas. Solo el marido de la hija, Annette, estaba en una prisión alemana. Ahora ella vivía con su hijo en casa de sus padres. Mi Yvonne, me contaron con cierto embarazo, había sido evacuada hacia el sur, donde se había casado con su primo hacía una semana. Pero a mí ni me importó. No estaba embarcado en el amor de pies a cabeza.

Los hombres Binnet siempre estaban en casa, su fábrica estaba cerrada. Y yo, yo no tenía nada más que tiempo. Así que no teníamos otra cosa que hacer que explicárnoslo todo, de la mañana a la noche. Estábamos completamente de acuerdo en lo mucho que convenía la invasión alemana a los mandamases de aquí. El viejo Binnet entendía muchas cosas mejor que un profesor de la Sorbona. Tan solo discutíamos acerca de Rusia. La mitad de los Binnet afirmaba que Rusia no pensaba más que en sí misma, que nos había dejado en la estacada. La otra mitad de los Binnet afirmaba que los mandamases de aquí y los alemanes habían acordado lanzar primero su ejército sobre los rusos en vez de sobre el Oeste, y que precisamente eso era lo que había frustrado a Rusia. El viejo Binnet decía, para satisfacernos a todos, que la verdad saldría a la luz, que seguro que los dosieres terminarían por abrirse, pero que para entonces él ya estaría muerto.

¡Por favor, discúlpeme el excurso! Estamos llegando al centro del asunto. Annette, la hija mayor de los Binnet, empezó a trabajar en una casa. Yo no tenía nada mejor que hacer, así que le ayudaba a llevar los paquetes de ropa. Íbamos en metro al Quartier Latin. Bajábamos en la estación de Odéon. Annette entraba en su negocio en el Boulevard Saint-Germain. Yo esperaba en un banco junto a la salida del metro.

Annette tardaba. Al fin y al cabo, ¿qué me importaba a mí? El sol daba en mi banco, y yo miraba la gente que subía y bajaba por las escaleras del metro. Dos viejas vendedoras de periódicos voceaban el Paris Soir, con un viejísimo y recíproco odio que crecía aún más en cuanto una ganaba dos céntimos más que la otra, porque en realidad, aunque estaban pegadas, solo una hacía negocio, mientras el paquete de la otra jamás menguaba; la mala vendedora se volvió de pronto hacia la afortunada y la insultó, furiosa, le tiró a la cabeza rápida como el rayo su entera vida echada a perder, mientras gritaba entre frase y frase «¡Paris Soir!» Dos soldados alemanes bajaron riéndose las escaleras, lo que me irritó mucho, como si la borracha gritona fuera mi madre adoptiva francesa. Las porterías sentadas junto a mí hablaban de una joven que había pasado toda la noche llorando, porque había sido detenida por la policía, se había ido con un

alemán y su marido estaba en prisión... los camiones de los refugiados seguían rodando incesantemente por el Boulevard Saint-Germain, y entre ellos pasaban a toda prisa los pequeños coches con la cruz gamada de los oficiales alemanes. Empezaban a caer sobre nosotros algunas hojas de los plátanos, porque este año todo se marchitaba antes, pero yo pensaba en lo mucho que me agobiaba tener tanto tiempo, es difícil vivir la guerra como extranjero entre un pueblo extranjero. Entonces vino el pequeño Paul.

El pequeño Paul Strobel había estado conmigo en el campo. Le habían pisado la mano mientras estábamos descargando. Durante tres días, habíamos pensado que iba a perderla. Entonces había llorado. La verdad es que lo entendí muy bien. Rezó cuando dijeron que los alemanes ya estaban rodeando el campo. Créame, también lo entendí. Ahora, estaba muy lejos de esos estados de ánimo. Venía de la Rue de l'Ancienne Comédie. Un compañero del campo. ¡En medio del París de la cruz gamada! Grité:

—¡Paul!

Se estremeció, me reconoció. Parecía asombrosamente alegre. Iba bien vestido. Nos sentamos delante del pequeño café del Carrefour de l'Odéon. Yo estaba contento de volver a verlo. Pero él estaba bastante disperso. Hasta ahora, en toda mi vida yo no había tenido nada que ver con escritores. Mis padres me convirtieron en montador. En el campo, alguien me había dicho que Paul Strobel era escritor. Habíamos descargado en el mismo muelle. Los aviones alemanes se habían lanzado en picado sobre nosotros. Para mí, el pequeño Paul era un compañero del campo, un compañero un tanto grotesco, un compañero un tanto loco, pero un compañero al fin y al cabo. Desde nuestra fuga no me había pasado nada nuevo, lo viejo aún no se me había evaporado, seguía estando medio huido medio escondido. Pero él, el pequeño Paul, parecía haber cerrado ese capítulo, parecía haberle sucedido algo nuevo que le fortalecía, y todo aquello en lo que yo seguía enterrado ya era puro recuerdo para él. Dijo:

—La semana que viene me voy a la zona no ocupada. Mi familia vive en Cassis, junto a Marsella. Tengo un visado de peligro para los Estados Unidos.

Le pregunté qué era eso. Era un visado especial para personas especialmente amenazadas.

—¿Estás especialmente amenazado?

Con mi pregunta, quería decir si quizá estaba amenazado de un modo distinto y más extraño que el que sufríamos todos en ese continente que se había vuelto peligroso. Me miró sorprendido, un poco irritado. Luego dijo en susurros:

—He escrito un libro contra Hitler, incontables artículos. Si me encuentran aquí... ¿de qué te ríes?

Yo ni siquiera había sonreído, no me apetecía; pensaba en Heinz, al que los nazis habían medio matado a golpes en el año 1935, que luego había estado en un campo de concentración alemán y después había huido a París solo para ir con los Internacionales a España, donde perdió la pierna, y cojo le habían arrastrado por todos los campos de concentración de Francia, el nuestro el último. ¿Dónde estaba ahora? Pensaba también en los pájaros, que podían volar en bandadas, el mundo entero se había vuelto incómodo, y sin embargo me gustaba esa forma de vida, no le

envidiaba al pequeño Paul esa cosa, ¿cómo se llamaba?

—El visado de peligro ha sido confirmado por el consulado americano, en la Place de la Concorde. La mejor amiga de mi hermana está prometida a un sedero de Lyon. Es el que me ha traído la carta. Vuelve en su coche, y me lleva. Solo necesita un permiso global para el coche, indicando el número de personas. De ese modo eludiré el salvoconducto alemán.

Le miré la mano derecha, la que le habían aplastado entonces. El pulgar estaba un poco encogido. Se lo había roto.

—¿Cómo viniste a París? —pregunté. Él respondió:

—Por milagro. Nos largamos tres, Hermann Achselroth, Ernst Sperber y yo. Seguro que conoces a Achselroth, sus obras de teatro.

Yo no las conocía, pero conocía a Achselroth. Un tipo llamativamente guapo, al que le hubiera sentado mejor un uniforme de oficial que los sucios harapos de prestataire que llevaba como un campesino. Era famoso, aseguraba Paul. Habían ido juntos hasta L. Estaban ya bastante agotados. Habían llegado a un cruce. Un auténtico cruce de caminos, aseguraba sonriendo Paul —me gustaba, estaba muy contento de estar allí sentado con él, él aún vivo, yo aún vivo—, un auténtico cruce de caminos con una fonda abandonada. Se habían sentado en la escalera, y entonces había pasado un coche militar francés, atiborrado de pertrechos. De pronto el chófer lo había descargado todo, mientras los tres miraban. De repente, Achselroth se había dirigido al chófer, había estado charlando con él, los otros apenas habían prestado atención. Entonces ese Achselroth se había encaramado repentinamente al coche y había salido de estampida, ni siquiera había hecho un gesto de despedida, y el chófer se había ido a pie por el otro brazo del cruce, hacia el pueblo cercano.

—¿Cuánto le daría? —pregunté—. ¿Cinco mil? ¿Seis mil?

—¡Estás loco! ¡Seis mil! ¡Por un coche! ¡Y además un vehículo militar! ¡Sin contar el honor del chófer! Había más cosas además de la venta del coche. Abandono de servicio, ¡eso era alta traición! Por lo menos dieciséis mil. Naturalmente, nosotros no teníamos ni idea de que Achselroth llevase tanto dinero encima. Te digo que no nos echó ni una mirada. Fue terrible, fue perverso.

—No todo fue terrible, ni perverso. ¿Te acuerdas de Heinz, el cojo? Entonces le ayudaron a saltar el muro. Y se quedaron siempre con él, seguro, lo llevaron a rastras, a rastras hasta la zona no ocupada.

—¿Lo lograron, entonces?

—Eso no lo sé.

—Bueno, Achselroth sí ha llegado. Incluso está ya en el barco, de camino a Cuba.

—¿A Cuba? ¿Achselroth? ¿Por qué?

—¿Cómo puedes preguntar que por qué? Cogió el primer visado disponible, el primer barco.

—Si hubiera repartido el dinero con vosotros, Paul, no habría podido comprarse el coche. — Toda la historia me divertía, debido a su inimitable claridad.

—¿Qué has pensado hacer? —preguntó el pequeño Paul—. ¿Qué planes tienes?

Tuve que confesarle que no había hecho ningún plan, que el futuro estaba envuelto en niebla para mí. Me preguntó si pertenecía a algún partido. Le contesté que no, también entonces, en Alemania, había ido a parar al campo sin pertenecer a ningún partido, porque incluso sin partido no soportaba ciertas salvajadas. Me había escapado del primer campo, del alemán, porque si había que reventar que no fuera detrás de un alambre de espino. Quise contarle cómo crucé a nado el Rin, en medio de la noche, pero me di cuenta a tiempo de cuánta gente había cruzado ríos a nado entretanto. Me guardé la historia para no aburrirle.

Hacía mucho que había dejado irse sola a Annette Binnet. Creía que Paul iba a pasar la tarde conmigo. Él callaba, y me miraba de un modo que yo no acababa de entender. Por fin dijo, en un tono diferente:

—Oye, podrías hacerme un favor enorme. ¿Querías?

Me sorprendió que pudiera pedirme algo de pronto. Claro que estaba dispuesto.

—La amiga de mi hermana de la que te hablé antes, la misma que está prometida con el sedero que va a llevar en su coche, adjuntaba a la carta que me envió una segunda carta para un hombre al que conozco muy bien. La mujer de ese hombre le pidió el favor de llevarla a París. Escribe incluso que se lo rogó desesperadamente.

»El hombre se quedó aquí, en París, no pudo irse a tiempo, sigue aquí. ¿Has oído hablar del poeta Weidel?

Yo nunca había oído hablar de él. El pequeño Paul aseguró con rapidez que eso no era malo para el favor que me iba a pedir.

De pronto, parecía inquieto. Quizá había estado inquieto todo el tiempo, y yo no me había dado cuenta. Esperaba en tensión adónde quería ir a parar. El señor Weidel vivía muy cerca, en la Rue de Vaugirard. En el hotelito que había entre la Rue de Rennes y el Boulevard Raspail. Él mismo, el pequeño Paul, había estado allí en una ocasión. Pero al preguntar por el señor Weidel le habían mirado de un modo muy extraño. La patrona se había negado a hacerse cargo de la carta. Además, había respondido con evasivas a la pregunta de si el señor se había mudado. Me gustaría, dijo titubeando el pequeño Paul, volver a ir allí con esa carta y averiguar de alguna manera su dirección, para que llegue a su destinatario. ¿Estaba yo dispuesto a hacerlo? Me eché a reír y dije:

—Si eso es todo...

—Quizá la Gestapo se lo haya llevado.

—Lo averiguaré —dije.

El pequeño Paul me divertía. En nuestro muelle, cuando descargábamos barcos, no había visto en él ningún signo especial de miedo. Todos teníamos miedo, él también, no había dicho, en nuestro común temor, más tonterías que todos los demás. Había trabajado como un negro exactamente igual que todos nosotros, porque cuando se tiene miedo es mejor hacer algo, incluso hacer mucho, que esperar la Muerte pataleando y temblando como el cuco al buitre. Y esa actividad en presencia de la Muerte no tiene nada que ver con el valor, ¿verdad? Aunque a veces se confunda con él, y sea recompensada. Pero ahora Paul tenía sin duda alguna más miedo que yo, ese París vacío en sus tres cuartas partes le disgustaba, la bandera de la cruz gamada, veía un espía en cada hombre que se rozaba con él. Probablemente el pequeño Paul había tenido antes algún éxito, había querido tener éxitos enormes, no podía soportar, ni imaginar siquiera, que ahora era el mismo pobre diablo que yo. Así que daba la vuelta a la tuerca y se sentía horriblemente perseguido. Creía firmemente que la Gestapo no tenía nada mejor que hacer que esperar al pequeño Paul delante del hotel de ese Weidel.

Así que cogí la carta. El pequeño Paul aseguró una vez más que Weidel era realmente un gran poeta. Puede que con eso quisiera endulzar mi misión, lo que en mi caso era innecesario. Weidel también habría podido ser un tratante de corbatas. Siempre me ha gustado desenmarañar un hilo enredado, y viceversa siempre me ha gustado enredar un hilo completamente suelto. El pequeño Paul me citó para el día siguiente en el Café Capoulade.

El hotel de la Rue de Vaugirard, estrecho y alto, era un hotel medio. La patrona era hermosa por encima de la media. Tenía un rostro fresco y delicado y un cabello negro como la pez. Llevaba una blusa de seda blanca. Pregunté, sin pensar, si tenía una habitación. Ella sonrió mientras sus ojos me miraban fríamente de arriba abajo.

—Todas las que quiera.

—Antes otra cosa —dije—: Aquí se aloja un tal señor Weidel, ¿no estará por casualidad en su habitación?

Su rostro, su actitud cambiaron como solo puede verse en los franceses: la más cortés e inimitable indiferencia se convierte de pronto, cuando se dejan llevar, en furiosa ira. Dijo, ronca de rabia, pero empleando otra vez los giros cotidianos:

—Es la segunda vez en un día que me preguntan por esa persona. Ese señor ha cambiado de domicilio, ¿cuántas veces tengo que explicarlo?

Yo dije:

—A mí al menos me lo explica por primera vez. Tenga la bondad de decirme dónde vive ese señor ahora.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo la mujer. Yo empezaba a advertir que también ella tenía miedo, pero ¿por qué?—. Su actual paradero me es desconocido, realmente no puedo decirle más.

Al final se lo habrá llevado la Gestapo, pensé. Puse la mano en el brazo de la mujer. Ella no lo

apartó, sino que me miró con una mezcla de inquietud y sarcasmo.

—No conozco a ese hombre —aseguré—, me han pedido que le entregase algo. Eso es todo. Algo que es importante para él. No quisiera hacer esperar inútilmente a un desconocido.

Me miró con atención. Luego, me llevó a la pequeña habitación que había junto a la entrada. Tras algunos rodeos, dijo:

—No se puede imaginar las molestias que me ha deparado ese hombre. Llegó el día 15, al atardecer, cuando los alemanes ya habían entrado. Yo no había cerrado mi hotel, me había quedado. En la guerra, dijo mi padre, no se va uno, de lo contrario se lo destrozan y se lo roban todo. Además, ¿por qué voy a temer a los alemanes? Para mí son mejores que los rojos. No me tocan la cuenta corriente. Así que el señor Weidel llega, temblando. A mí me parece grotesco que uno tiemble ante sus propios compatriotas, pero me alegré de tener un cliente. En aquel momento, estaba sola en todo el barrio. Pero cuando le di mi hoja de registro me pidió que no le registrase. El señor Langeron, sabe usted, el señor prefecto de policía, sigue insistiendo estrictamente en que se le curse comunicación de todos los forasteros, tiene que seguir reinando el orden, ¿no?

—No sé —respondí—, los soldados nazis también son forasteros, y no se han registrado.

—Bueno, pues ese señor Weidel empezó a armar alboroto con su registro. Que no había dejado su cuarto en Auteuil, que estaba registrado allí. A mí eso no me gustó nada. El señor Weidel había estado alojado en mi casa antes, con su mujer. Una hermosa mujer, solo que se cuidaba demasiado poco y lloraba con frecuencia. Le aseguro que ese hombre ha causado molestias allá donde ha ido. Así que le dejé, en nombre de Dios, sin registrarse. «Solo por esta noche», dije. Pagó por anticipado. A la mañana siguiente, el hombre no baja. Yo abrevio. Abro con mi llave maestra. Abro también el pasador. Me he hecho fabricar un aparato con el que se corren los pasadores —abrió un cajón y me enseñó el artefacto, un gancho inteligentemente ideado—. El hombre está tumbado vestido en la cama, con un tubito de cristal vacío en la mesilla. Si el tubito estaba lleno, se había metido en el cuerpo una ración con la que se hubiera podido matar a todos los gatos del barrio. Por suerte, tengo un buen amigo en la comisaría de Saint-Sulpice. Él me arregló el asunto. Registramos al señor Weidel con una fecha anterior. Luego le dejamos morir. Luego fue enterrado. La verdad, ese hombre me ha dado más disgustos que la entrada de los alemanes.

—Sea como fuere, está muerto —dije. Me levanté. La historia me aburría. Había visto demasiadas muertes complicadas. Entonces la mujer dijo:

—No crea que por eso se acabaron las molestias para mí. Ese hombre es capaz de procurarle molestias a una después de muerto.

Me volví a sentar.

—Dejó un maletín... ¿qué hago ahora con el maletín? Estaba aquí, en la oficina, cuando ocurrió el asunto. Lo olvidé. Ahora, no quiero que vuelva a complicarlo todo con la policía.

—Bueno, tírelo al Sena —dije—, o quémelo en su caldera.

—Eso es imposible —dijo la mujer—, jamás me arriesgaría a hacer tal cosa.

—Bueno, mire, al fin y al cabo se ha quitado el muerto de encima, ya se librará del maletín.

—Esto es muy diferente. Ahora el hombre está muerto. Eso es oficial. Pero el maletín, lo sé, es un objeto jurídico, es un valor material, puede ser heredado, puede haber personas esperando heredarlo.

Ya estaba harto del asunto. Dije:

—Yo me lo llevaré, a mí no me importa. Conozco alguien que tenía amistad con el muerto, podrá llevarle el maletín a su mujer.

La patrona estaba muy aliviada. Tan solo me pidió que le extendiera un recibo. Escribí un nombre falso en un papel, que ella fechó y registró. Me estrechó cordialmente la mano, y yo me marché a toda prisa con el maletín. Había perdido por entero el gusto por la patrona, a pesar de lo guapa que me había parecido al principio. De pronto, no veía en su astuta y larga cabeza más que un cráneo en el que se han plantado unos rizos negros.

IV

A la mañana siguiente fui con mi maletín al Capoulade. Esperé en vano al pequeño Paul. ¿Se había ido de pronto con el sedero? ¿No había venido al Capoulade porque a la entrada colgaba un letrero que decía «Prohibido a los judíos»? Se me ocurrió que de haber venido los alemanes habría rezado el padrenuestro. Además el cartel, que por tanto no le concernía, ya había desaparecido cuando salí del café. Quizá a uno de los clientes o al propio dueño le había parecido demasiado absurdo, quizá tan solo estaba mal clavado y se había caído, y a nadie le había parecido lo bastante importante como para volver a clavarlo.

El día era hermoso, el maletín no era pesado. Fui a pie hasta la Concorde. Pero, lo mismo que brillaba el sol, esa mañana me acechaba esa clase de desgracia que los franceses llaman cafard. Vivían bien en su hermoso país, todo salía redondo, tenían todas las alegrías de la existencia, pero a veces les perdían el gusto, y entonces no había nada más que aburrimiento, un vacío dejado de la mano de Dios, el cafard. Ahora todo París tenía cafard, ¿por qué iba a librarme yo de él? Mi cafard se había agitado ya la noche del día anterior, cuando había dejado de encontrar guapa a la patrona. Ahora, me engullía en cuerpo y alma. A veces, en un gran charco hay un gorgoteo porque debajo hay un agujero, un charco un poco más profundo. Así gorgoteaba en mí el cafard. Y cuando vi la gigantesca bandera de la cruz gamada en la Place de la Concorde, me refugié en la oscuridad del Metro.

El cafard también reinaba en la familia Binnet. Annette estaba furiosa conmigo porque ayer no la había esperado. A su madre le parecía que ya era hora de que consiguiera alguna clase de documentación, en los periódicos decían que pronto habría cupones para el pan. No comí con la familia, porque estaba ofendido. Me refugié en el agujero bajo techo que era mi cuarto. Habría

podido traer a una chica, pero no tenía ningunas ganas. Se habla de heridas mortales, de enfermedad mortal, también se habla de aburrimiento mortal. Le aseguro que mi aburrimiento era mortal. Por puro aburrimiento, esa noche abrí el maletín. Casi no contenía nada más que papel.

Por puro aburrimiento empecé a leer. Leí y leí. Quizá porque hasta entonces nunca había leído hasta el final un libro. Estaba hechizado. No, ese no puede haber sido el motivo. La verdad es que el pequeño Paul tenía razón. No entiendo una palabra. No es mi mundo. Pero creo que el hombre que lo ha escrito conocía su arte. Olvidé mi cafard. Olvidé mi mortal aburrimiento. Y si hubiera tenido mortales heridas, también las habría olvidado durante la lectura. Conforme leía línea tras línea, sentía que esa era mi lengua, mi lengua materna, que me sentaba como la leche a un bebé. No chirriaba ni crujía como la lengua que salía de las gargantas de los nazis en órdenes criminales, en repugnantes protestas de obediencia, en nauseabundas fanfarronadas, era seria y tranquila. Era como volver a estar a solas con los míos. Tropecé con palabras que mi pobre madre había empleado para calmarme cuando me mostraba furioso y cruel, con palabras con las que me había reñido cuando mentía o tenía una pelea. Tropecé con palabras que yo mismo había empleado pero había vuelto a olvidar, porque en toda mi vida no había vuelto a sentir lo mismo para lo que entonces empleé las palabras. También había palabras nuevas, que utilizo a veces desde entonces. El conjunto era una historia bastante complicada con personas bastante complicadas. Tuve la impresión de que una de ellas se me parecía. La historia iba de... oh, no, prefiero no aburrirle. Ya habrá leído bastantes historias en su vida. Para mí, fue por así decirlo la primera. Había vivido más que suficiente, pero nunca había leído. Volvía a ser algo nuevo para mí. ¡Y cómo leí! Había, como he dicho, en esa historia un montón de personas enloquecidas, un pueblo enteramente trastornado, casi todos se veían envueltos en cosas perversas y turbias, incluso aquellos que se resistían. Solo de niño había leído, no, escuchado así. Sentía la misma alegría, el mismo horror. El bosque era igual de impenetrable. Pero era un bosque para adultos. El lobo era igual de malvado, pero era un lobo que seduce a niños crecidos. También a mí me afectó el viejo hechizo que en los cuentos convierte a los niños en osos y a las niñas en lirios, y me amenazó de nuevo en esa historia con furiosas transformaciones. Todas esas personas me irritaban, no por la manera complicada en que se habían desenvuelto en la vida, sino por su mero caer en la trampa, por su deslizarse hacia su destino. Entendía sus acciones, porque por fin podía seguir las desde el primero de sus pensamientos hasta el punto en que todo salía como tenía que salir. Solo que por el hecho de que ese hombre las hubiera descrito me parecían ya menos malas, incluso aquella que se me parecía tanto. Todas eran ya claras y puras, como si ya hubieran hecho penitencia, como si hubieran pasado por un pequeño purgatorio, por un pequeño incendio, por el cerebro de ese hombre muerto. Y de repente, hacia las trescientas páginas, todo se interrumpió para mí. Nunca supe cómo terminaba. Los alemanes habían llegado a París, el hombre lo había recogido todo, sus cuatro trastos, su papel de escribir. Y me había dejado solo ante el último pliego, casi vacío. Me acometió de nuevo la tristeza ilimitada, el mortal aburrimiento. ¿Por qué se ha quitado la vida? No hubiera debido dejarme solo. Él hubiera debido escribir su historia hasta el final. Yo hubiera podido leer hasta el amanecer. Hubiera debido seguir escribiendo, innumerables historias, que me hubieran preservado frente al Mal. ¡Si me hubiera conocido a tiempo! No a ese loco, el pequeño Paul, que me había hecho una mala pasada. Le habría implorado que siguiera con vida. Habría encontrado un escondite para él. Le habría llevado comida y bebida. Pero ahora estaba muerto. Dos líneas escritas a máquina en el último gran pliego. ¡Y yo solo! Tan mal como antes.

Desperdié el día siguiente en buscar a Paul. Había desaparecido. Probablemente por miedo. Y sin embargo el muerto había sido su copain, su compañero. Me acordé de la historia que me había contado, la del comprador del coche en el cruce de caminos. ¡Vaya, ese Paul también era bueno dejándolo a uno en la estacada! Por la noche, volví a recogerme muy temprano en mi agujero, de vuelta a mi historia. Esta vez viví una decepción. Quería volver a leerlo todo, pero por desgracia se me resistió. La primera vez, lo había grabado todo ansiosamente en mi memoria. Ahora, tenía tan pocas ganas de leer la historia de nuevo como de vivir dos veces la misma aventura, la misma sucesión de peligros.

Así que ya no tenía nada más que leer, el muerto no se levantaba por mí, su historia estaba incompleta y yo solo y abandonado en mi agujero con el maletín. Anduve hurgando en él. Encontré un par de calcetines de seda nuevos, unos cuantos pañuelos, un sobre con sellos extranjeros. Al parecer el muerto tenía esa afición. Bueno, que la tuviera. Un pequeño y fino estuche con limas de uñas, un manual de lengua española, un frasquito vacío de perfume, lo abrí y olfateé... nada. El muerto había sido probablemente un tipo raro, había hecho cosas raras. Luego, había dos cartas.

Las leí atentamente. Pero créame, no fue vulgar curiosidad. En la primera carta, alguien le comunicaba que su historia prometía ser muy hermosa, y digna de todas las historias que había escrito en su vida. Pero por desgracia ahora, en medio de la guerra, ya no se editaban esas historias. En la segunda carta, una mujer que muy bien podía ser la suya le escribía que ya no la esperase, que su vida en común había terminado.

Devolví las cartas a su sitio. Pensé: nadie quería ya sus historias, y su mujer también se le escapó. Estaba solo. El mundo entero se derrumbaba, los alemanes venían hacia París. Fue demasiado para él. Puso punto final. Empecé a arreglar las cerraduras rotas. Quería volver a cerrar el maletín. ¿Qué iba a hacer con él? ¡Esa historia, lista en sus tres cuartas partes! ¿Ir al Pont d'Alma y tirarla al Sena? ¡Antes hubiera ahogado a un niño! De pronto me acordé, diré desde ahora mismo que para mi perdición, de la carta que Paul me había dado. Curiosamente, la había olvidado por completo; como si el maletín hubiera llegado a mis manos enviado por la divina Providencia. Quizá ahora la carta me diera una indicación de qué hacer con todo.

Contenía dos anexos. Un escrito del consulado mexicano en Marsella diciendo que se invitaba al señor Weidel a viajar hasta allí, que el visado y el dinero para el viaje estaban listos. Seguían toda clase de indicaciones, nombres, cifras, comités, que en aquel momento pasé por alto.

Una carta de la misma mujer que se le había escapado, la misma letra. Solo ahora, al compararla, le presté atención, una caligrafía angosta y limpia, una caligrafía de niña, quiero decir pura, no limpia. Conjuraba al hombre a viajar a Marsella. Tenía que volver a verle, tenía que volver a verle enseguida. No podía dudar un instante, tenía que reunirse con ella nada más recibir la carta, del modo que fuera. Sin duda aún haría falta mucho tiempo para abandonar este maldito país. El visado podía expirar. Se había conseguido ese visado, se había pagado el viaje. Pero no había ningún barco que los llevara en línea recta a su objetivo. Había que atravesar varios países. Los países de paso le exigían a uno visados de tránsito. Tardaban mucho, eran muy difíciles de conseguir. Así que, si no lo acometían juntos de inmediato, todo podía volver a irse a pique. Solo el visado era seguro. E incluso este, solo por un tiempo. Ahora de lo que se trataba era del tránsito.

La carta me pareció un tanto confusa. ¿Qué quería de pronto del hombre al que había abandonado definitivamente? ¿Partir con él, después de no haberse querido quedar con él bajo ningún concepto? En mi cabeza se estaba formando la borrosa idea de que el muerto se había sustraído a algunos nuevos tormentos y complicaciones. Y cuando volví a leer la carta, todo ese batiburrillo de deseos de volver a verse y visados de tránsito, consulados y fechas de travesía, su actual lugar de residencia me pareció digno de confianza, y su tranquilidad completa.

En cualquier caso, ahora sabía dónde llevar el maletín. Al día siguiente, pregunté a un policía por el consulado de México. El cónsul en París enviaría todos los papeles al cónsul en Marsella. La mujer pediría noticias allí. Así me imaginaba yo que sería. El policía me miró un instante cuando hice la pregunta —un guardia de tráfico parisino, en la Place Clichy—, seguro que era la primera vez que le preguntaban por el consulado mexicano. Buscó en un librito rojo, en el que seguramente estaban reseñados todos los consulados. Volvió a mirarme otra vez, como si quisiera averiguar qué tenía yo que ver con México. A mí, mi propia pregunta me había divertido. Hay países que uno conoce desde niño sin haberlos visto nunca. Le estimulan a uno. Dios sabe por qué. Una fotografía, el serpenteo de un río sobre un atlas, el mero sonido de un nombre, un sello de correos. México no me importaba nada, no sabía nada de ese país. Jamás había leído sobre él, además de niño no me gustaba leer. Tampoco había oído nada sobre el país que se me hubiera quedado especialmente en la memoria. Sabía que allí había petróleo, cactus, gigantescos sombreros de paja. Cualquier otra cosa que pudiera haberme importaba tan poco como al muerto.

Arrastré el maletín desde el Metro Place d'Alma hasta la Rue Longuin. Bonita zona, pensé. La mayoría de las casas estaban cerradas, el barrio estaba casi vacío. Los ricos estaban todos en el sur. Se habían ido a tiempo, no habían oído siquiera la guerra que abrasaba su país. ¡Qué suaves eran las colinas de Meudon, al otro lado del Sena! ¡Qué azul era el aire! Los camiones alemanes rodaban sin cesar a lo largo de la orilla. Por primera vez desde que estaba en París se me ocurrió pensar a qué estaba yo esperando realmente allí. Había mucha hojarasca en la Avenue Wilson, el verano ya había pasado, pero apenas estábamos en agosto. Me habían estafado el verano.

El consulado mexicano era una casita pintada de color claro, de aspecto muy singular, formando ángulo con un patio ajardinado de hermoso pavimento. Seguramente en México había patios como ese. Llamé a la verja. La única y alta ventana estaba cerrada. Sobre la puerta interior colgaba un escudo de armas. Yo no acababa de distinguirlo, aunque era nuevo y recién puesto. Distinguí un águila sobre un matorral de cactus. Al principio creí que también esa casa estaba deshabitada. Pero cuando llamé por segunda vez, por sentido del deber, en la puerta interior que daba a la escalera apareció un individuo macizo que me miró con un solo ojo... la otra cuenca estaba vacía. Era el primer mexicano de mi vida. Le contemplé con curiosidad. Al oír mi pregunta se limitó a encogerse de hombros. Él no era más que el portero, la legación estaba en Vichy, el cónsul no había vuelto, el telégrafo estaba bloqueado. Se retiró. Imaginé a todos los mexicanos como él, anchos, silenciosos, tuertos, un pueblo de cíclopes. Habría que conocer a todos los pueblos de la tierra, soñé. De pronto el muerto, al que hasta ahora había envidiado, me dio pena.

La semana siguiente, fui casi todos los días al consulado mexicano. El tuerto siempre me hacía señas desde arriba. Probablemente para él fuera un loco, con mi pequeño maletín. ¿Por qué era tan testarudo? ¿Por escrupulosidad? ¿Por aburrimiento? ¿Por qué la casa me atraía? Una mañana,

había un coche delante de la verja. ¿Habría venido el cónsul? Llamé como un demonio. Mi cíclope apareció en la escalera, pero esta vez me gritó furioso que me largara, que el timbre no estaba ahí para mí. Caminé indeciso de una esquina a otra de la calle.

Cuando me di la vuelta, tuve una sorpresa. El coche seguía estando ante el consulado. Ahora, aquello estaba lleno de gente. Y ese tumulto había surgido en tres minutos, a mis espaldas por así decirlo. No sé qué magnetismo los había atraído, qué revelación mística. Era imposible que todos fueran de los alrededores pero ¿cómo habían llegado hasta allí? Eran españoles, hombres y mujeres, escondidos en sus rincones de la ciudad como yo en el mío, después de una fuga como la mía. Ahora, la cruz gamada también había caído sobre ellos. Les hice unas cuantas preguntas. Me enteré de lo que les había atraído: un rumor, una esperanza de que ese lejano pueblo acogiera a todos los republicanos españoles. Ya había barcos en el puerto de Burdeos, todos ellos bajo fuerte protección. Ni los propios alemanes podrían evitar su partida. Un español anciano, enjuto, amarillento, dijo con amargura que por desgracia todo eso no eran más que tonterías, sin duda había visados, porque México tenía ahora un gobierno popular, pero por desgracia no había salvoconductos de los alemanes. Al contrario, aquí y en Bruselas los alemanes habían apresado españoles y se los habían entregado a Franco. Otro, más joven, de ojos negros y redondos, respondió que los barcos no estaban en Burdeos, sino en Marsella, pero que estaban listos. Conocía incluso sus nombres: República, Esperanza, Pasionaria.

Entonces, mi cíclope bajó por las escaleras. Yo estaba asombrado: sonreía. Solo conmigo se había mostrado de mal humor, como si yo no fuera más que un estafador. Nos dio a cada uno de nosotros un papel, explicando paciente y con voz suave que ahora teníamos que escribir nuestros nombres para que el cónsul nos recibiera uno por uno. También a mí me dio uno de esos papeles, pero en silencio y con mirada amenazadora. ¡Ojalá me hubiera dejado intimidar! Encontré en mi papel la hora a la que debía presentarme. Elegí, al azar, el nombre que también había dado a la patrona del muerto. Mi propio nombre quedó al margen del asunto.

Estaba citado para el lunes siguiente, y en torno al fin de semana ocurrieron en París unas cuantas cosas que también tuvieron su importancia para mí. En Clichy, como en todas partes, los alemanes habían pegado carteles en los que se veía a un soldado alemán ayudando a mujeres francesas y haciéndose cargo de los niños. En Clichy, todos esos carteles fueron arrancados en una noche. Hubo unas cuantas detenciones, y en respuesta, por primera vez, un enjambre de octavillas contra los nazis. Aquí llaman mariposas a esas pequeñas octavillas. El mejor amigo de nuestro pequeño Binnet estaba envuelto en el asunto, y los Binnet tuvieron miedo por su propio hijo. Su primo Marcel propuso desaparecer durante una temporada en el territorio no ocupado. Los hijos de los Binnet, Marcel y el amigo se reunieron. Sus preparativos de viaje me contagiaron. De pronto, ya no tenía ni las menores ganas de esconderme en París. Me imaginaba el territorio no ocupado salvaje e inabarcable, una confusión en la que un hombre como yo podía perderse si quería. Y si por el momento mi vida no iba a ser más que un ser arrojado de acá para allá, al menos quería ser arrojado a las ciudades más hermosas, a territorios desconocidos. Mi deseo de unirme a ellos fue bien acogido.

La mañana anterior a nuestra partida volví a llevar el maletín al consulado mexicano. Esta vez, me dejaron entrar con mi documento. Me encontré en una estancia redonda y fría, que pegaba bien con la extraña fachada de la casa. Llamaron por el nombre que les había dado. Como tuvieron que llamar tres veces antes de que me acordase de que era el mío, mi cíclope me guio a

regañadientes, y creo que con desconfianza.

No sabía quién era el hombre gordo que me recibió. ¿El cónsul mismo, el vicecónsul, el secretario del vicecónsul o un vicesecretario? Le puse el maletín delante de las narices. Declaré, fiel a la verdad, que pertenecía a alguien que se había quitado la vida y poseía un visado mexicano, y que rogaba que se enviara el contenido del maletín a su esposa. No llegué a mencionar el nombre del muerto. El hombre interrumpió mi relato, que le disgustaba visiblemente. Dijo:

—¡Disculpe, señor mío! Incluso en tiempos normales, apenas podría ayudarle. Mucho menos ahora, que el correo está interrumpido. Es imposible que me exija que metamos la herencia de ese hombre en nuestra valija diplomática solo porque mi Gobierno le expidió un visado mientras vivía. Discúlpeme, por favor, tiene que comprenderlo, soy el vicecónsul mexicano, no un notario. Quizá en vida también le concedieron otros visados, uruguayo, chileno, qué sé yo. Podría usted dirigirse con igual derecho a mis colegas, y recibiría la misma respuesta, tiene que comprenderlo.

Tuve que dar la razón al vicecónsul. Me marché avergonzado. Desde mi última visita, la multitud delante de las verjas había crecido. Innumerables ojos brillantes se dirigían hacia la puerta. Para esos hombres y mujeres el consulado no era una institución, un visado no era un papel de secretaría. En su abandono, que solo su confianza superaba, tomaban la casa por el país y el país por la casa. Una casa inmensa en la que vivía un pueblo que les invitaba. Aquí estaba la puerta de esa casa, en la pared amarilla. Y una vez se cruzaba el umbral, se era su huésped.

Cuando atravesé por última vez esa multitud, se agitó en mí todo lo que es capaz de esperar y sufrir con los demás, y se encogió esa parte de mí yo que hace del abandono una especie de audaz disfrute y del padecimiento propio y ajeno solo aventura.

Acto seguido, decidí emplear el maletín para mí mismo, dado que mi mochila se había roto. Metí en él mis pocos cachivaches, con los papeles del muerto abajo del todo. Quizá yo mismo volviera a Marsella. Teníamos que cruzar la línea de demarcación sin permiso de los alemanes. Pasamos unos días indecisos vagando por las pequeñas ciudades limítrofes; todas hervían de soldados alemanes. Por fin, en una fonda, encontramos un campesino que tenía un trozo de terreno al otro lado de la frontera. Él nos guio al atardecer a través de un campo de tabaco. Le abrazamos y le obsequiamos. Besamos al primer guardia francés con el que topamos. Estábamos conmovidos y nos sentíamos libres. No necesito explicarle que ese sentimiento nos engañaba.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

Usted mismo conoce la Francia no ocupada del otoño de 1940. Las estaciones y los asilos y hasta las plazas e iglesias de las ciudades llenas de refugiados del norte, del territorio ocupado y de la «zona prohibida», y de los departamentos de Alsacia, Lorena y el Mosela. Restos de aquel lamentable montón de personas que en mi fuga a París yo ya no había considerado más que restos. Entretanto, muchos habían muerto en la carretera o en un vagón de tren, pero yo no había contado con que entretanto también habían nacido muchos. Cuando buscaba un sitio donde dormir en la estación de Toulouse, trepé sobre una mujer tendida que entre maletas, hatos y fusiles amontonados daba el pecho a un niño encogido. Cuánto había envejecido el mundo en ese año. El lactante parecía viejo, el cabello de la madre era gris, y los rostros de los dos hermanitos que miraban por encima del hombro de la mujer eran descarados, viejos y tristes. Vieja era la mirada de esos niños a los que nada había quedado oculto, ni el secreto de la muerte ni el secreto del origen. Todos los trenes estaban atiborrados de soldados con uniformes raídos, que insultaban abiertamente a sus superiores, seguían entre maldiciones sus órdenes de marcha, pero les seguían, el diablo sabe adónde, para vigilar en algún rincón del país que quedaba un campo de concentración o un paso fronterizo que mañana sería desplazado, o incluso para ser embarcados hacia África porque un comandante en una pequeña bahía había decidido oponerse a los alemanes, pero probablemente habría sido destituido mucho antes de que llegaran los soldados. Pero por el momento partían, quizá porque esa absurda orden de marcha era al menos algo a lo que agarrarse, un sucedáneo de una orden sublime o una gran arenga o de la perdida Marsellesa. En una ocasión nos entregaron los restos de un hombre, cabeza y tronco, vacíos trozos de uniforme colgaban de él en vez de brazos y piernas. Lo encajamos entre nosotros, le pusimos un cigarrillo entre los labios, y como no tenía manos se quemó los labios, gruñó y de pronto empezó a gritar: «¡Si al menos supiera para qué!», y todos sentimos deseos de empezar a gritar también. Viajamos describiendo un gran y absurdo arco, ora pernoctando en asilos, ora en el campo, ora saltando sobre camiones, ora sobre vagones de ferrocarril, sin encontrar nunca un lugar donde quedarnos y no digamos una oferta de trabajo, describiendo un gran arco cada vez más hacia el sur, cruzando el Loira, cruzando el Garona, hasta llegar al Ródano. Todas esas viejas y hermosas ciudades bullían de hombres abandonados. Pero su abandono era de otro tipo al que yo había soñado. Una especie de proscripción municipal dominaba esas ciudades, una especie de fuero medieval, distinto en cada una. Una horda incansable de funcionarios estaba día y noche en la calle como los empleados de la perrera, para sacar a personas sospechosas del montón de paso y encerrarlas en cárceles municipales, de las que eran llevadas a un campo de concentración en cuanto no había dinero para el rescate o un astuto jurista, que a veces compartía su desmedida remuneración por la puesta en libertad con los propios perreros. La gente, sobre todo los extranjeros, luchaba por sus pases y sus documentos como por la salvación de su alma. Empezó a asombrarme ver cómo esas autoridades, en medio del desplome total, ideaban procedimientos cada vez más lentos para clasificar, registrar, estampillar a esas personas sobre

cuyos sentimientos habían perdido absolutamente todo poder. Lo mismo se hubiera podido registrar a aquellos vándalos, aquellos godos, aquellos hunos, aquellos longobardos de las grandes invasiones bárbaras.

Escapé a menudo a los perreros gracias a la astucia de mis compañeros. Porque yo no tenía documentos, había huido, mis papeles se habían quedado en el campo, en el barracón del comandante. Habría supuesto que entretanto los habrían quemado si la experiencia no me hubiera enseñado que el papel arde mucho peor que el metal y la piedra. En una ocasión nos pidieron los papeles, en la mesa de una fonda. Mis cuatro amigos tenían documentos franceses, bastante sólidos... en todo caso, tampoco el viejo Binnet había sido desmovilizado en regla. Como nuestro perrero estaba borracho, no se dio cuenta de que Marcel me pasaba por debajo de la mesa sus documentos ya controlados. Poco después el mismo funcionario se llevó de la misma fonda a una chica muy guapa, entre las maldiciones y los lamentos de su tía y tío, judíos escapados de Bélgica que la habían adoptado con mucha lealtad y documentos insuficientes. Probablemente ahora la llevarían a un campo de mujeres, en un rincón de los Pirineos. Se me quedó grabada por su belleza y por la expresión de su rostro cuando fue separada de los suyos y llevada fuera. Pregunté a mis amigos qué habría ocurrido si uno de ellos se hubiera declarado dispuesto a casarse en el acto con la muchacha. Todos eran menores de edad, pero empezaron a disputar terriblemente por la chica, casi hasta llegar a las manos. Para entonces ya estábamos todos agotados. Además, mis amigos se avergonzaban de su país. Uno se recupera rápidamente de una derrota cuando es joven y sano, pero la traición paraliza. En la noche siguiente nos confesamos que teníamos nostalgia de París. Allí habíamos tenido delante de la vista a un enemigo duro y terrible, casi insoportable, creíamos entonces; pero ahora pensábamos que ese enemigo visible había sido mejor que el mal invisible, casi misterioso, esos rumores, esos sobornos, esas mentiras.

Todo el mundo estaba en fuga, todo era meramente pasajero, pero aún no sabíamos si ese estado de cosas duraría hasta mañana o unas cuantas semanas o años o incluso toda nuestra vida.

Tomamos una decisión que nos pareció muy razonable: buscamos en un mapa dónde estábamos. No estábamos muy lejos del pueblo en el que vivía Yvonne, mi perdida amiga, que se había casado con su primo. Así que nos pusimos en marcha y llegamos al cabo de una semana.

II

En el pueblo de Yvonne ya había un montón de refugiados, su marido había mandado a la granja a unos cuantos de ellos para que echaran una mano, pero en líneas generales seguía reinando una vida campesina normal. Yvonne estaba embarazada, estaba orgullosa de su nueva propiedad, en todo caso se mostró algo confusa cuando me presentó a su marido. Cuando se enteró de que yo no tenía documentos, esa misma tarde envió a su marido al pueblo, donde era teniente de alcalde, y le mandó beber con sus amigos en el Grappe d'Or, y también con el presidente de la Asociación de Refugiados de la Comunidad de Aigne sur Ange, de forma que a medianoche regresó con un papelito amarillo, un carné de refugiado sobrante que un hombre de esta

comunidad probablemente había devuelto al obtener otros documentos mejores. Seidler se llamaba ese hombre, cuyo peor carné era para mí el mejor, y había emigrado desde el Sarre a Alsacia después del plebiscito. El marido de Yvonne estampó un sello, buscamos el pueblo en el atlas escolar, dada su situación tenía felizmente que haberse quemado junto con el padrón de habitantes. El marido de Yvonne consiguió incluso que en la capital del Departamento me pagaran un dinero, no sé qué ayuda para refugiados que, según me pareció a mí mismo, me correspondía con toda justicia, porque ahora mis papeles estaban enteramente en orden.

Entendí que Yvonne había hecho todo eso para librarse con rapidez de mí. Mis compañeros de viaje habían escrito entretanto a sus familias, dispersas por aquí y por allá. Marcel encontró un tío abuelo con una granja de albaricoques junto al mar. El pequeño Binnet quería quedarse con su hermana y con su mejor amigo. Yo estaba mal ubicado allí como antiguo novio de Yvonne, y era completamente superfluo. Yvonne volvió a ocuparse de mí, esta vez recurriendo a un primo llamado Georg. Había estado en una fábrica en Nevers, luego había sido evacuado junto con la fábrica y, no se sabía muy bien por qué, se había quedado en Marsella. Había escrito diciendo que le iba muy bien, que vivía con una mujer de Madagascar que también ganaba dinero. Marcel dijo que él se encargaría de que le siguiera a la granja de albaricoques. Mientras tanto, podía darme una vuelta por Marsella. Siempre tendría un apoyo en ese primo Binnet. Así que dependía de la familia Binnet como un niño que ha perdido a su madre y se agarra a las faldas de otra mujer, que sin duda nunca podrá ser su madre, pero le da algo de bondad.

Yo siempre había querido ver Marsella, y además tenía ganas de estar en una gran ciudad. Por otra parte, todo me daba igual. Nos despedimos. Marcel y yo aún fuimos un trecho juntos. Entre el montón de soldados, refugiados, desmovilizados, que llenaban sin cesar trenes y carreteras, yo buscaba involuntariamente un rostro conocido, alguien que tuviera que ver con mi antigua vida. Cuánto me habría alegrado ver aparecer a Franz, con el que había huido del campo, o incluso a Heinz. Cuando veía un hombre con muletas, siempre esperaba ver su pequeño rostro con la boca torcida y los ojos claros, que se burlaban de su propia fragilidad. Había perdido algo, lo había perdido tanto que ya ni siquiera sabía exactamente qué era, que poco a poco ni siquiera lo echaba realmente de menos, tan profundamente se había perdido en medio de toda la confusión. Pero sabía que uno de esos viejos rostros me lo traería al menos de vuelta a la memoria.

Estaba solo y seguí solo. Marcel se separó de mí, y me fui solo a Marsella.

III

Me habían contado por el camino que ningún extranjero podía colarse por la red de los astutos alguaciles apostados a la caza del hombre en la estación de Marsella. Mi confianza en el certificado de refugiado de Yvonne no era en absoluto ilimitada. Me bajé del tren dos horas antes de Marsella, subí a un autobús. También me bajé del autobús en un pueblo en las montañas.

Desde allí llegué a la milla de exclusión de Marsella. Desde una curva del camino vi el mar, profundamente hundido entre las colinas. Poco después vi la ciudad misma contra el agua. Me pareció tan blanca y pelada como una ciudad africana. Me tranquilicé al fin. Me sobrevino la

gran calma que siempre me sobreviene cuando algo me gusta mucho. Casi creía haber llegado a la meta. En esa ciudad, creí, se encontraría al fin todo lo que buscaba, lo que siempre había buscado. ¡Cuántas veces me engañará aún esa sensación al entrar a una ciudad desconocida!

Subí a un tranvía en la última parada. Entré en la ciudad sin ser molestado. Veinte minutos después, trotaba con el maletín por la Cannebière. La mayoría de las veces, a uno le decepcionan las calles de las que ha oído hablar mucho. Pero yo, yo no estaba defraudado. Caminé con la multitud llevado por el viento, que empujaba sobre nosotros la luz y las nubes en rápida sucesión. Y mi ligereza, producto del hambre y del agotamiento, se transformó en una sublime, grandiosa ligereza, como hecha para el viento que me impulsaba cada vez más deprisa calle abajo. Cuando comprendí que aquello que relucía azulado al final de la Cannebière era ya el mar, el Puerto Viejo, volví a sentir al fin, después de tanto absurdo y tanta miseria, la única verdadera alegría accesible a cualquier hombre en cualquier momento: la alegría de vivir.

En los últimos meses, siempre me había preguntado dónde iba a desembocar todo aquello, todo ese reguero, el aflujo de todos los campos de concentración, soldados dispersos, los mercenarios de todos los ejércitos, los profanadores de todas las razas, los desertores de todas las banderas. Así que aquí aflucía todo, a este canal, la Cannebière, y por este canal al mar, donde al fin volvía a haber espacio y paz para todos.

Me tomé un café de pie en un bar, con el maletín cogido entre las piernas. Escuché en torno a mí una cháchara tal como si la barra ante la que bebía estuviera situada entre dos pilares de la torre de Babel. Sin embargo, había algunas palabras que llegaban todo el tiempo a mi oído y que al fin y al cabo también yo entendía, con un ritmo determinado, como si tuvieran que quedárseme grabadas: visado para Cuba y Martinica, Orán y Portugal, Siam y Casablanca, tránsito y zona de las tres millas.

Llegué felizmente al Puerto Viejo... a la misma hora que hoy. Estaba casi despoblado por la guerra... como ahora. Como ahora, el transbordador se desplazaba lentamente bajo el puente del ferrocarril. Pero hoy me parece como si lo viera todo por primera vez. Las vergas de los bateleros cortaban las grandes y peladas superficies de antiquísimas casas... como ahora. El sol se ponía detrás del fuerte de San Nicolás. Pensé, como hacen los muy jóvenes, que todo lo que me había ocurrido me había llevado hasta aquí, y por tanto había estado bien. Pregunté por la Rue du Chevalier Roux. Allí vivía el primo Georg Binnet. La gente se apiñaba en los bazares y en los mercados callejeros. Oscurecía ya en esos callejones como cuevas, y con tanta mayor fuerza brillaba la fruta en rojo y oro. Percibí un olor que nunca había olido en mi vida. Busqué la fruta de la que procedía, y no la encontré. Me senté, para descansar un poco, al borde de la fuente del barrio corso, con el maletín en las rodillas. Luego subí la escalera de piedra, de la que aún no sabía adónde iba.

El mar estaba a mis pies. Los brazos de los fanales en la Corniche y en las islas aún brillaban mates a la luz del crepúsculo. Cómo había odiado el mar en los barracones. Me había parecido inmisericorde, en su desolación inaccesible, inhumana. Pero ahora, después de haber recorrido entre tormentos el largo camino hasta aquí por el país descompuesto y deshonorado, no había para mí mayor consuelo que precisamente ese vacío y desolación inhumanos, en su falta de huellas, en su carácter inmaculado.

Volví al barrio corso. Entretanto, había un mayor silencio. Los mercados estaban despejados. Encontré la Rue du Chevalier Roux. Golpeé con el llamador de bronce, que tenía la forma de una mano, sobre la gran puerta tallada. Un negro me gritó que qué quería. Pregunté por los Binnet.

Se veía en los pomos de las escaleras, en los restos de azulejos de colores, en los gastados escudos de piedra, que la casa había pertenecido un día a un hombre distinguido, un comerciante o marino. Ahora vivían en ella inmigrantes de Madagascar, unos cuantos corsos y los Binnet.

Me quedé mirando a la amante de Binnet. Me pareció extraordinariamente hermosa, aunque también indeseablemente extranjera. La cabeza de un pájaro negro y salvaje, con una aguda nariz y unos ojos centelleantes sobre un delicado cuello. Las largas caderas, las largas manos de flojas articulaciones, los propios dedos de los pies en las alpargatas, todo estaba siempre un poco agitado, como solo acostumbran a estarlo los gestos de las personas, como si la ira, la alegría y la pena fueran como el viento.

Respondió secamente a mi pregunta que Georg trabajaba por la noche en un molino, que ella misma acababa de volver de la azucarera. Me dio la espalda y bostezó. Yo estaba completamente defraudado.

En la escalera, choqué con un muchacho delgado y oscuro que subía los peldaños de dos en dos. Se volvió justo cuando yo me volvía hacia él. Yo había querido observar si mi fiebre de la llegada hechizaba también a ese joven, y él en cambio si yo era en realidad el totalmente extraño, el intruso sorprendente. Enseguida, oí a la amiga de Binnet, que seguía de pie junto a la puerta abierta —indecisa, me confesó después, sobre si no debía llamarme y pedirme que esperase—, reñir a su hijo por el retraso. Más adelante comprenderá por qué le cuento esto con tanto detalle. Mi visita me pareció entonces fallida, el resto de la tarde vacía. Me había imaginado que la ciudad me había abierto ya su corazón, igual que yo a ella el mío. Que me acogería la primera noche, y sus gentes me darían cobijo. En contrapartida a la alegría de mi llegada, ahora sentía una gran decepción. Seguro que Yvonne no había escrito a su primo, no había hecho más que tranquilizarme para librarse de mí. También me ofendía la noticia de que Georg tenía turno de noche. Así que todavía quedaban personas que llevaban una vida normal.

IV

Yo en cambio volvía a buscar un sitio en el que pasar la noche. La primera docena de hoteles estaban llenos. Empezaba a estar mortalmente cansado. Me senté a la primera mesa que encontré, delante de un mísero café, en una plaza pequeña y tranquila. La ciudad estaba oscurecida por miedo a los bombardeos, pero en muchas ventanas había ya pálidas luces. Pensé en cuántos miles de personas llamaban suya a esta ciudad y vivían tranquilamente en ella, como yo antaño en la mía. Alcé la vista a las estrellas y pensé, un poco consolado, no sé por qué, que esas estrellas estaban ahí más para mí y mis iguales que para los que ahora encendían sus propias luces.

Pedí una cerveza. Me habría gustado quedarme solo. Un anciano bajito se sentó junto a mí.

Llevaba una chaqueta de esa clase que, en manos de cualquier otro, hace mucho que se habría hecho pedazos, pero había ido a parar casualmente a manos de un propietario que, con dignidad y cuidado, no la dejaba perecer. Y como la chaqueta, así el hombre. Hubiera podido estar en la tumba hacía mucho, pero su rostro era firme y serio. Llevaba los restos de cabello peinados, las uñas cuidadosamente cortadas. Me preguntó casi enseguida, echando un vistazo al maletín, para qué país tenía un visado. No preguntó adónde quería ir, sino para qué país tenía un visado. Le respondí que no tenía ningún visado y ninguna intención de comprar uno, quería quedarme. Él exclamó:

—¡Nunca podrá quedarse sin visado!

No entendí su exclamación. Pregunté, por cortesía, qué pensaba hacer él. Había sido director de una orquesta de cámara en Praga, ahora le habían conseguido un puesto en una famosa orquesta de Caracas. Le pregunté dónde estaba eso y respondió sarcástico que era la capital de Venezuela. Le pregunté si tenía hijos; respondió sí y no, su hijo mayor había desaparecido en Polonia, el segundo en Inglaterra, el tercero en Praga. No podía seguir esperando señales de vida de sus hijos, de lo contrario sería demasiado tarde para él. Creí que se refería a la muerte, pero se refería al puesto de director, tenía que tomar posesión de él antes de Año Nuevo. Ya en una ocasión había poseído un contrato, sobre el contrato un visado, sobre el visado el tránsito. Pero la concesión de la visa de sortie había tardado tanto que entretanto había caducado el tránsito, luego el visado, y después el contrato. La semana pasada le habían concedido la visa de sortie, y ahora esperaba día y noche la prórroga del contrato, que a su vez condicionaba la prórroga de su visado. Pero esta era la condición previa para la concesión del nuevo tránsito. Pregunté, confundido, qué significaba eso: ¿visa de sortie? Me miró extasiado. Yo era un ignorante recién llegado. Le quité muchos minutos de soledad al darle la posibilidad de una larga explicación. Dijo:

—Es el permiso para abandonar Francia. ¿Es que nadie le ha informado, pobre joven?

—¿Qué finalidad puede tener retener a personas que nada desean más que abandonar un país en el que se las encarcelará si se quedan?

Él se echó a reír de tal manera que le crujieron las mandíbulas. Me pareció que todo su esqueleto crujía. Dio unos golpecitos en la mesa con un nudillo. Me repelía bastante. Pero aguanté con él. Hasta en la vida de los hijos más perdidos, hay momentos en los que se ponen de parte de los padres, me refiero a los padres de otros hijos.

Él dijo:

—Por lo menos sabrá, hijo mío, que ahora los alemanes son los verdaderos amos. Y como probablemente proceda usted de ese pueblo, sabrá también lo que significa el orden alemán, el orden nazi, que ahora todos ensalzan aquí. No tiene nada que ver con el orden del mundo, con el antiguo. Es una forma de control. Los alemanes no se dejan quitar la ocasión de controlar a las personas que se van de Europa. Quizá encuentren algún perturbador al que llevan décadas buscando.

—Bien, bien. Pero si ahora estáis controlados, si tenéis un visado, ¿qué importancia tiene eso del tránsito? ¿Por qué caduca? ¿Qué es? ¿Por qué no se deja pasar a la gente hacia sus nuevos

lugares de residencia?

Él dijo:

—Hijo mío, porque todos los países temen que, en lugar de pasar, queramos quedarnos. Un tránsito... es el permiso para atravesar un país cuando está claro que no se quiere permanecer en él.

De pronto cambió su actitud. En un tono nuevo, muy solemne, que los padres tan solo utilizan cuando envían definitivamente a sus hijos a la vida, me habló de la siguiente manera:

—¡Joven! Ha venido usted aquí casi sin equipaje, solo, sin objetivo. Ni siquiera tiene un visado. No se plantea usted que el prefecto no le dejará vivir aquí si ni siquiera tiene un visado. Bien, supongamos que, por algún venturoso azar, por sus propias fuerzas —cosa que ocurre raras veces, pero ocurre—, quizá incluso gracias a la mano de un amigo que se le tiende desde la oscuridad, quiero decir a través del océano, cuando menos lo espere, quizá por obra de la Providencia misma, quizá de un comité, consigue usted un visado. Entonces, será feliz por un instante. Pero muy rápido advertirá que con eso no ha hecho nada. Tendrá usted un destino... eso es poco. Eso lo tiene todo el mundo. No podrá ir a aquel país por pura voluntad, a través de la estratosfera; viajará por mar, por países intermedios. Necesitará un tránsito. Eso exige su sagacidad. Su tiempo. ¡Aún no sospecha usted cuánto tiempo! En mi caso, corre. Pero cuando le miro me parece de pronto que para usted el tiempo aún es más valioso. Usted es la juventud misma. Pero no puede dispersarse, solo debe pensar en su tránsito. Tiene, si me permite decirlo así, que olvidar por un tiempo su destino, ahora lo que importa no son más que los países intermedios, o no saldrá de aquí. Ahora se trata de explicar a los cónsules que va usted en serio, que no es uno de esos tipos que quieren quedarse en los sitios que solo están ahí para atravesarlos. Y para eso hacen falta pruebas, todos los cónsules las exigen. Supongamos por un momento el venturoso azar —que es un milagro si tenemos en cuenta cuántos quieren irse en qué pocos barcos— de que su plaza en el barco como tal, el viaje como tal está asegurado. Si es usted judío —pero usted no lo es—, por los judíos; si es ario, bueno, por la ayuda cristiana; si no es nada en absoluto, ateo, rojo, bueno, por el amor de Dios, por su partido, por sus iguales. Podrá embarcar de un modo u otro. Pero no crea, hijo mío, que con eso su tránsito ya está seguro, ¡y aunque lo estuviera! Entretanto ha pasado tanto tiempo que ha vuelto a desaparecer el primer destino, el destino principal. Tu visado ha caducado, y lo mismo que era necesario el tránsito no se puede hacer nada sin el visado, y así una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez.

»Ahora, imagínate que lo has conseguido. Hijo mío, bien, soñemos ahora juntos que lo has conseguido. Tu visado, tu tránsito, tu visa de sortie. Estás listo para zarpar. Te has despedido de tus seres más queridos. Has dejado tu vida atrás. Ahora no piensas más que en tu destino. Quieres subir a bordo de una vez...

»Ayer estuve hablando con un joven de tu edad. Lo tenía todo. Pero cuando iba a subir a bordo, la autoridad portuaria le denegó el último sello.

—¿Por qué?

—Había huido de un campo de concentración cuando llegaron los alemanes —dijo el anciano con su anterior tono de cansancio; tampoco estaba... tampoco estaba hundido, se mantenía

demasiado erguido para eso; más bien quebrado—. No tenía un certificado de liberación del campo... así que todo había sido en vano para él.

Agucé el oído. El último punto de esa oscura maraña de admoniciones para mí completamente indiferentes me afectaba. Jamás en mi vida había oído hablar de un sello de la autoridad portuaria. ¡Un joven digno de lástima! Pero culpable de falta de previsión. No toparía con ese último sello, estaba advertido. Pero tampoco zarparía nunca. Dije:

—Por suerte todo eso no me afecta. Solo tengo un deseo: quedarme tranquilamente aquí por un tiempo.

Él exclamó:

—¡Cómo se engaña! Se lo digo por tercera vez: Solo le dejarán quedarse tranquilamente aquí un tiempo si demuestra que quiere marcharse. ¿No lo comprende?

—No —dije yo.

Me levanté. Estaba harto de él. Me gritó:

—¡Su maletín!

Al oír su exclamación, se me ocurrió pensar en algo que había olvidado durante semanas: la correspondencia de aquel hombre que se había quitado la vida en la Rue de Vaugirard cuando los alemanes entraron en París. Hacía mucho que me había acostumbrado a considerar mío el maletín. La escasa herencia del muerto ocupaba el espacio más pequeño entre mi propia desolación. La había olvidado por completo. Ahora podía llevárselo todo en persona al consul. Seguro que la esposa del muerto preguntaba allí si había correo. Se me pasó por la cabeza pensar en cómo algo que me había dominado de tal modo en París había podido esfumarse por completo. ¡De esa materia estaba hecha la magia de lo muerto! Pero quizá solo era yo el que estaba hecho de esa materia que se volatilizaba.

Volví a buscar habitación. Fui a parar a una gigantesca plaza informe con tres lados casi oscuros y un cuarto punteado de luces, que parecía una costa. Era Belsunce. Me dirigí hacia las luces, y volví a perderme en una red de callejones. Subí por la primera puerta de hotel que vi una empinada escalera hasta la iluminada ventana de la patrona. Estaba preparado para un «está completo», pero esta patrona empujó de inmediato hacia mí su libro de registro. Miró fijamente cómo copiaba mi documentación de refugiado. Me preguntó por mi salvoconducto, yo dudé. Se echó a reír y dijo:

—¡Será culpa suya y no mía si viene una redada! Me pagará la semana por adelantado. Está aquí sin permiso. Habría tenido que recabar el permiso de nuestro prefecto para entrar en Marsella. ¿A qué país quiere viajar?

Le dije que no tenía intención de ir a ninguna parte. Huyendo de los alemanes, empujado de una ciudad a otra, había ido a parar a esta. No tenía visado, no tenía billete de barco, no podía atravesar el mar. Parecía una mujer tranquila, casi indolente, pero ahora estaba perpleja. Exclamó:

—¿No pensará quedarse usted?

—¿Por qué no? —dije yo—. Usted también se queda.

Rio el chiste.

Me entregó la llave con la chapa del número. Apenas pude abrirme paso hasta la habitación. El pasillo estaba bloqueado por docenas de bultos de equipaje. Eran de un grupo de españoles, hombres y mujeres, que querían zarpar esa noche, a Cuba vía Casablanca, y de allí a México. Pensé, satisfecho: así que el chico de la Rue Longuin de París, ante la verja del consulado mexicano, tenía razón. Hay barcos que zarpan. Están preparados en el puerto.

Al dormirme, yo mismo tuve la sensación de estar en un barco, no porque hubiera oído tanto acerca de barcos o quisiera utilizar uno, sino porque me sentía mal y mareado en medio de una ola de impresiones y sensaciones que ya no tenía fuerzas para explicarme. Además, me llegaba de todas partes un ruido como si estuviera durmiendo en una plancha resbaladiza en medio de una tripulación borracha. Oí rodar y crujir bultos de equipaje como si estuvieran mal guardados en la bodega de un barco sacudido por el mar. Oí maldiciones en francés y despedidas en español, y por fin oí desde muy lejos, pero más penetrante que todo lo demás, una sencilla cancioncita que había oído por última vez en mi patria, cuando ninguno de nosotros sabía aún quién era Hitler, ni siquiera él. Me dije que sin duda solo estaba soñando. Y me dormí de verdad.

Soñé que me había dejado el maletín. Lo busqué en los lugares más absurdos, en mi colegio de cuando era niño, en casa de los Binnet en Marsella, en la granja de Yvonne, en los barracones de Normandía. Allí estaba el maletín, sobre una pasarela, los aviones caían en picado, retrocedí corriendo presa de un pánico mortal.

CAPÍTULO TERCERO

I

Desperté sobresaltado. Aún era de noche. El hotel estaba en silencio, quizá los españoles estuvieran ya en alta mar. Escribí, porque ya no podía dormir, una carta a Yvonne. Para ir a Marsella necesitaba un salvoconducto. Entretanto había llegado bien, pero ahora tenía que volver a entrar, con papeles y sobre papeles, correctamente. Salí enseguida a echar la carta. Una muchacha fea y desgredada que hacía la guardia de noche en la ventanilla de la patrona me detuvo. ¿Había pagado? Sí. ¿Me iba? Dios mío. ¡No!

Aún estaba oscuro y hacía frío en los altos callejones, pero las estrellas estaban ya desapareciendo. Esperé impaciente el día, como si no solo pudiera alumbrar esta ciudad, sino todo lo que había sido desconocido para mí. Pero nada despertó antes por mí, los cafés aún estaban cerrados, tuve que volver.

Mi pasillo volvía a estar bloqueado por los mismos bultos de equipaje de los mismos españoles que habían querido zarpar esa noche. Habían vuelto del puerto. Solo faltaban los hombres. Las mujeres y los niños se sentaban quejándose y maldiciendo sobre las maletas. Habían estado ya en el hangar con sus cosas, listos para zarpar. Habían visto el barco delante de la puerta del hangar. Entonces había llegado la policía francesa. Había detenido a todos los hombres en edad de llevar armas basándose en un acuerdo con el Gobierno de Franco. Las mujeres españolas no lloraban, maldecían el estado del mundo, ora en voz baja, meciendo las cabezas de los niños, ora en voz alta, con los brazos abiertos. De pronto decidieron trasladarse al consulado mexicano, bajo cuya protección estaban, porque tenían visados mexicanos. Allí les harían justicia.

Se fueron, llevando a la cabeza una mujer joven, de mirada luminosa, ahora sombría, con una niña pequeña de ojos acerezados que llevaba una capota de viaje. Me uní a ellas. Había cogido el fajo de papeles del muerto. El destino de esas mujeres, su consulado, me lo había traído a la memoria. ¡Tenía tiempo! Bien podía ir con ellas. Entretanto había amanecido, una mañana casi demasiado luminosa para mis ojos carentes de sueño. Subimos Cannebière arriba, yo era el único hombre en el montón de mujeres y niños españoles. Ya se habían acostumbrado a mí. Me parecía como si entre todas las personas de esa calle fuera la única que no quería marcharse. Pero también era demasiado decir que hubiera tenido que quedarme. Por difícil que pueda ser partir, pensaba, yo podría conseguirlo. Me había abierto paso hasta aquí, hasta ahora no me había ocurrido ninguna desgracia visible más allá del mal estado del mundo, que por desgracia coincidía exactamente con mi juventud. En todo caso, eso me oprimía. Seguro que en París los árboles ya estaban pelados, hacía frío allí, los nazis robaban carbón y pan. Doblamos hacia el Boulevard de la Madeleine, junto a la iglesia protestante, grande y fea. Las mujeres quedaron silenciosas. ¿Era ese el consulado mexicano? Un piso en una casa de alquiler, que en nada se distinguía de otras casas. El portal no se distinguía de otros portales salvo por el escudo, que apenas era visible para los que pasaban sin prestar atención, aunque no fuera así para nuestros

ojos, que lo buscaban inquietos. Se había oscurecido mucho desde que yo había tratado de descifrarlo en París. Apenas distinguí aún el águila sobre el matorral de cactus. Al verla, mi corazón se contrajo con una sensación de nostalgia dolorosa y alegre, una especie de esperanza, pero yo no sabía en qué. Quizá en la anchura de la tierra, en la tierra desconocida y prometida.

El portero —no era en modo alguno un cíclope, era un hombrecillo de piel coriácea y dos ojos estrechos de mirada seca e inteligente— me escogió de entre el montón de los que esperaban, no sé por qué. Tuve que apuntar en su papel lo que deseaba y mi nombre. Escribí: asunto del escritor Weidel. No sé de dónde sacó la impresión de que tenía que abrirme un camino hacia arriba por entre la multitud. En la estrecha y pequeña antesala había una docena de personas que esperaban, se suponía que con preferencia. Tres españoles flacos y uno fofo parecían discutir con virulencia, parecía que iban a tirar de navaja, pero probablemente solo era un asunto habitual con un gigantesco gasto de pasión. Un prestataire barbudo y completamente harapiento se apoyaba cansado ante los chillones carteles: dos niños vestidos de colores, con gigantescos sombreros. Era un cartel de viajes y procedía de tiempos en los que unos humanos de difícil movilidad eran seducidos para viajar por el abigarramiento de los distintos países. En la única silla que había se sentaba un hombre mayor, que respiraba con dificultad. Había algunos hombres y mujeres más, que por la condición de su ropa, por su pelo y por su olor venían sin duda alguna de campos de concentración. Luego había una hermosa muchacha, bien vestida, de cabellos dorados... de pronto hablaron todos a la vez, ni siquiera pude tomar conciencia de en qué idioma, era una especie de coro: ya no dejan salir a extranjeros hacia Orán. A nosotros no nos dejan pasar a España. Ya nadie puede entrar en Portugal. Dicen que un barco pasa por la Martinica. De allí se puede ir a Cuba. Pero sigue estando bajo soberanía francesa. Da igual, ya estás fuera.

Yo esperaba medio divertido, medio aburrido. Y sin sentimientos y sin intención entré al despacho del secretario del consulado cuando se me llamó, medio divertido, medio aburrido.

Ante mí estaba un hombre bajito, todavía joven, con unos ojos enormemente alerta. Chispearon de placer al verme. No porque precisamente mi visita le alegrase en particular. Estaba hecho, por naturaleza, de un modo tal que estaba en condiciones —quizá era el único entre sus iguales— de reanimarse diariamente ante cada visitante de su secretaría, y venían a miles. Cualquier procedimiento en esa estancia hacía chispear sus ojos: las tretas del pequeño traficante para saltarse la fila, la esperanza del antiguo ministro de ser recibido en algún momento. Con sus ojos extremadamente despiertos, escudriñaba a cada persona que quería viajar a México: el comerciante de Holanda al que habían quemado sus almacenes de Róterdam, pero que aún tenía suficiente dinero como para ofrecer las mayores fianzas, el español apoyado en muletas que al final de la Guerra Civil había ido cruzando los Pirineos de un campo a otro, y finalmente hasta aquí, hasta el Boulevard de la Madeleine. Sus ojos penetraban dentro de cada solicitante de un visado. Y, si le parecía adecuado dejar a esa persona pisar su país, hacía todo lo posible por reducir las lagunas y puntos débiles del expediente, todo lo posible porque esa persona estuviera madura para su visado.

Me preguntó fríamente qué deseaba. La mirada de sus ojos fijos en mí, chispeantes de ingenio e inteligencia, me arrancó de pronto de mi indolencia, despertó en mí la conciencia de mi propio ingenio, de mi propia inteligencia.

—Vengo —dije— por el caso Weidel.

Él respondió:

—Cierto. Ese es el nombre que me han dado.

Gritó el nombre, levemente modificado por su extraña entonación, al hombre grueso que revolvía entre los expedientes. Se volvió una vez más hacia mí con las palabras:

—Disculpe si entretanto me ocupo de otros.

Yo quería interrumpirle de inmediato, dejar mi paquete encima de la mesa, irme. Pero él, que al parecer odiaba las interrupciones, consideró la mía una pérdida de tiempo y me detuvo con un gesto. Ya estaban llamando a otras personas: cuatro españoles a un tiempo —iban y venían encogiéndose de hombros, al parecer con las manos vacías, el pequeño secretario también se encogía de hombros—: la mujer de cabello dorado que buscaba a su amante, que había estado en las brigadas del Ebro; el secretario le indicó que no tenía lista de brigadas, mientras sus despiertos ojos evaluaban como era su costumbre a la joven, la medida de su afecto por el desaparecido; un comerciante, sudoroso de gratitud ante el visado; el prestataire, al que los Estados no daban visado; un artesano dispuesto a pintar el consulado. Por último vino una pareja muy joven, casi unos niños, cogidos de la mano. No entendí lo que se discutía, pero entendí la ceremonia. Obtuvieron visado. Los tres sonrieron. Se hicieron mutuas reverencias. Yo les envidié mientras salían volando de allí, cogidos de la mano. Me quedé solo en la silla de la secretaría mexicana. Entretanto, al secretario le habían llevado el expediente. Dijo:

—Aquí están los documentos Weidel.

En mi cabeza surgió un neblinoso recuerdo de una carta que había leído en París. Me quedé mirando fijamente los papeles que quedaban del muerto, encima de la mesa. Visado sobre visado, papel sobre papel, expediente sobre expediente. Con una perfecta y cierta esperanza.

De pronto, fui consciente de una ínfima superioridad sobre el secretario. Él habría sido superior ante un Weidel vivo, le habría traspasado con la mirada, le habría divertido. Pero para mí era divertido ver la exactitud con que estudiaba el expediente con la más superflua de las inteligencias. Una sombra en el círculo de los peticionarios de visado, una sombra que renunciaba lisa y llanamente. En vez de explicárselo enseguida, le dejé un instante entregado a su ocupación carente de objeto. Hasta que sonó el teléfono:

—¡No! —gritó el secretario, incluso al teléfono chispeaban sus ojos—, la confirmación de mi Gobierno aún no ha llegado... Este caso —me dijo de pronto— se parece mucho al de usted.

Yo dije, asombrado:

—Disculpe, se equivoca. Mi nombre es Seidler. Solo he venido... —Quería explicárselo todo con detalle. Pero él, opuesto a las largas explicaciones, me interrumpió furioso:

—Sí, ya lo sé. —Durante todo el tiempo, tenía preso entre dos dedos el papel con mi nombre y mi petición—. Como acabo de explicar por décima vez al teléfono a uno de sus compañeros, solo podrá recibir su visado cuando mi Gobierno le confirme que el nombre de su pasaporte, Seidler, es el mismo nombre del escritor Weidel, cosa que mi Gobierno puede hacer si obtiene garantías

de su identidad.

Al oír esa explicación, mi cabeza empezó a vibrar como un alambre acariciado por el viento. Mi propio timbre, una especie de autoalarma que siempre se enciende en mí antes de que yo mismo sea consciente de que quizá estoy a punto de emprender algo que puede destruir, que va a destruir la vida que llevo en ese instante.

Le respondí con toda corrección:

—¡Por favor, escúcheme! En este caso se trata de algo distinto. Ya se lo expliqué todo a su cónsul en París. Aquí hay un manojo de papeles, manuscritos, cartas...

Él hizo un movimiento de impaciencia e irritación.

—Puede enseñarme lo que quiera —empezó, mirándome a los ojos. Su mirada despierta y astuta suscitó en mí la fuerte sensación de mi propia viveza, el deseo irresistible de medirme con una inteligencia a la altura de la mía—. No perdamos el tiempo inútilmente. El tiempo es tan valioso para usted como para mí. Tiene que dar los pasos adecuados.

Me levanté. Cogí el manojo de papeles. Él no me perdía de vista. Le devolví la mirada con firmeza. Pregunté:

—¿Qué pasos tengo que dar? Por favor, aconséjeme.

Él dijo:

—Se lo repito por última vez: pida a los mismos amigos que presentó para el visado que salgan fiadores ante mi Gobierno de la identidad del nombre Seidler de su pasaporte con el del escritor Weidel.

Agradecí el consejo. Separamos nuestras miradas, no sin esfuerzo.

II

Volví a casa sumido en profundos pensamientos. Quiero decir que fui a aquel hotel en el que vivía desde el día anterior por la tarde. Lo miré atentamente por vez primera a la luz del día. El callejón era alto y estrecho, pero me gustaba. Su nombre también me gustaba. Se llamaba Rue de la Providence. El hotel llevaba el nombre del callejón. Me había alegrado mucho de tener una habitación para mí solo. Ahora me daba cuenta de que tenía que volver a aprender a estar solo en una habitación. Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo. Acababan de empezar la limpieza de las calles, un fuerte chorro de agua arrastraba pavimento abajo toda una flotilla de porquerías. ¿Qué iba a hacer yo en esa habitación? ¿Para qué quería yo cuatro paredes? ¿Para esperar una redada? Sentía con fuerza que lo único que aún temía de verdad en el mundo era la pérdida de mi libertad. No me dejaría volver a encerrar por tercera vez, bajo ninguna circunstancia. El viejo

loco de ayer por la tarde, el director de orquesta de Caracas, tenía razón. Había que irse de aquí, y si no, hacía falta un derecho inequívoco para quedarse. Pero yo no estaba en modo alguno entre los elegidos, no tenía visado, ni tránsito, y por otra parte tampoco un permiso de residencia. Me venían pensamientos que ahuyentaba —un débil zumbir en mi cabeza—, el oscurecido escudo de armas, la despierta y taimada mirada del pequeño secretario. Ya no podía soportar estar solo. Por fríamente que me hubieran recibido ayer por la tarde, quería volver a intentarlo con Georg Binnet, la única persona que conocía aquí. Fui a la Rue du Chevalier Roux. Así el puño de bronce y llamé con él.

Aunque vuelva a aburrirle ahora con la familia Binnet... volvemos a estar cerca del núcleo del asunto, ya verá cómo algunas sombras se escurren a través de todas las puertas.

Georg Binnet fue la única persona que no me preguntó dónde quería ir, sino de dónde venía. Le conté enseguida todo lo que hasta ahora le he contado a usted. Tan solo omití por completo una cosa: el asunto Weidel. ¿Qué le importaba a Binnet un extranjero que se había envenenado en París el día de la entrada de los alemanes? Georg me escuchó con atención. Era un hombre robusto, de mediana estatura, con los ojos grises de los franceses del norte. Había sido trasladado a Marsella por estúpidas disposiciones de su fábrica, que estando movilizado le había mantenido en la empresa, había ordenado la evacuación, luego se había disuelto y había dejado a la plantilla en la estacada. Ahora hacía un mal pagado turno de noche en un molino. Pero fuera de su trabajo vivía libremente, alegre, suelto. Cuidaba a su exótica amiga y a su hijo, pero a este con suavidad, para no herirle, porque era un niño muy orgulloso.

Desde el primer momento, sentí una dolorosa inclinación hacia el niño. Se sentaba a la mesa y oía mis relatos en silencio. Me dio que pensar. ¿Para qué relucían sus ojos? Nunca verían nada más que este mundo. ¿Para qué era su piel de oro oscuro? Seguro que la chica a la que abrazaría algún día estaba hecha de otra pasta. ¿Para qué la atención con la que seguía nuestras conversaciones, con tanto esfuerzo que le temblaban los labios? No oiría de ambos adultos más que las confusas experiencias de este año, traición y desorden.

Esa noche, la amante de Binnet me invitó a cenar con ellos. Había una gran fuente de arroz especiado. Yo sentía que los tres me soportaban, y yo, yo les estaba agradecido. Normalmente se arma mucho alboroto con el comienzo de un gran amor. Pero una seguridad de unas pocas horas, una insospechada seguridad, una mesa en la que te hacen sitio, es lo que le sostiene a uno, es lo que impide que se vaya a pique.

Esa noche con los Binnet me tranquilicé. Porque cuando se vive mucho tiempo solo uno se tranquiliza cuando le preguntan por su vida. Solo volví a sentir inquietud cuando volví a estar solo entre mis cuatro paredes de la Rue de la Providence.

Apenas me acosté, empezó un estrépito infernal en la habitación que había a mano derecha. Fui allí a pedir silencio. Una docena de personas jugaban a las cartas en dos grupos. Vi en sus uniformes y en sus grotescos tocados árabes que eran legionarios extranjeros. Casi todos estaban borrachos o se hacían los borrachos para poder dar voces. Sin duda no estaban peleándose, pero había un tono de amenaza en todo lo que decían, incluso cuando solo pedían una copa o decían el nombre de sus cartas, como si entre personas solo fuera posible abrirse paso empleando ese tono. Yo me senté encima de una maleta, aunque nadie me invitó. Empecé a beber, en vez de pedir

calma. Ahora ya no estaba solo... eso era todo. Y ellos, a pesar de su furia jugadora y sus ganas de pelea, ni siquiera se sorprendieron, sino que me dejaron allí en la maleta, porque entendían por qué había venido. Así que, a pesar de todo, entendían lo más importante. Un hombre bajito, que iba un poco mejor uniformado y llevaba una chilaba limpia, me contemplaba atentamente con ojos serios. En su pecho brillaban muchas medallas.

¡En esa habitación se bebía una mezcla bastante fuerte! Empecé a tener calor. En medio de la niebla brillaban las medallas sobre el pecho de aquel individuo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Estamos de permiso, somos del campo de tránsito de Les Milles. Hemos reservado todas las habitaciones para nosotros. Es nuestro, ¿entiendes? Es nuestra habitación.

—¿Adónde vais?

—A Alemania —gritó un enano, que disimulaba su enanez con un gran tocado en la cabeza—. La semana que viene nos vamos a casa.

Un hombre que fumaba a horcajadas en la ventana abierta, con una pierna por fuera, la hermosa y descarada cabeza apoyada en el marco de la ventana, contó con ligereza:

—Vino una comisión alemana. A Sidi-bel-Abbès. Dijo que todos los alemanes de la legión extranjera tenían que regresar a casa. ¡Indulgencia plenaria! ¡El perdón de todos los pecados!

—¿Os gusta Hitler?

—Nos da igual —dijo uno; su rostro estaba tan extrañamente afeado que me incliné para distinguir si era solo la niebla la que hacía borrosos sus rasgos, porque ni la boca ni la nariz estaban en su sitio y eran anchas y planas—, igual que todos. Más igual aún.

El hombre de la ventana, por encima del hombro —también había sacado la otra pierna, de forma que daba la espalda a la habitación—, dijo:

—Mejor fusilado en casa que enterrado aquí con la legión extranjera.

—Entre nosotros ya no se fusila —dijo el enano—, se decapita.

El hombre de la ventana se cogió la cabeza por las orejas:

—Podéis jugar a los bolos con esto.

El hombre del rostro atormentado empezó a cantar «En la patria, en la patria». La cancioncita salía con suavidad y sencillez de su máscara, de su boca torcida. O había estado soñando ayer por la tarde, o no había soñado en absoluto, o estaba soñando ahora. El hombre bajito de las medallas se sentó a mi lado en la maleta:

—Yo no, yo no voy a casa, yo viajo en otra dirección. A mí no me da igual. ¿Y tú?

—Yo me quedo —dije—. Ya verás, al final me quedaré.

Él dijo:

—Eso lo dices porque estás borracho. No es posible quedarse.

Brindó conmigo, a su manera seria y equilibrada. Me habría gustado darle un abrazo, pero me lo impedía la niebla impenetrable de brillo dorado delante de su pecho.

—¿Por qué te han colgado todo eso?

—Fui valiente.

Yo me enrosqué sobre la maleta. Había gastado la mayor parte de mi dinero para estar solo en una habitación. Pero ahora quería dormir aquí. El hombre pequeño de ojos serios me levantó en vilo, me sacó de la habitación con gestos ensayados. Incluso me tumbó sobre mi cama.

III

La semana casi había pasado cuando alguien llamó furiosamente a la puerta, por la mañana temprano. El legionario que tenía muchas medallas entró en mi habitación.

—¡Redada!

Me empujó por una puertecita al final del pasillo, hacia una escalera que subía al desván. Luego bajó para tumbarse en mi cama con sus papeles del permiso. Encontré una segunda escalera que subía del desván al tejado. Me acurruqué tras una de las chimeneas.

El viento era tan fuerte que tuve que sujetarme. Podía ver toda la ciudad y las montañas, la iglesia de Notre-Dame de la Garde, el rectángulo azul del viejo puerto con su paso elevado de hierro y un poco más tarde, en cuanto la niebla se disipó, el mar abierto con las islas. Me escurrí unos metros más allá. Olvidé lo que podía estar pasando debajo de mí, la cacería policial en todos los pisos. Vi la Joliette, con sus innumerables hangares y muelles. Pero todos estaban vacíos. Por mucho que miré, apenas vi un barco de verdad. Se me pasó por la cabeza que el día anterior decían en todos los cafés que ese día salía un barco hacia Brasil. No hay sitio para todos nosotros, pensé, ¡el arca de Noé! Una pareja de cada animal. Pero entonces también tuvo que bastar, la decisión era sabia, volvemos a sobrar.

Oí un débil susurro. Me estremecí. Pero solo era un gatito. Me miró furioso. Nos miramos, hechizados, los dos temblando de miedo. Yo solté un bufido y él saltó al tejado más próximo.

Del callejón llegó el sonido del claxon de un coche. Me asomé al borde del tejado. Los policías subieron a su coche. Dos estaban sacando a tirones a alguien del hotel a la calle, y por la forma de tirar pude apreciar que ese alguien iba unido a los otros por medio de esposas. Cuando

salieron de allí a toda prisa pensé, contento y perverso, que ese alguien no era yo.

Bajé a mi piso. En la habitación de la izquierda, un montón de huéspedes del hotel rodeaban, haciéndole preguntas y consolándola, a la mujer deshecha en gritos del que se habían llevado. Estaba ya tan hinchada y roja de llorar como un duende. Gritaba:

—Mi marido llegó del departamento del Var ayer por la noche. Íbamos a irnos a Brasil mañana. Incluso tenía un salvoconducto. No tenía permiso de estancia en Marsella. ¿Para qué? Nos íbamos mañana. ¿A quién le íbamos a pedir permiso? ¡Habríamos estado en alta mar mucho antes de tener la respuesta! Y ahora perderemos los billetes, y nuestro visado caducará.

Las preguntas y el consuelo enmudecieron, porque no había ninguno razonable. En los apáticos rostros de los legionarios, se podía leer con cuántas mujeres que gritaban estaban orlados sus caminos desde siempre. Yo no entendía una palabra. Tampoco merecía la pena entender, un bosque de absurdos, seco e impenetrable.

IV

Los días siguientes, estuve a punto de creer que mi propia vida había alcanzado la calma. Yvonne me envió el salvoconducto. Fui con el papel a la oficina de extranjería, en la Rue Louvois. Era la segunda vez que iba, esta vez formalmente. Me pusieron un sello. El funcionario me preguntó por la finalidad de mi presencia aquí. Dije, ya sobre aviso, que había venido para preparar mi partida. Me concedió un permiso de residencia en Marsella de cuatro semanas, con fines de preparación del viaje. El tiempo que me habían concedido se me antojaba largo. Estaba casi feliz.

Vivía tranquilo y bastante solo en medio de esa horda de demonios ansiosos por marcharse. Me tomaba mi amargo sucedáneo de café o mi dulce Banyuls con el estómago vacío y escuchaba extasiado la cháchara portuaria, que no me importaba nada. Ya hacía frío, pero yo seguía sentándome al aire libre, en el ángulo de una ventana, protegido del mistral, que le atacaba a uno por todos lados a la vez. Así que el trozo de agua azul ahí abajo, al final de la Cannebière, era el borde de nuestro continente, el borde del mundo, que, si se quiere, va desde el océano Pacífico, desde Vladivostok y China, hasta aquí. No en vano se llama el Viejo Mundo. Pero aquí terminaba. Vi salir a un empleado bajito y giboso de la oficina de la naviera que había enfrente para escribir en el escuálido pizarrín que había delante de la puerta el nombre de un barco, una hora de partida. Enseguida había tras el jorobado una cola de personas que esperaban dejar atrás, precisamente con ese barco, nuestro continente, su vida anterior, a ser posible la muerte para siempre.

Cuando el mistral soplabla demasiado fuerte me sentaba aquí, en la pizzería, en esta mesa. Por entonces aún me asombraba que una pizza no supiera dulce, sino a pimienta, olivas y sardinas. No tenía mucha hambre, estaba débil y cansado, casi siempre un poco borracho, porque solo tenía dinero para un trozo de pizza y un rosado. Cuando entraba en la pizzería, solo tenía una grave cuestión que resolver en esta vida: ¿debía sentarme en el lugar en el que usted se sienta

ahora, de cara al puerto frente a mí, o en el lugar en el que estoy sentado ahora, cara al fuego encendido? Porque ambas cosas tienen sus ventajas. Podía contemplar durante horas las blancas fachadas de las casas al otro lado del Puerto Viejo, detrás de las vergas de los botes de pesca, bajo el cielo vespertino. También podía mirar durante horas al cocinero labrar y amasar la masa, hundir los brazos en el fuego al que arrojaba la madera fresca. Luego subía a ver a los Binnet, que vivían a cinco minutos de aquí. La amiga de Binnet me había dejado arroz especiado, o una sopa de pescado. Traía unos dedales llenos de café auténtico. Solía escogerlo de entre la ración mensual, que era una mezcla de unos pocos granos de café y muchos granos de cebada. Tallaba algo para el chico, para que apoyase la cabeza en mí mientras miraba. Sentía que la vida normal me rodeaba por todas partes, pero a la vez sentía que se había vuelto inalcanzable para mí. Entretanto, Binnet se vestía para empezar su turno de noche. Discutíamos acerca de lo que se discutía entonces, si los alemanes lograrían desembarcar en Inglaterra, si el pacto con Rusia sería duradero, si Vichy cedería Dakar a los alemanes como base para su flota.

Por aquel entonces también conocí a una chica. Se llamaba Nadine. Había trabajado en la azucarera con la amiga de Binnet. Había ascendido gracias a su belleza y astucia. Ahora era vendedora en la sombrerería de los grandes almacenes Les Dames de Paris. Era alta, iba muy erguida, levantaba orgullosa la inteligente y fina cabeza rubia y siempre iba muy bien vestida, con su abrigo azul oscuro. Yo le dije enseguida que era pobre. Ella dijo que por el momento eso no importaba, que solo se había enamorado de mí, no era un matrimonio hasta que la muerte nos separase. La recogía todas las tardes a las siete. ¡Cuánto me gustaba entonces su boca, hermosa, grande, de trazos marcados, su fuerte olor a maquillaje fresco, de un rosa amarillento como polvo de mariposas sobre su rostro y sus orejas, las sombras auténticas, no pintadas, del más extremo cansancio bajo los ojos luminosos y duros! Pasaba gustoso hambre durante todo el día para llevarla por las noches al Regence, su café favorito, donde por desgracia un café costaba dos francos. Cada una de las veces teníamos una pequeña disputa sobre a dónde ir, si a su cuarto o al mío. Los legionarios chasqueaban la lengua cuando pasaba ante ellos con Nadine. Yo crecía a sus ojos mediante la posesión de esa amiga. Apenas nos tendíamos, entonaban sus obscenas canciones para festejarnos, para irritarnos o ambas cosas a la vez. Nadine me preguntaba quiénes eran esos demonios y qué cantaban. Cómo iba yo a poder explicarles lo que yo mismo no me explicaba, que algo me atraía hacia esa horda, lejos de la hermosa muchacha que casualmente tenía en mis brazos.

A Binnet y a mí nos gustaban mucho nuestras mujeres, de las cuales la una era tan clara como oscura la otra. Pero las mujeres eran celosas y no podían soportarse mutuamente.

V

Entretanto, el mes para el que me habían concedido permiso de residencia tocaba a su fin. Yo ya me sentía completamente integrado. Tenía una habitación, un amigo, una amante. Pero el funcionario de extranjería de la Rue Louvois tenía otra opinión. Dijo:

—Tiene usted que marcharse mañana. Aquí en Marsella solo toleramos a los forasteros que nos

aportan pruebas de que tienen intención de irse. Usted ni siquiera tiene un visado, ni siquiera la expectativa de tenerlo. No hay ningún motivo para prolongar su estancia.

Entonces empecé a temblar. Temblé quizá en mi interior más íntimo, porque el funcionario tenía razón. No estaba integrado. Mi techo en la Rue de la Providence era discutible. Mi amistad con Georg Binnet no había sido puesta a prueba, mi ternura hacia el niño un débil sentimiento que no obligaba a nada, y en lo que a Nadine concernía, ¿acaso no empezaba a cansarme de ella? Ese era el castigo por la fugacidad carente de vínculos de mi paso... tenía que irme. Había recibido un plazo de gracia, una prueba, y lo había empleado mal. El funcionario alzó la vista y vio que me había puesto pálido. Dijo:

—Si tiene que quedarse, le ruego que aporte de inmediato certificación de un consulado de que está esperando los documentos para irse.

Regresé a pie a la Place d'Alma. Hacía un frío amargo. El frío del sur, que no está vinculado a la hora; a veces el mistral puede congelar el sol del mediodía. Me atacaba por todas partes, buscando mi punto más débil. Así que necesitaba enseguida el certificado de partida para que me dejaran quedarme. Bajé por la Saint-Ferréol. ¿He de sentarme en este café frente a la prefectura? Este no es mi sitio. Es el café de los que están listos para partir, los que solo tienen que ver con el departamento de Visa-de-sortie o incluso con el consulado americano. Quizá hoy sea mi fiesta de despedida con Nadine. Necesito cada céntimo. Ahora estaba ya en la Cannebière. ¿Por qué no bajé al Puerto Viejo, por qué subí en dirección contraria, hacia la iglesia protestante? ¿Se me ocurrió por eso la idea de torcer hacia el Boulevard de la Madeleine? ¿Elegí enseguida esa dirección porque era allí donde quería ir? La gente se apiñaba ante la triste casa en la que se alojaba el consulado mexicano. El escudo encima de la puerta estaba casi borrado, el águila era irreconocible. El portero me escogió enseguida con su mirada seca e inteligente, como si llevara sobre la frente el sello secreto de máxima urgencia de alguna autoridad superior a todos los consulados del mundo.

—No, lo lamento —dijo el pequeño secretario de ojos chispeantes—, lo lamento de veras. Seguimos sin tener confirmación de nuestro Gobierno de que usted sea el mismo que el señor Weidel. No se trata de mis dudas personales, de mi confianza personal. Por desgracia aún no puedo hacer nada por usted. —Yo dije:

—Solo he venido... —Sus miradas se afilaron contra la mía. Sentía con tanta fuerza como nunca el deseo de ser aún más astuto que él, aún más taimado, de imponerme a toda costa.

Dije:

—Solo he venido para... —él me interrumpió:

—Sea razonable. Necesito la notificación de mi Gobierno. Necesito...

—Déjeme terminar —dije en voz baja; yo mismo sentía que ahora mi mirada era un punto más firme, un punto más coactiva que la suya—. He venido aquí exclusivamente a pedir un certificado de que se ha retrasado mi identificación, con vistas a prolongar mi estancia.

Él reflexionó un instante. Luego dijo:

—Eso puedo dárselo sin problemas. Le ruego que me disculpe.

Regresé a la Rue Louvois con mi certificado. Obtuve un mes de prórroga. Mi corazón latía con fuerza. ¿Cómo aprovecharía ese mes? Ahora estoy ducho en esos menesteres.

Pero no encontraba ningún punto de apoyo para cambiar mi vida. Con Nadine, como mucho podía proceder de forma un poco distinta..., era algo inesperado para mí mismo. Sin duda la habría conservado en mi memoria como una gran pasión si hubiera tenido que partir. Pero así, al final de esa misma semana, de repente el olor de su maquillaje me repugnaba, me repugnaba que nunca, nunca, ni siquiera en mis brazos se le escapara nunca un gesto que no estuviera controlado por su mente, me repugnaba la sonrisa torcida con la que por las noches se arreglaba su hermoso pelo. Encontré un pretexto, no fui una noche. Ni siquiera sabía cómo seguir, no quería ofenderla, era buena conmigo. Entonces ella misma acudió en mi ayuda:

—No quiero que te enfades conmigo, pequeño —dijo—, pero ahora, en Navidades... tenemos que trabajar también los domingos y hacer horas extras.

Sabíamos que los dos nos estábamos engañando, y también que esa forma de mentir es mucho mejor, mucho más decente que la verdad.

VI

Entretanto, también se habían acabado mis últimos fondos. Seguía sin preocuparme. Si tenía mucha hambre, iba a casa de los Binnet. Si tenía poca, fumaba. Después de no comer, me sentaba delante del café más barato. El sucedáneo de café era terriblemente amargo y la sacarina terriblemente dulce, y aun así por entonces estaba contento: era libre, tenía mi cuarto pagado un mes por adelantado, seguía vivo; una triple suerte que pocos compartían conmigo.

Ante mis ojos se derramaba, con sus desgarradas banderas de todas las naciones y creencias, la vanguardia de los refugiados. Habían huido por toda Europa, pero ahora, ante las aguas estrechas y azules que brillaban inocentes entre las casas, se les había acabado la imaginación. Porque los nombres anotados con tiza no significaban ningún barco, solo la débil esperanza de un barco, que enseguida resultaba borrada porque algún estrecho estaba minado o una nueva costa había sido cañoneada. La Muerte se acercaba cada vez más, con su bandera de la cruz gamada todavía intacta y crujiente. Pero a mí, quizá porque ya me la había encontrado una vez y la había superado, me parecía que también ella, la Muerte, estaba por su parte en fuga. Pero ¿quién le pisaba los talones? A mí me parecía que no necesitaba más que tiempo para esperar, y podría sobrevivirle incluso a ella.

Me estremecí cuando alguien me tocó el hombro: mi director de orquesta del balneario de Caracas. De día llevaba unas oscuras gafas de sol, que hacían insondables los cuencos de sus ojos de calavera.

—Sigue usted aquí —dijo. Yo respondí:

—También usted.

—Ayer me dieron mi visa de sortie. Media semana tarde.

—¿Tarde?

—Mi visado expiró a principios de semana. El cónsul solo lo prolongará si mi orquesta me renueva el contrato de trabajo.

—¿Y no lo va a hacer?

Él dijo, sobresaltado:

—¿Por qué no? Sí, los comités han teleografiado. Si al menos lo lograra en un mes. De lo contrario, la visa de sortie volverá a caducar. Experimentará todo esto en propia carne.

—¿Yo? ¿Para qué?

Él se echó a reír y siguió su camino. Caminaba con tal lentitud de anciano que me pareció que nunca podría cruzar la Cannebière, y no digamos mares y países. Yo dormitaba al sol. ¿Cuánto tiempo me dejará el camarero sentarme aquí con un solo café? ¿Por qué estoy agotado? Soy joven. Quizá la gente que sube a los barcos tenga razón. Yo acabaría con esto, yo, con esos demonios, los cónsules. Entonces sentí un estremecimiento.

Del café de enfrente, el Mont Vertoux, salía el pequeño Paul. Tenía buen aspecto. Ropa nueva. Crucé la Cannebière y lo traje a mi mesa. Nunca había sido mi amigo, en absoluto. Pero había estado conmigo en el campo, y también en París bajo los alemanes. Ahora casi le habría besado. Pero él me miraba... con tanto despego. También él tenía prisa.

—El comité —dijo— cierra a las doce. ¿Qué pasa?

¿Qué pasa?, pensé yo. Me di cuenta de que él no comprendía en absoluto que era la primera vez que volvíamos a vernos, de tanta gente que volvía a ver por vez primera cada día.

—¿Cómo te va, Paul?

Entonces se animó.

—¡Fatal! Estoy en la peor de las situaciones.

Se sentó a mi mesa, porque se dio cuenta de que en mí había encontrado una persona a la que podía volver a contárselo todo.

—Cuando llegué aquí, presenté mi solicitud de permiso de residencia. Quería hacerlo de forma especialmente correcta. Quería estar en orden. Presenté la solicitud en la oficina de extranjeros. Y, porque un funcionario me lo aconsejó, presenté una segunda solicitud ante el prefecto en persona. Más, pensé, no se puede hacer. Y me dieron respuesta a las dos solicitudes. ¡Pero qué respuesta! La oficina de extranjeros me daba un nuevo pase que llevaba impreso: «Residencia forzosa en Marsella». La prefectura me hizo llamar y estampó en mi vieja tarjeta: «Tiene que

regresar a su departamento de origen».

Yo me eché a reír. El pequeño Paul dijo, casi llorando:

—Tú puedes reírte a gusto. Pero yo tengo que salir del país. Estoy en la lista de amenazados, pero no me dan mi visa de sortie porque me han echado en la prefectura.

—Entonces vuelve a tu último departamento y entra de nuevo.

—No puedo hacer eso —se quejó Paul—, en el pase que necesito para viajar está impreso «Estancia forzosa en Marsella». ¡Deja de reírte! Por suerte hay amigos que están arreglándome las cosas, amigos de mucho prestigio. Al fin y al cabo tengo el visado de peligro.

La última palabra fue mi palabra clave. Nos vi sentados juntos en París, en el Carrefour de l'Odeón. Tenía que haber sido en la prehistoria. Yo había estado revolviendo los papeles del muerto, había aprovechado su nombre. También hubiera podido ser otro nombre que casualmente me fuera útil. Por primera vez, volví a pensar en el hombre mismo, el hombre muerto, con respeto y pena.

—¿Por qué no volviste a la Capoulade, Paul? Con tu amigo, ya sabes, Weidel, fue un mal asunto.

—Sí —dijo Paul—, este es un mal mundo.

—Es bastante malo. Y ahora resulta que ese hombre tiene un visado, un hermoso visado del consulado mexicano.

—¿Ah, sí? La verdad es que es curioso. ¿Tiene un visado para los Estados Unidos? Viajar tan solo a México...

—Sabes, Paul, creo que tenías razón, no entiendo una palabra de arte. Pero creo que tu amigo Weidel entendía un poco.

Paul me miró de una forma extraña.

—Lo has expresado muy bien, entendió un poco alguna vez. Sus últimos trabajos son —¿cómo decirlo?— un poco más pálidos.

—Yo no entiendo nada de eso, Paul, tan solo leí algo de ese Weidel, lo último que escribió. No entiendo de eso. Me gustó.

—¿Cómo se titula?

—No lo sé.

Entonces Paul dijo:

—Dudo que un hombre como él pueda escribir jamás en México.

Yo me quedé mudo de la sorpresa. Así que no tenía que avergonzarme si nuestro reencuentro era

mezquino. El pequeño Paul ni siquiera sabía que Weidel estaba muerto. Quizá no podía saberlo, en medio del torbellino de la guerra. ¿O sí? Habría tenido que preguntar e indagar y no darse respiro. Al fin y al cabo el muerto era uno de los suyos. Ahora entendía aún mejor por qué ese Weidel se había hartado de todo. Seguro que ya antes le habían dejado solo a conciencia. Paul dijo:

—Lo principal es que tiene un visado.

Callamos, y mientras callábamos mi cabeza zumbaba. Dije:

—El visado todavía no está bien. Está a su nombre de escritor.

—Esos casos ocurren con frecuencia. ¿Así que en realidad no se llama Weidel? No lo sabía.

—Hay un montón de cosas que no sabes, Paul.

Le miré a los ojos. Pensé: eres tonto, Paul. Eso es lo que te pasa. Nada más. Es tu defecto oculto. ¡Cómo no me he dado cuenta antes! Porque hablas como si fueras inteligente, te haces el inteligente. La tontería te brilla en los ojos pardos.

—¿Cómo se llama en realidad? —preguntó Paul. Yo pensé: no te importa saber si tu amigo vive o está muerto, pero ese cotilleo de los nombres te llena de curiosidad. Respondí:

—Se llama Seidler.

—Qué curioso —dijo Paul— que alguien se haga llamar Weidel llamándose Seidler. Diré a mi comité, en el que soy persona de confianza, que se haga cargo del caso.

—Si lo logras, Paul, tú que tienes tanto poder..., tanta influencia sobre tanta gente.

—Tengo cierta influencia sobre un determinado círculo de personas. Weidel debería pasarse a vernos.

Paul se ha instalado en alguna parte, pensé, se ha atrincherado detrás de un escritorio. ¿Acaso no me lo he encontrado siempre en situaciones de desvalimiento? ¿En París? ¿En Normandía? Es tonto. Sin duda. Precisamente por eso no se anda por las ramas. Utiliza sus poquitas fuerzas, el modesto quantum de entendimiento humano que se le ha concedido, para pegarse a alguien, a algo, que finalmente siempre le ayuda a salir del paso. En París, si no recuerdo mal, fue un sedero, el marido de su mejor amiga. Dije:

—Weidel no se mueve con facilidad entre la gente. Es tímido. Resuelve tú, que todo lo puedes, que eres más hábil, el asunto por él. Solo se trata de un telegrama...

—Instaré a mi comité. Aunque tengo que decir que no me creo esa timidez de Weidel, como tú la llamas. La considero artificial. Entretanto parece haberte convertido en su coolie.

—¿Que me he convertido en qué?

—Su coolie. Ya sabes cómo es eso. Weidel siempre encuentra un coolie, hasta que se separan

con gran alboroto. Sabe fascinar a la gente... pero solo por un tiempo. Incluso a su propia esposa.

—¿Qué clase de mujer es, Paul?

Él reflexionó.

—No de mi gusto. Es...

Sin motivo alguno, sentí una ligera incomodidad. Le interrumpí con rapidez:

—Bueno, entonces harás lo que esté en tus manos por el pobre Weidel. Tienes cierto poder sobre un cierto círculo de personas. ¿Podrías prestarme unos cuantos francos?

—Querido, no tienes más que hacer un par de horas de cola en algún comité.

—¿Qué clase de comité?

—¡Por el amor de Dios! Los cuáqueros, los judíos de Marsella, el Hicem, el de La Haya, los católicos, el ejército de salvación, los masones.

Se alejó a toda prisa. En un abrir y cerrar de ojos se había escurrido Cannebière abajo.

VII

Al llegar a casa, la patrona me detuvo. Nunca había visto de esa mujer más que la cabeza y los pechos, las partes de su figura que eran visibles en la ventana, sobre la alta escalera. Desde ese lugar, seguía con atenta indiferencia el ir y venir de sus huéspedes. Me dijo que había tenido suerte, que la policía había vuelto, se había llevado a mi vecina de habitación. ¿Por qué? Porque debido a la detención de su marido en la última redada vive en la ciudad sin protección masculina. Y todas las mujeres que son descubiertas aquí en Marsella sin hombres propios y documentos suficientes son encerradas en un nuevo campo de mujeres, el Bompard.

Estaba claro que a la patrona todo aquello le era cordialmente indiferente. Se quedaba hasta el último franco que les sacaba a sus inseguros huéspedes para poder abrir lo antes posible un comercio de especias. Quizá estuviera aliada con uno de los policías, el jefe de las redadas, con el que ella, que lo sabía todo de todos nosotros, compartía la prima por cada presa. Así vivía, emprendedora, en su tranquilo escondrijo. Y todas las quejas y toda la desesperación de los detenidos se convertían en última instancia en su pensamiento en guisantes, jabón y macarrones.

Los días siguientes traté de seguir el consejo del pequeño Paul. Pero mis intentos ante todos los comités fracasaron lastimosamente. Al principio les contaba a todos que esperaba trabajo en una granja, no necesitaba más que un poquito de dinero para aguantar hasta entonces. Se encogían de hombros. No conseguí nada, y no tenía dinero ni para cigarrillos. Así que lancé al viento las

enseñanzas que mis padres me habían dado y que seguía teniendo clavadas en la sangre: que el hombre tenía que mantenerse firme, y no abandonar su causa hasta que se hubiera vuelto imposible. Enseguida empecé a contar que quería abandonarlo todo e irme. Eso lo entendieron todos. Si les hubiera pedido dinero para un azadón con el que probar suerte en un campo de nabos en cualquier lugar del Viejo Mundo seguro que no me habrían dado ni cinco francos. A los únicos que recompensaban era a los que estaban dispuestos a partir, a los que lo abandonaban todo. Así que desde ahora me mostré dispuesto a irme, con lo que conseguí dinero suficiente para esperar el barco. Pagué mi habitación, me compré cigarrillos y libros para el chico de Binnet.

Aún no había concluido mi segundo mes en Marsella, pero había empezado como era debido. Entretanto, Marcel me había escrito que no le iba mal con su tío, que quizá en primavera pudiera ir a la granja. Sin embargo, si hubiera dado ese motivo de espera en la oficina de extranjeros seguro que me habrían encerrado o enviado sabe Dios dónde. Porque los fugitivos tienen que seguir huyendo, no pueden ponerse de repente a cultivar melocotones. Para prolongar mi estancia por segunda vez, necesitaba un certificado de que estaba esperando un visado. Así que, para bien o para mal, tendría que volver al consulado mexicano. No hay nada de malo en ese certificado, pensaba yo entonces, no se lo estoy quitando a nadie. Me dejará respirar. Entretanto pueden ocurrir un sinnúmero de cosas que cambien mi vida. Quizá pueda ir antes a la granja de Marcel. Depende de que conserve mi libertad. Así pensaba yo, así piensan todos desde hace años. En el peor de los casos, será un sello en un trozo de papel. Al muerto no le hará daño. En cambio, yo tendré la prolongación de estancia más segura y más útil. Creía firmemente que mi vida podría enraizarse de verdad con una auténtica prolongación de estancia. Había perdido incluso el instinto de seguir huyendo.

Mi corazón latía con fuerza cuando subí el Boulevard de la Madeleine. Al principio, pensé que me había equivocado de número. ¡Ya no había escudo de armas! ¡La puerta estaba cerrada!

Había un montón de personas en la calle batida por el viento, indecisas, consternadas. Gemían al preguntarles: el consulado está cerrado por traslado. No hay visados. No podemos irnos. Quizá esta semana salga el último barco. Quizá mañana lleguen los alemanes. El barbudo prestataire apareció. Dijo:

—Tranquilizaos. Quizá vengan los alemanes, pero sin duda ahora no zarpa ningún barco. Con visado o sin él. ¡Id a casa!

Pero, como si el viento los hiciera girar y los sacudiera, pero al mismo tiempo los congregase en el sitio en un remolino de miedo, ellos seguían esperando, como si la puerta cerrada se fuera a ablandar. Estaban tan pálidos y barridos como si el barco que esperaban fuese el último transbordador que cruzaba la oscura corriente pero incluso este les estuviera vedado porque aún estaban un poco vivos, destinados a extraños padecimientos.

Por fin, se dispersaron. Un anciano de elevada estatura y relucientes cabellos blancos se quedó atrás. Dijo, sombrío:

—Estoy harto. ¿No pensarán que ahora voy a ir al nuevo consulado? Todos mis hijos murieron en la Guerra Civil. Mi mujer murió al cruzar los Pirineos. Lo entiendo todo. No sé por qué, no me afecta nada. ¿Cree usted, joven, que tiene mucho objeto para mí, con mis cabellos blancos,

con mi corazón roto, andar discutiendo aquí en Marsella con esos necios, los cónsules?

—El pequeño secretario no es tonto —respondí yo—, seguro que le trata con respeto.

—Se trata del tránsito —dijo el anciano—. Si me dan el visado aquí, tengo que pedir el tránsito allá. Nunca podré reprimir el deseo de que el barco se hunda por el camino. ¿Le parece a usted que tiene sentido para mí volver a ir al consulado que van a reabrir?

Yo respondí:

—No tiene sentido.

Él me miró fijamente y se fue.

VIII

También yo me fui. Bajé unos pasos por la calle. Entonces el tranvía pasó ante mí. Se detuvo a cinco metros de distancia. En la parada hubo un pequeño retraso. Estaban ayudando a bajar a alguien. Grité:

—¡Heinz!

Porque, en verdad, después de que le hubieran puesto en el pavimento con sus dos muletas, Heinz subía lentamente por el Boulevard de la Madeleine, y me reconoció, pero estaba demasiado sin aliento como para gritar.

Aún se había encogido más desde nuestra común estancia en el campo. Su cabeza parecía aún más pesada, sus hombros eran aún más estrechos. Al verlo me pareció nuevo y curioso ver cómo la vida está encerrada en un cuerpo frágil, al que se puede mutilar y atormentar. Sí, encerrada. La luminosidad de sus ojos se burlaba de esa prisión, su gran boca estaba deformada por el esfuerzo.

En el campo, yo había intentado a menudo atraer esos ojos hacia mí, con los recursos más ridículos. Solían dirigirse con rapidez y decisión hacia el individuo con la más viva atención para buscar y encontrar algo en él, lo que en cada ocasión hacía aún más luminosa la de por sí fuerte luminosidad de esos ojos, como cuando una luz recibe alimento para su combustión. Quizá precisamente por eso siempre he buscado un nuevo azar que dirigiera sobre mí esa mirada. Porque incluso en mí él encontraba algo, no sé qué, que yo mismo ya no sabía que seguía estando en mí, y me daba cuenta de que seguía estando precisamente cuando esa mirada se posaba en mí, a causa de su luminosidad un poco más intensa. Y eso que tenía claro que Heinz tenía poco que hacer conmigo. A él le gustaban cualidades que a mí se me escapaban, que no significaban nada para mí. Por lo menos entonces estaba convencido de que no significaban nada para mí. Me refiero a la lealtad incondicional, que entonces carecía de sentido y me resultaba aburrida, a la fiabilidad, que me parecía insostenible, a la fe inquebrantable, que me parecía infantil y tan inútil como arrastrar viejas banderas por ilimitados campos de batalla. En todas las

ocasiones, Heinz se había apartado de mí con un movimiento que quería decir: sin duda también eres un ser humano, pero...

Mi arrogancia me había impedido volver a acercarme a él hasta que la otra sensación había vuelto a hacerse más fuerte que mi arrogancia. Había vuelto a intentar atraer hacia mí sus ojos, a veces mediante la disponibilidad a ayudar, a veces por medio de tonterías. Tenía todo esto en la memoria cuando Heinz caminó unos pasos hacia mí. En los últimos tiempos casi había olvidado a Heinz, olvidado lo que me unía con él. En París, incluso durante el camino, había pensado mucho en él, le había buscado inconscientemente entre las hordas dejadas de la mano de Dios que llenaban las carreteras y las estaciones. En Marsella, se me había ido de la cabeza. Porque, al revés de lo que suele creerse, a veces se olvida con rapidez lo más importante porque le pasa silenciosamente a uno, porque se mezcla insensiblemente con uno, mientras cosas carentes de importancia se nos pasan a menudo por la cabeza porque se nos adhieren sin mezclarse con nosotros.

Cuando Heinz apoyó brevemente su cabeza en mí —no podía liberar las manos— y su mirada volvió a alcanzarme, entendí de pronto lo que sus luminosos ojos buscaban y volvieron a encontrar casi enseguida: a mí mismo y nada más, y de repente supe, para mí infinita tranquilidad, que seguía estando ahí, que no me había perdido ni en una guerra ni en un campo de concentración, ni en ningún fascismo ni errando por ahí, en ningún bombardeo, en ningún desorden por grande que fuese, no me había perdido, no me había desangrado, estaba ahí, y también Heinz estaba ahí.

—¿De dónde sales? —preguntamos ambos. Heinz dijo:

—He venido a Marsella desde arriba, acabo de bajarme delante de tus ojos. Tengo que ir al consulado mexicano.

Le expliqué que el consulado estaría cerrado unos días. Nos sentamos en un pequeño y sucio café. Entonces aún vendían bollos cuatro días a la semana. Me marché. Heinz se echó a reír cuando regresé con un gran paquete:

—No soy ninguna chica.

Me di cuenta de que hacía mucho que no comía una cosa así. Él contó:

—Mis amigos me llevaban delante de los alemanes. Se turnaban. Cruzamos el Loira. Por el camino, puedes creerme, yo sufría por ser una carga para ellos. Pero luego, en el Loira, un pescador dijo que nos cruzaría por mí. Así compensamos. Hubo uno de los nuestros, seguro que te acuerdas de Hartmann, que tuvo que quedarse atrás porque el bote estaba lleno. Me dejó ir a mí y se quedó atrás.

—Es curioso —dije— que al final fueras más rápido que yo. A mí los alemanes me alcanzaron.

—Probablemente estabas solo. Para que no me volvieran a llevar a un campo, me escondieron en un pueblo de la Dordoña. Ahora me han conseguido un visado. ¿Por qué tiene que estar cerrado el consulado cuando llego? —Me miró un instante, rio y dijo—: A veces, por el camino, pensaba en ti.

—¿Tú, en mí?

—Sí, pensé en todos, también en ti. En que siempre estabas inquieto, siempre a la que saltaba. Hoy esta ocurrencia, mañana otra. Incluso estaba convencido de que volvería a verte en algún sitio. ¿Qué haces aquí? ¿También tú quieres irte?

Yo respondí:

—¡Nada de eso! Tengo que ver qué resulta de todo esto. En qué termina todo esto.

—Si es que nuestra vida alcanza para ver ese final. Los acontecimientos me han dañado mucho. No tengo palabras para decirte lo que me amarga el viaje. Mi nombre está en la lista de deportación de los alemanes. Aun así, me quedaría en algún sitio si todavía tuviera dos piernas. De manera que ando por ahí como mi propia orden de búsqueda.

—Yo ya conozco bien la ciudad —dije—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? Al final no querrás que te ayude.

Él sonrió, me miró con atención, y sus ojos volvieron a brillar otra vez, con la misma luminosidad que antes, en nuestro primer encuentro en la calle. Volví a sentir que seguía habiendo en mí ese material que hacía sus ojos más luminosos.

—Te conozco lo bastante como para saber que preparas algo más, que andas en alguna otra cosa, que te estás preparando para alguna insensatez, pero que, a pesar de todo, no me dejarás en la estacada bajo ninguna circunstancia.

¿Por qué no me lo había dicho antes, pensé, antes de que nos molieran a todos en este molino? Le pregunté si tenía papeles.

—Tengo un certificado de salida del campo.

—¿Cómo lo conseguiste? Todos salimos juntos esa noche, saltando el muro.

—Uno de los nuestros fue lo bastante listo como para guardarse en el último momento, cuando ya todo estaba derrumbándose, un paquete de certificados en blanco. Rellené uno para mí. En el certificado se autorizaba mi estancia en el pueblo, y con la estancia mi salvoconducto.

Aún tenía en la cartera unos cuantos de esos certificados. Me dio uno. Me explicó que había que evitar escribir fuera del sello. Más bien había que rellenar el certificado sellado de tal modo que el sello pareciera estar sobre lo escrito.

Le pedí a Heinz que volviéramos a vernos.

—Quizá me necesites, conozco muchos lugares en el Puerto Viejo, algunos escondrijos. Además, me gustaría hablar contigo. Las cosas me dan vueltas en la cabeza, no me libro de ellas.

Heinz me miró con atención. De pronto, tuve claro que me iba bastante mal. No me importaba mucho, pero no podía seguir negándome a mí mismo que me iba mal. Solo tenía esta juventud, y

se estaba yendo. Se esfumaba en los campos de concentración y en las carreteras, en los desiertos cuartos de hotel con las chicas menos queridas, y quizá en las granjas de melocotones, donde como máximo me tolerarían. Añadí en voz alta:

—Se me escapa la vida.

Heinz me citó para el mismo día de la semana siguiente, a la misma hora en el mismo sitio. Yo me alegré como un niño de que volviéramos a vernos. Contaba los días. Aun así, finalmente no fui. Algo me ocurrió entretanto.

CAPÍTULO CUARTO

I

Georg Binnet vino a verme de pronto, avanzada la tarde. Era la única persona en Marsella que sabía dónde vivía. Pero nunca había venido a mi cuarto. Nuestra amistad no había llegado a tanto. El niño había enfermado de repente, una especie de asma que sufría a veces, pero nunca tan grave como esta. Necesitaba urgentemente un médico. El viejo médico de la vecindad era un sucio borracho, había sido expulsado de la Marina hacía diez años y había ido a parar al barrio corso. Claudine afirmaba que había buenos médicos entre los refugiados alemanes. Quizá yo pudiera encontrar uno en mi entorno.

Quise al chico desde el primer día. Por él pasé horas y horas en los más estúpidos comités, para comprar con el dinero conseguido, que entregaban para preparativos de viaje, las cosas que le hacían falta. Mientras hablaba con los Binnet, miraba de reojo hacia la ventana, donde él se sentaba a estudiar. Elegía involuntariamente las palabras que él pudiera entender. A veces me lo llevaba a dar una vuelta en bote o a las montañas. Al principio había estado bastante callado. Yo creía que el abrupto echarse hacia atrás de su cabeza, el brillo de sus ojos no significaban mucho más que el juego de un potro, pero incluso como mero juego me parecía bien. En este mundo venido a menos, a veces me calmaba una mirada tranquila, todavía inocente, y el suave y orgulloso movimiento con el que Claudine me ofrecía el arroz, la sonrisa sorprendida del chiquillo cuando yo entraba. Luego me di cuenta de que no se le escapaba nada, de que tenía las cosas más claras acerca de nosotros que nosotros acerca de él. Ahora la enfermedad, que seguramente exageré, se me antojaba un atentado contra su vida, como un intento de no sé qué poder, quizá la tosca necia y malvada realidad, de librarse de él, de cerrar para siempre esos ojos luminosos e incómodos. Estaba aún más preocupado que Georg por encontrar un médico. Pregunté en mi hotel. Me enviaron a la Rue du Relais, un diminuto callejón junto a la Cours Belsunce. Allí vivía, en el Aumage, en el número 83, un médico que había sido famoso, el antiguo director del Hospital de Dortmund. La expresión «antiguo» me había preparado para un anciano. Olvidaba que para ese tipo de personas el tiempo se había detenido al salir de la patria. Cuando estuve delante de la puerta 83, oí responder a mi llamada la voz joven y temerosa de una mujer que tranquilizaba a su compañero. Probablemente ambos temían una redada, a esa hora inhabitual. Al principio me abrieron sin salir. Solo vi un festón de seda azul sobre una fina muñeca. Sentí un leve escalofrío de celos, como los que a veces me acometen sin razón, quizá porque ese médico para mí desconocido era tan útil y capaz como para ser necesitado, quizá porque ni siquiera era viejo y la mujer, a la que ni siquiera veía, quizá era dulce y bella. Dije:

—Necesito un médico. —Y la voz de la mujer repitió, con un toque de alegría, según me pareció:

—Necesitan un médico.

Enseguida salió el marido, que tenía un auténtico rostro de médico. Su cabello era ya bastante gris, pero su rostro era joven. En cualquier caso, era una juventud particular. Ya mil, dos mil años antes un médico no habría podido tener otro aspecto, el mismo asentir con la cabeza, la misma mirada atenta, precisa, y a la vez indiferente, que ya se ha dirigido incontables veces a personas concretas, a aquello del individuo en lo que incluso el dubitativo puede poner el dedo, a las dolencias físicas. Aquella noche, apenas nos prestamos atención. Me preguntó brevemente por el enfermo. Para él mi información era imprecisa. Yo estaba confuso debido a mi inclinación hacia el joven.

Cruzamos en silencio el tosco terreno a medio urbanizar del Cours Belsunce. En la parte norte seguía habiendo vagones de refugiados. Había ropa tendida. Detrás de una de las ventanillas de un vagón aún había luz. Oímos risas en el interior. Mi acompañante dijo:

—Hace mucho que la gente ha olvidado que los vagones tienen ruedas. Ahora, consideran esa esquina del Cours Belsunce como su patria.

—Hasta que un policía los eche.

—Al otro lado del Cours Belsunce. Hasta que otro policía los expulse al otro. Por lo menos no tienen que atravesar un océano como nosotros.

—¿También usted quiere cruzar un océano, doctor?

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué tiene que hacerlo?

—Porque quiero curar enfermos. Van a darme una sección en un hospital de Oaxaca. Si el hospital estuviera en Belsunce, no tendría que cruzar el océano.

—¿Dónde está eso?

—En México —dijo él muy sorprendido, y yo dije, aún más sorprendido:

—¿También usted quiere ir allí?

—Una vez, en los viejos tiempos, curé al hijo de un alto funcionario de ese país.

—¿Es difícil llegar hasta allí?

—Endemoniadamente difícil. No hay ningún barco directo. La dificultad reside en el tránsito. Se necesita probablemente un barco americano. Hay que cruzar España hacia Portugal. Desde luego, ahora dicen a veces que hay otra ruta: un barco francés a Martinica, y de allí a Cuba.

Yo pensé: este hombre es médico en cuerpo y alma. Puede ayudar a la gente. Es un viaje distinto al de mi calavera de Praga, que quiere volver a agitar en el aire una batuta.

En la obra que había entre la maternidad y el café árabe estaban tumbados los dos vagabundos que también estaban siempre allí durante el día. Sus brazos, alzados todo el día para pedir,

estaban doblados bajo sus cabezas. Dormían por así decirlo en su patria, fuera lo que fuese lo que les había pasado. No se avergonzaban, como no se avergüenzan los árboles que se llenan de moho y se pudren. Sus barbas estaban llenas de piojos, su piel se había cubierto de escamas. Como a los árboles, no se les ocurría la idea de abandonar su patria.

Atravesamos la Rue de la République, que ahora estaba completamente vacía. El médico miraba atentamente a su alrededor en la negra maraña de callejones del Puerto Viejo, para encontrar sin mí el camino de vuelta a casa. La noche era tranquila y fría.

Accioné el llamador de la Rue du Chevalier Roux. El médico lanzó una aguda mirada a Claudine, la mujer cuyo hijo debía curar. Luego atravesó con rapidez la diminuta cocina en dirección a su objetivo, la cama del niño. Nos indicó que le dejásemos solo. Georg ya estaba en el molino. Claudine apoyó la cabeza en la mesa de la cocina. Una fina tira del rosa más delicado, la palma de su mano, corría a lo largo de su mandíbula. Yo siempre la había visto como una flor o una concha, solo entonces, gracias a la común preocupación, se transformó en una mujer normal, que durante el día iba al trabajo, cuidaba de su marido y de su hijo, se atareaba. Para Georg no significaba nada mágico, mucho menos y mucho más. Me interrogó acerca del médico, y yo, por celo, exageré el elogio. En ese momento él entró en la cocina. Consoló a Claudine en un francés sin adornos, diciéndole que la enfermedad parecía más grave de lo que era, solo había que evitar inquietar al niño, fuera con lo que fuese. La última observación me sonó a pensada para mí, aunque ni siquiera me estaba mirando y tampoco yo podía atribuirme la menor culpa. Garabateó una receta. A pesar de su oposición, le acompañé hasta la Rue de la République. Tampoco ahora me prestó atención, ni planteó preguntas acerca de la familia Binnet, como si no apreciara esa clase de preguntas y quisiera aprenderlo todo por percepción propia. Me sentía como un escolar al que le gusta uno nuevo, aunque le irrita que no le preste atención. Esa misma noche, compré la medicina que se necesitaba con el dinero que el comité me había dado para preparar mi viaje.

Cuando regresé con los Binnet, el niño estaba adormecido y tranquilizado. El médico le había prometido para el próximo día un esquema desmontable del cuerpo humano. El chico seguía hablando del médico entre sueños. Yo pensé: ese hombre no ha estado aquí más que diez minutos y ya hay un nuevo mundo, promesas, sueños frescos.

II

Estoy llegando a lo más importante. Fue el 28 de noviembre. He retenido la fecha. Mi segundo permiso de estancia iba a expirar en breve. Cavilaba pensando qué hacer. ¿Volver a empezar, con el certificado de salida del campo que me había regalado Heinz? ¿Ir a ver a los mexicanos? Me senté en el Mont Vertoux. Me sentaba en ese café cuatro o cinco veces por semana.

Venía de ver a los Binnet. El chico ya estaba casi curado. No voy a decir que habíamos hecho amistad con el médico, él no era hombre para eso, pero sí un buen conocimiento. Nos hacía gracia, era distinto de nosotros. Siempre empezaba hablando de la situación de su viaje. También él sufría continuas incidencias. Veía día y noche, decía, la pared blanca de un nuevo hospital, los

enfermos sin médico. Su obsesión me gustaba. Su sobreestimación me divertía. El médico estaba ya tan familiarizado con el lugar de su futura actividad que suponía que también nosotros teníamos que estarlo. Ya tenía el visado en el pasaporte. Cuando empezaba la conversación acerca de los visados, el chico se volvía de cara a la pared. Por aquel entonces yo aún era tan tonto como para suponer que le aburrían desmedidamente.

En cuanto el médico apoyaba la cabeza en el pecho del niño para auscultarle, se tranquilizaba y se olvidaba de sus visados. Su rostro, el rostro tenso de un hombre acosado, hechizado por alguna clase de locura, adquiría una expresión de sabiduría y bondad, como si de repente todo su ser se rigiera por instrucciones de otro orden que las procedentes de funcionarios de secretaría y cónsules.

Yo pensaba en las circunstancias de esa partida y en mi propia estancia. El Café Mont Vertoux está en la Cannebière, esquina Quai des Belges. Lo que vino después no arrojaba sombra alguna que lo precediera, más bien una luz clara que me alumbraba y lo alumbraba toda aquella tarde, la más ociosa y carente de importancia de mi existencia de por sí ociosa y carente de importancia.

Entre la barra y yo había dos mesas. A una de ellas se sentaba una mujer bajita de pelo crespo, que siempre se sentaba allí a esa hora y siempre ponía la silla en posición oblicua respecto a la mesa y le contaba lo mismo a todo el mundo con renovado terror en los ojos: que había perdido a su hijo en la evacuación de París. Lo había sentido en el coche de unos soldados, porque estaba cansado. Entonces habían llegado los aviones alemanes, la calle había sido bombardeada. ¡El polvo! ¡Los gritos! Y entonces el niño ya no estaba. Lo habían encontrado semanas después en no sé qué granja, ya nunca volvería a ser como los otros niños. A su mesa se sentaba un checo alto y retorcido, que quería irse a Portugal, pero solo para ir de allí a Inglaterra, donde quería alistarse, según le susurraba a todo el mundo. Incluso escuché un rato, medio paralizado por el aburrimiento. A la otra mesa se sentaba un grupo de nativos. Sin duda no eran marseleses, pero sí instalados, que vivían muy bien del miedo y las ganas de marcharse de los que iban llegando. Hablaban entre risas de un barquito que dos jóvenes matrimonios —los hombres habían escapado juntos del campo— habían alquilado por una cantidad de dinero infernal. Pero los vendedores les habían engañado, el barquito tenía una vía de agua. Llegaron hasta la costa española. Entonces tuvieron que regresar. Habían llegado hasta la desembocadura del Ródano, cuando fueron tiroteados por la guardia costera y detenidos al tocar tierra. Yo ya había oído contar esa historia cien veces. Lo único que me resultaba nuevo era el final: los hombres habían sido condenados ayer a dos años de cárcel. La parte del café en la que estábamos sentados daba a la Cannebière. Desde mi sitio podía ver todo el Puerto Viejo. Una pequeña cañonera estaba anclada delante del Quai des Belges. Sus grises chimeneas se levantaban al otro lado de la calle, entre los finos mástiles de los barcos de pescadores, sobre las cabezas de la gente que llenaba de humo y conversación el Mont Vertoux. El sol del mediodía se alzaba sobre el fuerte. ¿Había vuelto a empezar el mistral? Las mujeres que pasaban se habían subido la capucha. Los rostros de los hombres que entraban por la puerta giratoria estaban tensos por el viento y la inquietud. Nadie se ocupaba del sol sobre el mar, de las almenas de la iglesia de San Víctor, de las redes puestas a secar a todo lo largo del muelle del puerto. Todos hablaban sin cesar de sus tránsitos, de sus pasaportes caducados, de la zona de las tres millas y cotizaciones del dólar, de la visa de sortie y otra vez de tránsito. Yo quería levantarme e irme. Sentía náuseas. Entonces, mi humor cambió. ¿Por qué? Nunca he sabido de dónde vino el cambio. De repente, encontré que toda esa cháchara no era nauseabunda, sino grandiosa. Era antiquísima charla portuaria, tan vieja como el

propio Puerto Viejo, y más vieja aún. Maravillosa, inmemorial cháchara portuaria, que no ha enmudecido desde que existe el mar Mediterráneo, charla fenicia y cretense, charla griega y romana, nunca todos los charlatanes que temían por su sitio en los barcos y por sus dineros habían estado en fuga ante todos los espantos reales e imaginarios de la Tierra. Madres que habían perdido a sus hijos, hijos que habían perdido a sus madres. Restos de ejércitos agotados, esclavos fugitivos, montones de personas expulsadas de todos los países, que finalmente llegaban hasta el mar, donde se lanzaban sobre los barcos para descubrir nuevos países, de los que volvían a ser expulsadas; todos siempre en fuga de la Muerte, hacia la Muerte. Aquí tenían que haber anclado siempre barcos, exactamente en este lugar, porque aquí se acababa Europa y el mar engarzaba aquí; aquí había habido siempre un albergue, porque aquí una carretera desembocaba en el engarce. Me sentía viejísimo, antediluviano, porque ya había vivido todo esto una vez, y me sentía jovencísimo, ansioso de todo lo que aún vendría, me sentía inmortal. Pero ese sentimiento volvió a cambiar de pronto, era demasiado fuerte para mi debilidad. La desesperación me acometió, desesperación y nostalgia. Lamenté mis veintisiete años perdidos, derrochados en países extraños.

En la mesa de al lado, alguien hablaba ahora de un vapor llamado Alesia que, de camino a Brasil, había sido detenido en Dakar por los ingleses porque llevaba a bordo oficiales franceses. Ahora, todos los pasajeros habían ido a parar a un campo de concentración en África. ¡Qué alegre estaba el narrador! Probablemente porque esa gente no le importaba, tan poco como él mismo. También había tenido que oír esa historia incontables veces. Yo anhelaba una canción sencilla, pájaros y flores, anhelaba la voz de la madre que me había reñido cuando era un niño. ¡Oh, mortal parloteo! El sol se ponía ahora detrás del fuerte de San Nicolás.

Eran las seis de la tarde. Yo miraba indiferente hacia la puerta, por encima de la gente. Volvió a abrirse. Una mujer entró. ¿Qué puedo decir? Solo puedo decir que entró. El hombre que se quitó la vida en la Rue de Vaugirard hubiera podido expresarlo de otro modo. Yo solo puedo decir: entró. Tampoco me pida ninguna descripción. Por lo demás, esa tarde no hubiera sabido decir si era rubia o morena, una mujer o una muchacha. Entró. Se detuvo y miró a su alrededor. En su rostro había una expresión de tensa expectativa, casi de temor. Como si esperase y temiera encontrar a alguien en ese lugar. Fueran cuales fuesen los pensamientos que pudieran moverla, no tenían nada que ver con visados. Primero cruzó en diagonal la parte de la sala que yo mismo podía ver, que daba al Quai des Belges. Alcancé a ver aún la punta de su capucha contra la gran ventana, ahora gris. Me acometió el temor de que pudiera no regresar, de que en la otra parte de la sala hubiera una puerta que condujera al exterior, de que pudiera haberse limitado a cruzar. Pero volvió enseguida. La expresión de expectativa en su joven rostro se estaba convirtiendo ya en decepción.

Hasta entonces, cuando una mujer llegaba al lugar en que yo estaba, una mujer que podía gustarme pero que no venía hacia mí, siempre había logrado constatar que se la concedía a aquel que le gustaba a ella, que no se me escapaba nada irremplazable. Para mí era terrible que hubiera entrado pero no me buscara a mí, solo había una cosa que habría podido ser igual de terrible: que no hubiera entrado. Ahora volvía a mirar hacia la parte de la sala en la que yo me sentaba. Miró todos los rostros, todos los lugares, como buscan los niños, con torpeza y exhaustividad al mismo tiempo. ¿Quién era la persona a la que buscaba desesperadamente? ¿Quién estaba en condiciones de ser tan esperado, con tanta fuerza, de decepcionar tan amargamente? Hubiera podido tallar a puñetazos al hombre que no estaba. Por último, descubrió nuestras tres mesas un tanto apartadas.

Miró atentamente a los que estaban sentados a esas tres mesas. Por necio que fuera, por un instante tuve la sensación de que era yo aquel a quien buscaba. Ella me miró, pero con mirada vacía. Fui el último al que miró. Ahora salió de veras. Volví a ver su capucha puntiaguda al otro lado de la ventana.

III

Subí a casa de los Binnet. El médico estaba sentado en el lecho del niño. Ya había rendido su inevitable informe diario sobre el estado de sus visados de tránsito. Su cabeza de pelo corto y gris estaba apoyada en el cuerpo liso y oscuro del niño, y mientras escuchaba su rostro deformado por las preocupaciones del tránsito se transfiguraba, su expresión de prisa y de miedo a llegar tarde y a quedarse atrás se transformaba en lo contrario: paciencia infinita. Su deseo de partir a toda costa, lo antes posible, se quedara atrás quien se quedara atrás, se transformaba en bondad. Me pareció que no se ocupaba en otra cosa ni deseaba otra cosa que oír los ruidos que le instruían acerca de cómo curar a ese niño. El niño también estaba callado, porque recibía devuelta por el médico la tranquilidad que le había dado a él. Finalmente el médico alzó el rostro, dio al niño una leve palmadita en la cara, le bajó la camisa y se volvió a la familia. Porque trataba a Georg Binnet, ya que estaba allí y no había otro, enteramente como padre del niño. A mí me parecía incluso que no solo había cambiado la relación de Georg con el niño, sino incluso con su amante, al hacerlos asumir a ambos funciones paternas, ya que hacían falta padres para un niño enfermo; había cambiado casi imperceptiblemente todas las circunstancias de esa habitación para acelerar la curación del niño. Pero cuando aquí ya no imperase enfermedad alguna todos volverían a serle indiferentes.

Estaba explicando a los padres con qué había que alimentar al niño. Yo estaba sentado en la caja de carbón de Claudine. Lo escuchaba todo. Lo observaba todo. De pronto mi vista se había vuelto aguda y mi oído fino. Lo que acababa de vivir había sido tan fugaz que no había quedado en mí más que un fuego tenue y uniforme y al mismo tiempo, como si de repente me hubiera secado, una sensación de sed. De pronto, sentí unos locos celos del médico. Estaba celoso de él porque curaba al chico, que probablemente, una vez curado, sería uña y carne con él, y porque ejercía un cierto poder sobre las personas, no mediante las intrigas y la astucia, sino mediante el conocimiento y la paciencia. Estaba celoso de sus conocimientos, de su voz, que el muchacho escuchaba con atención ahora. Estaba celoso porque era distinto de mí, porque no sufría, porque su boca no estaba seca; porque había algo en él que yo nunca podría llamar mío, aunque él jamás pudiera conseguir por sí solo razonables visados, tránsitos y permisos de residencia.

Le interrumpí con tosquedad. Afirmé que el arte curativo no servía de nada, que no existía. En realidad, un médico jamás había curado a nadie, sino que se habían producido distintas casualidades. Él me miró con atención, como si quisiera hacer el diagnóstico de mi pasión. Luego me dijo tranquilamente que tenía razón. Él no podía hacer nada más que apartar al enfermo de todo lo que perturbaba su curación, como mucho añadir con la mayor cautela lo que les faltaba a su cuerpo y a su alma. Pero incluso si lograba todo esto, quedaba algo, quizá lo más importante, que apenas sí se podía explicar, algo que no dependía ni de su paciente ni de él, sino

de la eterna plenitud de toda vida querida. Escuchamos..., entonces el médico se estremeció, miró el reloj, nos dijo que tenía una cita con el secretario del cónsul de Siam y que el cónsul de Siam era amigo del jefe de una compañía de transportes que daba visados para Portugal sin tránsito americano. Salió corriendo, Georg se echó a reír, el niño se volvió hacia la pared.

IV

El día siguiente no tuvo ni viento ni sol. El aire estaba tan gris como la cañonera que seguía anclada en el Puerto Viejo. La gente no se cansaba de mirarla, como si pudiera contarles lo que el almirante Darlan pretendía hacer con ella; los ingleses se acercaban a la frontera de Trípoli. Las cuestiones del día eran si Francia entregaría voluntariamente su puerto de Bizerta a los alemanes, si se negaría, si los alemanes ocuparían entonces también el sur de Francia. Si ocurría esto último, los ingleses podían bombardear nuestra ciudad. De momento, todas las preocupaciones referentes a tránsitos pasaron a segundo plano. Me fui al Mont Vertoux. Mi sitio del día anterior estaba libre. Fumé y esperé. Era absurdo esperar en el mismo lugar, pero ¿dónde, si no, iba a esperar?

Hacía mucho que había pasado la hora en que la mujer había venido el día anterior. Me resultaba imposible levantarme. Me pesaban los miembros como el plomo. Paralizados por la necia espera. Quizá tan solo me quedaba allí porque estaba mortalmente cansado. El café estaba lleno hasta los topes. Era jueves, había permiso para servir alcohol. Yo mismo había bebido bastante.

Entonces Nadine se acercó a mi mesa, mi vieja y querida Nadine. ¿Quiere que le describa a Nadine? La veo ante mis ojos siempre que quiero. Era y es una misma cosa que yo. Me preguntó lo que había estado haciendo todo ese tiempo.

—Visitar consulados.

—¿Tú? ¿Desde cuándo quieres tú irte?

—¿Qué voy a hacer si no, Nadine? Todos se marchan. ¿Quieres que reviente en uno de vuestros sucios campos?

—Mis hermanos también están en campos —me tranquilizó Nadine—, uno en la zona ocupada, otro en Alemania. Todas las familias tienen un par de hombres detrás de los alambres de espino. Vosotros los extranjeros sois todos muy especiales. Nunca esperáis a que las cosas se solucionen por sí solas.

Me acarició ligeramente el pelo. Yo no sabía cómo despedirla sin herirla demasiado. Dije:

—Qué hermosa eres, Nadine, seguro que entretanto te ha ido bien.

Ella me respondió, con una astuta sonrisa:

—He tenido suerte.

Se inclinó hasta que nuestros rostros se tocaron:

—Está en la Marina. Su mujer es mucho mayor que él. Además, ahora se ha quedado en Marrakech. Es bien parecido. Por desgracia es mucho más bajito que yo.

Hizo un movimiento que había aprendido en Les Dames de Paris. Se echó el abrigo un poco hacia atrás, para que se viera la seda clara con la que estaba forrado y su vestido nuevo color arena. Yo estaba asombrado ante esta clara muestra de suerte terrenal. Dije:

—¡No pongas nervioso a ese hombre! Te estará esperando.

Ella pensaba que eso no era malo, pero de todos modos conseguí finalmente quitármela de encima citándome con ella para ocho días después. Tenía la impresión de que esa cita no se produciría nunca. Lo mismo habría podido citarme para dentro de ocho años.

Vi a Nadine volver a pasar delante de la ventana, Cannebière arriba. Poco después bajaron las persianas: normas de oscurecimiento. Me agobiaba no poder ver ya el mar y las sombras pasando por la calle. Me sentía engañado, encerrado con todos los demonios que poblaban esta tarde el Mont Vertoux. Por mi cansada cabeza, agotada por la espera, pasó un solo pensamiento claro: que si una escuadrilla de pilotos bombardeaba ahora la ciudad, no quería morir aquí junto con ellos. Pero al fin y al cabo también eso daba igual. ¿En qué me distinguía yo de ellos? ¿En qué no quería irme? Incluso eso no era más que cierto a medias. De pronto, mi corazón empezó a pulsar. Había entendido, antes que mis ojos, quién estaba entrando. Entró, como ayer, apresuradamente, huyendo o buscando. Su joven rostro estaba tan tenso que me dolía. Pensaba, como si fuera mi hija: Todo esto no vale para ella, ni el lugar ni la hora. Recorrió todo el Mont Vertoux, de mesa en mesa. Volvió a pasar cerca de mí, pálida de desesperación. Pero enseguida volvió a empezar a buscar, sola y confusa, entre esa horda de diablos escapados de un saco. Se acercó a mi mesa. Ahora su mirada descansaba en mí. Pensé: Me busca a mí, ¿a quién si no? Pero su mirada ya se había apartado de mí. Ya salía.

V

Me dirigí a la Rue de la Providence. Mi cuarto me pareció pelado y vacío, como si entretanto me hubieran robado. También mi cabeza estaba vacía. Porque no se me había quedado en la memoria ni una imagen precisa. Incluso ese rastro se había perdido.

Cuando estaba sentado ante la desolada mesa, llamaron a la puerta. Entró un desconocido, rechoncho, con gafas. Me preguntó si sabía por casualidad dónde había ido su mujer, su cuarto estaba vacío. De sus preguntas, deduje que era el hombre al que había visto llevarse esposado desde mi escondite en el tejado. Empecé a explicarle, cuidadosamente, que por desgracia ahora era su mujer la que estaba detenida. Fue presa de la furia más extrema. La verdad es que tuve miedo de que se asfixiara, con su rechoncho cuello. A él lo habían encadenado, devuelto a su

departamento de origen, pero allí el funcionario estaba de buen humor y había dicho: «¡Dejadlo ir!». Había esperado llegar a tiempo de coger el barco, y ahora se habían llevado a su mujer al campo de Bompard, en el que había que pagar rescate por ella. Corrió enseguida a la ciudad, a buscar amigos. ¡Cuánto le envidiaba! La mujer pequeña y regordeta era indudablemente suya. Estaba en algún sitio, aunque fuera el campo. No podía esfumarse. Él podía correr en pos de ella. Podía romperse su gorda cabeza para recuperarla.

Pero yo, yo no tenía nada a lo que agarrarme. Me tumbé en la cama, porque tenía frío. Deseaba volver a ver su rostro, un reflejo de su figura. Busqué y busqué entre el humo tenue y amargo de mis cigarrillos, que llenaba poco a poco el cuarto. La casa estaba muerta. Los legionarios se habían ido, en busca de alguna diversión común. Era una de aquellas noches en las que todo se aparta de uno, como conjurado contra él.

VI

Me despertó un estrépito de perros. Se hizo aún peor cuando golpeé la pared. Salté de la cama para procurar calma. Encontré la habitación de al lado ocupada por dos fuertes dogos y una mujer fea vestida con ropas chillonas, de ojos descarados y hombros torcidos. La tomé por perteneciente a uno de los pequeños y miserables locales que ofrecen toda clase de absurdos espectáculos en los callejones de detrás del puerto. Le expliqué en francés que sus animales me estaban molestando. Respondió en el más insolente alemán que por desgracia tendría que acostumbrarme, que los animales eran sus compañeros de viaje, ella misma no deseaba otra cosa que marcharse con ellos, cuando le concedieran el tránsito a Lisboa. Le pregunté si tenía tanto cariño a esos dos chuchos como para arrastrarlos por todo el mundo. Ella se echó a reír y exclamó:

—Por mí podría matarlos ahora mismo. Pero estoy atada a ellos por una serie de extraños azares. Tenía un billete para la Export-Line. Habían aprobado mi visado americano. Pero al ir al consulado a pedir la prórroga me dijeron que me hacía falta un nuevo e impecable aval, una fianza moral, el testimonio de ciudadanos americanos de que soy totalmente irreproachable. ¿De dónde iba a sacar yo, una mujer que siempre ha vivido sola, a dos ciudadanos americanos que pusieran la mano en el fuego porque yo nunca había robado dinero, condenaba el pacto germano-soviético, no me sentía, me siento ni me sentiré inclinada hacia los comunistas, no recibo hombres desconocidos en mi cuarto y llevaba, llevo y llevaré una vida conforme a la moral? Sintiéndome bastante desesperada, topé con un anciano matrimonio de Boston que había pasado una vez un verano en el mismo lugar de la costa que yo, el hombre trabaja en electromotores, eso es algo que el cónsul respeta. Querían irse enseguida con el clíper, no les gustaba estar aquí, solo que amaban a sus dos perros, y no podían subirlos al clíper. Nos contamos nuestras mutuas desesperaciones y vimos que podíamos ayudarnos. Los dos americanos obtuvieron de mí la promesa de llevar a los perros sanos y salvos al otro lado del océano a bordo de un barco normal, y yo obtuve la fianza moral. Ahora entenderá sin duda por qué lavo, cepillo y cuido a estos dos perros, que son mis fiadores. Los llevaría conmigo al otro lado del océano aunque fueran leones.

Un tanto divertido, salí a la fría mañana. Elegí, por el precio, un pequeño y mísero café que hay en la Cannebière, frente al Mont Vertoux. Me quedé mirando a la concurrida calle. El mistral empujaba contra la multitud ora una abrupta lluvia, ora una luz igual de abrupta. El ventanal del café vibraba. Yo estaba con mis pensamientos en la Oficina de Extranjería, donde al día siguiente iba a probar suerte, quizá con el certificado de salida del campo que me había regalado Heinz.

De pronto apareció en el umbral la mujer, en la que en ese momento ni siquiera estaba pensando. Había recorrido con una mirada el mísero y pequeño café, en el que aparte de mí solo había tres peones camineros que habían entrado huyendo de la lluvia, de manera que ni siquiera entró. Enmarcado en su capucha, su rostro parecía aún más pequeño y pálido.

Salí a la calle. La mujer parecía haber desaparecido ya entre la multitud. Subí y bajé por la Cannebière. Empujé a la gente, la perturbé en su chismorreos de viajes, en sus procesiones consulares. Vi la alta y puntiaguda capucha muy lejos de mí, al final de la Cannebière. Corrí en pos de ella, que desapareció en el Quai des Belges. La seguí subiendo las escaleras del Quai, por las largas y peladas calles hasta la iglesia de San Víctor. Allí se detuvo a la puerta de la iglesia, junto a las vendedoras de velas. Entonces vi que no era la mujer que yo buscaba, sino una mujer fea y desconocida, de rasgos arrugados y codiciosos. Oí también que regateaba incluso el precio de las velas que habían de arder por la salvación de su alma.

Me senté, cuando la lluvia empezó a batir, en el banco más próximo de la iglesia. No sé cuánto tiempo estuve allí, con la cabeza entre las manos. Había vuelto a llegar al límite, al límite de mis esfuerzos. Aun así, seguía jugando el viejo juego, incluso en el límite. Me acordé de que había quedado con Heinz esa mañana. Pero había pasado la hora, y con la hora, me pareció, lo mejor que me estaba destinado. ¡Qué frío hacía allí! No solo en la iglesia de San Víctor, también en la puerta entreabierta reinaba el profundo crepúsculo de la lluvia. El mistral inclinaba incluso aquí las llamas de las velas en los altares. Qué vacía estaba la inmensa nave de la iglesia, y sin embargo no hacía más que entrar gente, ¿dónde se metían? Oí un débil canto, sin saber de dónde venía, porque la iglesia seguía vacía. Los feligreses eran engullidos por uno de los muros. Los seguí escaleras abajo hacia la tierra, que en este lugar era roca. Cuanto más descendíamos, más claro se hacía el canto. La temblorosa luz de la cripta caía ya sobre los peldaños. Teníamos que estar debajo de la ciudad, me pareció que debajo del mar.

Allí celebraban su misa. Capiteles devastados, antiquísimas columnas se transformaban en el tenue correr del humo en las muecas de los animales sagrados. El viejísimo sacerdote llevaba barba blanca y una estola blanca con preciosos bordados. Se parecía a uno de aquellos antiquísimos sacerdotes que se encuentran en medio de sus sagrados actos cuando su impía ciudad ha de hundirse en el fondo del mar porque ha despreciado las amenazas de aquel que fundó estas rocas. En eterna y pálida juventud que jamás podrá madurar, los niños del coro llevaban cantando sus velas alrededor de las columnas. El tenue humear ante nuestros rostros se convirtió en tembloroso oleaje. Cierta, el mar susurraba sobre nosotros. De pronto, los cánticos terminaron. Con esa voz a un tiempo débil y dura que es propia de los ancianos, el sacerdote empezó a insultarnos por nuestra cobardía, nuestra mendacidad y nuestra mortal angustia.

Incluso hoy, solo veníamos aquí porque este lugar nos parecía seguro. Pero ¿por qué este lugar era seguro? ¿Por qué había superado al tiempo, a las guerras, desde hacía dos mil años? Porque aquel que levantó su casa en muchas rocas alrededor del Mediterráneo no había conocido el

miedo.

—He sido azotado por tres veces, lapidado una vez, tres veces he sufrido el naufragio, he pasado día y noche en la profundidad del mar, he estado en peligro a causa de los ríos, en peligro a causa de los asesinos, en peligro entre los judíos, en peligro entre los gentiles, en peligro en las ciudades, en peligro en el desierto, en peligro en el mar, en peligro entre falsos hermanos.

Al anciano se le marcaban las venas en la frente, su voz se extinguió. La iglesia parecía hundirse cada vez más y, temerosos y temblando de vergüenza y miedo, la gente escuchaba por así decirlo el encarnizado silencio del anciano. Entonces el cántico de los niños empezó con su insoportable pureza angélica, despertando en nosotros absurda esperanza en cuanto el sonido empezó a flotar. Y, sordo y despertando arrepentimiento, le contestó un sonido terrible salido del profundo pecho del anciano.

Me faltaba aire. No quería quedarme pegado al fondo del mar, quería morir allá arriba entre mis iguales. Subí. El aire era frío y claro. La marea había cesado. El mistral había dejado de soplar. Las estrellas brillaban ya sobre las almenas del fuerte de San Nicolás, que está enfrente de la iglesia de San Víctor.

VII

El chico pudo salir a la calle por primera vez al día siguiente. Claudine me pidió que le llevara al sol. El encargo me gustó. Subimos lentamente la Cannebière por el lado del sol. La antigua armonía volvía a estar ahí, casi sin motivo, un sencillo deseo de que la Cannebière fuera interminable, de que el sol del mediodía se detuviera, de que la cabeza del chico se mantuviera reclinada en mi brazo. Él arrastraba un poco las piernas, y solamente hablaba cuando le preguntaba. Quería ser médico algún día, dijo. Yo sentí enseguida un arranque de celos, aunque volvía a tener toda su confianza y la mirada tranquila y plena de sus ojos. Entretanto, estaba tan cansado que casi le arrastraba. Le invité a tomar algo en un café del Cours d'Assas. Por desgracia no había chocolate, ni zumo de frutas, tan solo algún flojo brebaje de color verdoso. Y aun así, en su rostro brillaba un soplo de alegría que parecía ir destinado a las cosas valiosas que raras veces se encuentran en la vida. Le quería mucho. Alcé la vista por encima de su cabeza, mirando por la ventana hacia la plaza todavía soleada, llena de árboles sinuosos. Precisamente en ese momento, una multitud estaba apiñándose ante una gran casa.

—¿Qué ocurre allí? —pregunté.

—¿Allí? Nada —dijo el camarero—. No son más que españoles. Hacen cola ante el consulado mexicano.

Dejé al chico con su brebaje verdoso. Crucé. Alcé la vista al alto portal con el gran escudo. Para mi asombro, brillaba como nuevo, el polvo había desaparecido de él. Ahora podía incluso distinguir una serpiente en el pico del águila. Los españoles por su parte me miraban y sonreían. Solo uno dijo, enfadado:

—¡Guarde la cola, señor mío!

Así que me puse a la cola. Oía hablar delante y detrás de mí, las mismas frases que ya había oído hacía meses, ante el consulado en París. Ahora se decía de nuevo, y con mayor certeza, que iban a salir barcos de Marsella hacia México. Incluso se citaban sus nombres: República, Esperanza, Pasionaria. Seguro que esos barcos zarparían, ya que se insistía incluso en los nombres, nunca serían borrados con una esponja de las tablas de las compañías navieras, sus puertos de destino nunca arderían, para ellos no habría estrechos imposibles de atravesar. También a él le gustaría viajar en un barco así, con semejantes compañeros de viaje.

Ya había llegado al portal. El portero saltó a mi encuentro como si me hubiera estado esperando. El hombre flaco y curtido del Boulevard de la Madeleine estaba irreconocible. Parecía orgulloso e iba bien vestido, lo que reforzó nuestra esperanza en la partida. Me llevaron hasta la secretaría. Ahora ya no era una sencilla habitación, sino un local que imponía respeto, con ventanillas y una barrera. Y detrás de la barrera, sentado a una recia mesa, se sentaba, pequeño y chispeante, mi secretario, con los ojos más despiertos del mundo. Quise volver a salir rápidamente. Entonces él se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡Por fin aparece usted! Le hemos buscado por todas partes. No apuntó bien su dirección. La confirmación de mi Gobierno ha llegado.

Me quedé allí plantado, rígido, pensando: así que el pequeño Paul realmente tiene poder. Así que realmente al pequeño Paul se le ha dado un cierto poder sobre la tierra. En mi confusión, hice lo más necio que supe, una ligera reverencia. El secretario me contemplaba divertido. Comprendía su mirada burlona: no he movido un dedo en este asunto, quería decir. Ha habido otros poderes en juego. Veremos quién ríe el último. Me dejó pasar detrás de la barrera; y mientras esperaba, pasaron por delante diez, veinte locos por irse. Volví a ver también al español de pelo blanco que había recabado mi consejo acerca de si le merecía la pena volver aquí. Pero había venido, a despecho de mi consejo y de su propia amargura. Quizá esperaba rejuvenecer al otro lado del charco, una especie de vida eterna que le devolvería a sus hijos. Trajeron mi propio expediente, lo hojearon, crujía.

De pronto, el pequeño secretario se volvió hacia mí y sus ojos centellearon, tuve la impresión de que solo había querido adormecerme.

—¿Qué clase de papeles tiene usted, señor Seidler? —me miró extremadamente contento, casi riéndose—. Aquí hay algunos compatriotas suyos que tienen sus visados desde hace dos meses, pero siguen esperando una confirmación de los alemanes de que no se los considera ciudadanos alemanes. Solo entonces la prefectura les concede la visa de sortie, el permiso para salir del país.

Nos miramos a los ojos. Era indudable que ambos sentíamos la hostilidad, pero también era indudable que ambos sentíamos placer ante una hostilidad tan pareja. Respondí:

—¡Por favor, no se inquiete! Tengo un documento de refugiado, medio del Sarre medio alsaciano.

—¿Pero no nació usted en Silesia, señor Seidler?

Ambos nos miramos con gran diversión en los ojos. Dije, arrogante:

—Aquí, en Europa, casi nadie tiene ya la nacionalidad de su país de origen. Yo estaba en el Sarre cuando se produjo el plebiscito.

—Permítame que siga sinceramente inquieto por usted. Entonces es usted casi francés. Tendrá dificultades muy notables para conseguir la visa de sortie.

—Seguro que con su ayuda me abriré paso. ¿Qué me aconseja que haga?

Él me miró sonriente, como si mi pregunta fuera muy graciosa:

—En primer lugar, vaya con mi confirmación de su visado a la agencia de viajes americana. Allí, pida el certificado de que su pasaje está pagado.

—¿Pagado?

—Sí, señor Seidler, pagado. Los mismos amigos que se preocupan por su vida, que consiguieron su visado de mi Gobierno, pagaron su billete a la Export-Line de Lisboa. El recibo está en su expediente. ¿Le sorprende?

Desde luego que me sorprendía. Así que solo hacía falta estar muerto y ya te pagaban la travesía, llenaban tu expediente de los mejores documentos, que demostraban tanto más su utilidad cuanto más segura era tu putrefacción. Como si para tus iguales la muerte fuera el requisito natural para que los amigos se acordaran de ti y allanaran hasta el último obstáculo.

—Con ese comprobante y el certificado de su visado, vaya inmediatamente al consulado americano. Allí, presente una solicitud de tránsito.

—¿En el consulado americano?

Me miró con severidad.

—No es probable que pueda ir caminando por encima del agua. Sean cuales sean las demás capacidades que posea. No hay ningún barco directo a México. Así que necesita un tránsito.

—Se habla continuamente de barcos directos.

—Cierto. Se habla. Pero se trata de barcos fantasmas. La Export-Line, por ejemplo, es más segura. De todas formas, trate de que le den un tránsito. Parecerá un poco más mundano que sus compañeros. ¡No dudo de su arte! Inténtelo en el consulado americano. Y luego pida un tránsito por España y Portugal.

Había dicho ya las últimas frases en el tono de un hombre que explica una cosa meramente de pasada, en la convicción de que nunca ocurrirá y carece de objeto emplear demasiado esfuerzo.

En cualquier caso, pensé cuando volví a cruzar la plaza, que ahora estaba ya fría y silenciosa: en la comisaría volverán a prorrogar mi estancia con mi espléndida confirmación de visado nueva. Ahora tengo por delante preparativos de partida, adquisiciones de tránsitos, que llevarán

semanas. Creerán que pienso seriamente en irme, y por consiguiente me dejarán quedarme.

Mi pequeño mordisqueaba su pajita ante el ventanal vacío. Quizá había estado fuera una hora. Me avergoncé, incluso tuve miedo de sus ojos. Solo en el camino de regreso dijo:

—Así que ahora también usted se va.

Yo dije:

—¿Por qué dices eso?

—Estuvo en un consulado —respondió—. Llegó de pronto y se irá de pronto.

Yo me apreté contra él, le besé, le juré que nunca me separaría de él.

VIII

Cuando llegamos a casa, el médico estaba allí. Se enfadó porque había tenido que esperar al paciente. Llevó él mismo al chico a la cama y le auscultó. Yo me quedé a un lado, triste y reprendido. El chico se durmió al instante, de agotado que estaba.

Nos fuimos juntos, el médico y yo. No teníamos nada que decirnos. Tan solo constatamos que hacía un frío espantoso. Me encaminé hacia el Quai des Belges, y él, no sé por qué, me siguió. Dijo, más para sí mismo que para mí:

—¡Y pensar que habría podido marcharme hoy!

—¿Que habría podido marcharse? —exclamé—. ¿Y por qué no se ha ido?

El abrió apenas la boca, porque el gélido viento soplaba contra nosotros:

—Tendría que haber dejado aquí a una mujer. Todavía faltan sus papeles. Esperamos poder viajar juntos la próxima vez.

—¿Y no tiene miedo —pregunté— de perder su trabajo si espera aquí a la mujer? Al fin y al cabo, usted es ante todo médico.

Él me miró por vez primera.

—Esa es precisamente la cuestión insoluble sobre la que cavilo día y noche.

Yo dije, con gran esfuerzo, porque el viento me helaba la garganta:

—Entonces no hay nada que cavilar. Se ha quedado.

—La cosa no es tan sencilla —respondió él casi jadeando, porque nos tenía como adversarios al mistral y a mí—: también hay motivos externos de peso que han retrasado mi partida. Como siempre en tales casos, la disposición interior coincide con una situación exterior. El dinero de mi pasaje está en Lisboa. Tenía intención de viajar desde allí. Sigo esperando mi tránsito español, y de pronto, de un día para otro, dicen que hay un pequeño vapor que sale hacia la Isla de la Martinica. Un carguero con mercancías para Fort de France y una docena de funcionarios y espacio para treinta pasajeros. Luego dicen que para seguir esa ruta hay que aportar el dinero del viaje, los documentos necesarios, la fianza, ser rápidamente uno de los treinta. Y a la vez despachar esa despedida... ya me entiende.

Yo respondí:

—No.

Nos miramos de reojo, con el cuello agarrotado, como si el viento pudiera llevarse nuestras miradas. Me detuve en la esquina, porque quería librarme de una vez de él. Seguro que no se quedaría en esa esquina expuesta a un viento gélido solo para averiguar mi opinión. Pero la cosa tenía que perseguirle de una manera endemoniada, porque de todos modos dijo:

—¿Qué es lo que no entiende?

—Que alguien no sepa qué es lo más importante para él. Además es evidente.

—¿En qué?

—Por Dios, en sus acciones, ¿en qué si no? A no ser que todo le resulte indiferente. Entonces le pasa lo que a ese trozo de papel de allí que parece un pájaro.

Miró al desierto quai, apenas iluminado por una farola cubierta de pantallas, con tanta atención como si nunca antes hubiera visto un trozo de papel llevado por un golpe de viento. Yo añadí:

—O lo que a mí.

Él me miró enseguida con la misma atención. Luego dijo:

—No. —Le castañeteaban los dientes de frío—. ¡Oh, qué absurdo! Solo ha adoptado usted esa postura para que nada ni nadie le sorprenda.

Luego nos separamos. Yo tenía la misma sensación que había tenido de niño cuando nuestro profesor de primero me había considerado digno al fin de participar en un juego privilegiado, que sin embargo, como pude comprobar enseguida, no tenía nada de especial; además, había vuelto a contagiarme de la sombría cháchara referente al tránsito.

Entré al café más próximo, totalmente aturdido por el gélido aire. Se llamaba Roma. El calor me mareó. Seguía estando inseguro sobre mis piernas, busqué con los ojos un sitio. Sentí, con ligera incomodidad, que alguien me miraba fijamente. El mareo se calmó; vi en una mesa a un grupo de hombres, entre ellos el pequeño secretario del consulado mexicano. Me contemplaba con ojos divertidos, como si se estuviera riendo de mí. Me di cuenta de que todos los que estaban sentados a esa mesa pertenecían al personal del consulado mexicano. También el portero estaba entre ellos, con su orgulloso y oscuro rostro. Me dije que en esa tarde gélida el pequeño secretario era libre de tomarse el café donde quisiera. Seguro que encontraba en su camino tantos peticionarios de tránsito como feligreses un sacerdote. Aun así no me senté, sino que hice como si siguiera buscando. Entonces los mexicanos se levantaron y se fueron. Me senté en la mesa que habían dejado libre, demasiado grande para mí.

Me senté como solía, mirando hacia la puerta. Un hombre pasablemente fuerte al que algo ha herido no se pasa el día y la noche pensando en su herida. Pero mientras trabaja, habla y camina, le queda la conciencia de su herida, el sutil e innegable dolor. A mí no me abandonaba un instante, ya saliera a pasear con el niño o bebiera, trajinara en el consulado o charlara con el médico. Exploré aquel lugar con los ojos, como hacía normalmente.

Aún no había tocado mi copa cuando la puerta se abrió de golpe, la mujer entró. Caminó, se detuvo, miró sin aliento alrededor, como si el desierto Café Roma fuera un patíbulo, como si la hubiera enviado allí una instancia superior a escuchar el dictado de una sentencia. Pero para mí, hubiera venido por lo que hubiera venido, su llegada era la consecuencia de mi espera. Y como suponía que ella llegaba demasiado tarde, pero yo no quería llegar demasiado tarde, dejé mi copa sobre la mesa y me planté junto a la única puerta. Ella pasó enseguida delante de mí volviendo el rostro. La seguí. Atravesamos la Cannebière. El exterior no estaba tan oscuro como parecía desde dentro. El viento había cesado por completo. Ella se dirigió hacia la Rue des Baigneurs. Esperaba enterarme enseguida de dónde vivía, de dónde era, en qué circunstancias vivía aquí. Pero ella recorrió en todas direcciones los muchos callejones que había entre el Cours Belsunce y el Boulevard d'Athènes. Quizá al principio había tenido la intención de ir a casa, pero la había abandonado repentinamente. Atravesamos el Cours Belsunce y después la Rue de la République. Se metió en la maraña de callejas que había detrás del Puerto Viejo. Incluso pasamos delante de la casa en la que vivían los Binnet. Su puerta con el llamador de bronce me pareció uno de esos trozos de realidad que se funden con los sueños. Pasamos delante de la fuente de la plaza del mercado, en el barrio corso. Quizá ella buscaba un callejón aquí, una casa. Yo habría podido ofrecerle mis servicios. Me limitaba a caminar tras ella, como si una palabra mía fuera suficiente para que desapareciese para siempre. Una puerta estaba adornada con crespones negros con ribetes plateados, como se hace aquí cuando hay un muerto en la casa. De ese modo, el lamentable callejón ofrecía un orgulloso portal al poderoso huésped. Yo me sentía como en un sueño, como si yo mismo fuera el muerto, y a la vez me oprimía el corazón. Ella bajó las escaleras que llevan al mar. Se volvió de pronto. Su rostro estaba frente al mío. Era absurdo que no me reconociera. Pasó por delante de mí. Yo miré un instante el mar nocturno. Estaba casi cubierto de grúas y puentes. Entre muelles y hangares había superficies aisladas de agua, un poco más claras que el cielo. Desde la punta exterior de la Corniche, en la que había un faro, hasta el muelle izquierdo de la Joliette, corría fina e insignificante, perceptible tan solo por la mayor claridad del agua, aquella línea inviolable e inalcanzable que no era una frontera, sino que se sustraía a todo. De un instante al siguiente, me abrumó el deseo de partir. Con solo quererlo, podría marcharme. Lo conseguiría todo. Mi partida también sería distinta, sin temor, la vieja

marcha honorable que solo está hecha a la medida del hombre, hacia aquella fina línea. Me sobresalté. Cuando me volví hacia la mujer, ya se había marchado. También la escalera estaba desierta, como si me hubiera atraído hasta aquí intencionadamente.

X

Regresé a la Rue de la Providence. Aún no estaba cansado en absoluto. ¿Qué iba a hacer? ¿Leer? Lo había hecho una vez, en una tarde igual de vacía. ¡Nunca más! Sentía la vieja aversión de mi infancia hacia los libros, la vergüenza ante una vida meramente inventada, carente de toda validez. Si había que inventar algo, si esta vida chapuceramente armada era demasiado miserable, entonces yo mismo quería ser el inventor, pero no sobre papel. Sin embargo, tenía que hacer ahora mismo algo, en mi habitación insoportablemente vacía. ¿Escribir una carta? Ya no había nadie en el mundo al que hubiera podido escribir. Quizá hubiera escrito a mi madre... quizá hacía largo tiempo que estaba muerta. Las fronteras estaban cerradas desde hacía mucho. ¿Regresar a un café? ¿Acaso estoy contagiado por el hormigueo hasta tal punto que tengo que sumarme a él? Entonces empecé a escribir una carta. Escribí al primo de Binnet, Marcel. Le pedí que hablara pronto de mi asunto con su tío. Que le explicara que yo era del Sarre. Al fin y al cabo tendría que haber un rincón para mí en una granja grande. Sin duda en Marsella iba tirando, la ciudad me gustaba, incluso algunas cosas me retenían... En ese punto me interrumpí. Llamaron a la puerta. Entró el pequeño legionario que me había llevado a la cama en mi segunda noche en Marsella. Su pecho estaba cubierto de condecoraciones, se había quitado la chilaba. Yo no tenía otra cosa que ofrecerle que un paquetito abierto de cigarrillos Gaulois Bleu. Preguntó si molestaba. Y yo, como respuesta, rompí la carta iniciada. Se sentó en mi cama. Era mucho más listo que yo: había abandonado la necia lucha individual, carente de expectativas, contra la fuerza superior de la soledad, en cuanto había visto la raya de luz bajo mi puerta. Me confesó lo que yo ya sabía hacía mucho:

—Creía que el paraíso era una habitación para uno solo. Y ahora todos los demás se han ido, la banda se ha largado, ¡y cómo la echo de menos!

—¿Dónde han ido?

—Los han reembarcado para Alemania. Dudo que allí maten un cordero en honor de los hijos pródigos. Los pondrán a hacer un trabajo especialmente repugnante o los enviarán al lugar más amenazado del frente.

Estaba muy erguido en el borde de mi cama, un hombrecillo firme en medio de una espiral de humo. Contó:

—Los alemanes vinieron a Sidi-bel-Abes, formaron comisiones. Al estilo alemán. Dictaron una proclama. Los legionarios de origen alemán podían presentarse, fuera cual fuera el motivo por el que hubieran huido. La patria y todo eso. La generosidad de la comunidad popular, y todo eso. Entonces los alemanes de la legión extranjera, soldados de a pie y mandos intermedios, se presentaron. Pero los alemanes los examinaron a conciencia, a despecho de la proclama, y tan

solo aceptaron una pequeña parte de ellos. A los demás los devolvieron. Habían violado su juramento francés porque se habían pasado a los alemanes, los alemanes no los habían aceptado, y entonces los franceses les formaron consejo de guerra. Como pena, todos fueron a parar a las minas africanas.

La historia me puso de mal humor. Pregunté, oprimido, a mi huésped, cómo había salido con bien de las garras de la comisión.

—Mi caso es distinto —dijo—. Soy judío. La generosidad de la comunidad popular no entraba en consideración para mí.

Le pregunté que por qué se había alistado en la legión extranjera. La pregunta pareció revolver en su cabeza todo un enjambre de pensamientos desagradables. Dijo:

—Por la guerra, alistado mientras durase la guerra. Es una larga historia, con la que no voy a aburrirle. Mi herida y mi condecoración me devolvieron la libertad. Mejor cuénteme qué ha sido de esa hermosa muchacha por la que le envidiaba la primera semana.

Pasó un rato hasta que me di cuenta de que se refería a Nadine. Me aseguró que se había dejado los ojos buscándola en cuanto se dio cuenta de que ya no era mi amante. Hablaba de Nadine como yo mismo habría podido hablar. Sus enamoradas palabras me insuflaron un terror gélido, como si un soplo de viento ahuyentase mi propio hechizo en medio de la niebla.

CAPÍTULO QUINTO

I

En los días siguientes no me encontré a la mujer. Quizá había abandonado su inútil búsqueda, quizá había encontrado al que buscaba. Ora mi corazón decía que ya estaba en el mar, quizá en aquel buque rumbo a la Martinica sobre cuya supuesta partida hacían conjeturas esa semana, ora decía que volvería a encontrarla, donde fuera, como fuera. Meforcé a abandonar la espera. Pero mantuve la costumbre de sentarme de cara a la puerta.

Conocía ya muchas caras en la corriente ininterrumpida de los empeñados en partir. La corriente se hinchaba día a día, hora a hora. Y no había redes policiales ni redadas, amenazantes campos de concentración ni duros decretos del prefecto de Bouches-du-Rhône que pudieran evitar que la corriente de almas en pena mantuviera la supremacía sobre los vivientes que tenían aquí su asentamiento firme. Yo los tenía por almas en pena, que habían abandonado su verdadera vida en sus perdidos países, en los alambres de espino de Gurs y Vernet, en los campos de batalla españoles, en las cárceles fascistas y en las ciudades quemadas del norte. Podían hacerse los vivos, con sus audaces planes, con sus abigarrados adornos, con sus visados de países extraños, con sus sellos de tránsito. A mí nada podía engañarme sobre la índole de su travesía. Tan solo me asombraba que el prefecto y los caballeros y funcionarios de la ciudad siguieran haciendo como si la corriente de almas en pena fuera algo que se pudiera detener por medios humanos. Al mirar temía ir a parar a esa corriente, yo, que aún me sentía con vida, con voluntad de quedarme, como si pudiera ser arrastrado a la corriente por un golpe de fuerza o un canto de sirena.

Había corrido con mi confirmación a la oficina encargada de los extranjeros con permiso temporal de residencia. El gordo funcionario nos miraba —un montoncillo de personas con toda clase de visados, salvoconductos caducados y certificados de salida de los campos en las manos — como si no viniéramos de otros países sino de otras estrellas, y solo para el suyo, el propio, privilegiado, estuviera en vigor el privilegio de una eterna residencia. Me enviaron a otra oficina, porque una prórroga como esa o era ilícita o debía ser transformada en un derecho de residencia limitado.

Usted mismo conoce la Rue Stanislas Lorein. Usted mismo ha esperado bajo la lluvia y la nieve en la más extraña cola de personas que en este terrible invierno sin pan esperaban alimento, me refiero a la previa condición del alimento, el derecho a consumirlo en ese lugar. Allí esperaban prestataires checos y polacos que se habían vuelto completamente superfluos, ya ni siquiera se les necesitaba como carne de cañón, se les había equiparado con el enemigo; un pueblo harapiento que había depositado sus inútiles armas en un lugar al que no le correspondía. Todas esas huestes que casualmente aún tenían un poco de vida o hacían como si la tuvieran debían ser registradas a toda costa. Allí volví a encontrar a mi pequeño director de orquesta, castañeteando los dientes de frío, como si hubiera salido a rastras de la tumba para volver a ser registrado con los vivos, allí encontré al legionario extranjero, mi vecino de habitación, allí encontré a una

gitana que llevaba a los niños en un paño atado a la espalda, allí me encontré a mí mismo.

Usted conoce por dentro esa cueva. Usted conoce la horda de duendes con gafas y rizos que con sus patitas, con sus garras esmaltadas en rojo, rascan los expedientes de las paredes, y según si se ha ido a topar con un duende malvado o uno bueno se abandona la cueva satisfecho o rechinando los dientes. A mí me regalaron una nueva magia, una nueva citación. Se me indicó que solo recibiría el derecho de estancia limitada si en lugar del comprobante general de viaje aportaba el billete de un barco, su fecha de partida y el tránsito, mi derecho de paso por los Estados Unidos.

II

Entré casi aturdido al Mont Vertoux para coger un poco de aliento. La mujer fue lo primero que vi cuando pude ver con claridad. Estaba apoyada en la pared, detrás de la mesa en la que más me gustaba sentarme. Me rehice con rapidez y me senté. Su mano estuvo durante minutos sobre el respaldo de mi silla. Desde la mesa vecina, alguien se inclinó hacia mí para decirme que esa semana iban a llevarlo a Orán con un cargamento de rollos de hilo de cobre. También había establecido su ruta hasta Tánger en el consulado inglés. El hombre desarrollaba, como un actor, una técnica de susurro audible desde muy lejos. La puerta giratoria metió en el Mont Vertoux a mi vecina de habitación con sus dos perros, que vinieron hacia mí ladrando alegremente. Ella tensó las correas y saludó riendo. En la mesa de enfrente dos personas empezaron a discutir sobre la forma de envolver Gibraltar en niebla artificial en cuanto se anunciara la presencia de un barco. Y su mano seguía sobre el respaldo de mi silla. Alcé la vista hacia ella. Su cabello castaño, cortado de cualquier manera, se albergaba con descuido en la capucha. De pronto, hizo el único movimiento posible: se llevó los puños a los oídos. Luego se fue.

Yo ya estaba en la calle. Entonces alguien me cogió del brazo.

—Tu Weidel podía haberme dado las gracias —dijo el pequeño Paul.

Quise librarme de él, pero había puesto literalmente el pie en la puerta giratoria, y yo luchaba literalmente con ese pie, duro y pequeño como el de una mujer, y calzado con un zapato rojo oscuro, asquerosamente reluciente.

—Bueno, qué es esto —dijo el pequeño Paul—, la verdad es que me he cansado de hablar en favor de tu Weidel. Había grandes prejuicios, incluso justificados. He hecho uso de mi poder. No he ahorrado mi tiempo, me he abierto paso por entre comités, pero para él un paseo, un gesto, una palabra de agradecimiento...

—Disculpa, Paul. —Con un gran esfuerzo de voluntad, calmé mi corazón, mi rostro—. Todo es exclusivamente culpa mía. Hace mucho que hubiera tenido que darte las gracias en su nombre. Por su forma de ser, un paseo así hasta un comité, un gesto como ese, que no es nada para nosotros, son una empresa irrealizable para él.

—¡Tonterías! —exclamó Paul—, le costaba menos trabajo hacer ciertos gestos hacia

determinado lugar.

Tenía que calmarlo al instante, y le invité a un aperitivo.

—No puedes rechazármelo —dije—. En el fondo eres tú el que invita. He seguido tus consejos...

Se dejó calmar. Bebimos juntos. Por supuesto, yo sentía que él se aburría conmigo. Volvía la cabeza en todas direcciones, estaba inquieto y terminó cambiando con una disculpa a otra mesa, donde fue saludado con un estallido de Ah y Oh por un grupo de hombres y mujeres.

III

Seguí el consejo, qué otro iba a seguir, del secretario del consulado mexicano. Era el único consejo humano destinado a mi persona, que hacía mucho que carecía de consejeros. Fui a la agencia de viajes.

La tiendecita era insignificante y carente de brillo, como si hubieran puesto las oficinas del Juicio Final en un estanco en cualquier esquina. Pero era lo bastante grande para los que se abrían paso hasta aquí. Llegaban, bien vestidos o harapientos, ante el mostrador e imploraban una plaza en un barco. Había tránsitos válidos pero plazas sin pagar, plazas pagadas y tránsitos caducados. Y todo aquel implorar y gimotear chocaba al otro lado del mostrador con el ancho pecho de un hombre moreno, de cabello aceitoso y peinado a raya, al que yo ya había visto en una ocasión en el barrio corso, entre sus compatriotas, cuando había estado allí tomando un vino con mi amigo Binnet. Reprimió un bostezo, que finalmente se desbordó por su mandíbula junto con el sollozo de una mujer joven cuya reserva no se podía cambiar. Golpeaba el mostrador con sus puñitos. Él la miró fugazmente. Luego canceló definitivamente la reserva y se hurgó el oído con el lápiz. También volví a encontrar aquí a mi pequeño director de orquesta. Sus ojos brillaban de fiebre, como cuando se enciende una vela dentro de una calavera. Me aseguró, temblando de alegría, que llevaba en el bolsillo la última citación para el consulado americano, su tránsito le esperaba definitivamente, su contrato estaba recién prorrogado, su visa de sortie asegurada, su plaza en el barco debidamente reservada. Un policía soltó en el umbral las esposas de la muñeca de un hombre, al que empujó dentro. El hombre, bajito y rechoncho, se frotó indiferente la muñeca. Me resultó familiar. Me saludó. Era el marido de mi primera vecina de habitación. Naturalmente, me contó bastante relajado, ella había sido llevada de Bompard a Gurs, al campo de masas que había en la ladera de los Pirineos. Él había vuelto a su departamento, donde su mujer hubiera querido seguirle, pero se lo había impedido una nueva orden, válida tan solo en su departamento, que obligaba a reexpedir a todos los extranjeros en edad militar. La orden había sido revocada pero antes de que lo fuera él había emprendido un intento de fuga, de ahí la nueva detención, las nuevas esposas. Desde luego, entretanto, todos, pero todos, sus documentos habían caducado sin remisión. Se había hecho traer a Marsella para intentar una nueva reserva. El corso le escuchó bostezando, se hurgó el oído, bostezó un suave «Imposible». El policía aguzó el oído, las esposas tintinearón, se llevó a su hombre.

Entró un hombre bien vestido, del que no pude estimar ni su origen ni su edad. Le habían dado un montón de dinero, que él abonó con rapidez e indiferencia. Le devolvieron un par de billetes, pero él volvió a dejarlos en el mostrador y pidió, no, ordenó que cambiaran su pasaje al mes siguiente porque había un retraso en su visado. Nuestras miradas se cruzaron cuando me rozó al salir. No sé si me imaginé después que ya entonces había sentido el deseo de saber quién era, la intuición de que teníamos algo en común, el qué se vería más adelante. Pero sin duda no hubo calidez alguna en la mirada que me rozó desde ese rostro contenido hasta la vaciedad, más bien frialdad humana... Después de él me tocó a mí. Enseñé mi confirmación de visado. El corso tomó nota con un bostezo de que Weidel y Seidler eran la misma persona. Sin duda hacía mucho que esperaba a un hombre llamado así, su expediente estaba preparado, su pasaje pagado, para él, el corso, no había ningún impedimento para reservar un pasaje para ese hombre siempre que además del visado se hiciera con un tránsito. Primero el americano, después de eso el paso por España y Portugal era un juego de niños. Me miró fugazmente. Tuve en mi rostro la sensación de que su mirada fuera una gota de líquido, incluso me lo sequé. Retrocedí y leí la confirmación de haber pagado mi pasaje, que me había expedido de buen grado. Al marcharme, volví a mirarle..., para mi sorpresa, ahora su rostro gordo y moreno estaba animado, le sonreía a alguien.

Naturalmente, no era ninguno de nosotros el que estaba en condiciones de interrumpir sus constantes bostezos. La sonrisa estaba dirigida a un hombrecillo miserable que de pronto se hallaba junto a la puerta. Llevaba un sucio abrigo. Tenía las orejas rojas de frío. Entre el gimateo de los peticionarios de tránsito, que no le prestaron ninguna atención, aunque el corso estaba de todo corazón con ese hombrecillo y solo apoyaba la punta del lápiz en un punto del expediente que tenía ante sí en ese momento, dijo con sequedad:

—Escucha, José, Bombello solo viene hasta Orán. Seguimos esperando un cargamento de hilo de cobre.

El corso respondió, amigablemente:

—Si salís de pronto, saludad a los amigos de Orán. ¡Sobre todo, saluda de mi parte a Rosario!

Apuntó el gesto de tirar un beso. El hombrecillo rio de forma lamentable. Se escurrió hacia la calle como un ratón.

IV

Le seguí por puro aburrimiento. Se subió el estrecho cuello del abrigo, que no llegaba a protegerle las orejas. El viento era tan fuerte que rizaba incluso el agua del Puerto Viejo. Ambos íbamos mal preparados para un invierno así. Pero él era meridional. Yo podía aguantarlo mejor. Trotamos uno tras otro por el lado derecho del puerto. Se detuvo ante un café mísero y diminuto. Un resto de pintura, un garabato lamentablemente borrado, me mostraron que en lejanos tiempos de paz y de verano esa casa había atendido a clientes africanos. Mi hombrecillo se escurrió por entre la cortina de cuentas de la puerta. Esperé dos minutos antes de seguirle, por puro aburrimiento. Mi hombrecillo ya estaba sentado entre sus iguales, la ronda consistía en otros

cuatro o cinco ratones como él, un triste mulato y el viejo barbero de la casa de al lado, al que seguramente se le había helado la brocha. Todos se dedicaban a nada en absoluto. El camarero había salido de detrás de la barra y se había sentado entre dos chicas de la calle amoratadas de frío. Todos me miraron fijamente. El café estaba petrificado de frío y de aburrimiento. ¡Y ese suelo de piedra, en el que ni siquiera brincaban ya las pulgas! ¡Y esas malditas cortinas de cuentas que tintineaban ligeramente al viento! Seguro que era el sitio más desolado de Marsella, quizá de todo el Mediterráneo. Seguro que aquí no se cometían pecados más graves que un aperitivo en un gélido miércoles con prohibición de venta de alcohol.

Me dieron una copita. Todos me miraban con la más estólida atención. Decidí esperar a que alguien me hablara. A los veinte minutos, mi muda presencia empezó a resultarles insoportable. El hombrecillo cuchicheó con sus vecinos. Luego vino a mi mesa y me preguntó si estaba esperando. Yo respondí:

—Sí.

No era hombre para conformarse con una sola sílaba como respuesta.

—¿Está esperando a Bombello?

Le miré brevemente. Sus ojillos de ratón se inquietaron.

—No tiene sentido esperar, señor. Ha tenido un accidente. No podrá estar aquí antes de mañana.

—¿Me permiten, caballeros —dije—, tomar mi copa en su compañía?

Más tarde, pregunté cautelosamente por el barco de Orán: Un carguero portugués. Aún estaban esperando el cargamento de hilo de cobre. La comisión alemana tenía que aprobarlo. De Orán, el barco saldría para Lisboa, probablemente cargado de cuero. ¿Yo tenía papeles? Si así fuera no tendría que esperar a Bombello, dije yo, sino que podría ir directamente a Transports Maritimes. Mi hombrecillo empezó a quejarse de que la cosa era demasiado arriesgada, estaba en juego el permiso de trabajo, la anulación de la licencia. Yo apunté una duda acerca de si la había tenido en condiciones alguna vez. Y poco a poco fuimos llegando hasta la primera propuesta de costes. Me llevé las manos a la cabeza.

Y sin embargo, no tenía otra intención que pasar el rato. No tenía el menor uso que dar a un pasaje Orán-Lisboa. Acababan de hacerme una nueva oferta, mucho más económica, cuando alguien abrió la cortina de cuentas con torpeza, con las dos manos. Vi a la mujer en el umbral. Probablemente había estado luchando contra el viento para alcanzar a alguien. Se agarró a la silla más próxima. Yo me levanté y di un paso hacia ella. Ella me miró. No sé si me reconoció —si lo hizo, sería como a uno de los buscadores de tránsito que uno se encuentra con cierta regularidad en esta ciudad; quizá mi rostro estaba demasiado cambiado—, porque lo que sentí al verla, más que confusión, fue temor, como si a mis talones se agarrara cada vez más algo que ningún azar y ningún destino podían explicarme. Ella salió, y enseguida el necio temor huyó de mí, tan solo me sobresalté porque se había ido. Corrí en pos de ella. No había dudado ni un segundo, pero la calle ya estaba vacía. Quizá había saltado al tranvía que pasaba delante de la casa rumbo al centro.

Volví a mi sitio. Encontré a todo el grupo un tanto sonriente, un tanto entrado en calor. Y yo, yo

necesitaba calor ahora, y lo tomaba donde lo encontraba. El barbero me preguntó si había roto con ella. Las palabras acertaron con asombrosa exactitud en mi propio sentimiento de haberla conocido hacía mucho, de tener una vida en común a nuestras espaldas, y haber roto. Todo el asunto me había ganado a los comensales. Probablemente uno se gana a la gente cuando descubre algo de sí mismo que ellos entienden. Todos me aconsejaron una rápida reconciliación. De pronto podía ser demasiado tarde. Cuando me marché, me dijeron que volviera al día siguiente, Bombello llegaría a las nueve de la noche.

V

Entré al siguiente café. ¿Qué otra cosa podía hacer? El café se llamaba Brûleurs des Loups. Al pasar, vi al corso en la terraza acristalada y con calefacción del Café Congo. Él me reconoció y sonrió. Atribuí esa sonrisa a la circunstancia de que estaba más próximo a su corazón que sus demás clientes. A veces, en el Brûleurs des Loups hay franceses auténticos. En vez de hablar de visados, hablan de chanchullos razonables. Oí mencionar incluso cierto barco para Orán. Mientras en el Mont Vertoux los visitantes discutían en detalle todas las circunstancias del pasaje, esta gente de aquí negociaba sobre todas las circunstancias del cargamento de hilo de cobre.

El Puerto Viejo era azul. Usted conoce esa clara luz de la tarde que brilla fría en todos los rincones del mundo, y todos los rincones del mundo están desiertos. A mi larga mesa se sentaba una mujer gorda con un alto peinado. Devoraba incontables ostras. Las devoraba por preocupación. Le habían denegado su visado definitivamente, por eso devoraba el dinero del viaje. Pero apenas se podía comprar otra cosa que vino y marisco... La tarde avanzó. Los consulados cerraron. Ahora, los buscadores de tránsitos, asediados por el temor, inundaban el Brûleurs des Loups y cualquier otro lugar imaginable. Su loca cháchara llenaba el aire, la absurda mezcla de embarullados consejos y pura perlejería. La fina luz de los distintos atracaderos cubría ya la superficie del Puerto Viejo, que empezaba a oscurecer. Dejé mi dinero sobre la mesa para cambiar al Mont Vertoux.

Entonces, la mujer entró en el Brûleurs des Loups. Seguía teniendo la expresión triste y sombría de un niño al que se toma el pelo en un juego. Examinó minuciosamente todos los asientos, con esa prolijidad triste y entregada que tienen en los cuentos las pueriles mujeres que hacen en vano un trabajo inútil. Porque su búsqueda volvió a carecer de objeto, se encogió de hombros y se fue. Se me pasó por la cabeza el consejo que había recibido a mediodía: ¡No esperes a que sea demasiado tarde!

La seguí a la Cannebière. Sabía ya que esa decidida carrera no tenía objeto. Hacía mucho que el mistral había cesado. Y sin su gélido silbido la noche era muy tolerable, una noche mediterránea. La mujer cruzó la Cannebière ante el Cours d'Assas. Me di cuenta de que de pronto estaba demasiado cansada para dar un paso más.

El banco estaba frente al consulado mexicano. Tan solo porque lo conocía, reconocí en la oscuridad el gran escudo ovalado, el águila sobre el nopal. Para la mujer, creo yo, no era más que

una superficie de brillo mate, y tampoco la puerta era más que una de las mil puertas cerradas por la noche de la ciudad. Pero a mí no me abandonaba la sensación de que ese escudo estaba ahí. Había ido a parar a mí como algún otro a algún cruzado. No sabía exactamente cómo y por qué, pero adornaba mi escudo de armas, mi visado, mi tránsito, si algún día llegaba a tener uno. Y ahora estaba allí.

Me senté al otro extremo del banco. La mujer volvió el rostro hacia mí. En su mirada, en su rostro, en todo su ser había tal ruego, tan implorante ruego de que se la dejara sola, de que se la dejara en paz, que me levanté instantáneamente.

VI

Subí a casa de los Binnet. Claudine estaba ocupada en escoger los auténticos granos de café de entre el sucedáneo de café nacional, que esta vez estaba hecho, en vez de a base de cebada, a base de guisantes desecados. Había sacrificado todos los cupones de café del mes para hacer un único café auténtico para su huésped, el médico. El médico estaba hoy desesperado.

Había dejado irse el vapor para la Martinica para registrarse para el mes siguiente en Lisboa. Ahora le habían denegado el tránsito español. Un incidente con el que no había podido contar. Ya había investigado; se había enterado de que en el consulado se le había confundido con un médico del mismo nombre que durante la Guerra Civil había prestado servicio en las Brigadas Internacionales. Le pregunto si ha estado en España.

—¿Yo? No. Probablemente entonces no había nadie a quien no se le pasara por la cabeza la pregunta de si era necesario allí. Yo la respondí para mí con un no. Precisamente entonces tenía posibilidades de ser admitido en el hospital de Saint-Evrian. Eso habría significado hacer útiles mis conocimientos a largo plazo.

—¿Y le admitieron?

—El asunto se retrasó —dijo, cansado—, como todo en este país. Se retrasó interminablemente. Luego vino la guerra.

—Seguro que entretanto hacía mucho que su tocayo había vuelto de España.

—Llegó incluso a Marsella antes que yo. He hecho averiguaciones acerca de él. Precisamente me ha resultado funesto que no hubiera solicitado su tránsito. Entonces se le habría denegado a él, el auténtico, la confusión habría sido imposible y me lo hubieran otorgado a mí. Pero el hombre ni siquiera pidió su tránsito. Según me contaron en sus círculos, cruzó las montañas con documentos falsos y se fue a Portugal prácticamente a pie. Un tipo extravagante, mi tocayo. Así que la negativa al tránsito se debió a que un médico de este nombre estaba marcado en el consulado español. Durante el relato, yo había estado mirando a nuestro muchacho. Miraba fijamente la boca del médico. Yo habría dado algo por leer en su rostro. Escuchaba esforzadamente el relato de esas aventuras de papel, ese abrirse paso por una selva virgen de

expedientes.

Claudine trajo el café. Nos hizo, después de mucho tiempo sin beber uno auténtico, el efecto de un fuerte vino. Nos espabilamos. De pronto, tuve la necesidad de ayudar al médico. Fanfarroneé diciéndole que conocía un medio de llegar a Lisboa desde Orán. ¿Tenía dinero? La expresión del muchacho, que nos observaba, era más tensa que la del médico. De pronto se volvió de cara a la pared y se subió la sábana hasta las orejas. El médico se levantó, demasiado deprisa, me pareció a mí, después de habersele servido un café tan valioso. Ya no tenía otra cosa en la cabeza que «escuchar mis consejos una vez más en detalle y a solas». Me arrastró por los callejones, con su brazo en el mío. Tuve que explicarle todos los detalles, aunque por aquel entonces aún estaban poco claros para mí mismo. Sobre todo, me preguntaba si estaría en condiciones de aprovechar los consejos que le di. Escuchaba ansiosamente todas las posibilidades, hasta las más absurdas. Y en la esquina de la Rue de la République me invitó a cenar. Acepté, aunque sabía que no me invitaba porque yo le gustase, sino porque sabía algo. Mañana, en el café, contaría: anoche cené con un tipo que sabía algo. Pero aun así acepté. Estaba solo. Tenía miedo al resto de la noche. Mi fría habitación, un paquete de Gaulois Bleu, y siempre atormentado por la misma imagen.

Entramos en la pizzería. Me senté de cara a la ventana abierta. El médico hizo traer tres cubiertos. Miró el reloj. Encargó una pizza de doce francos. Trajeron un rosado. Las primeras dos copas siempre se toman como si fuera agua. El fuego abierto, fíjese, me gusta. Y cómo el hombre bate la masa con ágil juego de muñeca. En realidad es lo único que me gusta en el mundo: me refiero a que solo me gusta lo que dura siempre. Porque aquí siempre ha ardido un fuego abierto, y hace siglos que la masa se bate así. Y si usted me reprocha que yo siempre estoy cambiando, respondo que también eso no es más que una concienzuda búsqueda de lo que dura para siempre.

El médico dijo:

—¡Por favor, vuelva a contarme todo lo que sepa sobre ese viaje a Orán!

Así que le conté por tercera vez cómo había descubierto al pequeño y mísero hombre ratón con el corso y le había seguido para enterarme de algo acerca de un pasaje. No yo, el médico estaba sentado de cara a la puerta. De pronto, su rostro cambió. Dijo:

—Por favor, vuelva a contárselo todo a Marie.

Me volví. La mujer se acercó a la mesa. No dijo nada. Tan solo le saludó con la cabeza, con un viejo y familiar entendimiento. El médico dijo:

—Este señor tiene la amabilidad de darnos un buen consejo.

Ella me miró brevemente. A veces, el reconocimiento está ligado, en vez de a la proximidad, a una cierta distancia. Yo no hice ningún esfuerzo por darme a conocer. Sentía un frío gélido. Entretanto trajeron la pizza, tan grande como una pequeña rueda de coche. El camarero cortó un triángulo para cada uno de nosotros. El médico dijo:

—Come algo, Marie, pareces cansada.

Ella respondió:

—Una vez más, no ha sido nada.

Él le cogió la mano. Yo no sentí celos. Tan solo tenía la sensación de que tenía que quitarle a tiempo algo que no era suyo, con lo que era imposible que pudiera tratar. Realmente, le cogí por la muñeca. Le giré un poco la mano, de forma que la mujer sacó los dedos, pero yo llegué a ver la esfera del reloj de él. Recuperé el control sobre mí mismo y le dije que tenía que irme enseguida. Dijo, defraudado, que esperaba que tuviera la noche libre. Marie tampoco tenía hambre, era imposible que él se comiera la pizza solo, incluso me daría cupones de pan. Ante todo, aún tenía que contarle a Marie todo el asunto. Me sirvió rosado. Después de haberme bebido también esa copa, tuve claro que la mujer, si me iba de aquí, no me seguiría en modo alguno, sino que se quedaría sentada con el médico. Así que agoté también esa copa que él volvió a llenar con rapidez. Conté por cuarta vez todo ese largo asunto sin importancia. La mujer escuchó lo que contaba con completa indiferencia. Pero el médico no se cansaba de oír ese absurdo. Porque absurdo, absurdo, absurdo era ese gasto de energías para cambiar una ciudad ardiente por otra ciudad ardiente, pasar de un bote salvavidas a otro, en el mar insondable. Dije:

—Pero tendrá usted que irse solo. Para una mujer ese viaje no es posible, no entra en consideración.

Ella respondió con rapidez:

—Para mí todo entra en consideración. Solo quiero irme de aquí. Me da igual cómo. No temo a nada.

—Esto no tiene nada que ver con el miedo. A un hombre se le puede esconder en cualquier sitio. Se le puede dejar por el camino. Esa gente ni siquiera aceptaría el riesgo.

Nos miramos a los ojos por primera vez. Creo que también entonces fue cuando me reconoció por vez primera. No quiero decir que me reconoció como a alguien que uno ya se ha encontrado a menudo, sino como al extraño que se cruzaba irrevocablemente en su camino, para bien o para mal.

El médico cambió la botella de rosado, que había vaciado casi solo, por una llena. Y mientras bebía, ponderé las palabras de ella: «Quiero irme de aquí, me da igual cómo». Salida de su boca, esa confesión que escuchaba cien veces al día me pareció fresca y nueva en su tontería y evidencia, como si a la vista de ese fuego abierto, a la vista de esa pizza cortada, me hubiera asegurado que la muerte destruiría sus rasgos un día. Por un instante incluso yo también pensé en ello, en esa forma de destrucción, la más sencilla, el fin inevitable de todo lo destruible. Su rostro pequeño y pálido apareció muy cerca de mí, todavía intacto, en un mundo de colores y brillos de rosado. El médico volvió a tratar de cogerle la mano. Yo hice a tiempo una barrera con el codo, al ir a coger la botella. Entonces el médico dijo:

—De todas formas aún no podrías viajar en esa fecha. Y si pudieras, entonces también podrías hacerlo a través de España.

Nos serví a los tres. Y mientras vaciaba mi propia copa, tuve claro que tenía que echar a ese

hombre de la mesa, de la pizzería, de la ciudad, a través del mar, lo más rápido y más lejos posible.

VII

Me pegué a los talones de la pareja, he de confesarlo. No me avergonzaba, porque, si lo pienso, les resultaba más bienvenido que molesto. Mi pretexto era el pasaje a Orán. Negocié con el médico y el hombrecillo ratón y también con Bombello, al que entretanto llegué a ver. Era un corso flaco y bigotudo de aspecto puntilloso; apenas tenía otra ruta a sus espaldas que la que va de Ajaccio a Marsella. Le dije al médico que el carguero podía lo mismo estar detenido durante semanas que zarpar de pronto, de una hora para otra, ¿estaba irrevocablemente dispuesto? Me respondió con los ojos bajos que lo había discutido y estaba listo. Contaba con reunirse con Marie en Lisboa.

Yo solía esperar en casa de los Binnet, bajo la mirada recelosa de Claudine, que no acababa de entender mis nuevas y largas visitas, y también el chico esperaba mudo al médico, que le saludaba cada vez más fugazmente cuanto más sano estaba. Me arrastraba a la pizzería para esperar a Marie, declarando para mi asombro que había prometido a Marie llevarme consigo, la presencia de un desconocido atenuaba la angustia que precede a una despedida; para él era importante todo lo que alegrara o calmara un poco a Marie. A menudo teníamos que esperar largo tiempo los dos hasta que ella llegaba. Yo siempre veía su llegada en el rostro del médico, cuya expresión cambiaba abruptamente, una expresión extraña, para mí inexplicable, de recelo y preocupación. Pero yo, mientras esperábamos, veía a Marie recorrer la ciudad, ir de puerta en puerta en una búsqueda cuyo testigo ya no era yo, porque iba a parar por las tardes a una mesa con ella. En una ocasión le pregunté al médico de pasada, y él respondió igualmente de pasada:

—Oh, Dios, la vieja plaga de los visados.

Su respuesta sonó insincera, lo que me sorprendió dado el poco motivo, en vista de la inútil sinceridad de sus frecuentes confesiones.

Esperábamos, él y yo, en una tarde gélida. El quai delante de la pizzería estaba barrido por el viento. Las pocas luces de las casas del otro lado del puerto relucían como desde una lejana costa. Me pregunté si mi acompañante estaba realmente tan tranquilo como aparentaba. Si mañana la comisión daba vía libre al carguero y por tanto a su partida, tendría aún mucho menos poder para proteger el camino de Marie. Vi en el fruncimiento de sus cejas, en el estrechamiento de sus ojos, que la pequeña punta de sombra a la que ambos estábamos esperando aparecía ante la ventana, y la puerta se abrió.

No era solo el viento el que la dejaba sin respiración. No estaba pálida hasta los mismos labios solamente de frío. No ocultaba su miedo. Se inclinó hacia su amigo y le dijo unas cuantas palabras, y él, atónito por primera vez desde que le conocía, se levantó a medias, miró a su alrededor. También yo, contagiado por su perplejidad, miré a mi alrededor. Pero este local no contenía amenaza alguna, solo calma. La familia entera del dueño estaba sentada en torno a la

mesa vecina, sobre la que había el mismo vino, la misma comida que en la nuestra. El dueño, que era al mismo tiempo el cocinero principal, dio, mientras acariciaba a su hija predilecta, instrucciones al segundo cocinero, que era su yerno y, nada más entrar Marie, había cogido las paletas para batir la masa. Había otras dos parejas de enamorados con las manos y las rodillas entrelazadas, tan inmóviles como si el más fugaz de los encuentros los hubiera dejado fundidos para toda la eternidad. Eso era todo. Se nos podía contar con los dedos de las manos, sin incluir las sombras que el fuego proyectaba en la pared. Ardía a llama baja, ya que con este tiempo, a esta hora, no se esperaban muchos más clientes. A mí me parecía el último fuego, el último refugio en el Viejo Mundo que nos daba cobijo, sí, y un último plazo para decidir: irnos o quedarnos. Las paredes estaban llenas de innumerables de esos plazos que innumerables personas habían pasado aquí, para poder pensar una vez más ante el fuego en lo más importante que los retenía. Aquí solo había calma, fueran cuales fueran las desgracias que los últimos vendedores de periódicos pudieran graznar después, en cuanto saliéramos a la Cannebière. Nadie se atrevería nunca a apagar ese fuego que todos necesitábamos, los que se habían arrastrado hasta el Puerto Viejo atormentados por el miedo y los que les pisaban los talones, porque tampoco los perseguidores, por más miedo que provoquen, son inmunes al miedo.

El médico se tranquilizó también, sacudió la cabeza y dijo:

—Mira tú misma, Marie, aquí no hay nadie en absoluto.

Y añadió:

—Tampoco antes había nadie —de pronto señaló hacia mí—: Solo él.

Sentí una leve incomodidad, porque no puedo soportar que me señalen. Dije:

—Es mejor que me vaya.

Entonces Marie me cogió la mano y exclamó:

—¡No, quédese! Está bien que esté aquí.

Vi que su temor se calmaba por mi mera presencia, y que se prometía protección mía contra unas amenazas reales o imaginarias.

VIII

Cierto, ahora estaba dispuesto a cumplir con cualquier exigencia para que no me dejarán atrás, a procurarme los más absurdos documentos de viaje.

Con los rostros desfigurados por el mistral, la gente se apiñaba en la antesala del consulado americano. Por lo menos aquí hacía calor. Desde hacía unos días, el más amargo de los fríos se unía a los demás padecimientos de los que deseaban irse.

El portero de la secretaría del consulado de los Estados Unidos estaba, fuerte como un boxeador, detrás de la mesa cargada de expedientes que cortaba el paso desde la escalera. Con un pequeño movimiento de su poderosa caja torácica hubiera podido echar a todo el flaco enjambre de los obsesionados por partir a los que esa mañana un gélido viento impulsaba desde la Place Saint-Ferréol. El maquillaje yacía como cal sobre los rostros rígidos por el frío de las mujeres, que no solo se habían arreglado y arreglado a los niños, sino también a sus maridos, para conseguir clemencia ya a los ojos del portero. Él movía a veces con sus fuertes caderas la mesa cargada de expedientes, de forma que quedase una rendija, el ojo de una aguja, por el que pudiera subir un privilegiado demandante de tránsito.

Apenas reconocí al director de orquesta sin sus gafas de sol. El gélido mistral de los últimos días le había devastado por entero, si es que el mistral aún puede devastar un esqueleto. Pero iba bien peinado a raya y temblaba alegremente.

—Habría debido usted empezar antes. Yo saldré hoy del consulado con mi tránsito.

Apretaba los codos contra el cuerpo, para que su fraqucito negro no sufriera en medio del tumulto.

De pronto, los que esperaban se pusieron furiosos. Mi propia vecina de habitación, con un vestido de colores, entró indiferente con sus dos dogos tirando de las correas. Pero el portero, que ya sabía que ella le resultaba agradable al cónsul, despejó al instante el camino entre la mesa y la escalera con una muda reverencia, como si los dos dogos fueran fiadores encantados por un hechizo. Yo aproveché la pequeña brecha y salté en pos de la mujer de los perros. Lancé al portero mi citación a nombre de Seidler, llamado Weidel. El portero gritó, luego vio que los perros me saludaban con familiaridad y me dejó subir a la región de los secretarios de consulado.

También aquí volvía a haber salas de espera. Los perros asustaron a media docena de niños judíos. Se apiñaron en torno a sus padres y a su abuela, una mujer amarillenta y rígida, tan vieja como para no haber sido expulsada de Viena por Hitler, sino por el edicto de la emperatriz María Teresa. Para determinar qué significaba ese ruido, por una de las puertas del consulado salió una señorita que sin duda habría pasado toda la guerra, la devastación entera de la Tierra, flotando en una nubecita, tan delicada y rosa como su rostro. Guio sonriente y batiendo sus alas a toda la familia, que seguía angustiada y adusta, hacia el escritorio del cónsul. Sentí, en mi contagio de la furia transitaria, entre mi propia niebla de obseso por el visado, unos ojos fijos en mí. Me pregunté dónde había visto antes a ese hombre que ahora me miraba tranquilamente, que ya había estado mirando a otros que esperaban y no tenía nada mejor que hacer en ese momento. Llevaba el sombrero en la mano..., ayer, en la agencia de viajes, no me había podido dar cuenta de que estaba casi calvo. No nos saludamos. Tan solo nos sonreímos burlonamente, porque cada uno de nosotros se daba cuenta de que, para bien o para mal, tendríamos que volver a encontrarnos cien veces en busca de tránsito, que eso unía nuestras vidas, incluso contra nuestras inclinaciones y contra nuestra voluntad e incluso contra el destino. Entonces vino también mi pequeño director de orquesta. Tenía manchas rojas en las mejillas. Le temblaban los nudillos. Contaba fotografías mientras aseguraba constantemente:

—Eran doce en el hotel. Se lo juro.

Mi vecina de habitación aprovechaba el tiempo cepillando a sus perros.

Me avergüenzo de confesarlo: mi corazón latió atemorizado. Durante un tiempo, ya no presté atención a la gente que entraba detrás de mí, de uno en uno, conteniendo la respiración, a la segunda y superior sala de espera. Pensaba: qué aspecto tendrá el hombre al que llaman cónsul, tiene poder sobre mí, eso es seguro. Sin duda su poder de atar y desatar está limitado a su propio país. Pero si ahora me niega el tránsito americano, estaré marcado como un demandante fallido, marcado para todos los funcionarios de la ciudad y para todos los consulados. Tendré que huir de nuevo, y perderé a mi amada antes aún de haberla conseguido.

Pero cuando pronunciaron el nombre de Weidel me tranquilicé. Ya no temía ningún desenmascaramiento y ninguna negativa. Sentí la inconmensurable, la irrecuperable distancia que separaba a ese hombre al que llamaban el cónsul, de la carne y la sangre, seca la una, diluida la otra, que se sentaba indiferente detrás del escritorio. Vi con curiosidad, como si estuviera fuera de mí mismo, esa invocación de espectros, el llamamiento a una sombra que hacía mucho que se había esfumado en una de las esquemáticas, putrefactas ciudades de muertos señaladas con la cruz gamada.

Pero él, el cónsul, me miraba a mí, el vivo, que estaba entre él y la sombra, con arrogante minuciosidad. Dijo:

—¿Se llama usted Seidler? Firma con el nombre Weidel. ¿Por qué?

Yo dije:

—Es algo frecuente entre escritores.

—¿Qué le ha movido, señor Weidel-Seidler, a pedir un visado mexicano?

Respondí a su severa pregunta con modesta sinceridad:

—No lo he pedido, cogí el primer visado que se me ofreció, como imponía mi situación.

Él dijo:

—¿Cómo es, señor, que nunca ha intentado pedir su entrada en los Estados Unidos como escritor, como la mayoría de sus colegas?

Respondí a ese hombre:

—¿Dónde iba a presentar esa petición? ¿Ante quién? ¿Cómo? Yo, fuera del mundo. ¡Los alemanes entrando! Había llegado el fin del mundo.

Él dio unos golpecitos con el lápiz.

—El consulado de los Estados Unidos seguía prestando sus servicios en la Place de la Concorde.

—¿Cómo iba yo a saberlo, señor cónsul? No fui a la Concorde. La gente como yo no se dejaba ver por la calle.

Frunció el ceño. Me di cuenta de que a su espalda las máquinas de escribir registraban todo el interrogatorio. Un poco de traqueteo más en medio del gran ruido, del gran miedo al silencio.

—¿A qué circunstancias, señor Seidler, debe usted la expedición de su visado mexicano?

—Probablemente a favorables azares —respondí—, y a algún buen amigo.

—¿Por qué dice algún? Tiene usted ciertos amigos en los círculos del antiguo Gobierno de la antigua República Española que hoy están vinculados a ciertos círculos del Gobierno mexicano.

Pensé en mi pobre muerto, enterrado a toda prisa, en su lastimosa herencia. Exclamé:

—¿En un Gobierno? ¿Amigos? ¡Desde luego que no!

Él continuó:

—Usted prestó ciertos servicios a la antigua República, trabajó para su prensa.

Pensé en el hatillo de papeles en el fondo del maletín, en esa complicada historia que me había aturdido, cuánto tiempo hacía de todo eso, en una tarde triste. Exclamé:

—Nunca he escrito tal cosa.

—Discúlpeme si vuelvo a ayudar a su memoria. Aquí está por ejemplo, salida de su pluma, cierta descripción, traducida a numerosos idiomas, de los fusilamientos de Badajoz.

—¿De qué, señor cónsul?

—De los fusilamientos masivos de rojos en la plaza de toros de Badajoz.

Me miró con dureza. Sin duda atribuía mi asombro a la insuperable plenitud de sus conocimientos. Yo estaba desmesuradamente sorprendido. Fuera lo que fuera lo que había movido a mi muerto a describir aquella ocasión que alguien podía haberle contado, seguro que le había dado la magia que ahora yacía en la tumba con él. Extinguida, rota, yacía junto a él la lámpara maravillosa que iluminaba para siempre aquello a lo que él la dirigiese, la mayoría de las veces hacia intrincadas aventuras, pero en una ocasión también hacia aquella plaza de toros. Qué necio había sido mi muerto al apagarse a sí mismo. A quien tiene la lámpara, se dice, ¿no es verdad?, le obedece el espíritu de la lámpara. Habría dado algo por leer esa historia. Dije:

—Nunca he escrito nada semejante, ni antes ni después.

El cónsul se incorporó y me dirigió una mirada que se hubiera podido llamar penetrante si hubiera penetrado a la persona adecuada. Preguntó:

—¿Tiene usted un garante aquí?

¿De dónde, en todo el mundo, iba yo a sacar un fiador que jurase ante el cónsul que mi muerto no había escrito nada semejante, ni antes ni después, que jurase que mi muerto ya no escribiría sobre el fusilamiento masivo de rojos en la plaza de toros de ninguna parte? Las máquinas de

escribir del interrogatorio habían enmudecido. Y como el silencio mismo amenazaba a esa estancia, me acordé del principio de la larga historia, me acordé del pequeño Paul. Dije:

—Sin duda, mi amigo Paul Strobel, del Comité de Ayuda, Rue Aix.

El nombre fue sumado a otros nombres, el archivo a los archivos, el expediente a otros expedientes, y recibí una citación para el 8 de enero.

Después de semejante interrogatorio, lo que quería era ir al café más próximo. Pero cuando bajé la escalera desde los locales del consulado hasta el gran vestíbulo de abajo, no pude abrirme paso por entre la multitud. Allí reinaba la consternación y el espanto. Una ambulancia se detuvo delante de la puerta, y cuando yo salía, cogieron a alguien en una camilla y se lo llevaron. Reconocí al pequeño director de orquesta. Estaba muerto. La gente decía: se desplomó en medio de la cola. Iban a darle el visado hoy, y entonces el cónsul le rechazó porque tenía una foto de menos. Eso hacía que su citación se aplazara, su pasaje caducara, lo que le excitó mucho. Cuando le ayudamos a contar las fotos vio que encima se había confundido, dos fotos se habían pegado, volvió a ponerse a la cola y entonces se desplomó.

IX

Me quedé mirando al coche que se llevaba para siempre a mi pequeño director de orquesta. Mi incomodidad pasó, al fin y al cabo yo era fuerte y joven. Entré al Café Saint-Ferréol. Solo está a tres minutos del consulado americano. Me había ganado el derecho al café de los transitorios americanos. Oí pasos a mi espalda. Mi transitorio calvo entró detrás de mí. Nos sentamos en dos mesas separadas pero próximas, con lo que ambos apuntábamos que queríamos beber solos, pero quizá cambiar unas pocas palabras según las circunstancias. Cada uno de nosotros pidió su Cinzano. De pronto, él se inclinó hacia mí y entrechocó su vaso contra el mío. Dijo:

—¡A su salud! Puede que seamos los únicos que nos acordamos de él.

Yo dije:

—Vi por primera vez a ese hombre la noche de mi llegada a Marsella. Su primer documento siempre estaba caducado cuando le concedían el último.

—Cuando no se empieza por el último. Yo empecé por buscarme aquí a un hombre que me cediera su pasaje. Solo entonces empecé la caza del visado.

Le pregunté si es que había personas que renunciaban a un pasaje. Dijo:

—Se trataba de una mujer que vivía en algún sitio cerca de mí. Estaba feliz esperando el viaje. De repente enfermó. Abandonó la carrera. Me cedió su pasaje.

Yo dije:

—Pero bueno, ¿qué clase de mujer? ¿Qué clase de enfermedad?

Él me miró con atención por vez primera. En sus ojos grises no había bondad, pero sí algo que pesa más que la bondad. Respondió sonriendo:

—Su curiosidad se mantiene intacta. Pregunta a un desconocido por las dolencias desconocidas de una mujer desconocida —Me miró con más atención, luego preguntó—: ¿No será usted simplemente escritor? ¿No lo preguntará solo para escribirlo?

Yo grité, espantado:

—¿Yo? ¡No! ¡En absoluto!

Me espanté por segunda vez. Mi respuesta había sido inmeditada. Ahora ya no podía retirarla. Añadí:

—Me he asegurado un billete para el peor de los casos.

Él exclamó:

—¡Para el peor de los casos! ¡Un billete para el peor de los casos! ¡Un visado para el peor de los casos! ¡Un tránsito para el peor de los casos! ¿Y si esas garantías se vuelven contra usted? ¿Y si las garantías contra el peligro le quitan más fuerza que el peligro mismo? ¿Y si se enreda en esa red de precaución?

Yo respondí:

—¡Bueno! No creará que sobrestimo esa tontería. Es un juego como otro cualquiera. Un juego en torno a la estancia en la tierra.

Me miró como si ahora supiera con quién tenía que vérselas. Se volvió. Tomó claramente posesión de su mesa aislada, que no obstante tocaba con la mía. Su rostro era severo, su actitud rígida. Me pregunté en vano de dónde sería.

X

Olvidó saludar cuando se fue. El Café Saint-Ferréol se llenó en parte con los visitantes despachados por el consulado americano, en parte con los que esperaban la visa de sortie, que hacían acopio de fuerzas antes de subir a la prefectura. A mí me habría gustado cambiar al Quai des Belges, donde al fin y al cabo se veía el puerto. Estaba sentado como paralizado. ¿Ir a casa de los Binnet? No puedo pegarme siempre a ellos.

De pronto, mi corazón latió antes de que mis ojos reconocieran a la mujer. Ella entró, caminó por entre las mesas. Su tristeza me contagió. Tuve miedo. Me levanté cuando se acercó. Me dio la mano sin alegría. Pero yo dije:

—Ahora va a sentarse a esta mesa. Ahora tomará lo que yo pida. Ahora me pertenece.

Ella se sentó indiferente junto a mí. Preguntó, cansada:

—¿Qué quiere de mí?

—¿Yo? Nada. Solo saber lo que busca. Busca de la mañana a la noche, en todas las calles, en todas partes.

Ella me miró sorprendida. Luego dijo:

—¿Por qué me pregunta? ¿Es que quiere ayudarme?

—¿Le parece tan extraño recibir una oferta de ayuda? ¿Qué busca? ¿A quién?

—Busco a un hombre determinado del que a veces se afirma que está aquí y a veces que está allá. Pero cuando acudo siempre se ha marchado. Tengo que volver a encontrarlo. Mi felicidad depende de ello.

Yo reprimí una sonrisa. ¡Su felicidad! Dije:

—No puede ser difícil encontrar a un hombre en Marsella. Una cuestión de horas, si se trata de eso.

Ella dijo con tristeza:

—Eso es lo que yo pensé al principio. Ese hombre está como hechizado.

—Un hombre extraño. ¿Lo conoce usted bien?

Su rostro se volvió un poco más pálido.

—Oh, sí, lo conozco bien. Era mi propio esposo.

Le cogí la mano. Me miró seriamente a la cara con el ceño fruncido.

—Si no encuentro a ese hombre no podré irme. Tiene todo lo que necesito. Él es quien tiene el visado. Solo él puede conseguir el mío. Tiene que declarar ante el consulado que soy su mujer.

—¿Para luego marcharse con el otro, el médico, si lo he entendido bien?

Ella retiró la mano. Yo había hablado con demasiada severidad, ahora me arrepiento. Dijo, con la cabeza baja:

—Algo así, más o menos.

Volví a cogerle la mano. La dejó sin pensar entre las mías. Eso me pareció mucho. Dijo, como para sí misma:

—Lo malo es que no encuentro al uno y solo hago perder el tiempo al otro. El segundo, el otro, ya me ha esperado inútilmente mucho tiempo. Ha aplazado su marcha por mí. Ya no puede esperar más, solo por mí.

Yo dije:

—¡Bien! Lo primero es aclararlo todo, por partes. ¿Quién le dice que ese hombre está aquí? ¿Quién le ha visto?

Ella respondió:

—Los empleados del consulado. Estuvo allí hace poco a recoger su visado. El secretario del consulado mexicano ha hablado varias veces con él, de eso no puede haber ninguna duda, y también el corso de la agencia de viajes.

¿Por qué su fría mano se volvía fría entre mis manos cálidas? Se acercó más a mí. Y yo, yo deseé por un instante que su imagen se esfumara, que se volatilizara en el mistral de esta ciudad. Probablemente habría tolerado que pasara el brazo en torno a ella. Solo como un niño que se acerca por miedo a un adulto. Pero yo estaba contagiado de ese temor infantil e insondable. Pregunté en voz baja, como si hablásemos de cosas prohibidas:

—¿Desde dónde llegó a Marsella? ¿De la guerra? ¿De un campo de concentración?

Ella me respondió en el mismo tono:

—No, de París. Nos separamos cuando llegaron los alemanes. Él se quedó allí. En cuanto llegué aquí le escribí una carta. Enseguida. Encontré a una mujer que le conocía. La hermana de un hombre al que habíamos conocido antes. Un tal Paul Strobel. Y esa mujer tenía una amiga que era novia de un sedero francés que hacía sus negocios en la zona ocupada. Le pedí que entregase la carta en París. Y lo hizo. Lo sé.

De pronto exclamó:

—¿Qué le ocurre? ¿Qué tiene?

Yo solté su mano. ¡Cómo, soltarla! La arrojé sobre la mesa.

—No me pasa nada. ¿Qué iba a pasarme? El tránsito español, como mucho, ¿no? Ni siquiera eso. ¡Siga!

—No hay más. Eso es todo.

Yo dije sin mirarla:

—Los cónsules ven centenares de caras todos los días. Un nombre no significa nada para ellos. Quizá no esté aquí. Quizá siga en París. Quizá...

Levantó la mano como un rayo, en un casi furioso ademán de advertencia. Me miró fijamente y dijo, con voz cambiada, ronca:

—No hay quizá que valga. Se le ha visto en muchos lugares. Se le ha visto cuatro veces en el Mont Vertoux. El secretario del consulado mexicano lo vio en el Roma, no solo en el consulado. El corso lo vio en la agencia de viajes y luego en un café del Quai des Belges. Lo vio también en un pequeño café del Quai du Port. Solo que siempre llego demasiado tarde.

—Seguramente usted se coló en el consulado mexicano. Asedió a los empleados. Hizo buscar a ese hombre.

—Oh, no, no he hecho tal cosa. Porque ya en mi primera visita, cuando me di cuenta de que la dirección que dejó en el consulado no era cierta, tuve claro que probablemente había venido con documentos falsos, quizá bajo otro nombre, de manera que no puedo indagar en modo alguno, plantear preguntas llamativas, porque podría echarlo todo a perder, para él y por tanto también para mí. ¿Comprende?

Sin duda, lo había entendido todo. El dolor ya nunca se alejaría de mí. Era la herencia de mi muerto. Era yo el que sufría.

Dije:

—Usted quiere conseguir ese visado. Sin hombre no hay visado. Usted ha movido a ese hombre a viajar hasta aquí dándole esperanzas de una nueva vida en común.

Me miró con ojos claros y muy abiertos, los ojos del niño que aún teme la mentira, sea cual sea la travesura que haga. Yo seguí preguntando:

—¿Ahora quiere usted a ese médico?

Después de un ligero titubeo, que yo acogí ansioso, dijo:

—Es muy bueno.

—Dios mío, Marie, no le he preguntado por su bondad.

Callamos un rato.

—¿No le resulta raro que su marido, si es que realmente ha venido hasta aquí, no la haya buscado, no haya hecho todo lo posible por encontrarla?

Ella cruzó las manos. Dijo en voz baja:

—Sí que me parece raro. Mucho más que raro. Aun así, tiene que estar aquí, su presencia ha sido atestiguada. Quizá sabe que estoy con otro hombre. No quiere volver a verme. Ya no se preocupa por mí.

Volví a cogerle la mano. Traté de dominar mi tristeza, el presentimiento de una desgracia. Cuando estuviera solo con ella lo pondría todo en orden. Primero tenía que despachar al segundo hombre, el médico, rápido y lejos. Y yo era el que mejor sabía las exigencias del otro. Por lo menos entonces creía saberlas. Dije:

—¿No teme al reencuentro?

Su rostro se cerró.

—Sí, lo temo, después de todo lo que ha ocurrido. Un reencuentro después de tanto tiempo es casi tan difícil como una despedida.

Yo dije:

—Entonces lo mejor para usted sería que todo pudiera resolverse sobre papel. En expedientes, en los consulados. Se pone su nombre en el visado de él. Se le da a usted una confirmación para la visa de sortie. Tengo ciertas relaciones. Podría ver qué se puede hacer.

—¿Y si vuelvo a verlo en el barco? ¿Junto al otro?

—El otro tiene que ir vía Orán. Yo le ayudaré.

—Al final me quedaré aquí sola.

—¿Sola? Vaya. ¿Por qué teme estar sola? ¿Teme quizá que la encierren en Bompard? No olvide que yo estoy aquí. Ahora, yo cuidaré bien de usted.

Ella dijo tranquilamente:

—No tengo miedo. Porque si tengo que quedarme sola me da igual si estoy libre o encerrada, en Bompard o en cualquier otro campo. En tierra o bajo tierra.

Al oír sus palabras tuve la impresión de un continente completamente vacío, completamente carente de personas, el último barco ido y ella sola en medio de la selva total que enseguida lo había cubierto todo.

CAPÍTULO SEXTO

I

Por aquel entonces, todos tenían un solo deseo: partir. Todos tenían un único temor: quedarse.

¡Huir, simplemente huir de este país hundido, huir de esta vida hundida, huir de esta estrella! La gente escucha ansiosamente hablar de partidas, de barcos apresados y jamás llegados, de visados comprados y falsificados y de nuevos países de tránsito. Cualquier charla sirve para acortar la espera, porque la gente está consumida de esperar. De lo que más les gusta oír hablar a todos es de los barcos que zarparon sin ellos pero, por alguna razón, nunca alcanzaron su destino.

Yo tenía miedo de encontrar en el consulado mexicano alguien que me conociera. Pero cuando vi a Heinz entre los que esperaban mi corazón brincó de alegría. Olvidé incluso mi mala conciencia. Le abracé como se abrazan los españoles, apretando contra mí todos sus huesos secos y acribillados. Los españoles que esperaban nos rodeaban sonrientes, con los corazones intactos de hombres apasionados que jamás se habían dejado embotar por la guerra, por el campo, por el horror de miles de muertes, y contemplaban nuestro reencuentro.

—Heinz, tenía miedo de que te hubieras ido para siempre. No pude acudir a nuestra cita entonces. Me ocurrió algo, algo que solo le ocurre a uno una vez en la vida. No te habría dejado plantado por menos de eso.

Él me miró como en el campo, cuando yo había intentado atraer su atención con una insensatez. Preguntó, con bastante frialdad:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tan solo cumplo un encargo. En los últimos días —¿o han sido ya semanas?— me he quemado los ojos buscándote. Temía que te hubieras marchado ya.

Desde nuestro primer reencuentro su rostro se había vuelto aún más pequeño. Como les sucede a las personas enfermas y mortalmente agotadas, su mirada se había vuelto tanto más dura y firme cuanto más leve y flaco era su cuerpo. Desde mi infancia, nadie me había mirado con tanta atención. Entonces me di cuenta de que él lo miraba todo con la misma atención: al coriáceo portero, al viejo español que a pesar del exterminio de toda su familia estaba decidido a conseguir un visado, como si ese país fuera un campo celestial donde volver a encontrar a los suyos, al niño de ojos de cereza cuyo padre estaba encerrado desde la noche de mi llegada, después de haber visto ya su barco por la puerta del hangar, al prestataire, que entretanto aún llevaba la barba más larga, lo que le hacía parecido a un búho.

—Tienes que salir del país, Heinz, antes de que la trampa se cierre. De lo contrario acabarás

engullido por los alemanes. ¿Tienes un tránsito?

—Me han conseguido un tránsito por Portugal. De allí seguiré... a través de Cuba.

—Pero no puedes viajar por España. ¿Cómo vas a llegar a Portugal?

—Aún no lo sé —respondió—. Ya se verá.

De pronto tuve claro en qué residía el poder de este hombre. Mientras todos habíamos aprendido que Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos, este hombre estaba convencido en todo momento, hasta en el más lúgubre, de que nunca estaba solo, de que allá donde estuviera, encontraría antes o después a los suyos, que de todas maneras estaban allí aunque casualmente él no diera con ellos, que no había un diablo tan putrefacto, ni un cobarde tan miserable, ni un muerto tan muerto, al que no se pudiera mover a escuchar si una voz humana le pedía ayuda.

—Espérame, por favor, Heinz, en el Tríadas. A tres minutos de aquí, en el Cours d'Assas. Créeme, puedo darte unos cuantos consejos. ¿No dijiste tú mismo que yo nunca te dejaría en la estacada? Por favor, espérame.

Él dijo secamente:

—Echa un vistazo a ver si aún sigo allí.

El secretario me recibió con los ojos más agudos posibles.

—¿Cómo? ¿Incluir a su mujer? ¿Sin especial autorización de mi Gobierno? ¿Cómo? ¿Que le parece obvio? A mí no. Su mujer no lleva su apellido. ¿Por qué no la inscribió oportunamente en el apartado «Acompañantes solicitantes de visado»? Su esposa, a la que tuve el honor de conocer, es sin duda encantadora, pero nada es obvio. A veces uno tiene que separarse de mujeres encantadoras. Sí, hasta el papa ha separado matrimonios ya. Me disgusta, querido amigo, este nuevo incidente. Tendrá que esperar.

—¿Cuánto cree usted que tardará la nueva certificación?

—Piense en lo que ha tardado la primera. Tome sus disposiciones rigiéndose por eso.

Sus ojos me miraban con nueva astucia. Pero precisamente porque estaban tan interesados en taladrarme yo me sentía de nuevo reforzado en mi propia astucia, en mi propia impenetrabilidad. Dije:

—Le ruego encarecidamente que inscriba a posteriori a mi esposa en el apartado «Acompañantes solicitantes de visado».

Eso no hace daño a nadie, pensé mientras cruzaba el Cours d'Assas. Nadie se preocupará nunca de si salimos dos o nos quedamos dos. Para mí este aplazamiento es bueno, un plazo en el que poder aclararlo todo. Entonces empecé a calcular en plazos consulares, una especie de tiempo planetario en el que los días terrestres equivalen a millones de años, porque se han quemado mundos enteros antes de que el tránsito expire. Empecé también a tomar en serio mis sueños...

¿acaso no arrojaban sus sombras auténticas sobre las blancas páginas del expediente? Y la seriedad de mi vida, que nunca había ido muy lejos, casi se había esfumado en los innumerables trucos y artes de prestidigitación que había que emplear en este mundo solo para seguir vivo, solo para conservar la libertad.

Heinz estaba sentado a la misma mesa a la que yo me había sentado con el chico de los Binnet, el día en que había ido por primera vez al recién inaugurado consulado mexicano. Ahora también podía ver desde mi sitio a los que esperaban. Luchaban con dos policías que querían empujarlos hacia las sombras, echarlos de un estrecho rectángulo de sol invernal. Heinz me preguntó qué clase de consejos tenía que ofrecer. Me pareció que se había dado cuenta de todo. Si me miraba un poco más, aunque fuera con un poco menos de intensidad, llegaría a saberlo todo de mí. Lo que significaban mis idas y venidas al consulado mexicano, cómo deseaba librarme del amigo de aquella mujer, cómo me repugnaba la idea de cargar con él. También tendría que darse cuenta de cómo quería ayudarlo a él, a Heinz, más que a ninguna otra persona, más que a mí mismo. Pero sabía muy bien que para él solo era uno de aquellos a los que hay que dirigirse si se quieren lograr esos pasajes. Aun así quería haber ayudado, estaría orgulloso para siempre de haber colaborado a esa salvación.

Así que, casi contra mi voluntad, empecé a hablarle del carguero con hilo de cobre, del pasaje a Orán que yo había pensado para cierto conocido, pero que prefería cederle a él, Heinz. Heinz declaró que consideraría el asunto. Me citó para esa noche en un albergue, muy lejos, en Beaumont. Seguí estando bajo su hechizo mientras estuve delante de él. En cuanto me fui, sentí que le era indiferente, que nunca me contaría entre sus iguales, nunca me consideraría del todo, y eso me disgustó, y volví a empezar a preguntarme por qué de pronto estaba loco por prestar esa ayuda que además interfería en mis propios deseos.

II

Por la noche, en el pequeño café del Puerto Viejo, me preguntaron si me había reconciliado con mi mujer. Dije que sí. Que si vendría. No, esta noche no. Nos habíamos reconciliado. La época de perseguirnos el uno al otro había pasado. Me esperaba tranquilamente en casa. Bombello, que había regresado, me preguntó si el pasaje era para mí. Solo aceptaba encargos de ese tipo para personas a las que él mismo hubiera dado el visto bueno. A pesar de esa loable cautela, no sospeché el cambio de pasajeros que yo estaba haciendo ante sus narices, porque hasta entonces nunca había visto al médico. En honor a la verdad, nos atendió siempre honestamente dentro de los límites de su oficio, no nos mareó con fechas y, cuando llegamos a un acuerdo sobre el dinero, nunca pidió más echando mano de un pretexto inventado. Me miraba guiñando los ojos, un tic que le había quedado desde un asunto que le había ido mal. Los metí en un taxi a él y al portugués y los subí a Beaumont. Me di cuenta enseguida de que ambos estaban satisfechos con su nuevo cliente. Y sentí, asombrado y celoso, que incluso les hacía bien que se les hablara con seriedad y atención. ¡Qué ridículamente bien nos sienta a todos que nos traten con seriedad! Aun así, todo esto no es más que un truco de Heinz, me dije, un truco magistral. Pero probablemente ante estos dos me eleva un escalón, o al menos medio.

Más tarde, después de acordar una nueva cita, los metimos a ambos en el taxi y los devolvimos a su propio café. Heinz me invitó a cenar, arroz y embutido de Fioli. Allí arriba también había bebidas. La casa estaba casi vacía en invierno, estaba en una calle apartada a la que apenas había prestado atención al llegar, al borde de las montañas. Estábamos completamente abandonados, tan apretujados como en la gran ciudad. Yo tenía la sensación de que Heinz se aburría conmigo. Bebí mucho. De pronto, me sentí furioso y desesperado. ¿Por qué había hecho todo eso por Heinz, yo, que le era indiferente y aburrido, al que no iba a volver a ver? Seguí bebiendo; algunas partes de mi vida estaban claras, otras oscurecidas por la delicada niebla roja y negra del rosado.

—Ahora te vas. Siempre he pensado en todo lo que tendría que decirte si algún día viviera contigo en una ciudad, en todo lo que tendría que preguntarte. Ahora la noche ya ha pasado, pero ya no sé qué era eso tan urgente que quería preguntar, y ha pasado el tiempo en el que hemos vivido juntos en esta ciudad, y no te he preguntado nada.

—Me has ayudado.

—Precisamente por eso te vas ahora. Tienes suerte, no eres como yo, tienes tu destino.

—Seguro que también podrías ayudarte a ti mismo, partir.

—No hablo de esa clase de destino. Sí, puedo conseguir esa clase de destino, un destino y un pasaje en un barco. Puedo conseguir visados para Dios sabe qué países. Visados de tránsito, visa de sortie, soy el hombre adecuado para eso. Pero ¿de qué me sirve, si me da igual dónde ir, si la mayoría de las cosas me den igual?

—Aun así me has ayudado.

—Cuando estoy contigo, y tienes algo firme en ti y ante ti, algo firme que nunca fracasará aunque tú fracasas, Heinz, y lo veo en tus ojos, es como si yo participase también de ello. Probablemente no entiendas una sola palabra. Porque no te puedes imaginar cómo se siente alguien que se encuentra totalmente vacío.

Escuchamos el viento, que aquí arriba sonaba exactamente igual que en nuestras montañas. Heinz dijo:

—Puedo imaginar cualquier cosa. No hay nada por lo que no haya pasado. La primera vez que me levanté sobre mis muletas —antes yo era como tú, alto y fuerte— e intenté por vez primera pasar por la puerta, el sol entraba por esa puerta, malvado y estridente, y vi delante de mí mi sombra, mi sombra mutilada, y me sentí muy vacío. Probablemente tengo la misma edad que tú. Mi corazón me dice que aún tiene que pasar un tiempo inconmensurable para poder volver a casa y estar allí cuando todo cambie. Porque ¿cómo va a cambiar todo, se pregunta mi corazón, sin mí, que lo di todo para ello, mis huesos y mi sangre y mi juventud? Pero mi entendimiento me dice que me quedan pocos años, quizá pocos meses.

Me miró al contrario que de costumbre, de forma sesgada y pensativa, con la mirada de un hombre que también necesita ayuda. Eso me hizo quererlo aún más.

III

El médico aceptó con bastante tranquilidad la noticia de que el pasaje para Orán no sería para él. Dijo:

—En Transports Maritimes me han asegurado que el mes que viene sale un barco para la Martinica. Me he apuntado. Es un viaje más seguro que por Orán, y la diferencia de tiempo es pequeña en cualquier caso.

Así que me has dejado negociar, pensé, teniendo siempre un seguro. Él continuó:

—Marie me ha contado que quiere usted ayudarla. Quizá tenga mejor mano en el caso de ella.

—No creo que el visado llegue antes de que usted se marche. ¡Y aunque así fuera! Piense en todo lo que aún quedaría por hacer: fianza, visa de sortie, tránsito.

Me miró tan aguda, tan repentinamente a los ojos, que ya no pude cambiar mi expresión. Dijo con calma:

—Me gustaría explicarle una cosa. De una vez por todas: he llevado a Marie, en mi coche pequeño, valiente y miserable, a través de la guerra, la he sacado de la guerra. Probablemente las ruinas de mi coche sigan estando en la misma cuneta en que quedaron, a cinco horas del Loira... Llegamos sanos y salvos aquí. En aquel momento habríamos podido llegar más lejos. Habríamos podido huir a África. Aún había barcos para Casablanca. Aún había pasajes. Aún podíamos huir todos. Entonces Marie empezó a dudar, titubeó y titubeó. Se marcharon un barco tras otro. No hubo forma de hacerla subir a ninguno. Sin duda me había seguido desde París por todo el país, hasta esta ciudad. Pero no hubo forma de hacerla subir al barco. Y entonces aún no hacía falta visado, ni tránsito, uno se lanzaba a un barco y se iba. Pero Marie recurrió a pretextos, los barcos se fueron. La amenacé con irme solo. Quería obligarla a decidirse. No hubo forma de obligarla, dudaba. Solo por culpa de Marie hemos llegado ahora a que ya no pueda esperar más. Me gustaría que usted lo entendiera.

—Usted no me debe ninguna explicación acerca de sus sentimientos.

—Sobre los míos desde luego que no. Lo único que quiero es advertirle: Marie dudará siempre. Incluso si de pronto decide quedarse, dudará en secreto. Nunca podrá decidir quedarse definitivamente. No se decidirá definitivamente a nada en este mundo hasta que no haya vuelto a ver a un hombre que quizá está muerto.

Yo grité:

—¿Quién le dice que está muerto?

—¿A mí? Nadie. He dicho: quizá.

Entonces perdí los estribos, y grité:

—¡No confíe demasiado en eso! Ese hombre puede volver. Quizá ya se encuentre en la ciudad. En la guerra todo es posible.

Él dijo, contemplándome tranquilamente desde su largo e inmóvil rostro:

—Olvida usted un detalle. Marie se marchó conmigo cuando el hombre aún vivía.

Sí, eso era cierto. Tenía que admitir que era cierto. No habría podido hacerle más daño al muerto que a mí. La guerra había caído sobre el país, la muerte la había rozado también a ella, el miedo se había adueñado de ella. Quizá solo un día. Luego ya había sido demasiado tarde. Un día la había separado de ese hombre para toda la eternidad.

Pero ¿qué me importaba a mí ese hombre? Me había librado de él, eso era todo. Y si realmente hubiera resucitado no habría deseado nada mejor que librarme de él. Comparado con él, pensé, este tipo sentado ante mí es una pobre sombra. ¿Por qué quiere seguirle? ¿Por qué no le deja en la estacada?

El médico dijo, en otro tono, como si quisiera distraerme o calmarme:

—Desprendo de algunas de sus manifestaciones su actitud con respecto a los tránsitos, al baile de los visados, a toda esa magia consular. Me temo, amigo mío, que se toma el asunto demasiado a la ligera. Yo al menos pienso de otra forma. Porque si hay un orden superior que rige el mundo —no tiene que ser necesariamente divino, simplemente orden, una ley superior—, seguro que es posible entreverlo por entre el necio orden de los expedientes. ¿Está usted seguro de su destino, de si habrá tocado antes Cuba, Orán o la Martinica, qué le preocupa? Puede estar seguro del carácter breve y único de la vida, ya se mida en años lunares o solares o en plazos de tránsito.

—Me sorprende, dado lo sublime de sus pensamientos, que esté usted inquieto. ¿A qué teme, en realidad?

—Eso es muy sencillo. Naturalmente, a la Muerte. A la muerte vulgar y absurda bajo las botas de las SA.

—Yo, ya ve, siempre pienso que seré el que sobreviva a todo.

—Sí, sí, lo sé, carece usted por completo de imaginación en lo referente a su propio final. A usted, querido amigo, si no me equivoco por completo, le gustaría tener dos vidas; como no pueden ser sucesivas, entonces simultáneas, entonces en dos carriles. No puede hacerlo.

Yo exclamé, sobresaltado:

—¿Cómo se le ocurre tal cosa?

Él respondió con ligereza:

—Dios mío, hay síntomas de ello. Su exagerada presencia en círculos que le son ajenos. Su

querer intervenir y ayudar, digno de agradecimiento, pero también sorprendente. Le digo que no puede, no puede. Y si el orden no existe, si no existe nada más que el destino, el ciego destino, entonces realmente da igual que el destino le sea anunciado por boca de un cónsul, por el oráculo de Delfos o por las estrellas, o que lo lea usted mismo a posteriori en los innumerables incidentes de su vida, la mayoría de las veces mal, la mayoría de las veces de manera parcial.

Iba a decir que hiciera el favor de poner fin a su cháchara cuando se levantó, saludó con una inclinación a Claudine y se fue. Habíamos mantenido esa conversación en la cocina de Claudine, sentados a su diminuta mesa de cocina, cubierta por un limpio hule a cuadros azules. Ella había seguido nuestras palabras con gran atención, aunque hablábamos en alemán, como si el sentido de nuestras incomprensibles palabras se le transmitiera de otro modo. Sus largas manos, oscuras por fuera y rosadas por dentro, se movían con las agujas de punto como una fina y recia hojarasca.

Después de marcharse el tiempo, debí haber estado callado largo tiempo. Claudine empezó:

—¿Qué te pasa? Hace algunas semanas que has cambiado. Ya no eres el hombre que eras cuando viniste a verme por primera vez. ¿Te acuerdas? Te eché a la calle... Estaba extraordinariamente cansada, iba a preparar la comida para el día siguiente. A ti te pasa algo, no lo niegues. ¿Qué te pasa? ¿Por qué vas siempre con ese médico, y te mezclas en sus necios asuntos de viaje? Ese hombre no es amigo para ti. Es un extranjero.

—También yo.

—Para nosotros no eres un extranjero. Sin duda ese médico es un buen hombre. Ha curado a mi niño. Por eso seguirá siendo un extranjero para nosotros.

—Claudine, ¿acaso tú misma no eres extranjera aquí?

—Olvidas que yo vine para quedarme. Para vosotros la ciudad es un punto de partida, para mí era un punto de llegada. Era mi destino, exactamente igual que para vosotros las otras ciudades de ahí fuera, y ahora estoy aquí.

—¿Por qué te fuiste de casa?

—No entiendes una palabra de eso. ¿Qué sabes tú de una mujer que, con su niño envuelto en un paño, sube a un barco porque en su país ya no hay sitio para ella? Porque se necesita toda clase de gente para una granja, para una fábrica, para algo que ella ni siquiera sabe qué es. ¡Y luego vosotros! ¡Vuestros fríos ojos! Necesitáis mucho tiempo para algo que para nosotros está hecho en un instante, y hacéis en un instante lo que para nosotros dura toda una vida. Solamente preguntas para que no te pregunten a ti. ¿Ya no estás con Nadine? ¿Tienes a otra? ¿Te da problemas?

—Déjame en paz. Mejor dime, ¿nunca tienes deseos de volver a casa?

—Quizá cuando mi hijo sea maestro, o médico. No ahora. Antes volvería a encontrar su rama una hoja arrancada por el viento. Quiero quedarme con mi hijo y con Georg mientras sea posible.

No se equivocaba acerca de la fragilidad de sus cuatro paredes. Quizá eso las hacía tanto más sólidas. En cualquier caso, tuve con tanta fuerza como nunca la sensación de haber encontrado un hogar. Probablemente su origen solo había sido el deseo de Georg de tocar esa mano extraña. Georg, que había trasplantado al sur un falso plan de evacuación de su fábrica. ¿Cómo era que esos Georg siempre tenían cuatro paredes a su alrededor, mientras para mí nada tenía nunca consecuencias, ni felices ni dolorosas? En última instancia siempre me quedaba solo, indemne sin duda, pero solo.

IV

Me senté en el Brûleurs des Loups. La gente que me rodeaba era presa de terrible agitación, solo porque a mediodía un coche con la cruz gamada había bajado a toda prisa por la Cannebière. Probablemente no era más que una de las comisiones que negociaban, en uno de los grandes hoteles, con los agentes españoles, italianos y de Vichy. La gente se comportaba como si el diablo en persona hubiera bajado por la Cannebière, como si pudiera encerrar al rebaño perdido en su aprisco rodeado de alambre de espino. Creo que estaban a punto de tirarse al mar, porque de momento no salían más barcos.

De pronto, en uno de los espejos que cubrían las paredes como si quisieran hacer aún más grotesca e intrincada la confusión de muecas, vi entrar tranquilamente a Marie. Seguí tenso su búsqueda, su recorrido por todos los asientos, su lectura de todos los rostros. Y yo, la única persona que sabía que su búsqueda carecía de objeto, esperaba sin aliento que tuviera que acercarse a mi mesa. Sentí de pronto que tenía que poner fin a esa búsqueda, de una vez por todas. Presentía ya toda la devastación que iba a causar con tres palabras de maldita verdad.

Entonces su mirada cayó sobre mí, su pálido rostro se volvió fresco y rojo, en sus ojos grises resplandeció una luz cálida y buena, y exclamó:

—Llevo días buscándote. —Olvidé mi propósito. Le cogí las manos. Su pequeño rostro era el único lugar de la tierra donde aún había paz para mí. Sí, la paz y la calma se posaron instantáneamente sobre mi acosado corazón, como si nos sentáramos juntos en una pradera de nuestra patria y no en ese loco café portuario, cuyas paredes reflejaban la gesticulación y el espanto de los refugiados. Ella dijo:

—¿Dónde te habías metido? Ahora dime, ¿sigues sin tener respuesta de tus amigos del consulado?

Mi alegría estuvo a punto de extinguirse. Pensé: ¡Por eso me busca! ¡Exactamente igual que al muerto! Dije:

—No. Ninguna respuesta llega tan deprisa.

Suspiró. No pude interpretar la expresión de su rostro. Parecía casi de alivio. Dijo:

—Ahora sentémonos tranquilamente. Vamos a imaginar que no hay barcos que zarpan, que no hay despedidas.

Era fácil ganarme para ese juego. Nos sentamos juntos quizá durante una hora, tan silenciosos como si después tuviéramos mucho tiempo, un tiempo inconmensurable para las palabras, en armonía, como si ya nada pudiera separarnos. Yo al menos me sentía así. Ni siquiera me sorprendió la docilidad con que me dejaba sus manos, como si fuera lo más natural del mundo... o completamente carente de importancia que siguiera sosteniéndolas. De pronto, se puso en pie de un salto. Me sobresalté. En su rostro estaba la extraña, imprecisa, algo sarcástica expresión que siempre tenía cuando pensaba en el médico. Sentí ya la salvaje cacería que caería sobre mí, que me arrastraría, en cuanto ella me dejase atrás.

Pero después aún estuve bastante tranquilo. Aún estamos en una misma ciudad, pensé, aún dormimos bajo el mismo cielo, aún todo es posible.

V

Mientras volvía a casa por el Cours Belsunce, alguien gritó mi antiguo nombre desde la terraza acristalada del Café Rotonde.

Me sobresalté, como siempre que me llamaban por mi verdadero nombre. Y ahora y siempre me tranquilizó que casi todo el mundo aquí llevaba toda clase de nombres, aunque solo fuera porque traducían sus nombres a lenguas extranjeras. Al principio, el grupo de personas que me hacía señas me resultó completamente desconocido. Luego me di cuenta de que todos hacían señas porque Paul las hacía. No le había visto. Su cabeza asomaba por detrás del hombro de la muchacha que tenía en las rodillas. Probablemente fue esa circunstancia, en sí misma no inverosímil, pero para mí altamente sorprendente, de que Paul tuviera una chica en las rodillas, la que me hizo quedarme plantado como un tonto, sin reconocerle. El pequeño Paul había hecho uso del día de autorización de venta de alcohol, sus melancólicos ojos pardos brillaban, su fina nariz sosteniendo las gafas se clavaba en el cuello de la chica. La chica, de largas y hermosas piernas, de rostro pequeño y simpático, parecía muy contenta con ese tipo de ternuras. Probablemente sentía a cada picotazo que el pequeño Paul era un hombre poderoso, un perseguido hombre poderoso. Con una mano, el pequeño Paul cogía a la guapa chica, con la otra me hacía señas. Titubeé. Pero la gente de la mesa seguía haciendo señas, solo porque Paul las hacía.

—¡Mi viejo compañero prestataire! —gritó Paul—. Ahora pistolero de Francesco Weidel.

Los otros se habían cansado de hacer señas y me miraban. Me senté, aunque sentía lo extraño que era a esta mesa.

Aparte de Paul y la chica que tenía en las rodillas había otras cinco personas. Un hombre bajito y gordo con doble barba, su mujer, igualmente pequeña y gorda, que llevaba una pluma en el sombrero; una joven, tan hermosa que tuve que mirarla una y otra vez para cerciorarme de que

era de verdad tan bella, con su largo cuello, sus cabellos dorados, sus largas pestañas. Incluso tuve la sensación de que no estaba en realidad allí, sino que flotaba en el aire. Además, estaba completamente inmóvil. Sin duda en realidad y no en el aire estaba una muchacha flaca como una raya, pero dura, con una boca grande y descarada. Me miró de arriba abajo con unos ojos sesgados, la cabeza apoyada en el brazo de su amigo. Este era un tipo muy apuesto, alto, erguido, que miraba por encima de nosotros con una fina sonrisa de poder y arrogancia. Me era desconocido hasta la médula, pero, sin saber por qué, también me resultaba familiar. El pequeño Paul exclamó:

—¿No reconoces a Achselroth?

Le miré con atención. Reconocí a Achselroth. ¿No me había contado Paul una vez que ya se había marchado a Cuba? Le di la mano. En su distinguida ropa civil, parecía igual de disfrazado que antaño, en el campo, con sus harapos de prestataire. Entonces me acordé de lo que el pequeño Paul había contado de Achselroth, de su insuperable forma de dejarlos en la estacada entonces, en la huida en el cruce de caminos. Al parecer, el pequeño Paul lo había olvidado y perdonado todo. Yo mismo lo había olvidado todo y estrechado la mano de Achselroth.

Achselroth dijo:

—¿Fue a dar con Weidel? Así que llegó hasta aquí. Fue una suerte que no invirtiera mi conciencia en todos vosotros. Me topo a cada paso con gente que me guarda rencor porque no fui lo bastante cristiano con ellos. Y Weidel era el más rencoroso de todos. Me lo encontré hace poco en el Mont Vertoux...

Yo exclamé:

—¿Usted, a Weidel?

Él dijo:

—Ya se está temiendo que su señor y maestro pierda su prestigio. No, no, me guardaba rencor. Se escondió detrás de su periódico para que no pudiera verlo. Ya sabéis, Weidel siempre está en un café con la cabeza detrás de un periódico para que nadie se dirija a él, y en el periódico hace agujeritos con una aguja de punto para poder ver el trajín de la gente sin ser visto. Le interesa el trajín de la gente, la materia, las complicaciones al viejo estilo, la gran fábula.

El hombre gordo de la doble barba murmuró:

—Un gran mago... con un viejo truco.

Había estado mirando a Achselroth con demasiada insistencia, frunció el ceño. Aparté rápidamente la mirada de él y la puse en el rostro tierno y angelical de la chica de cabellos dorados. Paul susurró:

—Era su amiga hasta hace poco. De pronto dijo que estaba harto de jugar con ella a ser «la pareja más hermosa de la Costa Azul».

Achselroth continuó:

—La gran fábula en este caso era la siguiente: ¿te acuerdas de nuestra fuga del campo, Paul, de nuestro cruce de caminos, y de cómo os dejé plantados? J'espère que cela ne te fait plus du mauvais sang?

—Ahora estamos juntos en el mismo sitio —dijo Paul, para el que esto era a todas luces el punto esencial.

—Yo llevaba mucha ventaja a los alemanes. Entré en París antes que Hitler. Cerré mi casa en Passy, recogí mi dinero, mis objetos de valor y manuscritos, unos cuantos objetos de arte, informé a esta querida pareja... —Señaló a la dama emplumada y al hombre de la doble barba, que asintieron con seriedad—. Y a esta señora. —Señaló a la chica de cabellos de oro, que se mantuvo inmóvil y desinteresada, como si el menor movimiento pudiera borrar su etérea belleza—. Entonces llega ese Weidel, que probablemente ha puesto patas arriba París buscando amigos; está pálido y tiembla, tener a los nazis tan cerca le ataca los nervios. Se supone que entonces aún quedaba sitio en nuestro coche. Le prometí llevarlo con nosotros, pasar a recogerlo una hora después. Entonces resultó que el equipaje de esta señora era considerable, porque necesita sus vestidos, su ropa profesional. La señora no podía vivir sin su maleta, y por aquel entonces yo no podía vivir sin la señora, así que tuvimos que renunciar a Weidel.

—Weidel siempre llevaba en los bolsillos un montón de conflictos —dijo Paul—, ahora lleva semanas dando que hacer a nuestro comité, se podría formar un comité especial para él. La verdad es que solo hemos podido salir fiadores suyos con la boca pequeña ante el cónsul de los Estados Unidos. Se enredó en aquel asunto aquella vez.

—¿En qué asunto? —preguntó el hombre de la doble barba.

—Oh, hace cuatro años. En la guerra civil española. Un mayor de brigadas va a dar precisamente con Weidel, le cuenta historias de terror e impresiona al pobre tipo, que es accesible a absurdos, sangre y crueldades, y el resultado es una novela corta al estilo Weidel sobre un fusilamiento de masas en una plaza de toros, ante un tribunal de la Inquisición. Esa novela la envió el servicio español de prensa. En aquel momento le advertí que debía mantenerse alejado de esa gente. Me contestó que el motivo le atraía.

—De ahí el visado mexicano —dijo Achselroth—, en cualquier caso, me tranquiliza no tener que ver su cara de ofendido en los próximos años.

—No te tranquilices demasiado pronto —dijo Paul—, probablemente obtenga su tránsito americano recurriendo a nuestra nacionalidad, quizá viajéis en el mismo barco.

Yo pregunté:

—¿Por qué no se ha marchado usted ya? Llegó aquí semanas antes que nosotros.

Achselroth se volvió bruscamente hacia mí. Me miró directamente al rostro, como si analizara si me estaba riendo de él; los otros me miraron fijamente, y entonces todos rompieron a reír a carcajadas. Paul dijo:

—Seguro que eres el único en Marsella que no conoce esa historia. Imagínate, un grupo de viajeros que ya ha estado en Cuba.

El hombre de la doble barba asintió con tristeza, haciendo que se le formase una triple barba. La mujer de la pluma se volvió hacia mí.

—El señor Achselroth nos pescó en París y nos metió en el coche ya mencionado, junto con esta señora y sus maletas, de forma que ya no había sitio para Weidel. Pero a nosotros nos necesitaba, para nosotros había sitio, nosotros le escribíamos la música para su nueva obra, condujo como el mismo diablo delante de los alemanes, nos salvó junto a la música para su obra. Nadie llegó tan deprisa aquí abajo como él con nosotros. Ya en la primera semana compró los visados. Éramos los primeros en irnos, pero por desgracia le habían engañado, los visados estaban falsificados, en Cuba no nos dejaron desembarcar y tuvimos que regresar en el mismo barco.

Pensé para mí en lo curiosamente mal que le sentaba a Achselroth lo que se llama gafe. Parecía hecho para la suerte, dorado por la suerte. Torció el gesto y dijo:

—Hemos aprendido un poco a vivir peligrosamente. La música para la obra se escribirá en el hemisferio occidental. Un poco de paciencia. Ahora estamos inscritos como es debido, en Lisboa. Tenemos amigos cónsules. Tenemos en el bolsillo los tránsitos para España y Portugal. Podemos largarnos en cualquier momento. —Señaló a la hermosa muchacha, que se estremeció ligeramente pero enseguida recayó en su deslumbrante inmovilidad—. Obtuve otro beneficio del retorno forzoso: liberarme de imaginaciones. Hay una vieja superstición que habla de las consecuencias del destino común. Normalmente se denomina lealtad a esas consecuencias. Si las autoridades cubanas hubieran sido más humanas, habría seguido diciéndome mucho más tiempo que esta niña tenía que seguir conmigo solo porque ha compartido un tramo emocionante de mi vida. Entonces me llegó la extraña ocasión de ser devuelto forzosamente a mi punto de partida. Revisé mis papeles y mis sentimientos. El fantasma de la lealtad se esfumó.

Volví a mirar a la chica, y no me habría sorprendido que, puro producto de la imaginación de Achselroth, completamente superfluo ahora, saliera volando por encima del Belsunce.

Me sentí un poco incómodo, como si yo, un tipo enteramente normal, hubiera ido a parar entre magos. El hombre de la barba doble me retuvo cuando me marchaba. Me llevó aparte:

—Estoy muy contento de haberle encontrado. Aprecio al señor Weidel. Sabe mucho. Estuve preocupado por él todo el tiempo. Ahora estoy contento de saber que está fuera de peligro. Cuando nos fuimos de París sin él, en aquella ocasión, me reprochaba no haberme quedado en su lugar. Él lo habría merecido. Naturalmente, fui demasiado débil como para eso. Y cuando la desgracia nos golpeó en Cuba, cuando tuvimos que regresar, fue como si eso fuera el castigo por mi debilidad, por mi prisa excesiva.

—Tranquílcese, esas penas bíblicas ya no se imponen hoy. Si así fuera, la mayoría de la gente sería devuelta.

Le miré y me di cuenta de que la grasa que enterraba sus ojos, que marcaba arrugas en torno a su mentón, ocultaba sus verdaderos rasgos. Me dio un billete y dijo:

—Weidel siempre fue pobre. Lo necesitará. Trate de ayudarlo. Él nunca ha sabido hacer dinero.

VI

Me había levantado temprano. Había prometido a Claudine hacer cola antes de que abrieran ante una tiendecita de la Rue de Tournon. Aunque llegué pronto, ya había muchas mujeres delante de los postigos cerrados, envueltas en bufandas y capuchas, porque hacía viento y frío. Sin duda se veía ya algo de sol sobre los tejados más altos, pero entre las altas casas del callejón caía una sombra pesada y antigua.

Las mujeres estaban demasiado cansadas y rígidas como para quejarse. No pensaban más que en comprar latas de sardinas. Igual que los animales acechan ante un agujero en el suelo a que asome algo comestible, así acechaba esa gente la rendija de la puerta, y sus energías no se orientaban a nada más que a atrapar las latas de sardinas. Estaban demasiado cansadas para pensar acerca de por qué tenían que estar aquí tan temprano por algo de lo que normalmente había exceso, adónde había ido a parar la abundancia de su país. La puerta se abrió al fin, la cola se movió con lentitud hacia el interior de la tienda, pero detrás de nosotros había crecido, casi hasta Belsunce. Pensé en mi madre, que posiblemente ahora estaría esperando al amanecer en alguna cola ante alguna tienda de su ciudad, por unos cuantos huesos o unos gramos de grasa... En todas las ciudades de la tierra esperaban ahora esas colas ante incontables puertas. Si se las pusiera una tras otra, probablemente llegarían desde Marsella hasta Moscú, desde Marsella hasta Oslo.

De pronto, al otro lado del callejón, viniendo del Boulevard d'Athènes, apareció Marie con su capucha gris y puntiaguda, pálida de frío. La llamé. Un poco de alegría brilló innegablemente en su rostro al encontrarnos. Pensé: si ahora se queda aquí conmigo, saldrá bien. Ella se puso junto a mí, de forma que las mujeres no temieran que quería colarse. Preguntó:

—¿Qué venden aquí?

—Latas de sardinas. Las necesito para el chico enfermo por el que fui a buscar a su amigo aquella vez.

Ella pasó de un pie al otro. Las mujeres gruñeron. Yo me volví deprisa y las tranquilicé, solo yo hacía cola por las sardinas. Pero cuidaron, recelosas, de que Marie no se colara en vez de alinearse al final.

Pregunté a Marie por qué andaba tan pronto por ahí. Que si iba a alguna naviera, a una agencia de viajes. Pensé que había salido para empezar a tiempo su cotidiana búsqueda. Pero, involuntariamente, se detenía nada más empezar, se quedaba conmigo, aplazaba su búsqueda por mí. Tenía que acostumbrarla poco a poco a buscarme a mí. La gente detrás de nosotros se inquietaba. Estiraban el cuello. Marie dijo:

—Me temo que ahora tengo que irme.

—Solo quedan seis personas delante de nosotros, Marie. Enseguida me tocará. Entonces podré acompañarte.

Las mujeres volvieron a intranquilizarse. Pero esta vez cedieron la preferencia a una que esperaba un niño. A la vez, hablaban a mi espalda de una mujer que ayer se había colado metiéndose un cojín en la falda. Pero esta mujer recién llegada llevaba sin duda auténtica vida bajo el gran vestido de lana. En sus ojos, que miraban desde el rostro rígido de frío como los ojos de una máscara, el miedo a haber llegado demasiado tarde se transformó en un nítido brillo de esperanza, dedicado a algo distinto de una lata de pescado. En su rostro embotado, la desesperación se transformó en una expresión de paciencia.

—Ya ves, se nos adelantan —dijo Marie—, ahora tengo que irme.

¿Por qué no me he ido con ella, pensé, por qué no le miento a Claudine y le digo que la tienda estaba cerrada? ¿Por qué me quedo aquí esperando en medio del frío?

VII

Invité a Marie a un pequeño café en el Boulevard d'Athènes. No me hizo esperar mucho, pero esperé esos pocos instantes con desesperación, como un necio. Para mí fue un milagro que entrase, que viniese directamente hacia mí. Se quitó la capucha mojada y se sentó a mi lado.

—¿Qué tal? ¿Has conseguido algo?

Yo dije:

—He conseguido alguna cosa. Pero no te puedes inmiscuir, no puedes enredar nada. Te llamarán en el momento oportuno. En ese momento, no te pedirán nada más que una firma.

Se apartó un poco e incluso apoyó la cabeza en la mano para observarme mejor. Dijo:

—A veces me parece que me ayuda un extraño y que no sé qué hacer, un extraño que aparece de pronto, un desconocido.

Me tocó levemente la mano en señal de agradecimiento. Pero hoy me parecía, a pesar de nuestra empresa común, mucho más alejada, menos abierta, menos afectuosa. Continuó:

—¿Cuánto crees que durará esto? ¿Días? ¿Semanas? ¿Me despacharán a tiempo? Mi amigo quiere irse, quiere irse pronto.

Yo dije:

—Aún tendrá que esperar un poco. Me temo que aquel pasaje va a quedarse en nada por esta vez. Tendrá que seguir teniendo paciencia. Tendremos que salir de aquí los tres.

Una sombra sobrevoló su rostro.

—¿Los tres? ¿Quién es el tercero?

Yo dije:

—Yo, naturalmente.

Ella miró hacia la gente que bajaba desde la estación al Boulevard d'Athènes, cargada con bultos de equipaje. Pronto algunos entraron en nuestro café con niños, maletines y bolsos. Marie dijo:

—Ha llegado un tren. Cuánta gente sigue viniendo de todas partes del país. De campos, de hospitales, de la guerra. Mira esa niña con la cabeza vendada.

Nos juntamos para hacer sitio a los recién llegados, la mujer, qué sombrío estaba su rostro, dos hijos adolescentes y una niña pequeña, pero demasiado grande para la cesta en la que la llevaban, vendada. Marie entrecruzó los dedos de una forma que a mí me pareció impropia y desesperada. Pero su voz era tranquila:

—¿Y si me llaman al consulado y mi esposo está allí? ¿Y si le han llamado? ¿Y si voy y le encuentro allí?

Yo dije:

—Déjalo. Él no estará allí. No se le necesita. No le necesitamos.

Ella dijo:

—No se le necesita. No le necesitamos. También podría estar por casualidad. A nosotros nos ha reunido el azar, a ti y a mí. La primera vez que le vi también fue por azar, y a él, el otro, el médico, la primera vez también fue por azar.

Yo no sabía qué significaba para ella esa suma de azares. Me disgustaba. Se me pasó por la cabeza que en una ocasión yo había pensado algo parecido a lo que ella estaba pensando en voz alta, pero había dejado de pensar en ello porque me disgustaba. Dije:

—Ni por casualidad ni llamado por el cónsul. Olvida ese temor.

Le cogí las manos, todavía entrecruzadas, que solo se aflojaron entre las mías. Me molestó la mirada de la mujer recién llegada, que, como todas las personas cuya vida había sido destrozada de raíz, miraba con recelo todo gesto de amor.

VIII

Ahora veía a Marie todos los días. A veces quedábamos, a veces nos encontrábamos por azar. A

ratos ella misma me decía que me había buscado por los cafés. Ahora me buscaba a mí, no al muerto. Yo dejaba la mano sobre la mesa porque sabía que la suya buscaba la mía. Se sentaba pegada a mí. Por aquel entonces, tuve la sensación de que la partida se estaba volviendo a mi favor.

Con la cabeza apoyada en mi hombro, miraba muda a la gente que entraba en el café como en un molino en el que todos los días les molían el cuerpo y el alma una docena de veces. Yo conocía a muchos, ella a otros, y a veces nos contábamos lo que sabíamos de su vida de persona en tránsito. Marie dijo:

—Nosotros también estamos entre ellos.

Yo quería responder que yo no, pero entonces pensaba que también podía irme con ella. ¿Quedarme con ella? ¿Irme con ella? Esos eran los dos pensamientos con los que jugaba. Marie dijo:

—El día es largo. Cada día es largo cuando no se hace nada más que esperar. Pero todos estos lentos días son de pronto un montón de tiempo. Yo misma ya no creo que mi marido esté en la ciudad. No tiene sentido buscarle. No hacemos más que pasar de largo. Quizá viva fuera, junto al mar, en uno de los pueblos. Quizá solo venga aquí a veces. Esperaré a que él me encuentre.

Yo respondí:

—Conseguirás tu visado también sin él. Tengo grandes esperanzas.

—¿Y si lo consigo? ¿Entonces, qué?

—Entonces conseguirás tu tránsito sobre tu visado, y sobre tu tránsito tu visa de sortie. Así es como sucede.

Ella calló. Su mano en la mía, la cabeza apoyada en mi hombro, con expresión alegre hacía un segundo y ahora ya triste, seguía todos los rostros que pasaban delante de nosotros.

De pronto invadió mi corazón el recelo de que solo ponía su mano en la mía, solo me buscaba para que le consiguiera ese maldito visado, para poder irse con el otro. Porque ¿acaso no había movido también al muerto a unirse a ella para irse con el otro? La miré con recelo. Vi en su pálido rostro las sombras de las densas pestañas. Entonces, todo me dio igual. Al menos vivía, ella estaba sentada junto a mí. Pregunté:

—¿De dónde eres?

Me alegré porque la tristeza desapareció de su rostro, como si le hubiera recordado algo bueno. Sonrió y dijo:

—Soy de Limburg an der Lahn.

—¿Quiénes eran tus padres?

—¿Por qué eran? Espero que los dos sigan vivos. Sin duda viven en su vieja casa del viejo callejón. Ahora somos nosotros los jóvenes los que morimos. Creo que no se han separado ni un día desde su boda. De niña, yo tenía miedo en esa habitación baja, con mi familia, y su charla seguía sonando, tierna y fina, como la fuentecilla al pie de la ventana. Deseaba irme lejos, muy lejos, ¿puedes entenderlo? Los muros del patio se volvían rojos en otoño, a causa de las parras, en primavera había lilas y espino blanco.

—Sigue habiéndolo.

—Y luego la cardamina en el agua.

—¿No querías simplemente volver?

—¿Volver? Ese consejo no me lo había dado nadie hasta ahora. No es tan malo. Pero...

—Sí, pero —repetí las palabras de Claudine—: es más fácil que una hoja regrese volando a su antigua rama.

Ella dijo en voz baja:

—El ser humano no es ninguna hoja. Puede ir donde quiera. También puede volver.

Su respuesta me estremeció, como si un niño hubiera respondido de forma sensata a una necia ocurrencia.

—¿Cómo fuiste a dar con Weidel?

Su rostro se ensombreció. Lamenté mi pregunta.

Entonces sonrió con ligereza:

—Visitaba parientes. Estaba en Colonia. Estaba sentada en un banco en la calle Hansaring. Entonces llegó Weidel y se sentó a mi lado al sol. Charlamos. Nadie me había hablado nunca de ese modo. Las personas así nunca acuden junto a nosotros. Olvidé su rostro malhumorado. Olvidé su corta estatura. Creo que también yo le asombré a él. Siempre había vivido solo. Nos vimos a menudo. Yo estaba muy orgullosa de quedar con un hombre así, tan inteligente, tan mayor. Entonces él me dijo que tenía que marcharse. Ya no podía soportar el país. Eso fue en el primer año de Hitler. Sin duda mi padre tampoco tragaba a Hitler, pero le faltaba mucho hasta el no poder soportarlo más. Pregunté a Weidel adónde iba. Dijo: «Muy lejos y por mucho tiempo». «A mí también me habría gustado conocer países lejanos», respondí. Me preguntó si quería ir con él, como se le pregunta en broma a los niños. Yo dije que sí. Él dijo en broma: «Bien, esta noche». Esa noche estaba en la estación. Su rostro me asustó de tal modo que me puse a temblar. Me miraba de hito en hito. Tienes que comprender que casi siempre estaba solo. Tampoco era especialmente guapo. Era más bien feo y malo. Y yo, yo era joven. Él no era un hombre, comprendes, al que... bueno, al que, comprendes, amaran con frecuencia, al que amaran fácilmente. Reflexionó un instante, luego dijo: «¡Muy bien, ven conmigo!». Qué fácilmente empezó. ¡Para mí fue lo más fácil del mundo! Cómo se ha enredado todo. ¿Por qué? ¿Para qué? Fuimos hacia el sur. Cruzamos en barco el lago de Constanza. Él me lo mostraba todo. Me lo

enseñaba todo. Y por fin, de un día para otro, me cansé de aprender. Él también estaba acostumbrado a estar solo. Fuimos a todas las ciudades posibles. Llegamos a París. Me echaba a menudo. Éramos pobres, teníamos una sola habitación. Entonces yo andaba por las calles para que él pudiera estar solo...

De pronto su rostro cambió, empalideció hasta los propios labios, se quedó petrificado en la corriente ociosa y sin destino de personas detrás del ventanal, y gritó:

—¡Ahí viene!

La cogí por los hombros. Se soltó con un furioso movimiento. Ahora veía a quién estaba mirando ella: al hombre pequeño, gris, un tanto pesado, de rasgos malhumorados, que estaba entrando al Mont Vertoux mirando a Marie, según me pareció, con severidad e irritación. También a mí me miró malhumorado. La cogí más fuerte, la sacudí y la forcé a volver a sentarse y dije:

—¡Basta de tonterías! ¡Contrólate! Ese hombre es un francés. ¡Mírale! Lleva la cinta de la legión de honor.

El hombre se detuvo, la expresión de su rostro cambió con asombrosa rapidez, sonrió alegremente.

La sonrisa le fue más útil a Marie que la cintita roja. Dijo:

—Vámonos de aquí.

Nos fuimos rápidamente. Caminamos y caminamos, caminamos por una maraña de callejones detrás del Puerto Viejo, pero esta vez juntos, pero esta vez mi brazo sobre sus hombros. Pregunté:

—¿De verdad se le parecía?

—Al principio un poco.

Caminamos y caminamos, como si lleváramos dentro una maldición que no nos dejaba descansar, pero esa maldición acababa de poseer a Marie, y no la dejé sola. Pasamos delante de una casa, en un estrecho y alto callejón, que tenía la puerta guarnecida de paños negros y plateados porque la Muerte había entrado en ella. Pero en medio de la noche esa puerta guarnecida de esa casa miserable parecía la de un sombrío palacio. Entramos en el callejón que desemboca en la escalera que sube hacia el mar. Subimos, yo no soltaba a Marie. La luna y las estrellas se alzaban en el cielo. Sus ojos estaban llenos de luz. Miró al mar. En su rostro se veía el reflejo de un pensamiento que jamás me había confiado, que quizá nunca había formulado. Y una coincidencia entre ese pensamiento para mí inaccesible, para mí odioso, y ese mar en ese instante igualmente odioso, igualmente inaccesible. Se volvió y bajamos en silencio. Vagamos por los callejones y aterrizamos finalmente aquí, en la pizzería. ¡Cuánto me alivió la visión del fuego abierto! ¡Cómo teñía su rostro!

IX

Habíamos bebido bastante rosado cuando llegó el médico. Marie no me había dicho que se había citado con él en la pizzería. Quise irme, pero ambos me pidieron que me quedase, con una insistencia que me hizo sentir que los dos se alegraban de no quedarse solos. El médico me preguntó, como todos los días:

—¿Qué pasa con el visado de Marie? ¿Cree usted que saldrá bien?

Yo respondí, como todos los días:

—Saldrá bien —y añadí—: Si me deja hacer. Cualquier palabra de más puede echarlo todo a perder.

—El Paul le Merle zarpará sin duda este mismo mes. Vengo ahora mismo de Transports Maritimes.

—Escucha, querido —dijo Marie de pronto, de buen humor, con voz fuerte y clara, quizá se había tomado tres copas de rosado—, si supieras con toda certeza que mi visado nunca llegaría, ¿zarparías en el Paul le Merle?

—Sí, querida —respondió él, que no había tocado aún su primera copa—, si lo supiera, esta vez me iría.

—¿Me dejarías sola?

—Sí, Marie.

—¿Aunque me has dicho —preguntó Marie en tono algo terco, pero por lo demás enteramente alegre— que soy tu alegría, tu gran amor?

—También te he dicho siempre que hay algo en el mundo que me parece de más valor que mi alegría, que mi gran amor.

Entonces me puse furioso. Grité:

—¡Haga el favor de apurar su copa! Beba primero un rato para alcanzarnos. ¡Para estar en condiciones de decir algo razonable!

—¡No! ¡Al contrario! —gritó Marie, siempre en el mismo tono alegre y testarudo—, ¡no bebas nada aún! Primero respóndeme con exactitud: ¿cuántos barcos dejarías ir por amor a mí?

—Como mucho el Paul le Merle. Pero no confíes tampoco en eso. También eso tendré que pensarlo muy bien.

—¿Ha oído eso? —dijo Marie volviéndose a mí—. Si realmente quiere ayudarme, ayúdeme rápido.

—¿Ha oído? —dijo el médico—. La partida de Marie es cosa hecha. Ayúdenos, amigo, los alemanes pueden ocupar en cualquier momento la desembocadura del Ródano, y entonces la trampa estará cerrada.

—¡Tonterías! —exclamé yo—. Eso no tiene nada que ver con su viaje. Es decir, depende de qué sea lo que decida su viaje. Se demostrará en el viaje mismo, como ya constatamos una vez, qué lo ha decidido, temor, amor, profesionalidad. Todo se demuestra a través de la decisión que se toma, ¿cómo si no? Nosotros por lo menos estamos vivos, podemos viajar, no somos espíritus que no hacen más que rondar.

El médico apuró al fin su primera copa. Luego dijo, como si la mujer no estuviera allí:

—¿Qué opina usted del amor entre el hombre y la mujer?

—¿Yo? ¡Nada! Me importan más pasiones menos brillantes, menos ensalzadas. Pero por desgracia hay algo entremezclado con esa cosa extraña y fugaz, algo mortalmente serio, a mí siempre me ha molestado mezclar así lo más importante del mundo con lo más fugaz y carente de importancia. Por ejemplo, no dejarse mutuamente en la estacada, en esta ocasión discutiblemente fútil, diría que transitoria, es algo que no es discutible ni fútil ni transitorio.

De pronto ambos miramos a Marie, que escuchaba sin aliento. Tenía los ojos muy abiertos. Su rostro estaba rojo como el fuego de las pizzas. Le cogí el brazo.

—Como aprendió usted en el primer año de colegio, en la primera clase acerca de la Biblia: esto no durará mucho. Pasará de todos modos. Pero también puede quedar devastado antes, por ejemplo si la trampa se cierra, si la ciudad es bombardeada, puede quedar hecho jirones, carbonizado, ¿cómo decís los médicos? Una quemadura de primer, de segundo y de tercer grado.

Entonces llegó la gran pizza que el médico había pedido para los tres. Con ella venía un rosado fresco. Bebimos con rapidez.

—En ciertos círculos franceses —dijo el médico— se cuenta con disturbios gaullistas esta primavera.

Yo dije:

—No entiendo una palabra de eso. Pero creo que un pueblo que tiene a sus espaldas tanta tradición y abandono y sangre perdida en vano y fe ensuciada tendrá que volver antes en sí.

—Yo tampoco creo —dijo el médico— que el joven cocinero que está amasando la pizza tenga ganas de morir esta primavera.

—Nunca me entiende bien —exclamé—. No quería decir eso. ¿Por qué tiene que ofender a ese cocinero, usted, al que no le preocupa día y noche más que la mejor forma de largarse? Su hombre aún no ha llegado. Su hora aún no ha llegado.

—Haga el favor de soltar el brazo de Marie —dijo el médico—. Su presentación de pruebas ha terminado.

Apuramos lo que había.

—No tengo cupones para una segunda pizza —dijo Marie. Así que nos levantamos. Solo cuando salimos del reflejo del fuego advertí lo pálida que estaba.

X

Me reuní con Marie en un pequeño café de la plaza Jean Jaurès. Ahora evitábamos, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, los grandes cafés de la Cannebière. Se sentó en silencio frente a mí. Estuvimos callados largo tiempo. Finalmente, empezó:

—He estado en el consulado mexicano.

Estaba perplejo, grité:

—¿Por qué? ¿Sin consultarme! ¿No te he prohibido intentar nada sola?

Ella me miró sorprendida. Luego dijo, en voz baja y ligera:

—Mi visado aún no estaba. El pequeño secretario me aseguró que era cuestión de días. Pero también la partida del Paul le Merle es cuestión de días. Dicen en la línea de la Martinica que su barco saldrá antes, orden especial del Gobierno. El pequeño secretario mexicano fue muy cortés conmigo, más que cortés. Quizá le conozcas, ya que entras y sales de allí. Un extraño y pequeño demonio. En cualquier otro consulado una se siente nada, los cónsules hablan con la nada, con un expediente fantasma. Allí es al revés. ¿Te has fijado en sus ojos? Una cree que lo sabe todo de un expediente, la realidad misma. Me miró y lamentó, cortésmente, pero con unos ojos descortésmente atentos, lamentó que mi esposo no hubiera pedido mi visado enseguida a su propio nombre.

Oculté mi miedo; pregunté:

—¿Qué le has contestado?

—Que entonces yo aún no estaba aquí. Pero él respondió, siempre cortés y siempre con la misma mirada, como si se estuviera riendo de mi mentira, que tenía que estar confundida, que en el momento de corregir el nombre hacía mucho que estaba aquí. Naturalmente, en ese expediente había toda clase de confusiones, toda clase de cambios de nombre. Pero él estaba acostumbrado a esas bromas. Se rio. No solo con los ojos. Se rio a carcajadas, enseñando los dientes. Yo solo callé. No sé qué papeles puede haber presentado mi marido. No puedo corregirlos. El secretario volvió a ponerse serio y dijo que al fin y al cabo no era asunto suyo, tan solo lamentaba el retraso, siempre había considerado su deber reducir la desgracia de los hombres tomando las medidas que le fueran posibles. Pero dejemos al secretario. Al fin y al cabo a mí me da igual lo que piense, incluso aunque tenga razón. Mi marido no presentó mi propio visado porque le contaron que iba con otro. ¿Comprendes?

—Aun así obtendrás tu visado. Te lo prometo.

Ella no respondió. Miraba la lluvia. De pronto sentí que tenía que decírselo todo, toda la verdad, pasara lo que pasara, a ella y a mí. En un terrible silencio de varios segundos empecé a buscar palabras, a buscarlas con tanta dureza que la frente se me llenó de sudor.

Entonces ella sonrió un poco, se acercó a mí, deslizó la mano entre mis manos, apoyó la cabeza en mi hombro. Yo dejé de buscar palabras con las que poder contar la verdad. Más bien pensaba ahora que lo mejor era que ella se pusiera de mi lado en cuerpo y alma antes de saber la verdad. Dije:

—Mira esa mujer de allá, la de la montaña de conchas de ostra. Me la encuentro casi todos los días. Le han negado el visado. ¡Ahora se está comiendo el dinero que tenía para el viaje!

Reímos y la miramos. Yo conocía a muchos de los que pasaban fuera en medio de la lluvia o buscaban sitio, mojados y muertos de frío, en nuestro pequeño y repleto café. Le conté a Marie sus historias, y advertí cuánto le gustaba escucharlas. No dejé de contar para que la sonrisa no desapareciera de su rostro y volviera a sus rasgos aquella expresión de lúgubre tristeza que era lo que yo más temía.

En el curso de la semana, el médico me preguntó a menudo si aún no había llegado el visado. Transports Maritimes había fijado definitivamente la fecha de zarpar. Pero yo ya no fui al consulado mexicano. Había tomado por segunda vez la decisión de dejarlo marcharse sin Marie.

CAPÍTULO SÉPTIMO

I

Vi al médico por última vez en casa de los Binnet, el 2 de enero. Ya no examinó al chico, que ya iba al colegio y estaba sano por el momento; se limitó a traerle un regalo. El chico no lo abrió. Estaba de pie, apoyado en la pared, con los ojos bajos y los dientes apretados. El médico le acarició la cabeza, y él la apartó. Se limitó a darle flojamente la mano. Al marcharse, el médico me invitó a ir a la pizzería la noche siguiente. Para celebrar nuestra despedida, según dijo. Me quedó claro que realmente se iba, que ahora me iba a quedar a solas con Marie. Sentí miedo, como cuando un sueño se parece a la realidad y sin embargo le enseña a uno algo inaprensible, imperceptible: que aquello que hace triste o feliz nunca puede ser la realidad.

Para mi perplejidad, dijo claramente, con su voz tranquila, baja por la costumbre de hablar junto a enfermos, con su mirada tranquila y mesurada, en la que no veía más que lo que él estaba viendo, en este caso mi propia imagen:

—Le ruego, incluso le aconsejo, que lo arregle todo con rapidez para que Marie pueda irse, a ser posible a través de Lisboa. Ayúdela a conseguir el tránsito como la ha ayudado a lograr el visado. Y lo más importante: quiebre su indecisión.

Se volvió una vez más y dijo de pasada, por encima del hombro:

—Por sí misma, Marie nunca se decidirá definitivamente a quedarse. Se le ha ocurrido la idea de que ese hombre se ha ido ya, que ya está en el Nuevo Mundo.

Me quedé un rato en la cocina, aturdido. Y de pronto sentí unos celos absurdos e inmotivados del médico, más necios todavía que el primer día en que vinimos a casa de los Binnet. ¿Qué envidiaba yo de ese hombre, una vez que se iba? ¿Su energía? ¿Su esencia, que se llevaba consigo? Por un instante, pensé incluso que quizá sabía callar aún mejor que yo, que sabía más de lo que revelaba. Sentí incluso, en mi necedad y confusión, que tenía un acuerdo con el muerto, una entente que les permitía reírse de mí en su silencio. Un débil sonido en la habitación me despertó de esos sueños insensatos. Encontré al niño tirado en la cama, sacudido por el llanto. Me incliné sobre él, que me apartó de una patada. Quise consolarle, y gritó:

—¡Idos todos al Infierno!

Me quedé allí perplejo, viéndole llorar como nunca había visto llorar a nadie. Pero también pensaba con cierto alivio que por lo menos eso era una realidad indudable, el llanto incontenible del niño que se siente traicionado y abandonado. Cogí el regalo y lo abrí. Era un libro. Se lo acerqué. Él saltó y tiró el libro al suelo. Lo pisoteó. Yo no sabía cómo tranquilizarle.

Georg Binnet entró, se agachó a coger el libro, lo abrió, se sentó mientras lo hojeaba. Parecía atraer su atención más que el niño. Entonces, con el rostro hinchado por el llanto, él se situó detrás de Georg para verlo también. De pronto lo arrancó de sus manos, se arrojó con él sobre la cama y pareció dormirse casi instantáneamente, con el libro apretado contra su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Georg.

—El médico ha venido por última vez. Se marcha uno de estos días.

Georg no respondió nada. Encendió un cigarrillo. Yo también estaba celoso de él: de la forma en que se mantenía al margen, de la forma en que estaba en casa.

II

Al principio, la despedida transcurrió mejor de lo que yo había temido. Probablemente, los tres habíamos tenido un poco de miedo. Fui el primero en llegar. Ya me había bebido media botella de rosado cuando los dos llegaron. Quizá la primera vez en que vi tranquila a aquella pareja fue esa noche, la última que presuntamente pasaban juntos. Como si la despedida me hubiera abierto los ojos, comprendí incluso por qué Marie había seguido a ese hombre, al menos hasta aquí. Él siempre había sido el mismo, siempre tranquilo, incluso cuando su pequeño y pobre coche atravesaba la guerra, delante de los alemanes. Incluso me asombraba ahora por qué Marie no se había entregado por entero a su calma después de tanto errar, de tanto barullo. Esa noche pensé también que él había resuelto a su modo su marcha: había conseguido el visado, se había procurado los tránsitos necesarios y roto con todos los sentimientos que le habían impedido partir. Ahora le miraba incluso con respeto: sí, era capaz de irse.

Marie comió un bocado y bebió un poco. Tampoco a ella se le notaba nada. Ni siquiera hubiera podido decidir si la partida le procuraba dolor o alivio. El médico me exhortó una vez más a promover la marcha de Marie, a ayudarla en todo. Parecía seguro de que volverían a verse. Estaba claro que mis propios sentimientos al respecto le resultaban irrelevantes.

Nos fuimos pronto. Atravesamos el Cours Belsunce, en el que habían instalado un mercadillo. Las lámparas de colores todavía no se veían en el tardío crepúsculo. El médico me había pedido que le acompañase a su cuarto para ayudarle a atar una maleta difícil de cerrar. No había vuelto al Hotel Aumage desde que, enviado por los Binnet, había ido a buscar un médico para el chico. Aquella noche apenas había prestado atención a la casa. Por fuera, su sucia y estrecha fachada daba a la fea Rue du Relais. Pero el hotel era sorprendentemente profundo, con una cantidad ingente de habitaciones. Daban a estrechos pasillos que desembocaban en el alto cubo de la escalera. En la planta baja, en el pasillo lateral, había una pequeña estufa, con un tubo que subía hasta el segundo piso y desprendía un poco de calor. Distintos huéspedes del Hotel Aumage se sentaban en torno a ella y secaban ropa, sobre la tapa de la estufa había un gran cubo. También habían puesto pequeños recipientes con agua en los codos del tubo. La gente alzó la vista con curiosidad cuando entramos. Eran gente de paso... ¿quién hubiera elegido un lugar así para estar mucho tiempo? Era una casa de la que uno dice: «se puede soportar», porque se va. Se me pasó

por la cabeza que el médico no había escondido de mala manera a Marie en esta casa. La Rue du Relais era un corto callejón, el único detrás del Cours Belsunce que no corta hasta el Boulevard d'Athènes, sino que se interrumpe en la siguiente calle transversal. Subimos. El médico abrió la puerta por la que aquella noche había asomado la mano de Marie. De la pared colgaba su vestido azul. Las maletas aún estaban en parte abiertas. Cerré una, até la otra, enrollé y até las mantas. Hubo, como en cualquier partida, pequeños incidentes con el equipaje. La noche avanzaba. Me di cuenta también de que el médico ya no quería quedarse solo con Marie. Abrió una botella de ron que estaba destinada al viaje. Bebimos todos de la botella. Nos sentamos encima de las maletas y fumamos. Marie estaba tranquila y casi alegre. De pronto, el médico dijo que ya no tenía sentido echarse a dormir, que le ayudase a bajar algunas maletas, el coche estaba citado para las cinco. Eché una mirada a Marie..., así me atraía irresistiblemente en la infancia una mirada que me resultaba insoportable sostener. Mi corazón se encogió, aunque no había nada de insoportable en la visión de Marie. Seguía estando tranquila y alegre. Solo que su rostro se me hacía ligeramente ajeno debido a un rastro de incomprensible burla. ¿Qué era lo que le inspiraba burla ahora? Subimos y bajamos la escalera varias veces, y en cada una de ellas Marie se quedaba sola en la habitación, y en cada una de ellas se abonaba una parte de la despedida. Pensé que quizá se burlaba de él porque la había arrastrado por todo el país pero ahora cruzaba el mar sin ella. Finalmente, se dieron la mano.

Una muchacha envejecida y consumida, que hacía las veces de portero de noche, subió bostezando a decirnos que el coche había llegado. Fui a la calle y ayudé al chófer a cargar. El médico, que se había quedado tres minutos a solas con Marie, ordenó tranquilamente:

—Joliette, hangar cinco.

Encendí un cigarrillo. Di unas caladas en la puerta del Aumage. Las puertas y ventanas de la casa de enfrente aún estaban cerradas. Volví a subir.

III

Ella estaba tumbada en un rincón de la habitación, como si me hubiera correspondido a modo de botín en alguna campaña. Creo que entonces incluso me avergonzó que hubiera caído en mis manos con demasiada facilidad, como resultado de una partida de dados y no de un combate singular. Tenía la cabeza apoyada en las rodillas, las manos delante del rostro. Sin embargo, en la única y oblicua mirada que me lanzó entre dos dedos a través de la habitación advertí que sabía muy bien lo que le esperaba: una vez más, qué si no, el amor.

Cierto, ahora la dejaría hacer, desahogarse a gusto. Luego tendría que empaquetar sus cuatro cosas y trasladarse bajo mi techo. Sin duda, era algo osado llamar «mi techo» al Hotel de la Providence. No podría plantar ningún jardín para ella, pero guardaría y cuidaría los papeles de ambos de forma que ningún policía pudiera hacernos nada. Quizá luego podríamos irnos de Marsella, a la granja de Marcel.

Eso pensaba yo entonces. Pero tengo que añadir, en honor a la verdad, que no sé lo que ella

pensaba entonces. No le dije nada y no le pregunté nada, y tampoco le toqué el pelo, lo único que me apetecía en ese momento. No quería ni dejarla sola ni importunarla con consuelos. Le di la espalda y miré hacia la calle. A esa hora no había nada que ver en la Rue du Relais. Desde esa ventana ni siquiera se veía el pavimento. Habría podido imaginar que miraba hacia un abismo si no hubiera sabido que la habitación estaba en el tercer piso. Me sentía angustiado. Cuando me asomé para respirar, vi a la derecha, sobre los tejados, recortados contra el cielo gris de la mañana, los finos mástiles de metal que sobresalían del Puerto Viejo. Tomaremos a menudo ese transbordador, pensé entonces, para sentarnos al sol al otro lado. Quizá en el Jardin des Plantes. Por las tardes, visitaremos a los Binnet. Andaré por el barrio corso para ver si consigo, sin cupones, un trozo de embutido del que a ella le gusta. Por la mañana temprano, hará cola para conseguir una lata de sardinas. Escogeremos, como hace Claudine, los granos auténticos de nuestra ración para tomar un café los domingos. Quizá Georg encuentre un trabajo de media jornada para mí. Cuando vuelva a casa, ella estará en la ventana. A veces tomaremos una pizza juntos y beberemos un rosado. Se dormirá y despertará en mis brazos. Eso será todo, pensé entonces. Todas esas míseras partidas daban al unirse una suma inmensa: la vida en común. Nunca antes había deseado algo parecido, yo, salteador de caminos. Pero ahora, en medio del terremoto, entre el ulular de las sirenas, entre los lamentos de los rebaños en fuga, anhelaba la vida normal como el pan y el agua. En cualquier caso, esa mujer encontraría paz a mi lado. Me cuidaría de que nunca más cayera como botín en manos de un tipo como yo.

Entretanto, se había hecho de día. En el basurero, al final del callejón, entrechocaban los cubos. Las esclusas se abrieron. Un fuerte chorro de agua corrió por el callejón y empujó la porquería de ayer hacia un callejón más bajo. En el tejado de enfrente ya daba el sol. Pasó un coche, el primer huésped de la mañana del Hotel Aumage.

Reconocí enseguida dos de las maletas: la que yo mismo había atado y la de los candados. El médico se bajó y dio sus instrucciones. No solo venía con el equipaje que había estado en el hotel, sino también con la gran maleta que había llevado dos días antes a Transports Maritimes. Dije:

—Tu amigo ha vuelto.

Ella alzó la cabeza, ahora podía oír incluso su voz, los pasos en la escalera. Se incorporó de un salto. Nunca la había visto tan hermosa. El médico entró, sin prestar atención a Marie, que se apoyaba con gesto alegre en la pared, con una leve burla en los rasgos. Estaba pálido de ira, y contó:

—Ya estábamos todos en el hangar. La mitad de nosotros había pasado ya el último control policial. Entonces, de repente, dijeron que la comisión militar se había incautado de todos los camarotes para los oficiales que iban a Martinica. Volvieron a descargar nuestro equipaje. Y aquí estoy. —Dio una vuelta por la habitación y gimió—: Cuánto esfuerzo he empleado en conseguir un camarote, cuántos gastos. Creía que estaría seguro con un camarote pagado de antemano, que nadie podría hacerme nada. Ahora la comisión militar francesa se ha incautado de los camarotes, y deja partir a los que van en el entrepuente. Quizá esa gente llegue. Habrá llegado ya mientras yo sigo aquí, en el Hotel Aumage. Llegarán hasta los tontos, pero yo puedo reventar aquí.

Mientras seguía hablando en ese tono, los ojos de Marie estaban fijos en él. Le oí seguir

maldiciendo detrás de la puerta, hui hacia la escalera.

IV

Aún era temprano cuando dejé la Rue du Relais. El día que tenía por delante me parecía tan imposible de llenar como toda mi vida, y la noche que tendría que seguirle era igual que mi tumba. Primero subí a ver a Georg, que ya se había ido. El negro malgache del primer piso le había regalado a Claudine un gran pescado, que ella estaba descamando en ese momento. Le venía muy a propósito, dijo con calma, sin percatarse de mi estado, ya había gastado todos sus cupones de carne. No acepté su invitación, como si hubiera mesas mejores para mí y mis amigos fueran innumerables. Le grité al chico, que desde la partida del médico seguía tumbado tal como lo había dejado hacía dos días:

—Ha vuelto.

Esperaba causarle inmensa agitación con esas palabras. Qué me importaba que pudiera ser malo para él, su médico había vuelto, que le curase. Luego me volví nuevamente a Claudine, que envolvía su pescado en un paño. Le pregunté si no pensaba a veces qué iba a ser de ella. Sin duda Georg no iba a quedarse siempre con ella. Me midió de arriba abajo, con la cabeza apoyada en la larga mano. Respondió, burlona:

—Estoy contenta de tener algo para comer. —Yo ya estaba en la puerta cuando gritó—: Y tengo a mi hijo.

Subí montaña arriba hacia Beaumont. La mañana era soleada. Encontré fácilmente la casita en la que aquella vez había estado bebiendo con Heinz y los dos tipos. A la luz del día era una casa amable y lisa, con una escalera externa de gallinero que llevaba hasta su único piso. El café estaba en la planta baja.

Sin duda Heinz me había prohibido buscarle aquí arriba, pero cuando a uno le abandonan todas las ideas busca ciegamente a alguien que tenga algo de lo que uno carece, lo mismo que una res enferma rastrea en pos de la hierba que le hará bien. El café estaba desierto. Subí por la escalera de gallinero sin encontrar a nadie. Pero cuando grité «¡Heinz!» la patrona asomó por una puerta y dijo:

—El inquilino se fue hace ya una semana.

Yo pregunté:

—¿De aquí, o del todo?

Ella dijo escuetamente: «Del todo» y esperó con los brazos cruzados a que saliera de la casa. Estaba aturdido. En el estado en que me encontraba, que Heinz pudiera haberse ido para siempre me parecía un duro golpe. Me ofendía, porque se había ido sin despedirse.

Quizá la patrona había mentido. Yo quería saber a toda costa, y volví al Puerto Viejo. Aparté la sarnosa cortina de cuentas del café. Hoy no hacía demasiado frío. En el suelo polvoriento caía una luz abigarrada y dispersa en la que una de las chicas metía el fino pie desnudo. El gato jugaba con su zapatilla, y los demás se reían. Bombello, me dijeron, se había marchado, el portugués aún no había venido.

Volví por la Cannebière a la agencia de viajes. Uno de los grandes dogos que mi vecina de habitación iba a llevar al otro lado del océano estaba tumbado al sol delante de la puerta. Su dueña estaba reservando su definitivo pasaje. El segundo perro olfateaba al corso, sin poderlo ver detrás de la barrera. Aunque mi paseo hasta la agencia había sido innecesario y casual, me encontré también hoy al hombre calvo que en el consulado americano me había profetizado que volveríamos a encontrarnos una y otra vez hasta que uno de los dos se tirase a la vía del tren. Allí esperaba una chica joven, vigilada por un policía, que probablemente estaba encerrada en Bompard hasta que hubiera plaza para ella o hasta que no hubiera definitivamente ninguna y pudieran encerrarla en un campo permanente, en el interior del país. Tenía las medias rotas, su pelo a medio teñir era negro en la raíz y el bolsito de cuero del que sobresalían las esquinas de sus papeles —seguramente todos ya caducados o carentes de validez por otra razón— tenía un brillo grasiento. ¿Quién iba a mostrar hacia esa mujer un amor lo bastante grande como para salvarla haciéndole cruzar el mar? Era demasiado joven como para tener un hijo que hubiera podido cuidar de ella, demasiado vieja como para tener un padre, demasiado fea como para tener un amante, demasiado venida a menos como para tener un hermano que deseara acogerla en su casa. Habría debido ayudarla a ella, pensé, y no a Marie. El gordo músico de la mesa de Achselroth, que ya había llegado una vez hasta Cuba, entró. Apenas me saludó, como si se avergonzara de las confesiones que me había hecho la semana pasada. El corso se hurgó la oreja con el lápiz, porque no había nada que reservar. Todas las plazas disponibles estaban ya vendidas. Hurgándose la oreja y bostezando oía el gimoteo y el implorar de personas que se sentían amenazadas de muerte o al menos creían que les amenazaba la muerte o la prisión o qué sé yo qué. Alguno se habría dejado gustoso la mano derecha en la mesa del corso si le hubiera prometido un pasaje, si le hubiera tan solo prometido tomar nota para reservar un pasaje. Pero él no prometía nada, él bostezaba. Yo habría podido hacer la cola, tenía tiempo, tiempo, tiempo, y no me sentía amenazado por nada, ni siquiera por el amor. Entonces su mirada cayó sobre mí, y me hizo una seña. Me di cuenta de que no me contaba entre los transitorios, sino más bien entre sus iguales. La gente me hizo sitio con envidia, y yo pregunté en un susurro por el portugués. Respondió, penetrante:

—En el café árabe del Cours Belsunce.

Salí corriendo; el gordo que había llegado hasta Cuba me cogió de la manga, me solté, tenía prisa, tenía una cita, no tenía tiempo. Busqué al portugués. ¡Qué insípido es el Cours Belsunce! ¡Qué duro es el periodo entre dos aventuras! ¡Qué aburrida la vida sin peligro!

Sobre los más miserables cojines, envueltos en las más sucias chilabas, yacían una docena de árabes, o de integrantes del pueblo que tuviera la felicidad de haberse librado de ellos. Su ininterrumpido jugar al dominó sonaba al mismo tiempo vivaz y somnoliento. No miré a mi alrededor, seguro de que todos me observaban. Y en verdad, de un rincón oscuro se levantó aquel al que buscaba, vino hacia mí y preguntó cortésmente si volvía a necesitarle. Desde nuestro primer encuentro, tenía el gesto de humildad y descaro de llevarse dos dedos a la boca. Nos

trajeron un té que no sabía mal a anís. Le dije que no deseaba nada más que tener noticias de mi amigo.

Sus ojillos ratoniles brillaron cuando mencioné a Heinz. Oh, sí, habían llevado a ese hombre a Orán. Hacía ya un tiempo. Había hecho transbordo hacia Lisboa, todo el pasaje estaba en manos portuguesas.

—Un caro rodeo —dije yo.

Oh, no, no le habían cobrado nada, lo habían hecho por él. Yo le conocía, era mi amigo. Me lanzó una rápida mirada de la que desprendí cuánto me sobreestimaba solo por creerme amigo de Heinz. La visión de su cara de ratón me asombró. Si realmente Heinz había movido a este tipo a llevar a cabo una acción desinteresada, el agua que Moisés había hecho brotar de la piedra era un juego de niños.

Probablemente ya había olvidado a Heinz, pero ahora que le preguntaba por él su curiosidad por el alemán cojo había resucitado. Se le ocurrió que uno de los que habían embarcado a Heinz ya tenía que estar de vuelta. Y como tenía tanto que hacer como yo se mostró dispuesto a buscarle.

El sol había desaparecido de pronto. Parpadeamos ante el frío viento. ¿Por qué me parecía tan pelado el Puerto Viejo? La cañonera se había ido. ¿Adónde? Eso conjeturaban todos los ociosos que vagaban delante de los cafés a pesar del mistral, que casi era tormenta. A los dos nos dejó sin aliento. Sus mil truhanerías no habían proporcionado al portugués ni siquiera un abrigo con el que poder protegerse del frío. Los vendedores de ostras y mejillones estaban recogiendo las cestas ante los hoteles caros, así que ya eran las tres. Había dejado atrás un buen trecho de tiempo. Subimos por una de las empinadas calles. Para mí era inusual ver desde aquí la parte de la ciudad por la que siempre andaba. Blanca, surcada por las peladas vergas de los botes de pescadores, a la fría luz de las primeras horas de la tarde delante del puerto, que a pesar del mistral era lo bastante azul como reflejarlo todo, me resultó tan ajena como aquellas ciudades inalcanzables o desaparecidas de las que me habían hablado. Pero yo conocía ahora sus cuevas, yo conocía ahora su secreto: cuatro paredes como las que teníamos en casa, un hombre y una mujer que salían a trabajar, un niño enfermo en una cama.

Subimos jadeando la escalera, mi portugués y yo, siguiendo el rastro de un hombre pequeño y medio destruido que había desaparecido en alguno de los puertos del Mediterráneo. Qué cadena de manos se habría necesitado, kilométrica, para unir los restos vivientes de su cuerpo de un coche a otro, de una escalera a otra, de un barco a otro. ¿Qué había contado el anciano en la cripta de Saint-Victor? Tres veces he sido golpeado, tres lapidado, tres he sufrido naufragio, he pasado día y noche en las profundidades del mar, he estado en peligro a causa de los ríos, en peligro en las ciudades, en peligro en el desierto, en peligro en los mares.

Nos detuvimos ante una casa miserable. Por dentro, estaba revestida de valiosa madera, de la que emanaba un olor para mí desconocido. En los escalones más altos, ese olor se vio desplazado por el de una imprenta. En la puerta más alta de la vivienda colgaba el escudo de una asociación de marineros.

En la mesa estaban repartiendo en paquetes un periódico recién impreso. Mi portugués se dirigió a un hombre que, con sus ojos grises y tranquilos —en cuyas comisuras se habían formado

arrugas de fijar la atención, de mirarlo todo y a todos con mirada despierta, pero manteniéndose al margen—, con su cabello liso, su mentón rasurado, sus manos firmes y decentes, era enteramente un marino francés. Escuchó indiferente el susurro del portugués, al que al parecer conocía y sobre el que tenía forjada hace mucho una opinión, contó hojas del paquete y se las alcanzó a un chico bajito de ojos descarados, que las puso en una cesta. Según oí mucho después, cuando la cosa reventó en una redada, esas hojas no contenían nada más que el llamamiento oficial del Gobierno a alistarse en el Ejército y la Marina, pero una hábil composición había dispuesto el texto de tal modo que al plegar la hoja de determinada manera se leía un eslogan gaullista. Mi portugués hizo un movimiento: ¡Trata de sacarle tú más a este hombre! Entonces yo empecé a susurrarle al hombre que Heinz era mi amigo, que habíamos estado en un campo y le había ayudado a conseguir el viaje, y que ahora estaba preocupado por saber qué había sido de él. El chico que apilaba los paquetes puso el rostro en el borde de la cesta para atrapar algo de nuestro susurro.

—No hay razón para preocuparse —dijo el hombre—. Seguro que su amigo ha llegado ya.

No estaba dispuesto en lo más mínimo a explayarse más. En su rostro tranquilo hubo por un momento un rasgo de divertida burla, quizá el recuerdo de un detalle de sus viajes, un golpe de mano, un engaño hecho a una autoridad portuaria. Probablemente también él había olvidado a Heinz antes de nuestra visita. Ahora sus ojos grises volvían a complacerse en el recuerdo; probablemente volvía a verlo delante de él con sus muletas, su boca contraída por el esfuerzo, sus ojos claros que se burlaban de su propia fragilidad. Esa cálida sombra en los ojos grises de un marino francés era también lo último, lo último visible, que quedaba de Heinz en este continente.

En la escalera, mi portugués me dio un codazo. Su rostro quería decir: ¡invítame al fino que me he ganado! Sin duda era un día sin alcohol, pero aterrizamos en una barra en la que el camarero vertió rápidamente una copa de aguardiente en el café. Entonces el portugués y yo nos dimos cuenta de que no teníamos nada que decirnos y no podíamos más que aburrirnos juntos. Nos separamos cortésmente. El mistral había cesado tan repentinamente como había empezado. Hasta el sol había vuelto a salir.

Fui solo hacia el centro. Pasé dos horas dando vueltas delante de las tiendas. Durante todo el día, no había dejado ni un momento de pensar en mi desgracia, en lo que yo consideraba mi desgracia. En la cocina de Claudine, en busca de Heinz, en el café árabe, en la asociación de marinos, tomando el fino con el portugués, había pensado en todo lo demás, pero al mismo tiempo siempre en mi desgracia. ¿Cómo había vivido antes, cuando también estaba solo? Se me ocurrió pensar en Nadine. Me situé en la salida lateral de Les Dames de Paris para esperarla. Me era completamente indiferente, pero aun así me alegró la expresión radiante de su rostro cuando me reconoció en la calle. Tenía muy buen aspecto con su hermoso abrigo con capuchón de piel.

La pesada jornada de trabajo no parecía afectarle. Había eliminado cuidadosamente todo rastro de cansancio, polvo de mariposas sobre su cuello, sobre su rostro, sobre sus hermosas orejas al borde de la capucha. Dijo:

—Me vienes al pelo.

Me sentí agradecido y feliz al oír esas palabras, aunque mi desgracia seguía quemándome.

Nadine prosiguió:

—Imagínate, mi mayor se ha ido. Ha recibido la orden de repente. Martinica. Una comisión militar.

—El dolor de la despedida —dije— no parece afectarte especialmente.

—Te diré la verdad. Estaba harta de él. Había algo gracioso en su forma de ser que al principio me divertió. Pero pronto me atacó los nervios. Además, era demasiado bajito para mí, tenía la cabeza pequeña, ayer por la tarde fuimos a comprarle un salacot y se le escurría hasta la nariz. Era un hombre muy bueno. Cuidó muy bien de mí, tú mismo lo verás. Por eso, siempre he tenido miedo de que me estallaran los nervios. Ahora, nos hemos separado como buenos amigos. En el camino de vuelta parará en casa, con su mujer. Ya estoy harta de él. Un hombre muy bueno, a pesar de todo. En estos tiempos, a veces hay que apretar los dientes y hacer como si... Ahora vas a subir a mi casa, para que veas cómo me ha cuidado. Voy a hacer una cena como hace mucho que no has tomado una.

Seguía viviendo en su antiguo agujero, no lejos de Les Dames de Paris. No me costó trabajo alegrarla con mi gran asombro ante la total renovación de su mobiliario. Absolutamente todo era nuevo, el edredón y las almohadas, los cubiertos y el calentador del coñac y todos los objetos que había al pie del espejo y el espejo mismo y las cosas más secretas de cristal y esmalte. Abrimos un montón de latas de conservas y botellas. Para conseguirlas habría tenido que hacer cola todo un barrio de amas de casa. Estuvo cocinando largo rato, interrumpiéndose tan solo para enseñarme un zapato o una prenda de ropa o para apretar mi cabeza contra su pecho. Preguntó por mis planes de irme, si necesitaba algo. Yo dije:

—No, querida, soy feliz.

—Tal vez necesites algo, ¿cómo está el asunto de tus visados?

Yo dije que por el momento no necesitaba ni siquiera un visado. Ella respondió que si algún día necesitaba uno ella tenía una compañera de colegio en la prefectura. Le pregunté si la compañera de colegio era tan guapa como ella. Dijo que era gorda y seria. Luego pusimos la mesa y cenamos, largas y muy placenteras ceremonias que me cansaron ligeramente y no disminuyeron, pero sí atenuaron mi desgracia.

Mucho después —pensaba que se había dormido hacía mucho, mientras que yo no había pegado ojo— me levanté y encendí un cigarrillo, la luna entraba por las ventanas, el cristal vibraba como si el mistral aún no hubiera cedido; su voz llegó de forma del todo inesperada, tranquila y despejada:

—¡No estés triste, pequeño! Nunca merece la pena. ¡Créeme!

Así que había visto cómo estaba, y había hecho todo eso para calmarme.

Después de eso ya no tuve ganas de ver a nadie. Tampoco volví a casa de Nadine. Me sentaba en un rincón de los cafés, donde nadie me dirigiese la palabra. Si entraba alguien a quien conocía, abría rápidamente un periódico ante mi rostro. Incluso llegué a hacer dos agujeritos en él para poder verlo todo sin ser visto. Cuando el tiempo se me hizo demasiado largo, fui a ver a los Binnet. ¡Qué largo se puede hacer el tiempo en la tierra temblorosa entre dos grandes incendios! Más, cada vez más, pide el corazón, desesperadamente acostumbrado a correr. También me arrepentí de visitar a los Binnet, porque el médico volvía a estar en la habitación. Ya había recuperado el buen humor.

—Aquí está usted al fin —exclamó al verme entrar—. A Marie le preocupaba saber dónde se habría metido.

—He estado ocupado con mi propio tránsito —respondí. Me arrepentí enseguida de la respuesta.

—¿De pronto también usted quiere irse?

—Al menos quiero tener hecho todo el papeleo.

Al oír esa respuesta, el chico me echó una rápida mirada. El único signo en el que advertí que se había dado cuenta de mi visita. Leía o hacía como que leía. El médico le dirigió varias veces la palabra, pero él hacía como si el médico ya no estuviera. Su retorno no había causado agitación alguna en él, le era indiferente. Para él, ese hombre se había ido. Le había abandonado, le había herido con ese viaje imprescindible. Aunque volviera mil veces, esa despedida era definitiva. También a mí me contemplaba como una sombra a la que no tenía objeto aferrarse, con la que no tenía sentido hablar.

El médico nos contó que los pasajeros rechazados tenían puestos de preferencia en el próximo barco. Estaba de muy buen humor, sus pensamientos se habían apartado poco a poco del pasaje fallido y se dirigían hacia el próximo, para el que tenía reserva, del que lo esperaba todo.

—Marie también tendrá su visado —aseguró—, le ruego que pregunte pronto por él.

Yo respondí que no tenía el menor deseo de hacer tal cosa, mi misión en el consulado había concluido, todo estaba solicitado correctamente, no quedaba más que recogerlo, Marie podía hacerlo sola. Me miró severamente, porque mi voz había sonado áspera. Dijo cortésmente, sin rastro de burla:

—Le hemos causado molestias. Esta vez Marie estaba decidida a partir. ¿No se lo dije todo de antemano?

Yo no respondí nada, sino que me fui. ¿De dónde salía su seguridad, en medio de una maraña de azares?

Decidí pasar la tarde en mi cuarto. Cuando subía la empinada escalera, mi patrona me saludaba desde su ventanuco, y a veces yo elogiaba su peinado. Siempre había conseguido pagar mi alquiler con las «dietas de viaje». Me sorprendí cuando me detuvo.

—Un caballero ha preguntado por usted, un señor francés con un bigotillo. Ha dejado su tarjeta.

Yo no pude ocultar mi espanto. En mi cuarto, estudié la tarjeta: «Emile Descendre, sedas al por mayor». Nunca había oído ese nombre. Un error, pensé.

Odio los errores con todo mi corazón, los errores en los encuentros. Las confusiones y los errores me repugnan cuando me conciernen. Tiendo incluso a dar una importancia desmedida a todos los encuentros humanos, como si estuvieran dispuestos por una instancia superior, como si fueran ineludibles. En lo ineludible, no es verdad, no puede haber confusiones. Aún estaba fumando y cavilando cuando llamaron a la puerta. Mi huésped, con el sombrero en la mano, muy bien vestido, echó un vistazo a la tarjeta, que yacía ante mí. Me incliné involuntariamente con tanta cortesía como él. Le ofrecí la única silla y me senté en la cama. Él ya había echado un vistazo a mi cuarto, dentro de los límites de la cortesía.

—Disculpe que le moleste, señor Weidel —empezó—. Pero comprenderá que desee verle.

—Disculpe —dije—, debido a los terribles acontecimientos que su país y todos nosotros hemos sufrido, no solo ha sufrido mi vista...

—Por favor, no se inquiete. Los dos nos conocemos sin conocernos. Porque, aunque usted no me haya visto antes, sin mí no estaría usted aquí.

Yo dije, para ganar tiempo, que quizá eso fuera una exageración, pero añadí enseguida con rapidez, porque su rostro, rojo, sano y satisfecho de sí mismo, mostró gran disgusto ante mi constatación:

—Aunque usted haya tenido su parte en ello.

—Me alegro de que al menos admita eso. Mi tarjeta, mi nombre le instruirá acerca de quién soy: Emile Descendre.

Yo pregunté:

—¿Cómo ha conseguido mi dirección?

Al principio había tenido un estremecimiento de temor. Ahora solo estaba sorprendido. La preocupación, sea del tipo que sea, no solo hiere, también le hace a uno inmune a muchas cosas. Fuera lo que fuese lo que pudiera golpearme desde fuera, me era indiferente. Mi huésped respondió:

—Muy sencillo. Soy hombre de negocios. Primero pregunté por el señor Paul Strobel. Su hermana es amiga de mi prometida, como probablemente usted sabrá.

En mi memoria seguía sin hacerse la luz, pero sí una especie de débil resplandor: el pequeño Paul, su hermana, un prometido, un sedero. Dije:

—Continúe, por favor.

Él siguió, complacido:

—El señor Paul me ha prometido muchas veces darme su dirección. Creía haberla anotado, pero resultó que no la encontraba ni en sus papeles privados ni en las listas del comité de cuya dirección forma parte. El señor Paul está muy ocupado. Me remitió al consulado mexicano.

Yo escuchaba en tensión. El sacudió su peinada cabeza como un bonito pájaro en una percha.

—Me gustaría mencionar además que, naturalmente, me dirigí primero a madame Weidel. La vi en varias ocasiones. Sin duda pude entender su delicada situación, la tuve en cuenta. Tanto más importante me resulta aclarar las cosas con usted... También quise buscar yo mismo su dirección, ya que la señora Weidel afirmaba desconocerla, no quería seguir molestándola. Fui al consulado mexicano. Lo de su dirección, señor Weidel, es realmente una desgracia. Allí tiene que haber habido una confusión, porque el número de la calle indicado allí no existe en realidad. La calle en la que usted debe haber vivido antes no había sido ampliada hasta ese número. Por consejo de los caballeros mexicanos fui a la agencia de viajes mexicana. El director de esa agencia solo poseía como dirección la del consulado mexicano. Dejando aparte que soy hombre de negocios y también tengo que prestar atención a los gastos, se me metió en la cabeza encontrarle a usted. El director de su agencia de viajes me remitió a un caballero portugués con el que usted sale a veces. Le prometí un pequeño favor a ese señor. Sin duda él tampoco sabía dónde vivía usted, pero conocía a cierta señorita en Les Dames de Paris.

Pensé: así que el ratoncito me ha seguido por puro aburrimiento.

—Le ruego encarecidamente que no se enfade. ¡No se haga mala sangre por esto! La señorita ni siquiera reveló su dirección. Tuve que buscar refugio en sus compañeras. Las chicas lo saben todo, y finalmente me revelaron el secreto, porque una de las señoritas de Les Dames de Paris vive en las cercanías... en la Rue des Baigneurs. ¡Disculpe, por favor! No puedo hacer que mis negocios sufran por el hecho de que sus relaciones familiares se hayan desplazado aquí. Tengo que poner límite a mis gastos.

Yo dije:

—Sin duda, señor Descendre.

—Me alegro de que se dé usted cuenta. La señora Weidel me remitió entonces a usted. Yo esperaba una parte del reembolso ya en el París ocupado. Pero por desgracia entonces ya no conseguí trabar conocimiento con usted. Trasladé mi encargo al señor Paul, al que conocía a través de su hermana.

Yo dije:

—¿Qué gastos son esos, señor Descendre?

Él exclamó indignado:

—Entonces, ¿la señora Weidel no le ha dicho nada? Probablemente porque ahora tiene otros intereses. Disculpe usted, señor Weidel, no mencionaría las circunstancias si no le considerase al

tanto de ellas. Vi a la dama en otra compañía. Pero para mí, los gastos son gastos. Y en aquel momento la señora Weidel me prometió por lo más sagrado reembolsarme una parte de mis gastos si le hacía llegar su mensaje. En aquel momento me decidí, con mucha dificultad, a hacer un viaje al territorio ocupado. La cosa era cara, e incierta, tan poco tiempo después de la invasión. Había que contar, a pesar de la autorización alemana, con las dificultades del viaje de vuelta. La línea de demarcación podía quedar cerrada o ser desplazada. Mi propia prometida me exhortó a renunciar al viaje. Pero en primavera yo había suministrado balas de seda cruda a la firma Loroy. Iban a ser empleadas con fines militares, para envolturas de globos y paracaídas. En aquel momento no podía tener certeza alguna acerca de si la empresa suministrada había sido evacuada con mi seda cruda o si los alemanes la habían incautado. En el segundo caso, el pago de la indemnización solo se conseguiría con un nuevo contrato de suministro. Para mí había mucho en juego. Pero su señora esposa inclinó la balanza..., sabe cómo rogar a los hombres. Me dijo que me estaría eternamente agradecida, era una cuestión de vida o muerte que esa carta le llegara, la participación en los gastos no representaba papel alguno. También estaba prohibido transportar correo. ¡Cacheos! Realmente, la señora tiene que haber sabido conmovirme. Creí en la existencia de una gran pasión. Tanto más penosa fue mi impresión a mi regreso. Durante todo ese desagradable viaje había tenido el rostro de esa mujer pequeña ante mis ojos. La verdad es, por extraño que suene, que pensaba: la pequeña se alegrará cuando le diga que he hecho su recado. Porque no conseguirlo no fue culpa mía. Hay una mala estrella sobre sus viviendas, señor mío. Tiene usted mala suerte con sus direcciones. También estuvo ilocalizable en París. En su antiguo alojamiento nadie sabía dónde había ido a parar usted, no se había trasladado ni cancelado su inscripción, pero el señor Paul, según veo para satisfacción mía, pues está usted aquí, cumplió puntualmente con mi encargo. Puede que la señora no pueda pedir dinero a su nuevo amigo. Pero yo no tengo la culpa de que las pasiones pasen. También tengo que prestar atención a las pequeñas partidas. Porque sin ese principio jamás en la vida me habría convertido en la firma Descendre.

Yo dije:

—Muy bien, señor Descendre. ¿A cuánto ascienden esos gastos de entrega de la carta?

Mencionó la suma. Yo reflexioné. Solo disponía del dinero que el viajero a Cuba me había dado para Weidel hacía dos semanas. Lo conté sobre la mesa. A veces, con una cierta sinceridad se consigue lo mismo que con mentiras. Dije:

—Señor mío, tiene usted toda la razón. Ha cumplido su encargo de manera decente. No ha dejado a nadie en la estacada. Tampoco fue culpa suya no encontrarme en persona en París, entonces. Aun así, su carta me llegó. Tiene que contar con sus gastos. Pero ya ve, soy pobre. Le pago lo que puedo. Aunque las circunstancias de mi vida hayan cambiado, esa carta sigue significando mucho para mí. Me esforzaré en terminar de pagar los gastos de su entrega en cuanto pueda.

Me oyó con atención, movió la cabeza de un lado a otro. Luego firmó el recibo. Me hizo una indicación en el sentido de que estaba a mi disposición, que además tenía la posibilidad de hablar por mí ante el departamento de visas de sortie de la prefectura. Finalmente se disculpó, entretejiendo unas cuantas palabras sobre el arte poética. Nos hicimos una mutua reverencia.

VI

Me senté en el porche acristalado del Café Rotonde, frente al Belsunce. Mi vacía cabeza oyó sin quererlo una conversación mantenida en la mesa de al lado. En un hotel de Portbou, al otro lado de la frontera española, un hombre se había pegado un tiro durante la noche porque, a la mañana siguiente, las autoridades iban a devolverlo a Francia. Las dos mujeres, enfermizas y entradas en años —una llevaba consigo dos niños pequeños, quizá sus nietos, que escuchaban con atención—, completaban alternativamente el relato con voces vivaces. El asunto les resultaba mucho más claro que a mí, mucho más ilustrativo. ¿Qué esperanzas inconmensurables vinculaba ese hombre al destino de su viaje como para que el retorno le resultara insoportable? El país en el que aún estábamos todos, al que se le quería obligar a volver, tenía que haberle parecido infernal, inhabitable. Se oye hablar de personas que prefieren la muerte a la falta de libertad, pero ¿era libre ahora ese hombre? ¡Ah, si así fuera! Un solo tiro, una sola llamada a esa fina y estrecha puerta sobre las cejas, y estabas para siempre en casa y bienvenido.

Vi a Marie caminando lentamente por el borde del Belsunce. Llevaba un sombrerito arrugado en la mano. Entró en el Café Cuba, que está junto al Rotonde. ¿Le esperaba su amigo allí? ¿Seguiría buscando? Desde el regreso del médico, yo la había evitado desesperadamente. Ahora no pude contenerme y esperé con la cara pegada al cristal. Ella pronto regresó, con el rostro vacío y defraudado. Casi pasó de largo ante mí. Me escondí tras el Paris Soir. Pero inconscientemente ella había visto algo de mí, mi pelo o mi abrigo o, si eso era posible, el deseo abrumador y excluyente de que se diera la vuelta otra vez.

Entró en el Rotonde. Yo salté al interior; con alegría perversa, enfermiza, vi cómo me buscaba. Porque algo en su búsqueda, en sus rasgos me revelaba que aquel al que hoy buscaba no era ninguna sombra, sino de carne y hueso y encontrable, si es que no se escondía por maldad. Entró en la sala interior, y yo salí por la puerta trasera a la Rue des Baigneurs. Corrí por las calles, nuevamente hechizado. Me aseguraría tanto más de ella con mi desaparición, mi inexplicable invisibilidad. Debía buscarme como ella sabía hacerlo, día y noche, sin descanso. Una vez empezado mi juego, podía conseguirme papeles para la partida, uno tras otro. Podía esconderme incluso el día de la partida del barco. Luego, podía aparecer delante de ella como por arte de magia, en el mar o en una isla o a la luz extraña y agobiante del nuevo país. Entonces no habría nada entre ella y yo más que mi flaco rival de rostro largo y serio. Los muertos que dejábamos atrás habrían sido largamente enterrados por sus muertos.

Con tales sueños me retiré a mi cueva en la Rue de la Providence. En mi cuarto seguía estando el olor extraño y dulzón al peinado de mi visita, el sedero.

CAPÍTULO OCTAVO

I

Entretanto, se acercaba el día de mi definitiva citación en el consulado de los Estados Unidos. Estaba firmemente decidido a asegurarme el tránsito. Para mí, entonces, todo era un juego. Pero los rostros de las personas que esperaban en la antesala para ser admitidas a la antesala superior estaban pálidos de temor y esperanza. Yo sabía que los hombres y mujeres a los que se había hecho pasar hoy junto conmigo se habían puesto y cepillado sus mejores galas y habían exhortado a sus hijos a mostrar buena conducta, como si fuera su primera comunión. Habían llevado a cabo todos los preparativos posibles en su exterior y en su interior para aparecer en el estado adecuado ante el rostro inmóvil del cónsul de los Estados Unidos, en cuyo país querían establecerse o por el que al menos querían pasar para llegar a otro país en el que quizá se asentaran, si es que lo alcanzaban alguna vez. Y todos esos hombres y mujeres se consultaban entre ellos a toda prisa y por última vez, con voces roncas de excitación, si era mejor ocultar un embarazo al cónsul de los Estados Unidos o confesarlo, porque según la voluntad del cónsul que decidiera el tránsito ese niño podría nacer en el océano, o en una isla del océano, o ya en el nuevo país, en cuyo caso había que considerar que ese niño no nacido, si los plazos indicados por el cónsul resultaran imposibles para su nacimiento, no vería la luz del mundo, si es que cabía hablar de luz; si era mejor ocultar el peligro de una enfermedad o describirlo de forma insistente, porque una enfermedad, molesta, podía ser una carga para el Estado americano, pero una persona que según certificado médico iba a morir con rapidez no representaba una carga para nadie; si realmente se podía ser del todo pobre, o había que aludir a alguna misteriosa fuente de dinero aunque solo se hubiera llegado hasta aquí con el billete del comité, una vez quemada la ciudad patria y con ella los bienes y algún vecino; si era correcto confesar que la comisión alemana podía amenazar con la extradición si el tránsito se retrasaba, o era mejor callar que uno era una de esas personas a las que los alemanes amenazaban con la extradición.

Yo en cambio, asqueado del susurro de los tránsitos, me asombraba al pensar en aquellos que habían sucumbido entre las llamas de los bombardeos y en los furiosos ataques de la guerra relámpago, a miles, a centenares de miles, y muchos habían venido también al mundo, sin conocimiento alguno de los cónsules. Ellos no habían sido transitorios ni solicitantes de visados. No tenían nada que hacer aquí. E incluso si alguno de ellos se había salvado hasta llegar aquí, sangrando aún en cuerpo y alma, y se había refugiado en esta casa, ¿qué daño podía hacer a un pueblo gigantesco que alguna de estas almas rescatadas se uniera a él, digna, semidigna, indigna, qué daño podía hacer a un gran pueblo?

Bajaban la escalera, con dientes relucientes de alegría, los tres primeros despachados, un hombre bajito y gordo con dos mujeres altas y arregladas. Los tres llevaban visados americanos en las manos, reconocibles desde lejos por las cintitas rojas que surcaban el rígido papel, no sé con qué fin. Las cintitas rojas, que recordaban a la legión de honor, también eran una especie de

condecoración, la medalla de la legión de honor de los transitorios americanos. Poco después de esos tres apareció, despachado ya en los pisos superiores, mi cotransitorio calvo, al que solía encontrarme desde hacía algunas semanas. Bajaba muy serio la escalera y llevaba las manos vacías. Eso me sorprendió; en nuestro fugaz conocimiento, me había parecido un hombre que consigue lo que necesita, en este mundo que está hecho así. Cuando se abrió paso por entre los que esperaban, me vio y me invitó al Café Saint-Ferréol. Luego apareció en la escalera mi vecina de habitación, con gesto alegre, los dos perros a un lado. Me hizo una seña y enrolló las correas de sus perros en torno a las muñecas para que pudiéramos cambiar unas palabras. Para mí, hacía mucho que había dejado de ser una mujer fea y graciosa, de rostro descarado y hombros caídos, con dos gigantescos chuchos; era a la vez alguien familiar y ajeno, un personaje mítico, una especie de Diana de los consulados.

—Resulta —dijo— que estos dos animales aún necesitaban un certificado de que son realmente los perros de ciudadanos de los Estados Unidos. Quisiera matarlos a los dos, porque son culpables de que aún no pueda irme, pero como sus propietarios no confirmarían mi certificado de buena conducta si los hiciera gulasch, tengo que cuidarlos, cepillarlos y bañarlos, porque al fin y al cabo sin ellos no tendría ningún visado.

Con estas palabras, incomprensibles para quienes nos rodeaban, aflojó las correas y salió a la Place Saint-Ferréol.

Entretanto, había sonado mi cuartito de hora. Estaba citado ante el cónsul el 8 de enero a las diez y cuarto. Me latía con fuerza el corazón ante la carrera que tenía que ganar. Pero esta vez no era un latir temeroso y tropicado, sino uno cortante, tenso. El guarda de la escalera me abrió paso, entré en la segunda antesala. Estaba llena, así que aún tenía que esperar. Según pude advertir pronto, todas esas personas que esperaban, varias mujeres, hombres, niños, entre los que reconocía a algunos del último día de espera, así como la anciana ensimismada, formaban parte de la misma familia, que hoy comparecía al completo. Todos, hasta los niños más pequeños, se encontraban en el momento de mi entrada en una gran agitación común, todos temblaban de miedo e indignación; todos, viejos y jóvenes, susurraban en confusión o se esforzaban al menos por susurrar, porque siempre había uno que gritaba, sollozaba o suspiraba. Solo la anciana, en torno a la que todos se apiñaban, se sentaba inmóvil, como si estuviera momificada, con todos los signos de su decadencia y próximo fin.

En la puerta se apoyaba, separado de esas personas, un joven que jugueteaba con una boina y sonreía. Sabía lo que estaba ocurriendo y le hacía visiblemente gracia, y le daba igual. Del despacho del cónsul salía ligera, como el ángel del trono del Señor, aquella joven criatura de pequeños pechos y rizos claros que había pasado toda la guerra, protegida de toda iniquidad, en una nube rosa. Se plantó ante la puerta de la segunda antesala e indicó a la familia, en tono a un tiempo severo y suave, que se decidiera de una vez, en el mismo tono en el que un ángel habría intimado a esas mismas almas a arrepentirse o irse de allí. Entonces todos levantaron la mano, incluso los niños más pequeños, sollozaron y pidieron un aplazamiento. Pregunté al joven de la boina qué estaba ocurriendo.

—Todos ellos son hijos, nietos, bisnietos y demás parientes de esa mujer viejísima. Sus documentos están enteramente en orden. El cónsul quiere otorgar su firma enseguida. Quiere dejarlos emigrar a todos, salvo a la anciana. El médico del consulado le ha certificado que morirá

en un máximo de dos meses. Y no dejan subir a gente en ese estado a ningún barco americano. ¿Para qué iban a hacerlo? Pero toda la familia, con el sentido de la unidad que tiene esa gente, quiere o viajar con la anciana para que pueda morir con ellos o quedarse todos con ella hasta que muera. Pero dese usted cuenta: si se quedan la anciana morirá, pero los visados caducarán, los tránsitos caducarán, y ya sabe que en Francia gustan de encerrar a la gente que tiene todos los visados y todos los tránsitos pero no se larga, y se merecen que los encierren, por lo menos en un manicomio.

La mensajera del cónsul apareció por segunda vez, observé lo delicada que era su piel, pero su voz era severa. De entre la familia se levantó un hombrecillo, en el que yo jamás habría reconocido al cabeza de familia, y anunció tranquilamente su decisión en una mezcla de todas las lenguas de los países que había atravesado con los suyos. Habían decidido quedarse con la anciana mientras viviera. Porque si él se quedaba con ella como su hijo mayor, pero su esposa se iba con sus hijos, ¿qué harían los suyos sin él? O si se quedaba la hermana menor, que acababa de casarse y esperaba su primer hijo, ¿cómo podría darlo a luz aquí sin su marido, que era su cuñado? Y si se quedaba ese cuñado, a cuyo nombre estaba su negocio... pero la mensajera del cónsul ya estaba llamando el siguiente nombre. Todos se retiraron, ayudando a la anciana a bajar la escalera, exhortándose mutuamente a tener cuidado, tristes, trastornados pero exentos de todo arrepentimiento. Luego apareció el joven, al que acababan de llamar, y aseguró alegremente que enseguida le habían negado el visado, tenía antecedentes por entrega de cheques sin fondos. Bajó a saltos la escalera. Entonces dijeron mi nombre.

Por un instante vi con claridad que todo podía estar perdido, la policía podía estar ya lista. Se me podían llevar. También vi con claridad de qué forma podía abandonar el edificio antes de que me pusieran la mano encima. Una vez en la calle podría escabullirme, la habitación de Nadine no estaba lejos.

Nada estaba perdido. El pequeño Paul se había superado, al parecer, y expedido a sus colegas el mejor de los certificados. Su orgullo había vencido a otros sentimientos. Me refiero a su orgullo de tener el poder de expedir el certificado de buena conducta, el poder de asesorar a los cónsules de este mundo. Desde luego, el certificado era un epitafio. No podía ni alegrar ni ofender al hombre que sin duda ya había sido arrogante y silencioso en vida.

Me guiaron cortésmente hasta la sala en la que se posaba la mano sobre aquellas personas a las que se dejaba partir al fin.

Me hicieron sentar ante la joven encargada de rellenar mi tránsito. Sentí que no me hubiera tocado la tierna, la de los rizos claros. Pero mi ángel de la guarda no me pareció mal: con rizos negros, con una piel morena que tenía que tener el tacto del terciopelo. Me miró fijamente a los ojos con seriedad y con dureza, como si se tratara de una vista previa al Juicio Final. Me asombraron sus preguntas. Apuntó cuidadosamente mis respuestas, todos los datos de mi vida anterior, la finalidad de los años transcurridos. Esa red de preguntas era tan espesa, tan bien ideada, tan ineludible, que al cónsul no se le hubiera podido escapar ni un detalle de mi vida, de haber sido mi vida. Nunca fue tan blanco, tan vacío, un cuestionario de los rellenados por quienes intentaban en este lugar recoger una vida ya ida, de la que ya no había que temer que se viera envuelta en contradicciones. Todos los detalles concordaban. ¿Qué importaba que el conjunto no lo hiciera? Todas las sutilezas estaban ahí para poner en claro al hombre al que se

quería permitir partir. Tan solo el hombre mismo no estaba allí. Entonces ella me cogió por la muñeca y me llevó hasta la mesa en la que estaban los artefactos destinados a retener las huellas del pulgar de los transitorios. Me instruyó con paciencia acerca de cómo tenía que apretar, ni demasiado flojo ni demasiado fuerte, el pulgar derecho y el izquierdo, todos los dedos y las palmas de mis manos. Solo que no eran los dedos del hombre al que se quería dejar partir. Sentía, como a través de la carne empapada de tinta de mis manos, las manos descarnadas del otro, que ya no eran adecuadas para tales bromas. Mi ángel guardián me elogió porque lo hice todo con precisión y cuidado. Le pregunté si me iban a dar una cintita roja, y se rio de la broma. Finalmente, fui guiado ante la mesa del cónsul en calidad de transitorio listo, hallado en orden. El cónsul estaba en pie. Algo en su rostro y en sus ademanes indicaba que el acto que ahora ejecutaba conmigo, que ejecutaba con tanta frecuencia como bautizos un cura, tenía no obstante siempre la misma importancia. Las máquinas de escribir aún traquetearon un rato, luego vinieron las plumas. Cuando todo estuvo firmado varias veces, el cónsul hizo una ligera inclinación. Yo intenté imitarla.

Delante de la puerta examiné mi tránsito, especialmente la cintita roja que pasaba por la esquina izquierda. Parecía un puro adorno sin más finalidad. Ahora me tocaba a mí aparecer en la escalera sobre las cabezas de los que esperaban, que alzaron la vista con envidia hacia mí.

II

Entré al Café Saint-Ferréol. Mi cotransitorio calvo estaba oculto en el rincón más profundo. Pensé que quizá se había arrepentido de haberme invitado. No parecía un hombre que busca compañía. Me senté apartado, en otro rincón escondido. Desde mi sitio podía ver todo el local. Tenía dos entradas. Una parecía destinada a los que iban a la prefectura, la otra a los que esperaban para el consulado americano. El café iba llenándose con lentitud.

Cogí un periódico y lo sostuve en alto ante mi rostro. Marie entró. En ese mismo lugar nos habíamos sentado, ella y yo, después de mi primera visita al consulado. En ese lugar me había hablado del hombre inencontrable. Y yo había movido la cabeza ante tan dura inencontrabilidad. Ahora, yo mismo veía lo fácil que era volverse inencontrable. ¡Con cuánta torpeza le buscaba! ¡Cuán fugazmente recorría todos los lugares! ¡Qué fácil me resultaba engañarla cambiando rápidamente a sus espaldas mi silla por esta otra entre dos cortinas, detrás del tiesto de la palmera! Así que ya se le había pasado la alegría por el regreso de su amigo. Era yo el que ella necesitaba. Incluso aunque solo pareciera necesitar me para obtener consejo, para algún juego de visados, ya no me disgustaba. Sabía que solo era un pretexto que ella misma inventaba para volver a verme, para volver a ponerlo todo en cuestión. Con esas miradas, con esas manos inquietas, con ese rostro blanco se busca algo más que consejo en materia de visados. Renunciaba gustoso a ver el brillo de su rostro si ahora me pusiera de pie y gritase «Marie» por la terca búsqueda cuyo testigo tenía ocasión de ser.

Solo había una cosa que me perturbaba y ponía furioso: ¿cuánto tiempo buscaría? No había duda de que ahora buscaba con energía, pero era más importante la pregunta: ¿durante cuánto tiempo?

¿Cinco minutos más? ¿Hasta la hora de comer? ¿Una semana? ¿Un año?

Sin duda no podía seguir buscando siempre a alguien con quien le había reunido un puro azar, en un banco de Colonia o en el Cours d'Assas, ante el consulado mexicano. ¿Con qué llenar un tiempo del que no sabía si duraría horas o una eternidad? Pero siempre con el mismo juego, tan engañosamente jugado que parecía serio. Puedo soportar que tú, Marie, vayas del brazo de tu amigo, una vez, diez veces. No me siento bien, pero puedo soportarlo. Pero lo que no puedo soportar es que lleves ese juego hasta el final, en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte os separe.

Marie ya había dejado la estancia. Atravesaba ya la Place Saint-Ferréol. ¿Para continuar su búsqueda? ¿Para interrumpirla definitivamente?

Me tapó la vista el hombre que se puso ante mi mesa: mi calvo cotransitario. Dijo:

—Le he visto entrar, pero al principio no me pareció usted precisamente sediento de compañía.

Le pedí rápidamente que se sentara. Por supuesto solo en ese momento, para poder ver la plaza. Estaba vacía. No solo un vacío inconmensurable parecía llenar la plaza, a pesar de sus quioscos de periódicos y sus árboles muertos de frío, sino un tiempo inconmensurable. Mezclado con el polvo, el viento parecía barrer enormes montones de tiempo. Marie, me pareció, no solo se había alejado sin dejar huella, sino sin tiempo, de ahora y para siempre. La voz del otro resonó en mi oído:

—Es usted, según veo, poseedor de un tránsito.

Me estremecí, durante todo ese tiempo había estado sosteniendo en la mano el rígido pliego con la estúpida cintita roja en la esquina superior derecha.

Mi acompañante prosiguió:

—Yo también, pero no me sirve de nada.

Trajo su copa a mi mesa y pidió fino para él y para mí. Sentí la mirada cortante de sus ojos fríos, de color gris claro, y cómo seguía mi mirada. Un montón de gente salió de la prefectura y bulló en la plaza, en la que de pronto el tiempo se había detenido. No parecía haber término medio entre ambas cosas: prisa y total detención. Pero sentí de pronto, fuerte como un consuelo, que no estaba solo con este hombre a la mesa, fuera cual fuera su condición. Me volví a él:

—¿Por qué su tránsito no le sirve de nada? Me parece usted un hombre que sabe utilizar sus papeles.

Bebí y esperé hasta que él empezó a contar por sí mismo:

—Nací en una región que antes de la Gran Guerra pertenecía a Rusia, y después se convirtió en polaca. Mi padre era veterinario. Era bueno en su especialidad. Aunque era judío, consiguió un puesto semioficial en una finca experimental. Nací en esa finca. Espere un momento, verá lo que esa circunstancia tiene hoy que ver con mi tránsito. Esa gran finca experimental estaba unida a

otras dos más pequeñas, así como a un molino, del que naturalmente también formaba parte la casa del molinero. El arroyo corría entre el molino y nuestra casa. Para llegar al siguiente pueblo había que cruzar el arroyo y dos colinas, sin duda diminutas, pero tan empinadas que el cielo topaba con ellas.

Dije, porque creía que guardaba silencio por la nostalgia:

—Tiene que haber sido bonito.

—¿Bonito? Bueno, sin duda también era bonito. Ahora no le describo el paisaje por su belleza. Nuestra finca, las otras dos y la vivienda del molinero tenían todas juntas demasiado pocos habitantes como para ser consideradas pueblo, así que se contaban como parte de ese siguiente pueblo, que se llamaba Pjarnitze. También le dije estos datos al cónsul. Fui preciso, me creí tan preciso como el cónsul, escribí: antes perteneciente al municipio de Pjarnitze. Pero el cónsul aún era más preciso, su mapa aún era más preciso. Imagínese que mi lugar natal, que nunca he vuelto a ver, ha crecido mucho, de modo que al cabo de veinte años constituyó un municipio propio, y en el Estado de Lituania. Así que los documentos polacos ya no me han servido de nada, necesito el reconocimiento de los lituanos. Además, hace mucho que todo ese territorio está ocupado por los alemanes. Así que necesito nuevos documentos de ciudadanía, para lo que necesito algún certificado que acredite mi nacimiento en un municipio que ya no existe. Todo eso lleva tiempo. Si el cambio de nacionalidad se hace esperar, tendré que anular mi pasaje.

Yo dije:

—¿Por qué anularlo ahora? En su caso, no corre prisa. Usted no está en peligro. Seguro que no es una de esas personas que creen que nuestro continente se va a venir abajo porque una vez más haya hordas armadas que lo recorren prendiendo fuego a las ciudades. Conseguiré un barco.

—No lo dudo. Ya llevo bastante tiempo dedicado, con bastante paciencia, a preparativos de viaje. En un momento u otro reuniré mis papeles. En un momento u otro habrá un barco para mí. Ya se arreglará. Solo que de repente ya no puedo acordarme de por qué estuve un día tan empeñado en irme. Probablemente tenía miedo de algo. O, como bien puedo decir que mi naturaleza es bastante robusta, y en general carente de temor, me inculcaron que había de tener temor. El contagio ha pasado, el temor ha cedido. Estoy bastante harto de todo este absurdo, ya lo estaba en nuestro último encuentro. Ahora, definitivamente, ya tengo bastante.

—Usted sabe tan bien como yo que nunca le dejarán quedarse en paz aquí.

—Si hay que irse, ahora quiero hacer otro viaje. Empezaré mañana por uno muy modesto: con el tranvía a Aix. Allí se encuentra la comisión alemana. Me apuntaré allí para volver a casa. Quiero volver a mi lugar natal.

—¿Voluntariamente? Usted sabe lo que le espera allí.

—¿Y aquí? ¿Qué me espera aquí? Quizá conozca usted el cuento del muerto. Esperó toda una eternidad a ver qué había decidido el Señor acerca de él. Esperó y esperó, un año, diez años, cien años. Luego, imploró su sentencia. Ya no podía soportar la espera. Le respondieron: «¿Qué estás esperando? Hace mucho que estás en el Infierno». Porque eso era: una estúpida espera de la

nada. ¿Qué puede ser más infernal? ¿La guerra? Os perseguirá al otro lado del océano. Estoy harto de todo. Quiero irme a casa.

III

Yo en cambio fui al consulado español. Me puse en la cola de solicitudes de tránsito. Nuestra fila era larga, delante de la puerta, en la calle. La gente delante y detrás de mí contaba historias acerca de los tránsitos españoles, que sin duda finalmente habían llegado, pero tan poco antes de partir el barco que había sido imposible llegar a tiempo a Lisboa. Pero yo esperaba con tanta paciencia como solo se espera cuando la espera es por la espera misma, y aquello que se espera es irrelevante. Tenía que estar ya muy hundido en el infierno del que me había hablado mi cotransitario del Café Saint-Ferréol cuando ya ni siquiera me parecía mal, comparado con todo lo que había dejado atrás y tenía probablemente ante mí, soportable y fresco, contadores de historias delante y detrás.

Así que, finalmente, al cabo de un par de horas llegué hasta la puerta del consulado español, y a mis espaldas la cola crecía en la calle, sobre la que entretanto caía una lluvia fría, y al cabo de un par de horas llegué al vestíbulo del consulado. Llegué, siguiendo no sé qué secretas reglas, ante un funcionario flaco y amarillento, de largo rostro y finos labios, que me interrogó con formal cortesía, como si no esperase a mis espaldas una cola que llegaba hasta la siguiente esquina de la calle, que probablemente él nunca había visto en persona; porque él siempre estaba dentro y la cola humana siempre fuera. Se retiró con mis papeles detrás de un libro en el que pareció buscar el nombre. ¿Cómo iba a estar un nombre, un pobre nombre llevado por el viento, que como máximo solo pronunciaba a veces una madre, si es que aún vivía, inscrito precisamente en ese libro? Pero estaba inscrito. Una sonrisa de extremo disgusto curvó los labios del secretario del consulado español. Anunció cortésmente que mi petición no tenía objeto, nunca podría viajar a través de España. Yo pregunté: ¿Por qué no? Eso tenía que ser yo el que mejor lo supiera.

—Nunca he estado antes en su país —respondí.

—También puede hacer daño a un país —dijo él— sin haber pisado jamás su suelo.

Era muy formal, y estaba orgulloso de su poder para denegar un tránsito. Había lamido un poco de poder con una lengua que yo podía ver, porque ceceaba ligeramente al hablar. Y el poder le había gustado. Pero algo tuvo que disgustarle profundamente en mi rostro, quizá una expresión de alegría que le sorprendió y le echó a perder el disfrute. Así que él no solo es polvo, pensé, no solo cenizas, no solo un débil recuerdo de alguna complicada historia que apenas podría volver a contar, como esas historias que me contaban al atardecer en los viejos tiempos, cuando aún no estaba del todo dormido pero tampoco ya del todo despierto. Aún queda algo lo suficientemente vivo, lo suficientemente temido, como para que se le cierren las puertas, como para que se le cierren países. Probablemente es lo que han conseguido las pocas líneas que el cónsul americano me enseñó en mi primera visita. Las leería con gusto a cambio de mi vida. Quizá también sean ya ceniza. Pero no han sido perdonadas en este lugar, lo mismo que le brindaron el derecho de residencia en otro. Me imaginé un fantasmagórico recorrido: de noche, por el país que nunca en

mi vida había pisado. Y por donde él pasaba se agitaban sombras en los campos, en los pueblos, en el pavimento de carreteras jamás vistas. Muertos mal enterrados, que se agitan un poco ante su paso porque al menos hizo tanto por ellos. Solo un poco, unas cuántas líneas en un ataque de tener que intervenir, lo mismo que en mi caso solo había sido un puñetazo en el rostro de algún imbécil de las SA. En ese sentido, incluso había una cierta similitud entre los dos. Un abrupto tener que intervenir en una vida que se estaba acabando. El funcionario consular español me miraba con sus ojos fuertemente saltones. Le di las gracias alegremente, como si hubiera firmado mi tránsito.

IV

Me senté en el Mont Vertoux a considerarlo todo. Aún no había comido y ya no tenía dinero para comprar nada. Bebí un poco. Así que nos habían cerrado el paso a través de España a los tres: al muerto, a mí y al médico. Nos estaba destinado otro barquito, probablemente la traqueteante cáscara de nuez que Transports Maritimes enviaba a Martinica todos los meses. El médico ya lo había visto por la puerta del hangar. ¿Qué me había dicho ya antes de su primera y fallida partida? Que Marie estaba ahora decidida a irse. Creía probablemente que con eso había ganado la partida, pero ¿no estaba Marie también decidida a irse cuando él conducía su coche por el Loira, sobre puentes a medio volar? Yo en cambio, con el que él no podía contar, porque entonces aún no existía, les había alcanzado sin embargo, salido de la nada, in situ.

El Mont Vertoux empezaba a llenarse de personajes. Una hermosa, clara y coposa luz de atardecer caía sobre mis manos. En mi cabeza, empecé a ordenar la herencia terrena de mi muerto. Teníamos nuestro común tesoro en Portugal. El corso tenía que ayudar a sacarlo. Necesitábamos el dinero del viaje, además de la fianza que exigían, para no quedarnos pegados —¿cómo lo llamaban?— al hemisferio oriental. Una palabra luminosa, sublime, que le sentaba mejor al muerto que a mí, con mis dedos fuertes y uñas anchas, que siempre me irritaban. Llamé al camarero y le pedí un atlas. Me trajo un libro de viajes gastado y sucio, con un mapamundi cosido. Busqué la Martinica, algo que hasta ahora me había dado pereza. Y ahí estaba realmente, un puntito entre dos hemisferios, que no eran un truco de la prefectura, ni un invento consular, sino auténticos, de eternidad a eternidad.

No sé cuánto había bebido cuando alguien me tocó el hombro. Alcé la vista y vi a mi vecino de habitación, el pecho reluciente de medallas. No sé por qué me lo encontraba siempre que había bebido mucho. El recio hombrecillo estaba siempre envuelto en una niebla reluciente de medallas. Me preguntó si podía sentarse. Yo dije que me alegraba de que me acompañase.

—¿Qué hace Nadine?

—¿Nadine? Vuelve a estar hechizada. No hago más que buscarla. Por las noches recorro todos los callejones, todos los cafés.

—Solo tiene que apostarse a las seis de la tarde en la salida de personal de Les Dames de Paris.

—¿Yo? Jamás. Nunca lo conseguiría. Tengo que encontrarla por azar, en algún momento, de alguna manera... Pero ¿qué le pasa? Porque a usted le pasa algo.

Hice lo que siempre hacía cuando alguien me hacía preguntas desagradables. Preguntar a mi vez:

—Aún tiene que contarme su historia. ¿Cómo consiguió todas esas cosas que lleva colgando del pecho?

Él respondió:

—Impidiendo a unas docenas de muchachos que estaban más o menos en el mismo estado que usted irse completamente al infierno.

Yo reí y le pregunté si se había sentado a mi mesa por esa costumbre. Él respondió con seriedad: «Probablemente», pero luego empezó a contar, porque le hacía falta:

—Al principio de la guerra vivía tranquilamente en un pueblo de Var. Allí trataban bien a los extranjeros, quizá hubiera podido seguir allí hasta hoy sin ser molestado. Pero mi padre vivía en el departamento de Garonne. Allí encerraban a todos los extranjeros menores de sesenta años. Mi padre solo podía salir libre si yo, su hijo, me enrolaba en el Ejército. Entonces, como la mayoría, yo creía que habría una auténtica guerra contra Hitler. Me examinaron y resultó que estoy impecablemente sano. Yo ya lo sabía, porque hasta ahora había tenido una salud especial, estaba entre esos escogidos que cumplían todas las condiciones físicas para la legión extranjera. Así que fui a parar al campo de instrucción de la legión. Estaba un poco sorprendido, pero creía que todo aquello formaba parte de la guerra. Entretanto, mi padre había sido liberado del campo... ¿Qué le ocurre?

Marie estaba pasando fuera. Llevaba un abrigo gris que nunca le había visto. Creía que ya había desaparecido entre la multitud cuando entró en el Mont Vertoux.

No estaba buscando como de costumbre. Se sentó sigilosamente en un rincón. Miraba tranquilamente al frente. Al parecer, solo había entrado para estar sola y tranquila. Yo me alegraba de que estuviera allí, aunque fuera sin buscarme, de que viviera, de que aún viviera.

—No me pasa nada —dije—, cuente, se lo ruego.

—Nos enviaron a Marsella. Nos enviaron allá arriba. —Señaló al Fort Saint-Jean, detrás del Puerto Viejo—. Allí hace frío, apesta, chorrea la suciedad. En las paredes había letreros que decían: «Sin calma ni descanso». Es el lema de la legión. Todas las mañanas nos llevaban al mar. Allí, detrás del fuerte, hay una pequeña bahía. En la bahía hay muchos bloques de piedra. Nos hacían subir los bloques de piedra por la empinada escalera de la bahía, tallada en la montaña, y cuando llegábamos arriba nos hacían volver a tirarlos al mar. Esa era nuestra especial instrucción. De ese modo debíamos acostumbrarnos a obedecer. ¿Le estoy aburriendo?

Le cogí la mano para aseverar que no me aburría en modo alguno. Y mientras proseguía, yo contemplaba el rostro de Marie, tan calmado a la luz del atardecer. Tenía que haber estado sentada ya mil años a esa ventana, en los días de cretenses y fenicios, una muchacha que busca en vano a su amado entre los ejércitos de los pueblos, pero esos mil años habían pasado como un

solo día. Ahora el sol se ponía.

—Un día fuimos a África. Nos hacinaron en la bodega de carga de un barco. Llevaba no sé cuántas décadas, cuántos siglos, llevando legionarios a África. ¡La suciedad jamás lavada de generaciones de legionarios! Volvimos a un campo de instrucción. Aún fue más duro. Las arengas de nuestros superiores bullían de secretas alusiones, de amenazas de que aún nos esperaba lo mejor. Llegamos a Sidi-bel-Abbès. Los suboficiales eran a su vez viejos legionarios. En algún momento habían salido corriendo de sus patrias porque habían matado a alguien, o incendiado una casa, o robado.

Yo sentía cuánto necesitaba contarle todo desde el principio. Entretanto, pude reflexionar en cómo conseguir el barco en el que Marie se fuera pronto. Acababa de ocurrir precisamente aquello que yo estaba esperando: había dejado de buscar. Sí, hoy, quizá al decimoséptimo mes de su huida de París, al decimoquinto mes de su llegada. Podía enseñarle al muerto la cifra concreta. Se podía calcular. Y luego me había buscado además a mí... a mí o a nosotros dos. Aun así, la interrupción de la búsqueda se había producido de forma muy distinta a lo que yo había esperado. No hubo nada de abrupto en ella, ningún brusco entonces-pues eso. Era una silenciosa decisión de obedecer al destino. Pero el destino mismo parecía asombrarse al verla allí sentada con la cabeza baja y los ojos bajos, en una entrega que a él, al destino, nunca se le había presentado, y que solo debía a la circunstancia de ser endiabladamente parecido a otra cosa.

La voz de mi acompañante resonó en mi oído. No hubiera podido jurar si entretanto había seguido contando o había estado callado.

—Los oficiales eran franceses, de los que muchos se habían hecho culpables de distintas cosas durante su servicio en Europa. Solo nosotros, nosotros habíamos venido a parar aquí a causa de la guerra. Porque queríamos vencer a Hitler. Pero nadie nos creía. Y si nos hubieran creído, nos habrían odiado aún más. Habían pasado por lo que nosotros estábamos pasando, y por eso querían que las cosas siguieran así por toda la eternidad, no debían de pronto interrumpirse y ser mejores detrás de ellos.

»Luego vino el día en el que salimos hacia el desierto. Antes de nuestra partida me llegó una carta de mi padre: estaba a punto de salir hacia Brasil, debía darme prisa y seguirle. Maldije a mi padre, cosa que siempre lamentaré.

Me guardé de molestarle ni con un movimiento. Escuchaba inmóvil para tranquilizarle, sin quitar ojo a Marie. Sabía que solo ahora, en ese momento, en esa mesa, terminaba su vida pasada. Porque lo que se cuenta termina. Solo habría atravesado para siempre ese desierto cuando hubiera contado su viaje.

—Llegamos al Fort Saint-Paul. Está en un oasis. Allí había palmeras y manantiales. Había las más frescas casas de piedra. Los legionarios franceses se sentaban a la sombra, jugaban y bebían. Tuvimos la esperanza de vivir días mejores. Pero esos legionarios franceses nos despreciaban, se les había explicado que éramos una panda de bellacos que aceptaba cualquier humillación por ganar unos céntimos. Nos llevaron delante de la ciudad, al desierto. Veíamos las luces de la ciudad. Teníamos que mezclar en nuestro lecho guijarros con la arena, para que no fuera demasiado blando, para que no nos ablandásemos.

Marie se sentaba inmóvil cara al puerto, yo sentía que ardía en mi interior, sentía toda nuestra maldita unión. Mi vecino de cuarto prosiguió:

—Nos enviaron más lejos, internándonos en el desierto, hacia un pequeño fuerte, no lejos de la frontera italiana. Todo era amarillo. La tierra, el cielo y nosotros. Los oficiales iban a caballo, nosotros a pie, incluidos los suboficiales. Los oficiales nos despreciaban porque ellos iban a caballo y nosotros a pie, los suboficiales nos odiaban porque ellos caminaban y nosotros también. Ya no sé cuánto tiempo estuvimos internándonos en el desierto. Me parecieron cuarenta años, como en la Biblia.

»Aún estábamos a una semana de nuestro destino. Allí, debíamos relevar a la guarnición. Entonces llegaron los aviones italianos. Eramos dos regimientos, solos entre el cielo y la tierra. Los pilotos se lanzaron en picado. Lo mismo habrían podido lanzarse sobre un barco solitario en el mar. Nos enterrábamos en la arena y, cuando había una pausa, seguíamos avanzando. Y una y otra vez descendía del cielo un nuevo enjambre de pájaros mortales. Entonces, nuestra gente empezó a desesperar. Se arrojaban a la arena y se quedaban allí. Querían morir. Se nos acababa el agua. Discúlpeme, quizá usted haya pasado por marchas similares.

»Solo quería responder a su pregunta de cómo había conseguido estas cosas que me cuelgan del pecho. Hasta ese momento no había tenido oportunidad de demostrar mi valor. Arrastrar piedras montaña arriba, travesías en barcos llenos de mierda que no se ha lavado desde hace cien años, dormir sobre una pasta de chinches aplastadas, saltar con la mochila cargada, desde un muro de cuatro metros de altura, a una trinchera llena de piedras y vasijas rotas, cuando solo se tiene la elección de reventar en ese salto o ser llevado al paredón por desobediencia, no son una prueba de valor. Quizá sea una prueba de resistencia. Pero entonces —en medio del desierto—, le juro que ni siquiera me di cuenta de que de pronto empezaba a ser valiente. Tan solo empecé a insuflar un poco de valor a mis compañeros. Especialmente a los más jóvenes. Les dije que había una ley para los hombres que no tenía nada que ver con la legión, que había una ley que decía que había que comportarse decentemente hasta la muerte. Y esa idea siempre se mezclaba con alguna promesa de agua, de una lejana llegada. Y a veces me creían por unos minutos. Se rehacían, se levantaban de la arena y trotaban una hora más. Y yo estaba con ellos, les hablaba, y también tenía que soportarlo todo. ¡Como si hubiera podido consolarles que casualmente yo también lo sufriera! El capitán empezó a dirigirse a mí por separado. ¿Cuánto podía durar, qué cabía esperar, cómo se repartiría el resto del agua, cuándo y dónde? Y una y otra vez los aviones, a intervalos cada vez más breves. Descendían y picaban. Y alguno de mis muchachos, a los que acababa de jurar por lo más sagrado que estábamos a punto de llegar, saltaba hecho pedazos. A veces le llegaba la impedimenta a alguno. Le juro que no se me pasó por la cabeza que todo eso tuviera nada que ver con el valor. Supe mucho después que éramos la única tropa que había llegado más o menos salva a su destino. El capitán afirmó entonces que yo había contribuido mucho a ello. Luego, en nuestro fuerte, fui citado en la Orden de la Nación. Los guardias tuvieron que cuadrarse ante mí. Me colgaron esta medalla. El capitán me besó delante de la tropa. Lo curioso de la historia fue que todo aquello me alegró. Aún fue más curioso que de pronto todos me respetaban. Le juro que era indiferente que fuera yo. De pronto el respeto volvía a estar allí. Respeto a algo. Era tan indiferente que me concerniera a mí como era indiferente en qué orden del día se me citara, en qué orden del día de qué nación. Pero lo curioso, lo más extraño de esta historia, es que les cogí cariño a todos, yo a ellos y ellos a mí. De pronto empecé a quererlos con toda el alma, a todos esos hombres malos, crueles, infames, a todos esos cerdos infames y

cruelles, con toda el alma, yo a ellos y ellos a mí. Nunca una despedida me ha resultado tan dura como separarme de ellos.

Yo pregunté:

—¿Cómo se libró usted?

Él dijo:

—Debido a una herida. Ahora, van a desmovilizarme. Entonces podré empaquetar la guerrera junto con las medallas. Entretanto, mi padre ha muerto. Antes de su muerte, allá, había encargado grandes partidas de guantes. Tengo dos hermanas mayores y solteras. No pueden abrir sin mí su tienda de guantes. Tengo que reunirme rápidamente con ellas.

Al salir, pasamos rozando la mesa de Marie. Pero ella no me vio.

—Esa mujer —dije— espera a un hombre que jamás volverá.

—Yo he vuelto —dijo él con tristeza—, pero nadie me espera. Solo dos hermanas mayores. No he tenido suerte en el amor. Y en lo que concierne a su Nadine... no creerá de veras que se va a enamorar precisamente de mí.

V

Por la mañana temprano, la patrona me mandó llamar. Al principio creí que el sedero había vuelto a pedir otro plazo de los gastos de viaje. Pero reconocí enseguida al joven que parpadeó al verme, con el brazo apoyado en la ventana de la patrona: un agente de la policía secreta. Estaba preparado para algo malo. Me di cuenta enseguida de que la patrona me observaba con secreta alegría por el mal ajeno. El hombre reclamó mis papeles en tono áspero, aguzando los labios. Los deposité ordenadamente sobre el repecho del ventanuco. Preguntó, con el mayor asombro:

—¿Tiene usted un visado? ¿Tiene un tránsito? ¿Quiere irse?

Cambió una mirada con la patrona, en cuyo rostro la alegría por el mal ajeno dejó espacio enseguida a una profunda decepción. De su común enojo desprendí que ya se habían repartido mentalmente la prima por el éxito de la redada, por mi caza, por la cual esta patrona me había denunciado a este funcionario para poder poner antes su tienda de ultramarinos. El funcionario prosiguió:

—Usted afirmó ante esta señora que quería quedarse en la ciudad. Que no pensaba irse.

Yo dije:

—Las declaraciones ante una patrona no son declaraciones juradas. Puedo decir lo que me venga en gana.

Me dijo, con ira contenida, que el departamento de Bouches du Rhône estaba superpoblado, que las normas eran que tenía que abandonar el país lo antes posible, que solo seguía libre bajo esa condición, tenía que reservar plaza en el barco que fuese. Que hiciera el favor de entender de una vez que las ciudades no estaban ahí para que yo viviera, sino para que zarpase desde ellas.

Entretanto mi vecino de habitación, el legionario, había aparecido en la escalera y escuchaba la reprimenda. Me cogió por el brazo y me arrastró al Belsunce, y me dijo que tenía que ir enseguida con él al consulado brasileño, desde esta noche corría el rumor de que partía un vapor brasileño, pronto ya no sería rumor sino probabilidad, y probablemente mañana certeza. De pronto, al oír sus palabras, vi surgir el fantasma de un barco, construido a toda prisa por espíritus debido al insaciable deseo de los sedientos de partir, en medio de la bruma de rumores, en un fantasmagórico muelle. Pregunté:

—¿Cómo se llama?

Él respondió:

—Antonia.

VI

Pensé que Marie podría subir conmigo al nuevo barco recién surgido. Seguí al legionario al consulado brasileño. Allí nos encontramos con un montón de transitarios, que hasta ahora me eran desconocidos, apretujados contra una barrera. Y detrás de la misma se extendía un espacio verde, aún más ampliado mediante un gran mapa, con dos recios escritorios. Estaba vacío. Y de momento no venía nadie. La gente esperaba febril que se dejara ver un cónsul, un empleado del cónsul, un secretario, un escribiente, alguien que les escuchara. Se les había indicado en una naviera que un barco partía enseguida hacia Brasil. Muchos querían ir allí tan poco como yo mismo. Pero en cualquier caso zarpaba un barco, y una vez en un barco se había escapado de todo y se era rico en toda clase de esperanzas. Nos apretujamos detrás de la barrera. Pero el espacio del consulado siguió vacío. Solo desde la lejana habitación adyacente, oculta para nosotros, nos llegaba un leve olor a café, como si el cónsul se hubiera esfumado en una nube de café. El inusual olor nos excitó. Presumimos un saco, un sótano lleno de víveres para los invisibles empleados. Al cabo de unas horas, compareció en el espacio vacío un hombre muy bien vestido, peinado a raya con gran precisión, flaco, que nos miró completamente sorprendido, como si en su salón hubiera penetrado una horda de hombres desesperados y febriles que imploraba algo incomprensible. Todos alzamos a coro nuestras voces suplicantes. Pero él se retiró horrorizado. Esperamos más horas. Por fin, apareció otra vez. Desplazó unos cuantos papeles de uno de los recios escritorios. Luego se acercó titubeando a la barrera, como si quisiéramos agarrarlo y arrastrarlo a nuestro mundo. Solo mi amigo había esperado en silencio, con su tranquilidad del desierto adquirida a tan alto precio. Ahora, de pronto, dio un golpe sobre la barrera. El joven flaco alzó asustado la vista. Su mirada se vio atrapada por la condecoración, por el brillo. Se acercó titubeante. Con rapidez, mi acompañante le puso en la mano su petición de visado. Quise rápidamente darle también la mía, pero él hizo un gesto agotado a todos los que

esperaban, que también agitaban sus solicitudes. Se retiró con los papeles de mi acompañante, tuve la impresión de que por años.

VII

Pasé por delante de la pizzería sin mirar a su interior. Entonces, alguien salió corriendo detrás de mí y me agarró. El médico estaba más excitado que de costumbre. Quizá tan solo porque estaba sin aliento.

—Así que Marie tenía razón. Yo habría jurado que usted se había ido. Casi convencí a Marie de que había desaparecido tan repentinamente como había venido, que era inútil buscarlo.

—No. Estoy aquí. A un hombre tan tranquilo y seguro como usted le resulta fácil convencer a los demás de cosas que no son verdad.

Él se detuvo sorprendido y dijo:

—Ni siquiera ha vuelto a visitar a los Binnet. Y eso que son viejos y buenos amigos suyos.

Yo pensé: sí, los Binnet son viejos y buenos amigos míos. No he vuelto a ocuparme de ellos. Estoy enfermo. Se me ha contagiado la enfermedad de la partida.

—Marie le busca y le busca. Creo que desde hace semanas. Es muy probable que nos vayamos en el próximo vapor que va a la Martinica. Se llama Montreal.

—¿Es que ha conseguido su visado?

—Aún no lo tiene en sus manos. Pero puede llegar en cualquier momento.

—¿Tiene el dinero para el viaje?

Por primera vez, vi una chispa de diversión en sus ojos. Me habría gustado darle un puñetazo en ellos.

—¿El dinero para el viaje? Ya lo tenía en el bolsillo cuando cruzamos el Loira. El dinero para ambos hasta el lugar de destino.

—¿El tránsito?

—El cónsul tiene que dárselo cuando le presente su visado. Tan solo...

—¡Otra vez un «tan solo»!

Él se echó a reír.

—Pero no es grave. No, esta vez es un modesto y pequeño «tan solo». Marie no quería irse antes de haber vuelto a verle. Le considera, creo, el amigo más fiel que ha tenido nunca. Su repentina invisibilidad no ha hecho más que acrecentar su fama. Creo que lo mejor es que ahora venga conmigo a tomar un rosado y esperemos juntos.

—Se equivoca —dije yo—, no. Ya no puedo ir con usted. Ya no puedo tomarme un rosado con usted. Ya no puedo esperar con usted.

Retrocedió un paso. Frunció el ceño.

—¿Que no puede? ¿Por qué no? Marie ha insistido en ello. Seguro que nos iremos este mes. Está hecho. Marie quiere volver a verle antes de su partida. Usted puede procurarle esa pequeña tranquilidad.

—¿Para qué? No puedo soportar las fiestas de despedida, el último y el penúltimo volver a verse. Se va con usted, está hecho. Se va un poco inquieta, bueno, no se le puede conceder todo.

Me miró con atención, como si de ese modo pudiese entender mejor mi respuesta. No le dejé hacerlo. Me fui, sintiendo que venía detrás de mí.

La patrona me esperaba cuando llegué. Su mirada era malvada. Sonreía malvadamente. Era como si esa noche los dientes le hubieran crecido y se le hubieran vuelto más blancos y afilados. Apretó los grandes pechos contra el alféizar del ventanuco.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —respondí.

—¿Dónde está su reserva? Su habitación estará alquilada a partir del 15 de este mes. Para entonces tiene que haberse ido.

Seguramente se había disfrazado durante todos estos meses, en realidad no era una patrona, tan solo una expulsadora disfrazada, a sueldo de una autoridad secreta. Dudé más que nunca de su apariencia: más allá del rudo busto que se apoyaba en la ventana, terminaría bajo el alféizar en Dios sabe qué, quizá en una cola de pescado. Di media vuelta inmediatamente.

VIII

Me dirigí a la Rue de la République. La gente se apretujaba delante del mostrador de Transports Maritimes. El próximo barco debía zarpar el día 8. Hacía mucho que todas las plazas estaban reservadas. Reservé para el siguiente. Me insistieron en que solo me podrían expedir el billete cuando les llevara la visa de sortie.

Salí y me puse de espaldas a la Rue de la République, para contemplar la maqueta del barco en el

escaparate de Maritimes. La visa de sortie solo se concedía a aquellos que presentaban el dinero para el viaje y la fianza. El corso tenía que ayudarme a encontrar mi tesoro en Portugal. Tenía que pedirle consejo enseguida. Entonces, alguien me tocó la mano.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Marie—. ¿Quieres irte? Estamos acostumbrados a tus artes mágicas. No me sorprendería que salieras de una chimenea en alta mar.

Bajé la vista hacia su pelo castaño. Ella continuó:

—Siempre supiste darme consejo y ayuda. Así nunca estaría sola.

Yo atrapé la palabra:

—¿Sola?

Ella volvió el rostro, como si le hubiera cogido en falta.

—Naturalmente, quiero decir sola con él. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Te he buscado por todas partes. En esta maldita ciudad nunca se encuentra a quien se busca, se encuentra a todo el mundo por azar. Entretanto han pasado muchas cosas. Vuelvo a necesitar tu consejo. Ven conmigo.

—No tengo tiempo. —Metí las manos en los bolsillos. Ella me cogió por el pulgar y me arrastró a través de la calle hasta el café feo y grande en la esquina de la Rue de la République y el Puerto Viejo. Junto a una ventana del café se sentaba la mujer gorda y glotona, que aún no se había comido el dinero de su viaje. El checo, que desde mi llegada quería ponerse al servicio de los ingleses, atravesó el café con gesto lúgubre y decidido y se plantó en la barra. También vi pasar tras la puerta de cristales al tipo al que habían negado el tránsito americano debido a sus antecedentes.

Todos estos encuentros indiferentes, todo este insensato volver a ver a gente me agobiaba, en su terca inevitabilidad. Marie había apoyado la cabeza en la mano. Con la otra seguía sujetándome el pulgar. Hubiera querido encontrarla, hubiera tenido que encontrarla en todas partes. Renuncié a negarme a ello, pregunté:

—¿Qué te pasa, Marie, qué puedo hacer por ti?

Apoyó la cabeza en mi hombro. En su mirada había algo que yo nunca había deseado, que nunca había recibido antes: infinita confianza. Cogí su mano entre las mías. Un presentimiento me dijo que pronto iba a oír algo que sería nuevo y sorprendente para mí. Pero mi presentimiento me engañaba. Dijo:

—Aún no sabes que ahora tengo realmente mi visado. Los mexicanos me han expedido el visado. Ahora solo me falta el tránsito.

—Entonces no necesitas mi consejo. ¡Ve al consul americano! Él te lo expedirá.

—Ya he ido a ver al consul. Sí, me lo expedirá. Aquí está mi citación. Recibiré mi tránsito el 12

del mes que viene, pero probablemente el barco zarpará el 8. ¿No creerás que mi amigo, que no ha esperado al visado, va a esperar ahora al tránsito?

—¿De verdad no se te ha ocurrido pedirle al cónsul que anticipase unos días la citación? ¿Sin ruegos, sin motivos de conciencia, sin mentiras? ¿No le ha conmovido tan solo verte?

—No deberías reírte de mí ahora. Verme no le ha conmovido. Y no se me ocurrió nada. El cónsul leyó en mi expediente que el visado se me expedía como acompañante de un escritor llamado Weidel. Me preguntó por qué tenía tanta prisa, por qué no había venido antes, Weidel había estado allí hacía poco. Dije que acababa de recibir mi propio visado. Me alegró ser capaz de pronunciar al menos esas palabras. Estaba mortalmente asustada. Había estado allí hacía poco. ¡Hacía poco!

De pronto dije:

—Puede que entretanto se haya ido.

—¿En qué barco? ¿Si estuvo hace poco a ver al cónsul? No puede haberse ido en un barco fantasma. Ni a través de España. Estaba aquí hace poco. Estaba aquí, y también yo estaba aquí. Pero durante las últimas semanas he creído a veces que estaba muerto.

Yo exclamé:

—¡Marie! ¿Qué estás diciendo? Yo mismo te he expuesto esa idea, y tú te has reído y empleado palabras malignas.

—¿Sí, me reí? ¿Cuántos años han pasado desde que me reí? ¡Soy joven, mira el espejo!

Me volví. Me estremecí al vernos juntos a una misma mesa, cogidos de la mano. Ella continuó:

—Yo misma veo que soy joven. ¿Cómo puede ser posible que aún sea joven, muy joven? ¿Cómo puede ser posible que mi pelo aún sea castaño? Porque sin duda han pasado cien años desde que se nos dijo que los alemanes estaban a las puertas de París. Nunca me has preguntado por eso. En esta ciudad solo se pregunta a la gente: ¿adónde? Nunca: ¿de dónde?

»Mi enamorado, y ahora me refiero naturalmente a mi primer amigo, me refiero al otro, al primero, al auténtico, me llevó durante la guerra a una casa en el campo, para que no me llevaran a un campo de concentración. ¿Por qué no me retuvo junto a él? Ya te he contado que estaba enfermo y se sentía mal, que quería estar solo la mayor parte del tiempo. Entonces, ese otro hombre que ahora es mi amigo vino a la casa en la que yo vivía. Vino como médico, cuidaba a un niño y era bueno con todos. Venía con frecuencia, yo estaba sola, nos gustamos. Entonces los alemanes fueron acercándose. Tuve miedo, fui a París, y de pronto los alemanes estaban a las puertas de París, busqué a mi amigo, me refiero al primero, al auténtico, pero ya no estaba en su alojamiento, la casa en la que había vivido estaba cerrada, nadie sabía dónde estaba, las vidrieras de Notre-Dame se habían desplomado, todo el mundo se iba, vi una mujer que sacaba de París a un niño muerto en una carretilla. Estaba sola, anduve por las calles, a lo largo de las filas de coches. Entonces, de repente, el otro me llamó en el Boulevard Sébastopol. Para mí fue como un milagro. Para mí fue como el dedo de Dios. Pero no era ningún milagro. No era el dedo de Dios.

Era una casualidad, que se presentaba como si fuera el destino mismo. Yo también me adapté a ella. Subí al coche. Él dijo: «Tranquila, te llevaré al otro lado del Loira». Así empezó. Tenía que ir al otro lado del Loira, y porque entonces tenía que ir al otro lado del Loira, ahora tengo que ir al otro lado del mar. Habría debido quedarme y seguir buscando. Fue culpa mía. Porque ¿puedes decirme por qué tenía que cruzar a toda costa el Loira? ¡Ah, ese viaje! Los aviones picaban sobre nosotros, que nos metíamos entre las ruedas. Recogimos a una mujer en la carretera, tenía el pie ametrallado, tiramos nuestro equipaje y cogimos a la mujer, era demasiado tarde, se desangró. Volvimos a tirarla. Y finalmente llegamos al Loira, el primer puente sobre él estaba volado, los coches y carromatos colgaban de la orilla y de los trozos del puente, la gente colgaba en medio y gritaba, nosotros nos abrazábamos, él y yo. Y yo, yo prometía seguirle hasta el fin del mundo. El fin me parecía próximo, el trecho corto, la promesa fácil. Pero cruzamos el Loira, llegamos aquí. De pronto el azar fue un golpe del destino, estaba sola con el hombre que me había encontrado en vez de con el hombre al que había buscado, lo que había sido una sombra era de carne y hueso, lo que hubiera debido ser para poco tiempo alcanzó persistencia eterna, lo que estaba pensado para siempre fue...

Yo grité:

—¡Deja de decir tonterías! Sabes que son tonterías. Lo que es azar nunca se convierte en destino, lo que es sombra jamás llega a ser carne y hueso, lo que realmente existe nunca se convierte en sombra. Mientes, a mí mismo me lo has contado todo de manera completamente distinta. Entonces también escribiste una carta a tu marido...

Ella gritó:

—¿Yo? ¿Una carta? ¿Cómo sabes tú nada de esa carta? ¿Cómo puedes saber algo de esa carta? Sí, escribí una carta. Pero esa carta no puede haber llegado nunca. Nada llegó, en aquellos días todo se perdía o se quemaba. Una carta así no puede haber llegado nunca, una carta tan terrible. La escribí durante la fuga, la escribí nada más salir de París, sobre las rodillas de ese otro hombre. Pero entonces ya nada llegaba. También escribí otras cartas, nada más llegar aquí. Y esas cartas llegaron. Tienen que haber llegado, mi marido tiene que haber venido aquí. En los consulados le dirán que ha estado. Desde luego, yo creía que si venía, si realmente estaba aquí, fuera yo fiel o infiel, guapa o fea, tenía que buscarme y encontrarme. Solo él, y nadie más, gritaría «Marie, Marie», cuando me viera, aunque fuera repentinamente vieja o estuviera desfigurada o cambiada hasta lo irreconocible. Es imposible, me dice mi corazón, que pueda estar aquí sin llamarme. Pero los cónsules dicen que así es. En cambio mi corazón me dice ahora que tiene que estar muerto. Me buscaría si viviera. Los cónsules se equivocan. Han expedido a un muerto el visado y a un muerto el tránsito.

Ahora, su mano entre las mías estaba fría como el hielo. Empecé a frotarla, como se frotan en invierno las manos de los niños. Pero mis propias manos estaban demasiado frías como para calentar las suyas. Tenía que contarle todo en ese instante. Busqué las palabras. Entonces, ella dijo con toda tranquilidad:

—Quizá llegó aquí antes que nosotros. Quizá se ha ido ya. Sí, esa debe ser la solución, se ha ido ya. Las palabras «hace poco» significan en boca de un cónsul algo completamente distinto que cuando nosotros las decimos. Para un cónsul el tiempo es diferente. Para un cónsul, unos meses

no son nada. No me he atrevido a preguntar. ¿Qué es el tiempo para un cónsul de los Estados Unidos? Para un cónsul de los Estados Unidos, quizá lo que pasó hace un par de meses signifique hace poco.

La sujeté por la muñeca y grité:

—No puedes recuperarlo. Hace mucho que lo perdiste. Ya no lo has encontrado en este país, ni siquiera en esta ciudad. Tienes que creerme, está demasiado lejos como para encontrarlo jamás. Se ha vuelto inalcanzable.

En sus ojos suaves y grises brillaba una nueva luz, casi insoportable.

—Yo sé dónde ha ido. Esta vez lo encontraré. Esta vez nada me detendrá. Si el cónsul no me otorga el tránsito saldré a pie del país, sin tránsito. Iré a Perpiñán y allí, como han hecho otros antes que yo, contrataré un guía que me lleve a través de las montañas. Contrataré un patrón que me dé un rincón en un barco que vaya a África.

—Deja de decir tonterías ahora mismo —grité—. Te cogerán y te encerrarán en un campo, del que no podrás salir. Piensa en cómo es eso. Te llaman, te llaman tres veces, y luego disparan.

Ella se echó a reír y dijo:

—Quieres asustarme. Mejor deberías ayudarme como me has ayudado antes. No pusiste peros, tan solo ayudaste.

Le solté la mano y dije:

—¿Y si tienes razón? ¿Y si los cónsules se equivocan? ¿Y si ese hombre ya no existe? ¿Qué pasa entonces?

El gris de sus ojos se empañó; dijo:

—¿Cómo van los cónsules a equivocarse? No se les escapa ni un detalle de tu pasaporte, ni una línea de tu expediente. Si faltara una sola letra, preferirían retener aquí a cien justos antes de dejar pasar uno equivocado. Esa absurda idea solo se me ocurre porque se me obliga a estar quieta aquí. En cuanto busco, sé que ese hombre existe. En cuanto busco, sé que aún puedo encontrarle.

De pronto su rostro cambió. Dijo:

—Ahí fuera va mi amigo. Voy a llamarle. Entiendes, es un hombre muy bueno.

Yo dije:

—No hace falta elogiarle. Conozco sus méritos.

Fue a la puerta y llamó hacia la calle. Él entró y nos saludó, a su manera habitual y tranquila.

—Siéntate con nosotros —dijo Marie—, volvemos a deliberar acerca del tránsito. Mis dos

queridos amigos.

Él le cogió la mano, la miró atentamente y preguntó:

—Tienes frío. ¿Por qué estás pálida? —Frotó sus manos exactamente igual que yo mismo había hecho hacía unos minutos. Marie me miraba con sus ojos claros, demasiado claros. Parecían decir: ya ves que solo me coge las manos. No significa nada. Ya ves cómo dimos el uno con el otro. Fue una casualidad. Yo pensé: quizá él sea realmente bueno. Y sin duda, como es médico, cree en la curación. Pero yo no creo en ella. Al menos, no a través de este médico. Para mí no había duda de qué mano tendría que coger ella en cuanto supiera la verdad. Me dirigí exclusivamente al muerto: Pronto se la quitaremos. Estate tranquilo, no la retendrá durante mucho tiempo.

Yo dije:

—Dame tu citación. Trataré de hacer algo con ese papelucho.

Ella sacó su hojita. Cuando nos levantamos, el médico me llevó aparte. Dijo:

—Ya ha visto que es bueno para Marie marcharse. Yo no me he inmiscuido. No habría hecho más que retrasarlo todo —añadió de pasada, solo después me di cuenta del peso de sus palabras —: Al fin encontrará la paz. La llevaré segura al otro lado.

No les seguí. Me quedé sentado a mi mesa y vi cómo, sin cogerse de las manos, se perdían en la impresionante armonía del Quai des Belges.

CAPÍTULO NOVENO

I

El resto del día lo pasé corriendo arriba y abajo por la Cannebière, con la citación de Marie en el bolsillo, en busca de ayuda. Había aprendido bastante. Ahora Marie ya no aceptaría ningún aplazamiento, ninguna casualidad y ningún truco. Solo ahora entendí el mensaje que me había llegado en París en lugar de al muerto. «¡Reúnete conmigo, por los medios que sea, para que abandonemos juntos el país!». Su nuevo amigo había estado en un error, en realidad ella nunca había dudado. Nosotros habíamos dudado, el médico y yo, y nos habíamos peleado por la mujer, que siempre había estado decidida. Solo se había quedado mientras había querido, y ahora que quería irse, se iría muy rápido, inalcanzablemente rápido, si no actuaba enseguida por los dos. Consideré incluso volver a acudir al cónsul americano. Me rompí la cabeza en busca de una idea con la que poder hacer saltar una chispa de la otra cabeza, la consular. No se me ocurrió ninguna utilizable, salvo la única de que sin duda nunca ha habido en el mundo un funcionario más incorruptible. A su manera justo, desempeñaba su difícil cargo como antaño en el mismo lugar un funcionario romano recibía a los enviados de las tribus extranjeras, con sus oscuras y para él incomprensibles exigencias de dioses que le eran desconocidos. La citación, una vez expedida, con su nombre, era irrevocable, Dios mismo si existiera podría revocar antes una sentencia, desmentir su propia e insondable sabiduría, porque de todos modos, si lo hubiera, todo terminaría en él. No tenía que temer que se le escapara la puntita de poder por la que aún retenía, pero retenía con fuerza, ese mundo que daba vueltas ante él.

En tales consideraciones acerca de la bondad de Dios pasé también la mañana siguiente. Entonces mi mirada cayó sobre un grupo en el Café Source, era día de consumo autorizado de alcohol. El pequeño Paul, la amiga de Paul, el que los dejó en la estacada, la delgada muchacha por la que había dejado a otra en la estacada, la chica dejada en la estacada, el viajero a Cuba y su esposa se estaban tomando el aperitivo. Se bastaban a sí mismos, y no les alegró en absoluto mi saludo. Probablemente, para ellos no era más que un molesto e inevitable apéndice de los viejos tiempos del campo.

Achselroth dijo:

—¿Cómo está tu amigo Weidel? La última vez que le vi me dio una impresión muy humillada y ofendida.

—¿Impresión humillada y ofendida? ¿Weidel?

—¿Por qué me miras así? No debes ofenderte porque te diga que me causó una impresión ofendida cuando hablé con él ayer.

—¿Que habló con él ayer?

—Por teléfono.

—¿Por teléfono? ¿Con Weidel?

—Oh, Dios, no, perdona. Me llaman cien personas todos los días. Soy una especie de vicecónsul. Todo el mundo necesita consejo. No fue tu Weidel el que llamó esta vez, fue Meidler. Hace quince años que siempre me sucede la desgracia de confundir a esos dos. Y eso que se llevan como el perro y el gato. Nunca olvidaré la cara de Weidel cuando por descuido le felicité en París por el estreno de la película de Meidler. Por lo demás, también he visto a su mujer esta semana, en el Mont Vertoux. En ese aspecto no tengo confusiones. Parece algo agotada, aunque sigue siendo muy atractiva.

—Siempre me ha sorprendido —dijo el pequeño Paul— que Weidel fuera a dar con esa mujer.

Achselroth replicó con lentitud, mientras su hermoso rostro se endurecía un poco:

—Seguramente la encontró en algún sitio cuando era muy pequeña. A una edad en la que los niños todavía creen en Papá Noel. Le contaría toda clase de historias, por ejemplo que los hombres y las mujeres se aman. —Se volvió hacia mí y dijo—: Haga usted el favor de presentar a la joven señora mis más humildes saludos.

Sentí, para mi asombro e inquietud, que ese hombre había conservado en su memoria una clara imagen de Marie, casi como era en realidad. Probablemente el cerebro de ese hombre estaba dispuesto de tal modo que lo registraba todo con toda claridad, incluso lo más delicado y silencioso, de forma que después podía describirlo, igual que un corto de vista o medio ciego puede llevar consigo un aparataje que lo registra todo con nitidez, que hace fotografía astronómica allá donde una persona con la visión sana se ve confundida por toda clase de nieblas y manchas que luego se disuelven. Seguro que con ese cerebro había registrado los procesos más inverosímiles y más secretos, y ahora le tocaba casualmente el turno a Marie, y yo sentía miedo. Pero enseguida pensé agudamente cómo podía forzar a ese hombre a prestarnos ayuda. Nunca podría hacer algo sin que fuera en su beneficio, lo mismo que mi pobre y mísero portugués. Por lo menos este había hecho una vez algo desinteresadamente. Pero Achselroth nunca haría una cosa así, nunca. Atraería y arrastraría cada vez más gente a su vacío inconmensurable y nunca, nunca encontraría una víctima con la que se cerrara su propio abismo. ¿Sabía algo acerca de sí mismo? Yo creo que no. En eso la Naturaleza, que por lo demás tan bien había equipado su rostro y su cerebro, le había jugado una mala pasada. En ese sentido era igual que una ameba, un alga. En ese sentido incluso mi pequeño y mísero portugués era muy superior a él. Dije:

—Transmitiré tus saludos hoy mismo. De todos modos, también podrías atestiguar tu devoción de otro modo. A esa joven le va muy mal ahora mismo.

Él dijo, con toda atención:

—¿Qué le ocurre?

—Que no tiene un tránsito. Tiene ya su citación ante el cónsul americano, pero la fecha no cuadra. Habría que cambiar la fecha de la citación. El barco zarpa antes.

Él dijo vivamente:

—¿De Lisboa? ¿El 12? ¿El Nyassa? Yo también he hecho reserva en él. Acabo de decidirme a levantar la tienda.

—Sí, eso es, en el Nyassa —mentí. Le miré un punto demasiado atento, su rostro se vació. Añadí —: Si el tránsito está expedido a tiempo.

—Eso se puede arreglar —dijo él—, tendremos la más encantadora compañía para el viaje. Y si viene una tempestad y buscan al culpable, tirarán por la borda a Weidel.

—Le confundirás con Meidler —dijo el pequeño Paul.

—Tranquilízate, no le confundiré. Tiraré al correcto —prosiguió, radiante—: Ya intenté una vez, aunque en vano, dejar lo más en la estacada posible a Weidel. Salió medio bien. Los dos vinimos a parar aquí. Y seguro que también esta vez Weidel se dejará tragar por una ballena y llegará a la vez que nosotros.

—Creo incluso —dije yo— que llegará antes que nosotros. Pero antes su mujer necesita un tránsito. Tú eres amigo del cónsul.

—Precisamente porque soy su amigo no puedo molestarle con peticiones de ese tipo.

Yo exclamé:

—Eres listo. Gustas a los hombres y a las mujeres. Si alguien sabe qué hacer, eres tú. ¿No hay nada ni nadie que pueda mover a un cónsul a cambiar una fecha?

Se echó hacia atrás. Calló un momento. Luego dijo:

—Hay un solo hombre en Marsella que tiene influencia sobre el cónsul. Casualmente está este mes aquí. Probablemente también viaje en el Nyassa. Encabeza una comisión que examina las consecuencias de la guerra sobre la población civil. La comisión trae cargamentos de comida para los niños de Francia. Un hombre extraordinario. Es amigo del cónsul. Y a la vez una especie de consejero espiritual. El cónsul le prestará oídos. Su palabra tiene un peso ético para él.

—¿Peso ético?

—Sin duda —dijo Achselroth, con total y genuina seriedad—, peso ético. Convencería al cónsul, si el asunto le convence a él. Pero eso tiene que lograrlo ella. Él nunca hace nada que vaya en contra de su conciencia.

—Bueno, esperemos —dije yo— que su conciencia le inspire adelantar el tránsito unos días. Y esperemos también que el cónsul preste oídos a ese hombre de Dios. Hay casos en la Biblia.

Achselroth dijo fríamente:

—Aquí tenemos que vérnoslas con el cónsul americano.

Temí que pudiera retirar su oferta de ayuda y dije con rapidez:

—¡Perdona! No conozco el terreno. Tú sabes lo que hay que hacer.

Sacó del bolsillo una pluma que captó mi atención. Se podía ver la tinta subir en su interior de cristal amarillento. Escribió dos notas, las metió en sobres y dijo:

—Por favor, dáselas hoy mismo a la joven. Que me mantenga al corriente. A ser posible mañana, entre las ocho y las nueve. Soy madrugador.

En cuanto estuve solo, abrí el sobre dirigido a Marie. Ella no podía ni debía saber nada, lo haría todo yo solo. La escritura de Achselroth era sencilla. También el contenido era sencillo: «Tengo noticia de sus problemas. Pienso en qué puedo hacer por usted. El profesor Whitaker la escuchará si le envía mi carta. Infórmeme enseguida».

Rompí la carta. En el otro sobre estaba la dirección del profesor Whitaker, Hotel Splendide. Fui allí enseguida.

II

Unos cuantos policías se movían por las proximidades de la puerta giratoria del Hotel Splendide, y a izquierda y derecha se apostaban de forma llamativa dos tipos que fumaban sendos puros. Yo tenía un aspecto aceptable, pasé. El gran vestíbulo del hotel estaba caliente. Más bien, solo al entrar tuve conciencia del frío que hacía fuera desde hacía meses. Esperé en un sillón mientras subían mi carta.

En nuestro campamento junto al mar estábamos todos juntos, unidos por un vínculo común, el alambre de espino. Sucios y piojosos, héroes y ladrones, médicos y escritores y proletarios, mezclados con los espías peor pagados y más harapientos. En ese vestíbulo, grande, caliente, multiplicado por los espejos, también estábamos todos juntos, cuidados y planchados: caballeros de Vichy, caballeros de la comisión alemana, agentes italianos, directivos de la comisión de la Cruz Roja, directivos de la gran comisión americana de no sé qué, y en los rincones de la sala llena de espejos, bajo las palmeras, estaban, llamativos y disimulados, fumando las mejores marcas de tabaco de sus correspondientes países, los espías mejor vestidos y mejor pagados del mundo.

Un enviado del portero se dirigió hacia mí, Whitaker no podría recibirme hasta dentro de una hora, así que tuviera la bondad de esperar o volver más tarde.

Así que esperé. Al principio me hizo gracia lo que vi. Pronto empecé a aburrirme. También el calor dejó de hacerme gracia, me habría gustado quitarme la chaqueta. En mi habitación continuamente fría, en los cafés y en las antesalas oficiales, me había convertido en una especie de anfibio. Miraba a la gente que subía o bajaba las escaleras o salía del ascensor y cruzaba el vestíbulo, vivaces o rígidos, saludándose imperceptiblemente o evitándose imperceptiblemente,

mortalmente serios o sonrientes, pero todos tan fieles a su papel, expresando de forma tan precisa aquello que ellos mismos se consideraban o por lo que querían ser tomados, que daba la impresión de que en el tejado del hotel hubiera alguien tirando de los hilos que los sostenían. Me pregunté, para ahuyentar el aburrimiento, qué profesión podía tener el pequeño y delicado americano de gran cabeza cana. Estaba quejándose al portero, que le atendía humilde. Luego, en vez de emplear el ascensor, subió por la escalera, supuse que para estirar un poco las piernas entre dos comisiones. Oí borrosamente a mis espaldas el sonido de voces alemanas. Desplacé mi sillón. En un comedor situado detrás de una puerta de cristal, sentados a una mesa con manteles blancos, había un grupo de alemanes, en parte vestidos de traje oscuro, en parte de uniforme. Vi agitarse unas cruces gamadas entre la niebla del espejo, el humo y el cristal. Precisamente porque su visión me dejaba helado, las veía siempre allá donde estuvieran, lo mismo que una persona que teme a las arañas las ve siempre. Pero allí, en ese caluroso vestíbulo del Boulevard d'Athènes, me consternaron aún más que en casa en las salas de interrogatorio de los campos de concentración o en la guerra sobre las guerreras de los soldados. Había sido injusto al minusvalorar el miedo mortal de la gente que habría querido tirarse al mar al pasar el coche con la cruz gamada. Ese coche se había detenido aquí, en el Boulevard d'Athènes, aquí se habían bajado para negociar con los señores inferiores del mundo. Y cuando la negociación terminase, volverían a sucumbir unos cuantos miles de personas más tras el alambre de espinos, yacerían unos miles de personas más con los miembros arrancados en los callejones de las ciudades, como precio pagado a esos caballeros.

Frente a mi sillón colgaba un gran reloj con las agujas doradas. Veinte minutos de plazo. Luego tendría que subir a ver al hombre de Dios. Cerré los ojos. Si el cónsul prestaba oídos a ese hombre, el tránsito de Marie estaba decidido. Tendría que irse. Yo tendría que alcanzar su barco. Tendría que abandonar la tierra que me era querida, unirme a esos enjambres de sombras, como si fuera uno de ellos, solo para alcanzar a Marie. ¿Cómo me había llevado a hacer lo que yo más temía? Pensamientos llenos de vergüenza y arrepentimiento me llenaron. Cuando era niño, me olvidaba de mi madre cuando me iba a pescar. Cuando estaba pescando, solo hacía falta que alguien me silbara desde una balsa y me subía con él y olvidaba mis trastos de pescar. Solo tenía que llevarme un trecho en su balsa y olvidaba mi ciudad natal.

Sí, todo había pasado a través de mí. Por eso seguía moviéndome incólume en un mundo que conocía demasiado bien. Incluso aquel estallido de ira que entonces, en mi patria, había decidido mi vida, había sido tan solo pasajero. Yo no me mantenía en las cumbres de la ira, andaba por ahí, mi rabia se esfumaba. A mí solo me complace lo duradero, lo que es diferente de mí.

Mi corazón estaba triste y atemorizado cuando me planté ante la puerta del hombre que sacudía la conciencia del cónsul. Me pregunté qué aspecto tendría. Pero también aquí no había más que una antesala, otro tiempo de espera.

Entonces, la última puerta se abrió. El hombre pequeño que se retiraba detrás del escritorio era precisamente el americano delicado y de cabeza grande que antes se había quejado al portero y empleado la escalera en vez del ascensor. Su gran cabeza daba albergue a un pequeño rostro. Estaba un poco arrugado. Tenía una mirada penetrante. La deslizó sobre mí, de la cabeza a los pies. Sobre su mesa estaba la carta de recomendación del que dejaba en la estacada, que yo le había hecho llegar. La leyó con inmensa atención, como si de las líneas mismas emanara inspiración y la comprensión de todas las circunstancias. Luego volvió a mirarme a la cara, de

manera tan penetrante que pinchaba. Dijo:

—La carta no se refiere en absoluto a usted. ¿Por qué viene en vez de la mujer?

Sentí que ese hombre era casi más inteligente aún que el cónsul. Respondí con humildad:

—Le ruego que me disculpe, vengo en nombre de ella. Soy su único apoyo.

Él suspiró y me pidió todos los papeles. Los miró con la misma atención que la carta. Se le notaba que podía examinar miles de esos papeles sin agotar su atención. Me asombró la manera en que a él, precisamente a él, se le revelaba la verdad a partir de un manojo de papeles. Pero al fin y al cabo no eran menos secos que la zarza en la que Dios se había aparecido a alguien en una ocasión. Puse también el tránsito con su cinta roja y la citación de Marie encima de la mesa. Él dijo:

—¿Quiere usted irse en el mismo barco que esta mujer?

Yo grité:

—Nada me gustaría más.

Él frunció el ceño. Dijo:

—La mujer no lleva su apellido, ¿por qué no?

Su mirada era tan severa, su atención tan auténtica, ¿qué otra cosa podía responder más que la verdad?

—No dependió de mí. Las circunstancias se oponían.

Él preguntó:

—¿Y qué piensa hacer en el futuro? ¿Cuáles son sus planes? ¿Su nuevo trabajo?

Su mirada era como una tenaza. Respondí:

—Intentaré ejercer un oficio.

Él dijo, un poco sorprendido, con un rastro de compasión:

—¿Cómo?, ¿no quiere escribir un libro?

Entonces, bajo su severa mirada, que exigía la verdad, toda la verdad, estallé:

—¿Yo? No. Voy a decirle lo que pienso a ese respecto. Cuando era niño, hacía con frecuencia excursiones escolares. Las excursiones eran muy divertidas, pero por desgracia al día siguiente venía el maestro y nos daba como tema para redacción «Nuestra excursión». Y después de las vacaciones siempre había que hacer una redacción sobre «Cómo he pasado las vacaciones». E incluso después de Navidad, tras la sagrada Nochebuena, la redacción llevaba el título:

«Navidad». Terminé por tener la impresión de que disfrutaba de la excursión, de mis vacaciones, de las Navidades, solo para escribir la redacción acerca de ellas. Y todos esos escritores que estuvieron conmigo en el campo, que huyeron conmigo, han atravesado repentinamente las peores y más extrañas épocas de nuestra vida solo para escribir sobre ellas: el campo, la guerra, la huida.

Tomó unas cuantas notas y dijo, con un brillo de bondad:

—Es una difícil confesión para un hombre como usted. ¿Qué oficio pretende ejercer?

—Tengo dotes para la mecánica de precisión.

Él respondió:

—Aún no es usted viejo. Puede cambiar de vida. Le deseo suerte.

Yo exclamé:

—Mi suerte es discutible sin esa mujer. Ah, si de verdad pudiese ayudarme. Su palabra tiene un peso ético.

Él sonrió y dijo:

—En pocos casos. Con la ayuda de Dios. Le ruego que se lleve todos los documentos salvo la citación de la mujer. Veré al cónsul esta noche en nuestra comisión mixta. ¡Tranquilícese, por favor!

III

Subí al Fort Saint-Jean para estar solo y ver el mar. Allá donde el viento era más fuerte, donde daba la curva la calle, Marie me salió al paso. El viento la empujaba hacia mí. La cogí en mis brazos y ni siquiera me sorprendí, en mi necedad, de lo fácilmente que me seguía, como si realmente solo un golpe de viento nos hubiera reunido en esa curva de la calle. La invité a la pizzería, volvimos al Puerto Viejo.

—Solo quería estar sola —dijo ella— y ver el mar.

Nos sentamos pegados al fuego de la pizza. A su fuerte titilar, su rostro parecía intranquilo y caliente, intuí qué aspecto podría tener cuando estuviera movido por grandes alegrías y deseos. Pero siempre que estaba a solas con ella me amenazaba la idea de que se aproximaba el momento en que tendría que decírsele todo. Trajeron rosado, bebimos. Al instante me sentí más ligero, la amenaza empezó a pesar menos, Marie me tiró un poco de la manga. Dijo:

—¿El cónsul ha cambiado la fecha de mi citación? Si tienes amigos por todas partes para ayudarme con mis papeles, ¿por qué no los empleas para ti mismo? No puedo creer que vayamos

a separarnos. Mírame. Sí, vas a aparecer en el barco, o en alguna pasarela de desembarco. Como hoy, en alguna curva de la calle en una ciudad desconocida.

Yo dije:

—¿Para qué?

Me miró fijamente. Pero el palpitante del fuego me impedía ver su verdadero rostro. Dijo:

—Podría sentarme eternamente junto a este fuego, simplemente escuchando batir la masa, siempre mirando el fuego, y envejecer.

—Entonces me sorprende —respondí— que no te quedes ahí sentada. No tendría que seguirte, ni aparecer en un buque o en una ciudad desconocida. Podríamos estar aquí sentados todo el tiempo que quisiéramos.

Me miró con tristeza.

—Sabes que tengo que irme. A veces tengo la impresión de que no me escuchas, o no tienes en cuenta mis palabras.

Yo pensé: tiene razón. Tiene que irse. Ahora, la verdad no haría más que enredarlo todo aún más. Deja que el barco zarpe, que deje atrás este país maldito, los buenos y los malos recuerdos, la vida hecha de remiendos, las tumbas y todo ese absurdo de la culpa y el arrepentimiento.

—Mañana es el día de la citación ante el cónsul americano. Tengo miedo. Ruego a Dios por ese tránsito.

—Una extraña oración, Marie. Antaño, los humanos pedíamos buen viento a los dioses. ¿No puedes estar sentada conmigo un momento sin pensar en ese viaje?

—Tú también deberías pensar en él —dijo Marie—, precisamente tú.

Al oír sus palabras, pensé de pronto en el anciano que, en mi primera noche en Marsella, me había exhortado con palabras similares. Por un instante vi su rostro sin ojos, su rostro insondable en el fuego del horno, entre el ruido de la masa al ser batida. Marie pidió un poco de pizza sin cupones. Pero el camarero se mantuvo firme. Tan solo nos dio de beber.

IV

Por la noche, encontré el acceso a mi cuarto bloqueado por un montón de equipaje vigilado por los dos perros, que llevaban collares nuevos. La vecina de habitación llegó pronto con un resto de alcohol en pastillas y raciones de azúcar, sucedáneo de café, una tableta de chocolate, dos huevos, que había pensado como herencia para mí. Me alegré al pensar en la cara que pondría Claudine al día siguiente cuando le llevara todo eso. La vecina estaba dispuesta a partir para

Lisboa al día siguiente. También los perros tenían ya plaza reservada en el correspondiente departamento del Nyassa.

Ladraban alegres por la marcha. Por la mañana, el pasillo estaba atascado con más equipaje. Vinieron dos ancianos que habían llegado con el tren de la mañana. Los dos eran pequeños y redondos, con el cabello gris y enmarañado. Pero a pesar de su edad tenían un gesto infantil. Habían sido arrojados, con sus paquetes y paquetitos, a un mundo incomprensible que, sin embargo, no había logrado separar sus manos arrugadas. La anciana me pidió prestado un sacarcorchos para abrir su botella de alcohol de quemar. Se dio cuenta enseguida de que estaba solo y me invitó a compartir el tenue café de la mañana calentado en el hornillo de alcohol. Y cuando mi vecino apareció en el umbral, después de haberme buscado en mi propio cuarto, también él fue invitado. El café era un sucedáneo a base de garbanzos secos, el azúcar era sacarina. El alcohol era un apestoso sucedáneo del alcohol, pero su llamita llenó nuestros vacíos corazones con un sucedáneo de patria y de hogar. Respondiendo a nuestras preguntas, nos contaron que iban camino de Colombia. El anciano había huido hacía mucho de Alemania, cuando quemaron su local sindical. Su hijo mayor estaba en el Ejército alemán. Se le daba por perdido. El hijo menor había hecho algo malo en su patria, primero lo habían encerrado en casa, luego había emigrado. Ahora, era ese hijo perdido el que les abría su casa de Colombia. Ayudamos a los viejos a guardar su equipaje. El consulado de Colombia no abría hasta mediodía. Los ancianos se sentaron juntos al lado de la ventana. El viejo miró hacia la Rue de la Providence. La anciana empezó a remendar sus calcetines.

V

En cambio nosotros, el legionario y yo, con las mismas horas de tiempo por llenar, recorrimos la Cannebière de café en café y fuimos luego a la Rue Saint-Ferréol. Para darle a él una alegría, envié a Nadine una carta a Les Dames de Paris en la que le pedía que se reuniera con nosotros. Qué pálido se puso mi amigo, cómo se sobresaltó cuando realmente ella se sentó a nuestra mesa. Trató con él alegre y jovialmente. Miraba sus condecoraciones, que contó. Él estaba trastornado y confundido. Yo veía cómo se le escapaba el momento, le faltaban las palabras, no podía entender que lo que le había parecido inalcanzable estaba de repente sentada a su mesa, con una gran boca riente.

Luego fuimos al consulado brasileño. El interior estaba tan vacío como la última vez, y detrás de la barrera todos los que esperaban suspiraban y se quejaban al vacío. El joven regresó, pero esta vez solo fue hasta el centro de la sala, ya había aprendido. Alguna de las peticiones de visado que empezaron a flamear por encima de la barrera al entrar él, agitadas por manos desesperadas, podía quedársele pegada. Iba a retirarse con rapidez cuando mi amigo se puso furioso, empujó la puerta de la barrera, entró de golpe, agarró por el brazo al joven; yo había entrado tras él, y de pronto todos los que esperaban se lanzaron al espacio interior y gritaron a los oídos del joven: «¡Tenemos que irnos en ese barco! ¡No podemos esperar más! ¡Necesitamos ese barco!». Mi amigo tenía sujeto al joven, que inesperadamente empezó a maldecir con fuerza en portugués, hasta que del interior del consulado salieron corriendo funcionarios nunca vistos, nunca intuídos,

que rechazaron a todos los que esperaban salvo a mi amigo, que no soltaba su presa. De pronto las máquinas de escribir empezaron a traquetear, las solicitudes de visado fueron recopiladas. A mi amigo le dieron unos papeles en los que se le indicaba que tenía que ir enseguida al médico del consulado para que se le certificase que sus ojos estaban sanos, tenía que ir enseguida a ver a ese médico, al que solo se podía ver ahora, porque solo podía entrar en el país si tenía los ojos sanos. Le empujaron detrás de la barrera, fuera del consulado, y cuando yo volví a entrar porque me había dejado la gorra sobre la barrera la tempestad avivada por mi amigo había pasado, los escritorios estaban vacíos, todos los funcionarios se habían retirado a las habitaciones interiores, los que esperaban suspiraban y se quejaban porque sus solicitudes recién recogidas se habían quedado en un montón encima de la barrera.

¡Qué mal le fueron las cosas, a él, que hubiera merecido mejor suerte! Al día siguiente fue desmovilizado. Metió las condecoraciones en una caja de cartón, la caja de cartón en la maleta. Luego invitó a Nadine a comer con él. Regresó bastante pronto, bastante triste. Su sonrisa había sido fría, su alegría cortés; había rehuído con amables palabras volver a verle. Dijo:

—Enseguida me pregunté por qué iba a enamorarse Nadine precisamente de mí. Quizá considera necio atarse, ya que de todas formas me marchó pronto. Me la habría llevado conmigo.

La partida del vapor brasileño estaba fijada para finales de esa semana. Tenía sus papeles, le habían citado para la última firma del visado, había pagado su billete. Le acompañé al consulado. No abría hasta dentro de unas horas. La escalera estaba llena hasta la calle. A veces el brasileño aparecía en la ventana, miraba fijamente hacia abajo, abría la boca y volvía a cerrarla, como si el espanto le dejara demasiado débil como para emitir sonido alguno.

—No abrirán —dijo uno.

—Tienen que abrir —dijo otro—, el barco se va.

—Nadie puede obligarles a abrirnos.

—Nosotros les obligaremos —gritó un tercero.

—Entonces no nos expedirán ningún visado.

Mi amigo estaba en la fila con el ceño fruncido. La ventana volvió a abrirse, una hermosa muchacha con un vestido verde miró sorprendida hacia abajo y se echó a reír. Los transitorios brasileños le respondieron con un aullido de ira. De camino a casa, imaginé que tendrían que esperar y esperar, que seguirían esperando cuando el barco ya se hubiera ido, un barco vacío hacia un país vacío.

Por la tarde, mi vecino llamó a la puerta. Gritó:

—No me dejan ir a Brasil.

—¿Estás enfermo de la vista?

—Lo tenía todo. Tenía el certificado de salud ocular del oftalmólogo. Finalmente, incluso

abrieron el consulado. Incluso entré en la habitación del cónsul. Entonces llegó un telegrama: se exigía un certificado de ser ario. Ahora, según la ley de este país, tengo que volver a mi departamento de origen. Y como tengo que hacerlo, lo haré hoy mismo. Voy a volver al pueblo del que salí porque habían encerrado a mi padre, al que entonces tenía que redimir, pero que entretanto ha muerto. Yo en cambio esperaré allí un nuevo visado. Estoy hasta las narices de esta ciudad, quiero tranquilidad.

Le acompañé al tren nocturno. Bajé la vista desde la estación, situada en un alto, a la ciudad nocturna, tan solo débilmente iluminada por miedo a los aviones. Desde hacía mil años, había sido el último refugio para quienes eran como nosotros, el último albergue de este continente. Vi desde las alturas de la estación su silencioso descenso hacia el mar, el primer brillo del mundo africano en sus blancas paredes que miraban al sur. Pero su corazón, sin duda, seguía latiendo al ritmo de Europa, y si un día dejara de latir todos los refugiados dispersos por el mundo morirían, como una cierta clase de árboles muere al mismo tiempo sin importar dónde haya sido plantado, porque todos proceden de la misma simiente.

Regresé por la mañana al Hotel de la Providence. La habitación del lado izquierdo ya estaba ocupada. Dormí poco, porque los recién llegados hacían ruido con las maletas. Por la mañana, llamaron para pedirme un poco de alcohol para el infiernillo. Eran jóvenes. La mujer había sido sin duda muy delicada. Ahora era ancha y torpe, salvo su tranquilo rostro, porque esperaba un niño. El hombre era un tipo fuerte y abierto, escapado de un campo con astucia, había sido oficial en España y contaba con ser extraditado a los alemanes, así que habían decidido despedirse y que él se marchara enseguida. Me pidió que asistiera a su mujer. Yo miré su rostro sencillo y tranquilo, que ya no era hermoso, que no mostraba desesperación alguna ni temor a quedarse sola y ni siquiera el valor de su corazón, que no necesitaba ni tenía otros testigos que yo, su único apoyo, al que casualmente en el último momento acudía en busca de un poco de alcohol.

VI

Esperé a Marie en el Café Saint-Ferréol. No eran más que las diez de la mañana, pero el café ya estaba lleno de gente que quería ir a la prefectura, al otro lado de la plaza, o al consulado americano. Conocía a muchas de esas gentes que pasaban, pero también había rostros nuevos. Porque seguía la corriente incesante hacia el único puerto del país en el que aún ondeaban banderas francesas. La gente que quería abandonar este continente habría podido equipar cada semana una flota gigantesca. Pero ni siquiera un pequeño y mísero barquito salía todas las semanas. Escortada por su policía, pasó la muchacha del campo de Bompard a la que ya había visto una vez con el corso. Ya no llevaba medias, y la piel que se había puesto para la fiesta del día estaba raída y desgastada. El policía la cogía por debajo de las axilas, su paso se había vuelto vacilante. Probablemente, su última y necia esperanza acababa de fracasar. Probablemente la enviarían mañana mismo desde Bompard a un campo definitivo, donde se hundiría del todo con rapidez. En los viejos tiempos era mejor, se podía comprar a una de esas chicas, el amo podía ser malo, pero también podía ser bueno, la hubiera empleado para su casa, para cuidar a los niños, para dar de comer a las gallinas; por fea o echada a perder que estuviera le habría quedado un

poco de esperanza. Vi pasar a tres prestataires, sin armas, sin hombreras. Marie apareció en la puerta. Llevaba el tránsito en la mano. Lo reconocí por la cintita roja.

Se dirigió hacia mí y dijo:

—Realmente me lo ha dado.

Quiso pedir un aperitivo para los dos, para celebrar la concesión del tránsito. Pero por desgracia era día de prohibición de alcohol. Ya ni siquiera había limonada, ni tampoco té auténtico. Me cogió por sí misma la mano, como en los viejos tiempos. Se acarició suavemente con ella el rostro. Le pregunté si estaba contenta. Ella puso una mano sobre la mía y otra sobre el tránsito.

—Has vuelto a hacer magia —dijo—, sabes hacer magia, como mi otro amigo sabe curar. Lo que no puede uno de vosotros lo puede el otro.

—Me temo, Marie, que se acabó la magia. Mis artes han llegado a su fin. Ya no las necesitas. Un paseo hasta el departamento de visa de sortie de la prefectura, y todo estará listo.

—Aún no está todo listo. Ya he estado tres veces en la prefectura para nada. Me han dicho que tengo que volver mañana. Tienen que mirar los expedientes. Porque todo depende de si ya se ha otorgado a mi marido la visa de sortie. En ese caso, me darán sin más la mía. Creo que se la expidieron después del tránsito. Así que mañana lo sabré al fin todo.

Su mano aún caliente se enfrió en la mía. Yo pensé con desesperación: tengo que ir enseguida a ver a Nadine, tiene que llamar a su amiga hoy mismo. Hace poco me habló de una amiga que está en la prefectura. El asunto del departamento de extranjeros tiene que estar resuelto mañana.

Entonces Marie dijo:

—Siempre me pregunto: ¿cómo serán las cosas allá? ¿Será como aquí? ¿Será distinto?

—¿Dónde, Marie? ¿A qué te refieres?

Ella levantó la mano del tránsito y señaló al aire, lejos de sí.

—Allá, allá.

—¿Dónde es allá, Marie?

—Allá. Cuando todo haya pasado. ¿Reinará realmente la paz, como cree mi amigo? ¿Volverá a haber allá un reencuentro? Y si lo hay... ¿estarán tan cambiados los que se reencuentren que no será como volver a verse, sino lo que siempre se desea en vano en este mundo: un nuevo comienzo? ¿Un nuevo volver a encontrarse por vez primera con el amado? ¿Qué crees tú?

—Mi querida Marie, he resuelto unas cuantas cosas aquí, en la ciudad. Sé bastante bien cómo moverme, poco a poco. Conozco bastante bien las situaciones de este mundo, aunque son bastante confusas. Tengo muy buenos contactos aquí. Allá no sé moverme.

—Seguro que ya ha llegado. Seguro que ha pensado, igual que yo, que me había ido antes que él.

¿Es posible que sepa cuándo llegaré? ¿En qué barco? ¿Me esperará? Ahora creo que cuando lleguemos estará allí esperándome.

—Ah, así que quieres decir allí. ¿En el país que te ha concedido el visado? Yo tampoco he pensado mucho en eso. Creo que todo será distinto que aquí, otro aire, otras frutas, otra lengua. Y aun así, todo será igual. Los vivos seguirán viviendo como hasta ahora, los muertos seguirán muertos.

Ella dijo, lenta y despectivamente:

—Crees que no aparecerá de pronto. Que no estará esperándome barco tras barco.

—Allá, Marie, creo que no...

De pronto, vi entrar a Achselroth por la puerta de enfrente. El pequeño Paul iba con él, la amiga de Paul, su propia amiga, los viajeros a Cuba. Cogí la mano de Marie junto con su tránsito, la arrastré a la calle, la arrastré a otro café.

—Había alguien allí —expliqué— al que no quiero ver en modo alguno. Tampoco debe verte a ti, no puedo soportarle.

Ella se echó a reír y dijo:

—¿Quién era? ¿Qué es eso tan malo que ha hecho?

—Un tipo desagradable, uno de esos que te dejan en la estacada.

—¿En la estacada? —dijo Marie, todavía sonriente—. ¿Te ha dejado a ti en la estacada? ¿A ti no? ¿A tu amigo? ¿A quién si no? —La sonrisa se esfumó de su rostro, me miró fijamente—. ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te pasa? ¿A quién dejó en la estacada? ¿Dónde? ¿Por qué?

—Basta ya de preguntas —grité—. ¿Es que no puedes cambiar por mí de un café a otro sin preguntar diez veces por qué?

Ella bajó la cabeza y calló. Esperé casi con desesperación que empezase otra vez a preguntar, que me insistiera, que me atormentara, que me sacara de una vez toda la verdad.

VII

Fui al Dames de Paris, a la sección de Nadine. Ella se sobresaltó al verme. La jefa estaba a tres pasos de nosotros. Nadine me pidió que esperase con un gesto. Estaba probándole el sombrero a una clienta.

Me gustó esperar en ese lugar, que no se parecía a ninguno de los lugares por los que andaba normalmente. La jefa quiso atenderme, yo insistí en que lo hiciera Nadine. Ella sabía, mi mujer

era clienta suya. Cuando Nadine cogía un sombrero del estante y se lo ponía ella misma en su hermosa cabeza, en el rostro de la clienta surgía una expresión de titubeante esperanza, y cuando Nadine le ponía ese mismo sombrero delante del espejo su rostro cambiaba a un gesto de vergüenza y decepción, y también el sombrero se convertía en una especie de sombrero de gnomo. Una vez que Nadine hubo demostrado su triunfo, con burlona cortesía, con una docena de sombreros, se decidió al fin la compra. Un sombrero de color tostado, puntiagudo y de ala ancha, que pegaba muy bien con lo que la mujer veía de sí misma en el espejo, y mal con el resto de su busto.

—Yo también quiero un sombrero —le dije a Nadine, porque la jefa no se apartaba. Enseguida empezó a enseñarme varios—. Tienes que dedicarme tu pausa del mediodía —dije en cuanto la jefa se apartó un poco—. Tienes que ir enseguida a la prefectura. Espero que la amiga que mencionaste una noche siga allí.

—Oh, sí, Rosalie. Es incluso mi prima. ¿Para qué te hace falta? ¿Quieres irte? —Yo guardé silencio—. ¿O es esa mujer que no te ha dado más que problemas? —En su voz sonaba un ligero desprecio—. ¡Bien, haremos todo lo posible para que se vaya! —Se volvió hacia los soportes de sus sombreros. Hizo girar uno sobre el índice, un sombrero infantil redondo que, si no recuerdo mal, era enteramente igual al viejo sombrero que Marie, arrugado y abollado, no llevaba nunca en la cabeza, sino siempre en la mano.

—Dame la dirección de esa Rosalie. Tengo que hablar con ella ahora mismo, en su casa.

La jefa se acercó, y yo cogí el sombrero y pagué. Nadine anotó la dirección de Rosalie en la factura.

Molesté a Rosalie mientras comía. Se me hizo la boca agua al olor de su bullabesa. Estaba comiendo con su madre, una mujer gorda y obtusa, una Rosalie extinguida. Rosalie era bastante gorda, sus relucientes ojos negros, algo saltones, parecían gigantes, debido a una sombra de ojos negro azulado. Me recordó al perro de los cuentos, al perro que tenía los ojos como ruedas de coche. Por desgracia solo me ofreció un vaso de vino, no una bullabesa. Comía deprisa, disfrutando, atendida con precisión por la madre. De postre hubo diminutas tazas de café auténtico.

Expuse mi petición en ese momento. Puse todos los papeles sobre la mesa. Ella se limpió la boca, clavó los codos en la mesa, revolvió los papeles con sus gordas manitas. Dijo:

—Puede usted ser diez veces amigo de Nadine. No puedo arriesgar mi puesto por usted.

—Puede ver que mis papeles están en orden, tengo mi visado, mi tránsito. Tan solo necesito mi visa de sortie antes de mañana. Estoy dispuesto a compensarla por sus esfuerzos.

Ella dijo:

—No me confunda con Nadine. Para mí hay una sola compensación: prestar ayuda a alguien que está en peligro.

La miré fijamente. Así que su rostro solo llevaba una máscara, la máscara de una mujer gorda de

ojos saltones, que ocultaba espléndidamente su verdadero e invisible rostro, que sin duda era severo, bondadoso y valiente. Me avergoncé por haber pensado en cómo podía llegar hasta ella, por medio de qué forma de soborno. Ella dijo:

—¿Por qué antes de mañana?

—Las reservas del barco se bloquean mañana. Solo puedo hacer la reserva definitiva con la visa de sortie.

—Todavía no ha pagado la fianza.

—Basta con el certificado de que se me ha expedido la visa de sortie si pago la fianza.

Hacía mucho que ella había dejado de sorprenderse ante los trucos de cualquier naviera; se limitó a preguntar:

—¿Aspira usted a irse en ese barco?

—Aspiro a ello.

Apoyó la cabeza en los gordos puñitos. Caviló sobre mi expediente. Parecía una pitonisa inclinada sobre sus cartas.

—Aquí tiene un certificado de refugiado. Emigró usted del Sarre a un pueblo francés. Así que necesita el permiso de nuestro Gobierno para abandonar nuestro país. Por su lugar de nacimiento, según estos papeles, era alemán. Así que necesita el permiso de la comisión alemana. Un momento, por favor, conozco lo bastante bien toda clase de papeles como para saber si concuerdan. Sin duda los suyos no concuerdan. Un momento. ¡No se inquiete! Concuerdan como tales, pero no en su conjunto. No sé exactamente por qué no concuerdan, tendría que estudiarlos, lo cual no me apetece hacer ahora. Pero tiene que responderme a una pregunta. Está pidiéndome que me arriesgue, así que puedo exigirle un poco de confianza. Arriesgue la verdad en un punto que solo me concierne a mí. ¿Qué tienen contra usted los alemanes?

Me sorprendí. En los últimos años, nadie había querido escuchar mi vieja historia, largamente superada, largamente excedida. Solo esta mujer, que por su oficio oía todos los días cien historias así, seguía escuchando con atención, con una especie de respeto.

—Hui una vez de un campo —dije—, crucé a nado el Rin.

Me miró, en sus ojos podía verse su auténtico y severo rostro.

—Veré qué se puede hacer.

Me avergoncé mucho. Por primera vez, alguien aquí me ayudaba por ser el que era, y sin embargo esa ayuda alcanzaba a la persona equivocada. Cogí su gorda manecita. Dije:

—Tengo un ruego más. Si alguien pregunta en su departamento, hoy o mañana, si me he ido o me iré, ¡no le dé información alguna! ¡No se deje conmover! ¡Oculte que he estado hoy aquí!

Comprenderá que me importa mucho irme sin que me reconozcan.

VIII

Por primera vez, y por eso, me asaltó con furia el temor a quedarme. Ya se habían ido muchos que me habían importado. Mi ventaja frente a ellos había sido antaño enorme, y sin embargo era engañosa, de repente me habían alcanzado. Veía el rostro de Marie como si fuera flotando, cada vez más pequeño, cada vez más pálido, como un copo de nieve. ¿Y si realmente tuviera que elegir entre el último barco y la irrevocable permanencia aquí? Ya no veía a mi alrededor las casas atestadas de los que se quedaban, con el humo saliendo de innumerables chimeneas, los trabajadores en las fábricas y molinos, los pescadores, barberos y pizzeros, me veía solo, como si estuviera en una isla en el océano, en una estrellita en el universo. Estaba solo con ese gigantesco camarón de cuatro patas, la cruz gamada.

Me lancé, como si ese lugar fuera un templo consagrado que ofreciera refugio a un hombre sacudido por las furias, con un vacío incommensurable en su interior, a la agencia de viajes americana. El corso se dirigió enseguida a mí, aunque había mucha gente agitada detrás de la barrera:

—Está en el café árabe o en el Quai du Port.

—Ya no necesito al portugués —exclamé—, le necesito a usted. Yo también quiero irme.

Me miró defraudado y divertido y respondió:

—Entonces tiene que ponerse a la cola.

Lo hice, y escuché durante horas las súplicas, amenazas, ruegos, sobornos, el chasquear de las manos entrelazadas. Pero hoy todo me pesaba en el corazón. Por fin llegué ante la barrera, el corso cogió bostezando mi expediente, se hurgó en la oreja con el lápiz. Dijo:

—Aún le falta muchísimo. Dentro de tres o cuatro meses habrá una plaza libre en la American Export de Lisboa.

Yo grité:

—Quiero irme esta semana, en el vapor de la Martinica.

—¿Con qué? El dinero de su viaje está en Lisboa. Incluso si lo enviaran aquí, el vapor se habría ido hace mucho y usted ya no tendría dólares, sino estúpidos francos. El dinero se habría reducido y ya no bastaría para Lisboa. ¿Para qué todo ese absurdo?

Yo grité:

—Tiene usted que prestarme dinero, contra el dinero que llegará cuando me haya ido. Solo

necesito una pequeña parte de ese dinero, el resto es para usted.

Volvía a tener la impresión de tener que borrar sus miradas de mi rostro. Golpeé con los puños cerrados sobre su mostrador. Él se encogió de hombros, en una breve y muda risa.

—No. Ya lo hice una vez, y salió muy mal. Presté el dinero. La comisión portuaria rechazó a esa gente, la familia entera fue destruida, dejó de haber dinero para el viaje y fueron repartidos por todos los campos, por Gurs, por Rieucros, por Argelès. Aún siguen escribiéndome cartas furiosas desde tres campos de concentración, como si yo les hubiera dado ese infernal consejo. No volveré a hacer una cosa así.

Yo dije, fuera de mí:

—¡Compréndame! Tengo que irme en ese barco. Puede ser el último.

Él cambió el lápiz de una oreja a otra. Se echó a reír:

—¿El último? ¡Tal vez! ¿Y si así fuera? ¿Por qué tiene que estar usted en él, precisamente usted? Se queda en buena y abundante compañía. La tripulación de este continente. Yo soy un empleado corriente de una agencia de viajes corriente. La reserva no incluía la obligación de que sobreviviera usted a los plazos. —Retrocedió un paso ante mi rostro enfurecido—. ¡Y luego, ese barco a Martinica! Qué absurdo. No es un barco para usted. Es un barco malo y repugnante. Nunca le llevará adonde usted quiere.

Dejó de preocuparse de mí, después de haber archivado mi expediente.

Apreté la cabeza contra la pared, furioso. Habría podido robar a alguien para conseguir el dinero del viaje. Nunca había creído del todo en la marcha de Marie. Ahora era definitiva. Podía presentar mi comprobante del tesoro que tenía en Portugal. Quizá alguien me prestara dinero. Pero ahora ya estaba cayendo la noche, hacía mucho que todas las puertas estaban cerradas.

CAPÍTULO DÉCIMO

I

Fui al Brûleurs des Loups. Me hacía sufrir que en ese áspero día estuviera prohibido tomar alcohol. Fumé y cavilé. Tan pronto me abrumaba el temor a que el barco de Marie pudiera ser el último, como me sentía tranquilo, en una confianza indeterminada y sin fundamento racional. ¿En quién? ¿En qué? No habría podido decírmelo ni a mí mismo.

De pronto, alguien me tocó el hombro. El médico estaba junto a mi mesa. Me miró pensativo un momento antes de sentarse a mí lado, cosa a la que yo no le había invitado. Dijo:

—Le he buscado por todas partes.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por nada en particular —prosiguió, pero algo en su mirada me revelaba que incluso para él esta vez había algo en particular—. Marie vino de la prefectura, empezó a empaquetar sus cosas. Me envió tres veces a Transports Maritimes a ver si el barco zarpaba, si no había ningún inconveniente, si nuestras plazas estaban reservadas. Igual que hasta ahora había dudado, ahora está ansiosa por irse. Le han dado su visa de sortie. Pero a mí me parece que ha tenido que ocurrirle algo en el departamento de extranjería de la prefectura.

Oculté mi sobresalto y dije:

—¿Qué podría haberle pasado allí? Ha conseguido lo que quería, lo ha conseguido con rapidez.

—Esa es la cuestión. La visa de sortie de su marido ya estaba expedida. Sin duda Marie preguntó a los funcionarios, pero probablemente no le dieron ninguna información clara..., me lo habría contado. Quizá le dieron una nueva esperanza, quizá mediante una sonrisa, quizá mediante una palabra imprecisa. Quizá solo ha sido su imaginación, quizá una confusión. Pero ha bastado para hacer volar a casa a Marie, para que de repente prepare locamente su marcha, como si la estuvieran esperando al otro lado del mar a una hora concreta.

—Su deseo se ha hecho realidad —dije—, se marcha. Quizá usted ya no esté del todo feliz con sus motivos. Pero puede consolarse pensando que será difícil encontrar en todo un continente a un hombre al que no se pudo encontrar en Marsella.

Me miró con una fijeza un punto excesiva, guardó silencio un poco y dijo:

—Se equivoca. Tampoco puede sino equivocarse, tal como usted es. Sea cual sea la razón por la que Marie quiere irse ahora, me alegro de todo corazón de que se vaya. Para mí está claro que

encontrará la paz, la paz y la curación, en cuanto ese barco zarpe de La Joliette. Una vez en el mar, una vez con la tierra a sus espaldas, una vez el pasado a sus espaldas de una vez por todas, se curará de un modo u otro. Sea cual sea el motivo que la impulsa, dejará de buscar a un hombre que no quiere ser encontrado, dejará de tratar de localizar a un hombre que al parecer no tiene más deseo que no ser localizado nunca, que ser dejado en paz.

Estaba diciendo exactamente lo que yo pensaba. Precisamente por eso, me puse furioso. Contra toda expectativa, casi había ganado la partida, tenía el dinero, los documentos. Y yo, que era más ágil y más astuto, no estaba listo para partir. Grité:

—Usted no puede saber eso. Quizá, por el contrario, ese hombre estaría feliz de poder ser localizado.

—¡No se inquiete por una persona a la que no ha visto en su vida! Su silencio me parece testarudo, su decisión me parece definitiva.

Nos fuimos a casa juntos. Caminamos en silencio por el vacío Belsunce. Caminábamos con cuidado, para no enredarnos en las redes tendidas sobre la gigantesca plaza nocturna. Allí se secaban, lastradas con piedras, las redes de los que siempre han pescado y siempre pescarán. El médico torció hacia la Rue du Relais, yo me abrí paso por entre la maraña de callejones hasta la Rue de la Providence.

II

Al amanecer estaba en la Rue de la République. Pero no era el único que esperaba, todavía a la luz de las estrellas, que Transports Maritimes subiera las persianas. Los hombres y mujeres que pasaban frío allí se quejaban de que era inminente una nueva guerra, que el puerto de Lisboa estaba cerrado, que Gibraltar cerraba, que este barco era el último.

Me di cuenta enseguida, ante el mostrador de la compañía, de que mi voz equivocaba el tono al sonar implorante. El funcionario respondió:

—No aceptamos esos cambios. Tiene usted de tiempo hasta el mediodía, luego todas las reservas caducan.

Aún no me había apartado del todo del mostrador. Pero cuando escuché las súplicas de la gente me acometió de pronto, en medio de mi propia obsesión por irme, una especie de vergüenza por haber llegado a esto. Entonces alguien me cogió por la muñeca, alguien dijo:

—¿Así que quiere irse?

Alcé la vista: mi cotransitario calvo. Dije:

—Tengo mi visado, mi tránsito. La expectativa de la visa de sortie. Pero hasta ahora no tengo

billete.

Él dijo:

—Sí tiene billete. Solo que aún no lo sabe.

Yo dije:

—Por desgracia no, seguro que no.

Él dijo con severidad:

—Usted tiene billete. Aquí está. Estoy a punto de devolver el mío. Se lo cedo.

Oculté mi perplejidad. Él estaba más excitado que de costumbre, como suelen estarlo las personas que han tomado una gran decisión que comunican a otro por vez primera.

—Ahora mismo se lo explico todo. Le invito a celebrar la cesión de la plaza. En cualquier caso yo también me voy, pero en otra dirección.

Volvió a arrastrarme hasta el mostrador de la compañía. Yo me solté y grité:

—Se equivoca. No tengo dinero para pagar este billete. No tengo dinero para pagar la fianza, sin la que nunca me darán la visa de sortie. Y sin la visa de sortie no hay billete.

Él me cogió fuerte por la muñeca. Dijo, indiferente:

—¡Si no hay más obstáculo que ese! No necesito su dinero aquí. Prefiero que el dinero se encuentre fuera de Francia.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Pero él me sujetaba por la muñeca, y mientras me hablaba con tranquilidad y firmeza empecé a entender que había jugado el juego hasta el final, que lo había jugado hasta el final y había ganado.

—Usted tiene una carta en el bolsillo que dice que su ruta está pagada por anticipado. El dinero para su viaje está en Lisboa.

Se sentó y empezó a calcular. Yo le miraba fijamente. Por fin, dijo:

—Descontado el coste de este billete y el dinero para la prefectura, sigue teniendo un pequeño montón de dinero allá en Lisboa. Calculo la cotización a sesenta. ¿Correcto? La suma que me debe es insignificante, porque este viaje en esa sucia canoa es barato. Fírmeme este certificado para que esta pequeña suma pase de su cuenta en Lisboa a la mía.

Me guardé el dinero, un ovillo de papel. Nunca había tenido tanto junto. Luego, él dijo:

—Le queda el tiempo justo para ir a la prefectura. Le espero aquí. Vuelva con la visa de sortie y cambiaremos mi billete.

Durante esos minutos, incluso durante la liquidación y la firma, ya no había soltado mi muñeca izquierda. La había mantenido dentro de su presa como en unas esposas. Entonces la soltó. Se reclinó un poco. Miré su calvo cráneo cónico. Los ojos fríos y grises me asaltaron:

—¿A qué espera? Puedo librarme de mi billete ahora mismo, cien veces. ¡Mire!

Señaló ligeramente a la gente que desde la Rue de la République se apiñaba ante Transports Maritimes. Algunos venían ya con el equipaje. Probablemente ya habían reservado los billetes, ya llevaban la visa de sortie en el bolsillo, en sus rostros pálidos y excitados aleteaban ya pensamientos de despedida. Pero ante la barrera de la naviera se apretujaban muchos que no tenían nada. Eran reconocibles ya por el tono de sus primeras palabras, por sus manos y labios temblorosos. Se podía creer que el destino les pisaba los talones, que la Muerte ya estaba en la esquina del Quai des Belges con la Rue de la République, que acababa de dejarlos ir a Transports Maritimes con la amenaza: ¡Si no salís con un billete, veréis! Y sin esperanzas, dinero ni papeles asaltaban el mostrador retorciéndose las manos, como si ese barco fuera el último de su vida, el último que jamás cruzaría los mares. Yo murmuré:

—Pero usted, ¿no se va?

Él dijo:

—Me voy a casa. Puedo regresar. A un gueto, sin duda, pero regresar. Para usted no hay retorno. Lo llevarían al paredón.

Tenía razón. Y con solo agitar su billete en el aire un montón de personas atormentadas caerían de rodillas ante él.

—Me voy a la prefectura —decidí.

Volvió a cogerme por la muñeca. Se me llevó de allí. Llamó a un taxi, me metió en él, pagó.

Usted mismo conoce la prefectura de Marsella. Los hombres y mujeres que esperan de la mañana a la noche en los oscuros pasillos del departamento de extranjeros. Un policía los ahuyenta, vuelven a apiñarse ante el departamento de visa de sortie, que quizá ha abierto un par de horas antes a consecuencia de algún milagro. Cada uno de los que guardan cola para irse tiene tanto a las espaldas como una generación entera de nuestra especie. Empieza a contarle al que tiene al lado cómo escapó tres veces a una muerte segura. Pero también el que tiene al lado ha escapado a la muerte por lo menos tres veces, escucha fugazmente, luego prefiere abrirse brecha a codazos, hasta otro lugar donde otro vecino le contará enseguida cómo escapó a la muerte. Y durante ese tiempo de espera cae la primera bomba en aquella ciudad a la que querían irse para encontrar la paz, caducan los visados, detrás de la puerta ante la que se espera llega el cable que ordena el cierre del país que parecía el último refugio. Y si no te abres paso, con astucia y maldad, hasta situarte entre los diez primeros, si no estás entre los diez primeros a los que se permite, con la visa de sortie, volver volando a Transports Maritimes, la lista de pasajeros está cerrada y nada te sirve para nada.

Estuve entre los diez primeros. En el umbral mismo ya busqué a la amiga de Nadine, Rosalie. La encontré, con su redonda cabeza entre los puños, detrás de un escritorio, cavilando sobre los

expedientes. Me apoyé en el extremo más apartado de la barrera para hablar con ella sin ser molestado.

—Lo he preparado todo para usted. ¿Ha reunido el dinero?

Lo contó con sus dedos pequeños y rollizos y, sin mirarme, dijo:

—Ahora le aconsejo tener cautela, ya que quiere irse sin ser reconocido. No puedo aconsejárselo lo bastante. La policía va en el barco, el comisario civil también va, irá estudiando los expedientes en su camarote. De esa clase es este barco. Tuvimos un caso hace dos meses. Un español iba con papeles falsos, un tanto disfrazado. Su hermana iba en el mismo barco. Había difundido por todas partes el rumor de que su hermano estaba muerto. Primero había huido de España y luego de un campo. Había muerto en la guerra relámpago, contaba la hermana, y se vestía de negro. Pero de algún modo no pudo dominar su alegría por que hubiera logrado subir al buque, ¡y siempre hay espías entre los pasajeros, no lo olvide usted nunca! También en aquel barco viajaba un comisario. Traicionaron al hombre y la canción acabó con que, al llegar a Casablanca para hacer escala, tuvo que desembarcar y fue entregado a Franco. ¡Tenga cuidado!

El hombre que me había cedido su plaza estaba delante de la puerta de Transports Maritimes cuando llegué. Volvió a agarrarme la muñeca y me arrastró hasta el mostrador. El rostro joven y fresco del funcionario de la compañía, que daba vueltas al billete entre sus dedos, mostraba consternación y asombro. El hombre que me había cedido su plaza preguntó:

—¿Qué es lo que está mal? A usted tiene que darle igual quién viaje.

—Completamente igual. Solo que ya es la tercera vez que ceden este billete. Normalmente la gente se pela las rodillas arrastrándose para conseguir un billete, pero este lo ceden siempre.

Después de eso fuimos al primer sucio café de la Rue de la République. Él contó:

—Estuve en Aix con la comisión alemana. Tres oficiales me interrogaron. Uno se rio de mi solicitud y murmuró algún insulto. El otro me preguntó qué se me había perdido en casa. No pensaría que me iban a hacer una recepción de lujo. Yo dije: «No se trata de recepciones. Se trata de la sangre y la tierra. Usted tiene que comprender eso». Se quedó un poco perplejo, luego me preguntó por mi patrimonio. «Tengo —dije—, una hija en Buenos Aires de una mujer a la que amé brevemente en una ocasión. He transferido mi patrimonio a esa chica. ¡No se preocupen por mi dinero, ya que yo no me preocupo por él!». El tercero lo escuchaba todo y callaba. Puse mi esperanza en él. Las únicas personas con las que se puede hablar hoy son las que callan. Así que mi solicitud fue certificada e informada favorablemente.

Bebió un poco y dijo:

—He estado treinta años en todos los países que se pueda imaginar, en una época en la que lo normal era plantar árboles en el país de uno. Ahora los otros se van y yo regreso.

Yo fui a La Joliette. Me detuve ante la oficina del puerto. Su antesala estaba casi vacía, si se pensaba en los miles de personas cuyo objetivo era esa oficina. Era la última antesala. Si el que había esperado finalmente en ella no tenía que volver atrás, definitiva, desesperadamente, después ya no había más salas de espera, solo el mar.

Entró una familia de españoles. Para mi sorpresa, llevaban consigo a aquel anciano cuyos hijos habían caído en la guerra y cuya esposa había perecido en el paso de los Pirineos. Parecía mucho más fresco, como si esperase volver a encontrar pronto a los suyos, en un más allá detrás del océano.

Mi anciana pareja del hotel llegó con sus paquetes y paquetitos. No pensaban ni por lo más mínimo que estaban entre los pocos que habían podido entrar aquí. Habían recorrido de manera inocente, de la mano, aunque impedidos por los muchos paquetitos, el camino consular en el que la mayoría quedaban atascados. Me volví de cara a la pared para esquivar las preguntas.

El jefe de la oficina portuaria abrió la puerta. Se escurrió detrás del macizo escritorio, un hombrecillo parecido a una ardilla que daba la impresión de odiar los mares. Olfateó y olfateó mis papeles. Preguntó:

—¿Dónde está su certificado de refugiado?

Yo saqué el papel de Yvonne. Lo unió al expediente. La oficina portuaria puso su sello. Estaba listo para partir.

IV

Salí de la oficina al borde más lejano de la avenida. Los grandes hangares impedían la visión. El agua entre los postes era poco profunda, el principio del mar infinito. Había un palmo de horizonte entre el hangar y el muelle cubierto de grúas. Un viejo marino bastante decaído estaba a unos metros de distancia de mí y miraba inmóvil hacia lo lejos. Me pregunté si sus ojos serían más agudos que los míos, porque veían algo para mí invisible. Pero pronto advertí que tampoco miraba otra cosa que el trozo, entre el muelle y el hangar, en el que se tocaban el cielo y el mar, la fina raya que nos excitaba mucho más que la curva más dentada y salvaje de la más audaz cadena montañosa.

Recorrí la avenida, y de pronto me sacudió como una fiebre el deseo de partir con rapidez. Ahora podía irme. Solo ahora. En el mismo barco, arrebataría a Marie a su acompañante. Destruiría el azar que los había reunido en la fuga y solo en la fuga, sin sentido ni objetivo, en un momento de desesperación, en el Boulevard Sébastopol. Por fin lo dejaría todo atrás y empezaría de nuevo. Me burlaría de la implacable ley que dice que la vida es única y discurre por un solo carril. Pero si me quedaba siempre sería el mismo. Envejeciendo lentamente, un tipo algo más animoso, algo más débil, algo menos fiable, que como mucho, a trancas y barrancas, sin que los otros se dieran

cuenta, podría ser un poco más animoso, un poco menos débil y un poco menos fiable. Solo ahora podía partir. Luego ya no.

Junto a la pasarela, detrás del hangar, había un barco pequeño y limpio. Podía desplazar sus buenas ocho mil toneladas. Desde luego no podía leer el nombre, probablemente era el Montreal. Llamé al marino, que vino lentamente hacia mí. Le pregunté si era el Montreal. Dijo que el barco era el Marcel Millier, que el Montreal estaba a una hora de distancia de aquí, en el hangar cuarenta. Su respuesta me desilusionó. Ya me había imaginado que ese barco era el mío, que era mi destino. Pero el verdadero barco estaba muy lejos.

V

Fui a la Rue du Relais. Por tercera y última vez, subí la escalera que se enroscaba en torno a la cueva donde el médico tenía oculta a Marie. No revelar ahora ni una sílaba, tan solo plantarme en el barco delante de ella, sería la mejor magia, la más auténtica. Pero yo no sabía muy bien si era lo bastante fuerte como para fingir la despedida.

La estufa ya no estaba encendida, el frío había pasado desde hacía unos días, el invierno estaba en retirada. Llamé, se asomó una mano sobre la que caía un ribete azul. Marie retrocedió un paso. No podía explicarme su rostro, que estaba serio y algo rígido. Preguntó ásperamente:

—¿Por qué has venido?

Las maletas estaban por todas partes, como aquella mañana en la que el médico iba a haberse ido. Ahora todo el cuarto estaba recogido.

—Vengo —dije con ligereza, aunque el corazón me latía con fuerza— a traerte un regalo para el viaje. Un sombrero.

Rio, me besó por vez primera, rápida y leve, se puso el sombrero ante el espejo del aguamanil. Dijo:

—Incluso me vale. Tienes las más locas ocurrencias. ¿Por qué no nos habremos conocido el invierno antes de partir? Teníamos que habernos conocido más tiempo.

Yo dije:

—Sin duda, Marie. Entonces, ¿dónde era?, en Colonia, tenía que haberme sentado en aquel banco en lugar de ese otro hombre.

Ella se dio la vuelta e hizo como si recogiera cosas. Me pidió que cerrase la maleta. Nos sentamos juntos sobre la maleta cerrada, y deslizó la mano entre las mías. Dijo:

—¡Si al menos no tuviera miedo! ¿Por qué tengo miedo? Sé que tengo que irme, y quiero irme, y

me iré. Pero a veces tengo tanto miedo, como si hubiera olvidado algo, algo importante, insustituible. Podría volver a abrir las maletas y hurgar en ellas y sacarlo todo. Y mientras todo me arrastra me pregunto qué es lo que me retiene.

Sentí que llegaba mi momento, dije:

—Quizá yo.

Ella dijo:

—No puedo creer que no vaya a volver a verte nunca. No me avergüenza confesar que me da la impresión de que no fueras el último que he conocido, sino el primero. Como si ya hubieras estado aquí en mi infancia, en nuestro país, entre esos rostros de muchacho salvajes y morenos que sin duda no inspiran amor a una chica, pero sí la pregunta de cómo podrá ser el amor. Como si hubieras estado entre los chicos con los que jugaba a las canicas en nuestro fresco patio. Pero te conozco por el tiempo más breve, del modo más fugaz. No sé de dónde vienes y por qué. No puede ser que el sello de un visado, la sentencia de un cónsul separe a las personas para siempre. Solo la muerte debería ser definitiva. Nunca una despedida, nunca una partida.

Mi corazón brincaba de alegría, dije:

—La mayoría sigue dependiendo de nosotros. Pero ¿qué diría el otro si de pronto yo estuviera en el barco?

Ella dijo:

—Sí, eso... el otro.

Proseguí con más énfasis:

—A él le queda el destino de su viaje, su trabajo. Él mismo nos ha dicho que era más importante para él que su felicidad.

Ella deslizó la cabeza bajo mi brazo y dijo:

—Ah, ¿ese? No debemos engañarnos. Tú sabes quién nos separa. No vamos a mentirnos en el último minuto, tú y yo.

Apoyé mi cara sobre su pelo, sentía lo vivo que yo estaba y lo muerto que estaba el muerto.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Estuvimos sentados así minutos, con los ojos cerrados. Tuve la sensación de que la maleta se balanceaba. Nos íbamos marchando poco a poco. Esos fueron para mí los últimos minutos de paz completa. De pronto estuve preparado para la verdad, y exclamé:

—¡Marie!

Ella apartó de golpe la cabeza.

Me miró fijamente. Se puso pálida hasta los labios. El tono de mi voz quizá, quizá la expresión de mi rostro, la advertía de que se avecinaba algo increíble, un inesperado ataque contra su vida. Incluso levantó ambas manos, como si quisiera parar un golpe. Yo dije:

—Te debo la verdad antes de irte. Tu marido, Marie, está muerto. Se quitó la vida en la Rue de Vaugirard cuando los alemanes entraron en París.

Ella bajó las manos y las puso sobre el regazo. Sonrió. Dijo:

—Ahí ves lo que se pueden creer vuestros consejos. Ahí ves lo que valen vuestras seguras noticias. Precisamente desde ayer sé con seguridad que aún vive. Esa es tu gran verdad.

La miré fijamente y dije:

—No sabes nada. ¿Qué sabes?

—Ahora sé que aún vive. Fui al departamento de extranjeros, en la prefectura, a recoger mi visa de sortie. Allí había una funcionaria, expidió mis papeles, me ayudó. Tenía un aspecto extraño, bajita y gorda, pero había más bondad en sus ojos de la que nunca me he encontrado en este país. Me ayudó en todo, ningún expediente era demasiado complejo para ella. Se sentía enseguida que esa mujer quería ayudar a todos, que le preocupaba que todos pudiéramos partir a tiempo para que ninguno cayera en manos de los alemanes o pereciera inútilmente en un campo. Se le notaba que no estaba entre aquellos que piensan que ya nada sirve de nada, que más bien estaba preocupada, quería, aunque ya no sirviera de nada, que no hubiera desorden en su ámbito, que no ocurriera nada perjudicial. Forma parte de aquellos, ¿comprendes?, que salvan a un pueblo entero.

Dije, desesperado:

—La describes bien. Puedo imaginármela estupendamente.

—Entonces me atreví. Normalmente nunca me atrevo a hacer preguntas. Tengo miedo de causar daño con ellas. Pero ahora, con mis últimos papeles en el bolsillo, ahora ya no podía hacer daño a nadie. Pregunté a esa mujer. Me miró atentamente, como si hubiera estado esperando esa pregunta. Respondió que no le estaba permitido contestarme. Entonces insistí, rogué y rogué que, si lo sabía, me dijera al menos si mi marido aún estaba vivo. Entonces ella me puso la mano en el pelo y dijo: «¡Tranquilícese, hija mía! Quizá se reúna con su amado en este mismo viaje».

Marie me miró de reojo con su astuta sonrisa. Me enfrentó y preguntó:

—¿Sigues dudando? ¿Sigues creyendo esos rumores? ¿Qué puedes saber tú? ¿Qué sabes? ¿Quizá lo has visto muerto con tus propios ojos?

Tuve que confesar: «No». Solo más adelante notaría el leve, imperceptible tono de extremo temor en sus cortas y sarcásticas preguntas. Entonces dijo, totalmente aliviada y feliz:

—Ya nada me retiene aquí. ¡Qué fácil me resulta la partida!

Así que abandoné. El muerto era inalcanzable. Retendría por toda la eternidad lo que era suyo. Era más fuerte que yo. No me quedaba otro remedio que seguir adelante. ¿Qué hubiera podido replicarle? ¿Con qué hubiera podido convencerla? ¿Para qué convencerla? Y entonces, por absurdo que pueda parecerme ahora, me contagié por un instante de su necesidad. ¿Qué sabía yo acerca de ese muerto? Nada más que la cháchara de una patrona malintencionada. ¿Y si realmente estaba vivo? ¿Y si era verdad que Achselroth le había visto? ¿Y si no nos separase la eternidad de él, sino tan solo una hoja de periódico en la que había hecho dos agujeritos para observarnos sin ser molestado e idear enredos junto a los que los nuestros resultaban miserables?

Me encontré al médico en la escalera. Me invitó a tomar un aperitivo, el último, los tres, en el Mont Vertoux. Creo que murmuré algo acerca de que era día de prohibición de alcohol.

VI

Me fui a la Rue de la République. Transports Maritimes ya había abierto. Fui al mostrador y pregunté si aún podía devolver mi billete. El funcionario del mostrador abrió de par en par la boca y los ojos. Aunque solo hablé en susurros con él, antes de que él mismo me entendiera ya había corrido por entre el montón de los que esperaban el rumor de que se había devuelto un billete. Ese rumor tuvo que haber llegado con increíble rapidez hasta la ciudad, porque de pronto las puertas se vieron asaltadas, casi me rompieron las costillas contra el mostrador, las personas más débiles y desvalidas entraron amenazantes y furiosas, con una última e insensata esperanza, porque se había devuelto un billete. Pero el funcionario alzó los brazos y maldijo y el rumor se calmó, la gente se encogió y salió, el funcionario guardó mi billete en un cajoncito lateral. Entendí que ya estaba predestinado para alguien que había reservado el primer billete que quedara libre, y que había pagado por esa reserva algo que toda esa gente no podía pagar, otra clase de persona que nunca haría cola por un billete, sino que lo reservaba, una persona que tenía poder. El funcionario frunció el ceño al cerrar el cajón y apretó la boca en una disimulada sonrisa, como alguien que tampoco sufre daño alguno.

VII

Pasé despierto toda la noche. Al otro lado de la pared, oía las últimas y tiernas palabras del hombre que se iba a marchar mañana y dejaba atrás a su amada, con un niño al que nunca volvería a ver. Aún era noche cerrada cuando oí en la escalera las voces excitadas de los padres que iban a reunirse con su hijo perdido. Me vestí. Bajé, acababan de abrir el Source, yo era el primer cliente. Me tomé a sorbos un café amargo, y luego paseé por el Belsunce. Las redes estaban puestas a secar. Unas cuantas mujeres, que parecían completamente perdidas en la gigantesca plaza, remendaban las redes. Yo nunca lo había visto hacer, nunca había caminado tan temprano por el Belsunce. Seguro que nunca había visto lo más importante de la ciudad. Para ver de qué se trata hay que querer quedarse. Todas las ciudades se ocultan imperceptiblemente a

aquellos que solo las utilizan para atravesarlas. Salté con cuidado por encima de las redes. Estaban abriendo las primeras tiendas, los primeros vendedores de periódicos gritaban.

El chico de los periódicos, las mujeres de los pescadores en el Belsunce, las tenderas que abrían sus tiendas, los obreros camino del primer turno, todos ellos formaban parte de la muchedumbre de los que nunca se van, pase lo que pase. La idea de marcharse se les ocurre tan poco como a un árbol o un matojo de hierba. Y aunque se les ocurriera, no hay billetes para ellos. Las guerras han pasado sobre ellos, y los incendios y la venganza de los poderosos. Por apretados que fueran los montones de refugiados que todos los ejércitos empujaban delante de sí, eran insignificantes en comparación con aquellos que a pesar de todo se habían quedado. ¡Qué habría sido de mí, el refugiado, en todas esas ciudades, si ellos no se hubieran quedado! Para mí, el huérfano, ellos eran padre y madre, para mí, sin hermanos, hermano y hermana.

Un chico joven ayudó a su amada a enganchar el pesado postigo de la puerta. Luego le ayudó con increíble rapidez a preparar el horno de hierro en el que cocía las pizzas. Enseguida se apiñaron los compradores. Tres chicas de la calle que salían cansadas de la casa de al lado, en la que aún se veía el farol rojo, un cobrador de autobús, negociantes. La pizzera, sin ser hermosa, parecía la más bella entre las bellas. Era como las mujeres de las leyendas, que siempre se mantienen jóvenes. Siempre había hecho pizza en esta colina junto al mar, en su antiquísimo aparato, mientras pasaban otros pueblos de los que hoy ya nada se sabe, y seguirá haciendo pizza cuando vengan otros. Mi deseo de volver a ver a Marie fue más fuerte que mi voluntad. Entré al Mont Vertoux a despedirme. Marie estaba sentada en el mismo asiento en el que yo estaba cuando entró en el Mont Vertoux por vez primera. Parecía tan feliz que yo mismo sonreí. Si alguien nos hubiera observado, sin duda habría creído que el papel blanco que agitaba tenía que ver con nuestro futuro común. Pero era el titre de voyage, con todos los sellos necesarios para la partida.

—Me marchó —exclamó— dentro de dos horas. —Un viento de alegría movió su cabello y tensó su pecho y su rostro—. Por desgracia no puedes entrar en el hangar. Podemos despedirnos ahora mismo.

Todavía no me había sentado. Se levantó y me puso las manos en los hombros. Yo no sentía nada, tan solo el presentimiento de un dolor que sin duda iba a afectarme, que me afectaría quizá mortalmente. Dijo:

—¡Qué bueno has sido conmigo!

Me besó rápidamente en las mejillas, como es costumbre en este país. Yo cogí su cabeza entre mis manos y la besé.

Entonces el médico, que de pronto estaba junto a nuestra mesa, dijo:

—¿Celebrando la despedida?

—Sí —dijo Marie—, deberíamos tomar algo juntos.

Él dijo:

—Por desgracia no hay tiempo para eso. Tienes que ir enseguida a Transports Maritimes. Tienes que firmar el seguro del equipaje. Si no quieres quedarte aquí...

Estaba claro que ahora estaba muy seguro de sí mismo. Demasiado seguro, me pareció a mí. Los dos miramos a la mujer. Ya no estaba radiante. Dijo, con suave e imperceptible burla:

—Ya he prometido una vez seguirte hasta el fin del mundo.

—¡Entonces, ve a Transports Maritimes y pon tu firma!

Me dio la mano y se fue de verdad, definitivamente, para siempre. Pensé, como se piensa al recibir un tiro o un golpe, que enseguida tendría que sentir un dolor insoportable. Pero no hubo dolor. Tan solo seguí oyendo el sonido de sus últimas palabras: hasta el fin del mundo... Cerré los ojos. Vi una valla pintada de verde, con finas y marchitas enredaderas. No veía por encima de la valla, tan solo veía las nubes de otoño pasar por encima de los listones, tenía que ser muy pequeño, pensé que ese era el fin del mundo.

El médico dijo:

—Solo me queda darle las gracias por todo. Nos ha ayudado.

Yo respondí:

—Solo ha sido el azar.

No se volvió enseguida. Me miró fijamente. Parecía esperar algo de lo que quizá había visto un anuncio en mi rostro. Pero yo guardé silencio, así que finalmente se limitó a inclinarse un instante y se fue.

Por fin, me senté solo a mi mesa. Me divirtió la cortés, breve, rígida inclinación que de pronto puso fin a todo. Pero era una triste diversión. Porque de repente, no sé por qué precisamente ahora, me acometió la pena por el muerto, al que jamás había visto en mi vida. Los dos nos habíamos quedado atrás, él y yo. Y no había nadie para llorarle en esta país estremecido por la guerra y la traición, no había nadie para rendirle un poco de lo que se llaman últimos honores, nadie más que yo, en la fonda del Puerto Viejo, que había discutido con el otro por la mujer del muerto.

El Mont Vertoux se había llenado hasta los topes. Su cháchara llegaba a mis oídos en muchos idiomas: de barcos que ya nunca zarparían, de barcos arribados, naufragados y capturados, de personas que querían entrar al servicio de los ingleses y al servicio de De Gaulle, de personas que tenían que regresar al campo, quizá para años, de madres que habían perdido a sus hijos en la guerra, de hombres que partían y dejaban atrás a sus mujeres. Antiquísima y fresca charla portuaria, fenicia y griega, cretense y judía, etrusca y romana.

Por primera vez, pensé en todo en serio: en el pasado y el futuro, iguales y equivalentes en impenetrabilidad, y también en el estado que en los consulados se llama de tránsito y en el lenguaje normal presente. Y el resultado: solo una intuición —si esa intuición merece ser llamada resultado— de mi propia condición de incólume.

VIII

Me levanté, cansado, con las rodillas pesadas, me fui a la Rue de la Providence, me tumbé en la cama y fumé. Pero me sentía inquieto, y volví a la ciudad. La gente a mi alrededor parloteaba sin cesar acerca del Montreal, que zarpaba hoy, probablemente el último barco. Pero de pronto, a primera hora de la tarde, cesó toda la cháchara. Seguramente el Montreal se había ido. Entonces toda la conversación se volcó sobre el siguiente barco, que ahora era el último.

Volví al Mont Vertoux, y me senté por ya vieja costumbre de cara a la puerta. Mi corazón, como si aún no hubiera entendido el vacío que desde ahora le estaba destinado, seguía esperando. Seguía esperando que Marie pudiera regresar. No aquella que había conocido al final, unida a un muerto y solo a él, sino aquella que entonces el mistral había traído por vez primera hasta mí, amenazando mi joven vida con una felicidad abrupta e incomprensible.

Entonces alguien me cogió por los hombros, el gordo músico, el amigo de Achselroth, con el que ya había ido una vez hasta Cuba. Dijo:

—Ha vuelto a dejarme en la estacada.

—¿Quién?

—Achselroth. Fui lo bastante necio como para terminar la partitura. Ahora ya no me necesita. Pero nunca hubiera podido soñar que también consiguiera largarse sin hacer ruido y dejarme tirado. Yo dependía de él, ¿sabe?, desde la infancia, tenía, no sé decir por qué, poder sobre mí.

Se sentó, apoyó la cabeza en las manos y se quedó pensativo. Solo despertó cuando el camarero le plantó el fino entre los codos.

—¿Que cómo ocurrió? Él tenía un montón de dinero. Pagó en todas las navieras de la ciudad, sobornó a brigadas enteras de funcionarios y empleados, reunió toda una colección de visados y toda una colección de tránsitos. A eso se le llama previsión. Sin duda me había prometido llevarme con él, pero ahora me doy cuenta de que en una ocasión afirmó que había que cuidarse de emplear a los mismos acompañantes en dos viajes, especialmente cuando un viaje había salido tan mal como el nuestro. Alguien devolvió su billete para la línea de la Martinica, y le tocó. Se ha ido en el Montreal.

No mostré el grado de asombro al que habría tenido derecho. Tan solo dije, porque no se me ocurría otro consuelo:

—¿Por qué se aflige? Se ha librado de él. Usted mismo dice que desde antaño tuvo poder sobre usted, desde la infancia. Ahora se ha librado al fin de todo.

—Pero ¿qué va a ser de mí ahora? Los alemanes podrían ocupar mañana mismo la desembocadura del Ródano. En el mejor de los casos, no podré irme hasta dentro de tres meses.

Para entonces puedo estar muerto, deportado, llevado a un campo, ser un montoncito de ceniza en una ciudad bombardeada.

—Eso puede ocurrirle a cualquiera de nosotros —le consolé—. Al fin y al cabo no se queda solo.

Por simples que fueran mis palabras, les prestó oídos. Miró a su alrededor.

Creo que era la primera vez que miraba a su alrededor. Se daba cuenta por vez primera de que no cabía hablar de soledad. Escuchaba por vez primera el antiquísimo y fresco coro de voces que nos aconsejan, engatusan, insultan, escarnecen, enseñan, consuelan, sobre todo consuelan, hasta la tumba. Miraba por vez primera el agua y las luces del atracadero, que todavía eran más débiles que el resplandor de la tarde en las ventanas. Veía por vez primera todo lo que nunca le dejaría en la estacada. Respiró.

—Quizá Achselroth se haya apresurado porque se ha enterado de que en el barco está la chica que viene gustándole en los últimos tiempos. La mujer de Weidel. Porque Weidel no va, ya lo sabe usted.

Me dominé antes de responder:

—¡Otro que no va! Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Se sabe —dijo, indiferente—. Sin duda tiene su visado, pero no va. ¿No le parece singular tener un visado y no viajar? Es propio de él. Siempre hacía cosas inesperadas. Quizá no va porque la mujer le dejó tirado. A veces se le ha visto con otro. Así que no viaja porque todo le dejó tirado, sus amigos, su mujer, la época misma. Porque, ¿sabe usted?, él no es hombre para pelear por esas cosas. No le merece la pena. Ha luchado por cosas mejores.

Yo reprimí una sonrisa.

—¿Por qué se supone que ha luchado?

—Por cada frase, por cada palabra de su lengua materna, para que sus pequeñas historias, a veces un poco locas, fueran tan sutiles y tan sencillas que cualquiera pudiese disfrutar de ellas, un niño y también un hombre adulto. ¿No significa eso hacer algo por el pueblo de uno? Aunque a veces, separado de los suyos, sucumba en esa lucha, no es culpa suya. Se retira con sus historias, que pueden esperar, como él, diez años, cien años. Acabo de verle.

—¿Dónde?

—Estaba sentado detrás del ventanal que da al Quai des Belges. Naturalmente, decir que le he visto es exagerado. He visto el periódico tras el que se atrincheraba. —Se incorporó y se inclinó hacia un costado—. Ya no está aquí. Quizá salga y se haga visible en cuanto la mujer se haya ido.

Para ocultar mi angustia, pregunté lo primero que se me ocurrió:

—¿Se ha ido el pequeño Paul? Él también es un tipo ingenioso, con mucho poder.

Él se echó a reír.

—Al parecer no tiene suficiente poder como para poner en orden su propio expediente. Le dan los visados y los tránsitos por su documento marsellés de «Estancia forzosa en Marsella». Pero por desgracia la autoridad portuaria no le da su sello a nadie que se identifique con documentos marseleses. Y es precisamente ese papelito en el que figura esa instrucción el que sellan allí. Nunca podrá marcharse del todo, el pequeño Paul, y nunca podrá quedarse del todo.

IX

A la mañana siguiente subí a ver a los Binnet. En mi estado de confusión, hacía mucho que no había vuelto a verles. El chico estaba sentado de cara a la ventana. Hacía sus deberes. Se estremeció al oír mi voz y me miró con los ojos muy abiertos. De pronto se lanzó contra mí y lloró y lloró. Le acaricié la cabeza, estaba confuso, no sabía qué hacer con esas lágrimas. Claudine se acercó y dijo:

—Pensaba que te habías ido.

El chico se soltó y dijo, un poco avergonzado y otra vez sonriente:

—Creía que os ibais todos.

—¿Cómo puedes creer una cosa así? Te he prometido quedarme.

Le invité a dar un paseo para tranquilizarlo del todo. Subimos por el lado soleado de la Cannebière, en una armonía incomparable. Acabamos en el Triádas. Miré hacia la puerta del consulado mexicano. Los españoles se apretujaban, hombres y mujeres, vigilados por policías. Hice que me trajeran papel y pluma y escribí: «El señor Weidel me ha encargado hacerle entrega de su visado, su tránsito, su visa de sortie, así como la suma que se le había prestado para el viaje. Tengo al mismo tiempo el honor de enviarle su manuscrito con el ruego de que lo entregue a sus amigos, que sin duda lo guardarán en lugar seguro. No está terminado por la misma razón que impidió partir a Weidel».

Lo empaqueté todo y pedí al chico que cruzara la calle y se lo entregase al secretario en persona. Debía decirle que un desconocido le había pedido ese favor. Vi cómo cruzaba la plaza y se ponía a la cola con los españoles. Al cabo de media hora salió; me alegré de verlo moverse entre los árboles hacia la ventana. Exclamé, ansioso:

—¿Qué ha dicho?

—Se ha echado a reír. Luego ha dicho: «Era de prever».

Al oírle, sentí una ligera incomodidad, como si el pequeño secretario, nada más mirar el expediente con sus despiertos ojos en mi primera visita, hubiera leído ya toda mi historia en ese

libro de la vida.

Cuando fui a devolver al chico a los suyos me recibió Binnet.

—Tengo algo que decirte, de parte de mi amigo François.

Yo dije:

—No conozco a ningún François.

—Sí que le conoces. Estuviste una vez en su asociación, con un portugués bajito. Ha ayudado a un alemán que es amigo tuyo. Un cojo. Te envía saludos, ha llegado bien. Te da las gracias. Ahora se alegra de estar allí. Dice que allí hay otros pueblos, nuevos, jóvenes. Se alegra de volver a ver todo eso. Dice que debes esperarle aquí.

Revolvió su espuma de afeitar y continuó:

—Está bien que te quedes. ¿Qué se te ha perdido a ti allí? Eres parte de nosotros. Lo que nos suceda te sucederá a ti.

Yo exclamé:

—¿Ha pedido que me digan todo eso?

—Oh, vamos, eso te lo digo yo. Te conocemos, todos te decimos lo mismo: se te tiene dicho.

X

Apenas hacía un día que se había ido el barco cuando llegó una carta de Marcel diciendo que podía ir a la granja, que estaban incluso deseando mi llegada, porque había empezado el trabajo de primavera. Tranquilicé al chico de Binnet: mi partida no significaba separación alguna, estaba tan cerca de Marsella que podría visitarme fácilmente cuando quisiera.

No es que me vuelva loco el trabajo del campo, soy de ciudad de los pies a la cabeza. Pero los parientes de Marcel son gente tan honrada como sus allegados de París. El trabajo es soportable. El pueblo no está lejos del mar, en las estribaciones de las montañas. Llevo un par de semanas allí. Me han parecido años, tanto pesa el silencio. Escribí una carta a Yvonne en la que volvía a pedirle un salvoconducto, porque sigue estando en vigor la ley por la cual hace falta autorización para cambiar de lugar de residencia.

Fui al alcalde del pueblo con todos mis nuevos e impecables papeles. Me presenté como una especie de refugiado del Sarre que había pasado el invierno en otro departamento y ahora viajaba hacia el mar para buscar trabajo. A mi llegada, me tomó por un pariente lejano de los Binnet. Así que esta familia, este pueblo, sigue dándome albergue. Ayudo a segar y a matar las orugas. Si los nazis nos atacan también aquí, quizá me envíen a trabajos forzados con los hijos de la familia o

me deporten a algún sitio. Lo que les pase a ellos me pasará a mí. Los nazis ya no me reconocerán como compatriota suyo. Quiero compartir lo bueno y lo malo con mi gente, el refugio y la persecución. En cuanto se forme la resistencia, cogeré una escopeta con Marcel. Incluso aunque me tumben a tiros, es como si no me pudieran matar del todo. Es como si conociera el país demasiado bien, su trabajo y su gente, sus montañas y sus melocotones y sus uvas. Cuando uno se desangra en una tierra familiar, algo de uno sigue creciendo allí, como los árboles y los matorrales que se intenta roturar.

Ayer volví aquí para traer a Claudine un poco de verdura y fruta para el chico, al que así ayudo a alimentar. Aquí ya no se encuentra ni una cebolla. Primero me senté en el Mont Vertoux. Escuché toda la cháchara del puerto, de la que ya nada me importaba. Tan solo tenía un débil recuerdo de haber oído en alguna parte una charla similar. Entonces llegó a mis oídos la noticia de que el Montreal se había hundido. Me parecía como si el barco se hubiera ido hacía muchísimo tiempo, un barco legendario, eternamente en ruta, al que el viaje y la ruina se adhieren de forma intemporal. La noticia no impidió en modo alguno a hordas enteras de refugiados implorar una reserva para el próximo barco. Pronto me harté tanto de esa charla que me retiré aquí, a la pizzería. Me senté de espaldas a la puerta, porque ya no espero nada. Pero cada vez que la puerta se abría yo me estremecía como antes. Me forzaba a no volver la cabeza. Pero cada vez medía la nueva y fina sombra en la pared encalada. Marie podía reaparecer, como los náufragos aparecen de pronto en una costa debido a un salvamento milagroso, o como la sombra de un muerto se arranca al inframundo mediante el sacrificio y la oración fervorosa. El jirón arrancado de una sombra en la pared buscaba una vez más conexión con la carne y la sangre. Podía esconder la sombra en mi propio refugio, en mi apartado pueblo, donde esperaba una vez más todas las esperanzas y todos los peligros que acechan la vida de los verdaderamente vivos.

Al girarse la lámpara o cerrarse la puerta, la sombra en la pared empalidecía como el espejismo de mi cabeza. Solamente veía el fuego abierto, que nunca me cansaré de mirar. Como mucho, podía imaginar una vez más que la esperaba inquieto, como antaño en esta misma mesa. Ella sigue recorriendo las calles de la ciudad, las plazas y escaleras, hoteles y cafés y consulados, en busca de su amado. Busca sin descanso no solo en esta ciudad, sino en todas las ciudades de Europa que conozco, incluso en las fantásticas ciudades de ajenos continentes que siguen siendo desconocidos para mí. Antes me cansaré yo de esperar que ella de buscar al muerto inencontrable.

Si te ha gustado

Tránsito

te queremos recomendar

La metamorfosis

de Franz Kafka

Franz Kafka

Ilustraciones de Antonio Santos

La metamorfosis



Nørdicalibros

Traducción de Isabel Hernández

I

Una mañana, tras despertar de un sueño intranquilo, Gregor Samsa se vio en su cama transformado en un monstruoso bicho. Yacía boca arriba, sobre la espalda dura, parecida a un caparazón, y, si levantaba un poco la cabeza, se veía el vientre, curvo, pardo, dividido en hendiduras con forma de arco, sobre cuya elevación la colcha, a punto de deslizarse al suelo, apenas podía sostenerse. Sus muchas patas, ridículamente delgadas en comparación con su tamaño normal, se agitaban desamparadas ante sus ojos.

«¿Qué me ha pasado?», pensó. No era un sueño. Su cuarto, un auténtico cuarto humano, si bien algo pequeño, seguía tranquilo entre las cuatro paredes harto conocidas. Por encima de la mesa, en la que había extendido un muestrario de tejidos (Samsa era representante), colgaba un cuadro que había recortado hacía poco de una revista ilustrada y colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una dama que, ataviada con un gorro y una boa de piel, se sentaba muy erguida y levantaba hacia aquel que la observaba un pesado manguito de piel, en el que había desaparecido todo su antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió entonces hacia la ventana, y el tiempo nublado (se oía el sonido de las gotas de lluvia al caer sobre la chapa del alféizar) lo llenó de melancolía. «¿Qué pasaría si siguiera durmiendo un poco y me olvidara de todas estas locuras?», pensó, pero eso era algo absolutamente imposible, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho y, en su estado actual, no podía ponerse en esa posición. Por mucha fuerza que emplease para echarse del lado derecho, siempre se balanceaba y volvía a quedarse de espaldas. Lo intentó unas cien veces, cerrando los ojos para evitar ver cómo se le agitaban las patas, y no cejó en su empeño hasta que empezó a notar en un costado un dolor leve, sofocado, que jamás antes había sentido.

«¡Ay, Dios! —pensó—. ¡Qué profesión tan dura he escogido! Un día sí y otro también de viaje. Las tensiones laborales son mucho mayores que en la propia sede del negocio, y además me han endosado ese martirio de los viajes, la preocupación por los transbordos de trenes, la comida mala y a deshora, unas relaciones siempre cambiantes, nunca duraderas, y que jamás acaban siendo cordiales. ¡Que se vaya todo al diablo!» Sintió un ligero picor en el vientre; deslizándose lentamente sobre la espalda se acercó a la cabecera de la cama para poder levantar mejor la cabeza; encontró el sitio que le picaba, cubierto de muchos puntitos blancos que no fue capaz de calificar, y trató de tocarse la zona con una pata, pero la retiró de inmediato, porque el roce le producía escalofríos.

Volvió a deslizarse hasta su posición inicial. «Eso de levantarse tan temprano —pensó— lo vuelve a uno tonto. El hombre tiene que dormir. Otros representantes viven como odaliscas. Si yo, por ejemplo, en algún momento de la mañana regreso a la pensión para pasar a limpio los pedidos que me han hecho, estos señores aún están desayunando. Eso podía intentar yo hacer con mi jefe, me despediría al instante. Y además, quién sabe si eso me convendría. Si no fuera por mis padres haría ya tiempo que me habría despedido, me habría plantado ante el jefe y le habría dicho sinceramente todo lo que pienso. ¡Se habría caído de la mesa! No deja de ser curiosa esa

forma de sentarse sobre la mesa y hablar desde lo alto con el empleado, que, además, tiene que acercarse mucho a él por culpa de su sordera. Bueno, la esperanza no está del todo perdida; cuando haya juntado todo el dinero para pagarle la deuda de mis padres, faltarán unos cinco o seis años, lo haré sin falta. Entonces daré el gran paso. Pero por lo pronto tengo que levantarme, porque el tren sale a las cinco.»

Y miró el despertador, que hacía tictac encima del armario. «¡Dios del cielo!», pensó. Eran las seis y media y las manecillas seguían avanzando tranquilamente, ya eran incluso más de y media, casi menos cuarto. ¿Es que el despertador no había sonado? Desde la cama se veía que estaba bien puesto a las cuatro, seguro que había sonado. Sí, pero ¿era posible haber seguido durmiendo tan tranquilo con aquel sonido que hacía temblar incluso los muebles? Bueno, tranquilo no había dormido, aunque tal vez sí más profundamente. Pero ¿qué podía hacer ahora? El siguiente tren salía a las siete; para alcanzarlo tendría que darse una prisa loca y el muestrario aún no estaba guardado, y él mismo no se sentía especialmente espabilado ni ágil. Y aunque alcanzase el tren, era imposible evitar una reprimenda del jefe, porque el encargado le habría estado esperando en el tren de las cinco y haría ya tiempo que habría informado de su ausencia. Estaba hecho a imagen del jefe, sin dignidad ni comprensión. ¿Y si dijera que estaba enfermo? Pero eso sería sumamente comprometido y sospechoso, porque Gregor no había estado enfermo una sola vez en los cinco años que llevaba de servicio. Seguro que el jefe vendría con el médico del seguro, le reprocharía a sus padres que tuvieran un hijo tan vago y no permitiría una sola objeción, remitiéndose a las indicaciones del médico, para el que no hay más que gente sana con aversión al trabajo. Y, en ese caso, ¿no tendría tal vez algo de razón? De hecho, a excepción de una leve modorra, realmente insignificante tras el largo sueño, se sentía muy bien e incluso tenía mucha hambre.

Mientras pensaba rápidamente en todo esto, incapaz de decidirse a abandonar la cama (el despertador marcaba en ese mismo instante las siete menos cuarto), llamaron suavemente a la puerta situada junto a la cabecera de su lecho.

—Gregor —dijeron (era la madre)—, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a marcharte?

¡Aquella dulce voz! Gregor se estremeció al escuchar la suya al responder, que ciertamente, aunque irreconocible, era la misma de siempre, pero con la cual, como viniendo de más abajo, se mezclaba un doloroso silbido, imposible de reprimir, y que, solo en un primer momento, dejaba salir las palabras tal cual con toda su claridad para acabar destrozándolas hasta el punto de que uno no sabía si había oído bien. A Gregor le habría gustado responder y explicarlo todo detalladamente, pero, dadas las circunstancias, se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.

Es probable que la transformación de la voz de Gregor no se notara a través de la puerta de madera, pues la madre se quedó satisfecha con esa explicación y se marchó de allí. Pero con la breve conversación los otros miembros de la familia se habían dado cuenta de que Gregor, en contra de lo esperado, estaba aún en casa, y el padre llamaba ya suavemente, aunque con el puño, a una de las puertas laterales.

—Gregor, Gregor —exclamó—, ¿qué es lo que pasa? —y un ratito después volvía a advertirle

con voz más grave—: ¡Gregor! ¡Gregor!

Pero en la otra puerta lateral la hermana se lamentaba en voz baja:

—Gregor, ¿no estás bien? ¿Necesitas algo?

Gregor respondió hacia ambos lados:

—Ya estoy listo —y, pronunciando con sumo cuidado y haciendo largas pausas entre cada palabra, se esforzó por quitarle a su voz todo lo que pudiera resultar llamativo.

El padre volvió también a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Gregor, abre, te lo ruego.

Pero Gregor no pensaba en abrir, sino que se congratuló de la precaución que había adquirido en los viajes de cerrar de noche todas las puertas, también en casa.

Lo primero que iba a hacer era levantarse tranquilamente, sin que lo molestaran, vestirse y, sobre todo, desayunar, y solo entonces pensaría qué hacer después, porque, y de eso se daba buena cuenta, allí tumbado no llegaría con sus cavilaciones a ninguna conclusión sensata. Recordaba haber sentido ya otras veces en la cama algún leve dolor, provocado tal vez por una mala postura, que luego, al levantarse, se había revelado como un simple fruto de su imaginación, y sentía curiosidad por ver cómo se disiparían sus fantasías de hoy. No dudaba ni lo más mínimo de que el cambio de su voz no se debía a otra cosa más que a un síntoma previo a un buen resfriado, una enfermedad laboral de los representantes.

Tirar la colcha fue muy sencillo; solo tuvo que inspirar un poco y se cayó sola. Pero lo demás resultaba difícil, sobre todo porque era descomunadamente ancho. Habría necesitado brazos y piernas para incorporarse, pero, en lugar de eso, no tenía más que las muchas patitas que no paraban de hacer los más diversos movimientos y que, además, no podía dominar. Cada vez que quería doblar una, lo primero que hacía era estirarse y, si al final conseguía hacer con esa pierna lo que se proponía, todas las demás se habían puesto entretanto a trabajar, como liberadas, sumidas en una agitación enorme y dolorosa. «Lo único, no quedarse aquí tumbado sin hacer nada», se dijo Gregor.

Intentó primero salir de la cama con la parte inferior de su cuerpo, pero esta parte inferior que, por cierto, no había visto todavía y de la que no podía aún hacerse una idea clara, resultó ser muy difícil de mover; iba muy despacio y cuando, finalmente, a punto de enloquecer, se lanzó sin contemplaciones hacia delante con todas sus fuerzas, calculó mal la dirección y se dio un buen golpe contra los pies de la cama, y el punzante dolor que sintió le enseñó que, en ese momento, la parte inferior de su cuerpo era tal vez la más sensible.

Por eso intentó primero sacar de la cama la parte superior del cuerpo y, con cuidado, volvió la cabeza hacia el borde. Esto también resultó fácil y, a pesar de su anchura y de su peso, la masa de su cuerpo acabó secundando lentamente el giro de la cabeza. Pero cuando por fin tuvo la cabeza al aire por fuera de la cama, le entró miedo de seguir avanzando de ese modo, porque si al final se dejaba caer en esa posición, tendría que ocurrir un milagro para no herirse la cabeza. Y

justo ahora no podía perder el sentido por nada del mundo; prefería quedarse en la cama.

Pero como, jadeando después de semejante esfuerzo, volvía a estar en la misma posición de antes y volvía a ver sus piernecitas luchando unas con otras, si cabe aún con mayor ardor, sin entrever posibilidad alguna de poner orden y sosiego en aquel desbarajuste, volvió a decirse que no podía seguir en la cama de ninguna manera y que lo más razonable sería sacrificarlo todo, aunque no hubiera más que una mínima posibilidad de conseguir librarse de ella. Pero no se olvidaba de recordar entretanto que la reflexión pausada, muy pausada, era mejor que las decisiones desesperadas. En esos momentos dirigía una mirada lo más penetrante posible hacia la ventana, pero la visión de la niebla matinal, que incluso ocultaba el otro lado de la estrecha calle, no le daban ni mucha confianza ni mucho ánimo. «Ya las siete —se dijo al volver a oír el despertador—, ya las siete y todavía esta niebla.» Y durante un ratito se quedó tranquilo, respirando relajadamente, como si del silencio absoluto pudiera esperar el regreso de las circunstancias reales y evidentes.

Pero luego se dijo: «Antes de que den las siete y cuarto tengo que haberme levantado del todo. Para entonces ya habrá venido alguien de la empresa para preguntar por mí, porque la empresa se abre antes de las siete». Y a continuación, con total regularidad, se puso a balancear el cuerpo en toda su longitud para salir de la cama. Si se dejaba caer de esa forma, la cabeza, que pretendía levantar mucho en la caída, probablemente no sufriría ninguna herida. La espalda parecía dura, seguro que no le sucedía nada al caer en la alfombra. La cuestión más peliaguda era cómo tener cuidado con el fuerte estrépito que se produciría y que probablemente, si no miedo, sí que provocaría preocupación detrás de todas las puertas. Pero había que intentarlo.

Cuando la mitad de Gregor sobresalía ya de la cama (el nuevo método era más un juego que un esfuerzo, solo tenía que irse balanceando a empujones), se le vino a la cabeza lo sencillo que sería si vinieran a ayudarlo. Dos personas fuertes (pensaba en su padre y en la criada) habrían sido suficientes; no habrían tenido más que deslizar sus brazos por debajo de su abombada espalda, despegarlo así de la cama, agacharse con el peso y luego simplemente, con mucho cuidado, dejar que completara el salto al suelo, donde entonces era de esperar que las patitas desempeñaran su función. No obstante, y dejando al margen el hecho de que las puertas estaban cerradas, ¿de verdad habría tenido que pedir ayuda? A pesar de sus muchos apuros, no pudo reprimir una sonrisa al pensarlo.

Había llegado ya al punto en que, si se balanceaba con fuerza, apenas podía mantener el equilibrio, y pronto tendría que decidirse de una vez, porque faltaban cinco minutos para las siete y cuarto, cuando llamaron a la puerta de la casa. «Es alguien del trabajo», se dijo y casi se quedó petrificado mientras sus patitas bailaban cada vez más deprisa. Durante un momento todo siguió en calma. «No abren», se dijo Gregor, aferrado a alguna absurda esperanza. Pero entonces, por supuesto como siempre, la criada se dirigió con paso firme hacia la puerta y la abrió. Gregor solo tuvo que oír el primer saludo del visitante para saber quién era: el apoderado en persona. Pero ¿por qué estaba Gregor condenado a trabajar en una empresa en la que el más mínimo descuido provocaba de inmediato la mayor de las sospechas? ¿Es que todos los empleados sin excepción eran unos canallas? ¿Es que no había entre ellos un solo individuo fiel y leal que, solo por el mero hecho de no haber aprovechado para el trabajo algunas horas matutinas, se volviera loco de remordimientos y precisamente por ello no fuera capaz de levantarse de la cama? ¿Es que de verdad no bastaba con mandar a preguntar a un aprendiz (si es que acaso era necesario

preguntar)? ¿Es que tenía que venir el apoderado en persona a demostrar a la inocente familia que la investigación de ese asunto sospechoso solo podía confiarse a su buen juicio? Y, más como consecuencia de la excitación que le causaron estos pensamientos que de una decisión correcta, se tiró de la cama con todas sus fuerzas. Se oyó un fuerte golpe, pero no un ruido como tal. La alfombra amortiguó un poco la caída y la espalda también resultó ser más elástica de lo que Gregor había imaginado, de ahí el ruido sofocado y poco aparatoso. La cabeza era lo único que no había levantado con suficiente cuidado y se la había golpeado; la giró y la frotó en la alfombra lleno de rabia y de dolor.

—Ahí dentro se ha caído algo —dijo el apoderado en la habitación de la izquierda.

Gregor trató de imaginarse si en alguna ocasión no podría pasarle al apoderado algo parecido a lo que hoy le estaba pasando a él; al menos habría que admitir la posibilidad. Pero a modo de ruda respuesta a tal pregunta, el apoderado dio unos pasos decididos que hicieron crujir sus botas de charol. Desde la habitación de la derecha la hermana susurró para informar a Gregor:

—Gregor, el apoderado está aquí.

—Ya lo sé —dijo Gregor para sus adentros, pero no se atrevió a levantar la voz tanto como para que su hermana pudiera oírlo.

—Gregor —dijo entonces el padre desde la habitación de la izquierda—, el señor apoderado ha venido para preguntar por qué no has cogido el primer tren. No sabemos qué decirle. Además, quiere hablar contigo personalmente. Así que abre la puerta, por favor. El señor tendrá la bondad de disculpar el desorden de la habitación.

—Buenos días, señor Samsa —dijo el apoderado amablemente entremedias.

—No se encuentra bien —dijo la madre al apoderado mientras el padre seguía hablando junto a la puerta—, no se encuentra bien, créame, señor apoderado. ¿Cómo iba Gregor si no a perder un tren? El chico no tiene otra cosa en la cabeza más que el trabajo. Si yo casi hasta me enfado porque no sale nunca por la noche; ahora ha estado ocho días en la ciudad, pero todas las noches se ha quedado en casa. Se sienta a la mesa con nosotros y lee tranquilamente el periódico o se estudia los horarios de los trenes. Su única distracción es hacer trabajos de marquetería. En dos o tres tardes, por ejemplo, ha tallado un marquito, se asombraría usted de lo bonito que es; está colgado en la habitación, lo verá ahora mismo cuando abra Gregor. Además, me alegro de que esté usted aquí, señor apoderado; nosotros solos no habríamos logrado que Gregor abriera la puerta, es muy testarudo, y seguro que no se encuentra bien, aunque esta mañana decía que sí.

—Enseguida salgo —dijo Gregor lento y circunspecto, sin moverse, para no perderse ni una sola palabra de las conversaciones.

—Yo tampoco puedo explicármelo de otra forma, querida señora —dijo el apoderado—, espero que no sea nada grave. Aunque por otro lado debo decir que nosotros, los comerciantes, por desgracia o por fortuna, como se quiera, a menudo tenemos que sobreponernos sin más a algunos leves malestares por consideración con el negocio.

—¿Puede pasar ya el apoderado? —preguntó el padre impaciente volviendo a llamar a la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación de la izquierda se hizo un bochornoso silencio, en la de la derecha la hermana empezó a sollozar.

¿Por qué no se iba la hermana con los otros? Probablemente se acababa de levantar y ni siquiera había empezado a vestirse. Y entonces, ¿por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y porque no dejaba entrar al apoderado? ¿Porque corría peligro de perder el trabajo y porque entonces el jefe volvería a perseguir a sus padres con las exigencias de antes? Pero por el momento eso eran preocupaciones innecesarias. Gregor aún estaba allí y no pensaba ni por lo más remoto en abandonar a su familia. Por lo pronto yacía sobre la alfombra, y nadie que hubiera sabido de su estado le habría exigido de verdad que dejase entrar al apoderado. Pero no podían despedir a Gregor de inmediato solo por esa pequeña descortesía para la que luego se encontraría una disculpa apropiada. Y a Gregor le pareció que sería más razonable que lo dejaran tranquilo en lugar de molestarlo con llantos y charlas. Pero era precisamente esa incertidumbre la que apuraba a los otros y disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —dijo entonces el apoderado alzando la voz—, ¿qué es lo que pasa? Está usted parapetado en su habitación, no responde más que con «sí» o «no», hace que sus padres se preocupen mucho e inútilmente y, dicho sea de paso, abandona sus obligaciones laborales de una forma verdaderamente inaudita. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe y le ruego muy seriamente que nos dé usted una explicación clara al instante. Me tiene usted atónito, atónito. Yo lo tenía por una persona tranquila y sensata, y ahora, de repente, empieza usted a hacer alarde de curiosas extravagancias. El jefe me insinuó esta mañana una posible explicación para su descuido referente al cobro que se le confió hace poco, pero créame que yo casi empecé mi palabra diciendo que esa explicación no podía ser cierta. Pero ahora, viendo esta obstinación tan incomprensible, se me quitan todas las ganas de dar la cara por usted ni en lo más mínimo. Y su posición no es en absoluto segura. En principio tenía la intención de decirle todo esto en privado, pero ya que me está haciendo usted perder aquí el tiempo inútilmente, no sé por qué sus señores padres no habrían de enterarse también. Su rendimiento ha dejado mucho que desear últimamente; cierto que no es la época del año más adecuada para determinados negocios, eso lo reconocemos, pero lo que sí que no hay es una época para no hacer negocios, señor Samsa, eso no puede haberlo.

—Pero señor apoderado —exclamó Gregor fuera de sí olvidando con su nerviosismo todo lo demás—, ahora mismo, enseguida le abro. Un leve malestar, un mareo, me han impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ya me he recuperado. Ahora mismo me levanto. Solo un momentito. ¡Paciencia! Todavía no estoy tan bien como pensaba. Pero estoy bien. ¿Cómo puede atacar a una persona algo así? Anoche estaba perfectamente bien, mis padres lo saben, o mejor dicho, ya ayer por la tarde tuve un leve presentimiento. Tendría que haberseme notado. ¿Por qué no avisé en el trabajo? Pero uno siempre piensa que superará la enfermedad sin tener que quedarse en casa. ¡Señor apoderado! ¡Tenga usted consideración con mis padres! No hay motivo alguno para todos los reproches que me está haciendo, nadie me ha dicho nunca nada al respecto. Tal vez no ha visto usted los últimos encargos que le he enviado. Por cierto, saldré en el tren de las ocho, este par de horas de descanso me han fortalecido. No se entretenga, señor apoderado, estaré trabajando en un instante, y tenga usted la bondad de decírselo al jefe y saludarlo de mi parte.

Y mientras Gregor farfullaba todo esto precipitadamente, sin apenas saber lo que decía, se había acercado al armario, probablemente como consecuencia de la práctica que había logrado en la cama, e intentaba ahora incorporarse junto a él. En efecto quería abrir la puerta, que lo vieran de verdad y hablar con el apoderado; tenía curiosidad por saber qué dirían al verlo los otros, que tanto lo reclamaban. Si se asustaban, Gregor ya no tendría responsabilidad alguna y podría estar tranquilo. Pero si se lo tomaban todo con tranquilidad, entonces tampoco tendría motivo para ponerse nervioso y, si se daba prisa, podría estar en efecto a las ocho en la estación. Primero se resbaló varias veces por la superficie lisa del armario, pero al final cogió un último impulso y se quedó en pie; no prestó ya atención a los dolores de la parte inferior de su cuerpo por fuertes que eran. Luego se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes se aferró con las patitas. Con ello, no obstante, había conseguido el dominio sobre sí mismo y se calló, porque ahora podía escuchar al apoderado.

—¿Han entendido ustedes una sola palabra? —preguntó el apoderado a los padres—. ¿No se está burlando de nosotros?

—Por el amor de Dios —exclamó la madre entre sollozos—, a lo mejor está gravemente enfermo y lo estamos atormentando. ¡Grete! ¡Grete! —gritó entonces.

—¿Madre? —exclamó la hermana desde el otro lado. Se hablaban a través de la habitación de Gregor.

—Tienes que ir inmediatamente a buscar al médico. Gregor está enfermo. Rápido, a buscar al médico. ¿Has oído cómo hablaba Gregor?

—Era una voz de animal —dijo el apoderado en un tono llamativamente bajo en comparación con los gritos de la madre.

—¡Anna! ¡Anna! —gritó el padre desde el vestíbulo en dirección a la cocina dando palmadas al aire—. ¡Vaya a buscar rápidamente a un cerrajero!

Y las dos jóvenes ya atravesaban corriendo el vestíbulo entre el frufrú de sus faldas (¿cómo podía haberse vestido la hermana tan deprisa?) y abrían la puerta de la casa de par en par. No se oyó cerrar la puerta; probablemente la habían dejado abierta, como suele hacerse en las casas en las que ha ocurrido una gran desgracia.

Pero Gregor estaba mucho más tranquilo. Así pues, ya no comprendían sus palabras, a pesar de que a él le habían parecido lo bastante claras, más claras que antes, tal vez porque se le había acostumbrado el oído. Pero aun así creían que le pasaba algo y estaban dispuestos a ayudarlo. La confianza y la seguridad con la que se tomaron las primeras disposiciones le sentaron bien. Volvió a sentirse incluido en el círculo de los humanos y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos con toda claridad, magníficos y sorprendentes resultados. A fin de tener una voz lo más clara posible para las decisivas conversaciones que se avecinaban, carraspeó un poco, esforzándose en cualquier caso por hacerlo con mucha suavidad, puesto que, probablemente, también este ruido sonara diferente al de una voz humana, cosa que él ya no se sentía capaz de distinguir. Entretanto, en la habitación contigua se había hecho un silencio absoluto. Quizá los padres estuvieran sentados a la mesa cuchicheando con el apoderado, quizá estaban todos arrimados a la puerta escuchando.

Ayudándose de la silla, Gregor se empujó hacia la puerta, al llegar la soltó y se lanzó contra ella, manteniéndose allí todo firme (los extremos de sus patitas eran algo pegajosos) para descansar del esfuerzo durante un momento. A continuación empezó a girar la llave de la cerradura con la boca. Por desgracia parecía no tener dientes (¿con qué iba a agarrar entonces la llave?), pero en cambio las mandíbulas eran muy fuertes; con su ayuda consiguió en efecto poner la llave en movimiento, sin darse cuenta de que sin duda se estaba causando algún daño, porque un líquido parduzco empezó a salirle por la boca, chorreando por la llave y goteando en el suelo.

—Escuchen —dijo el apoderado en la habitación de al lado—, está girando la llave.

Esto supuso un gran estímulo para Gregor, pero todos deberían haberle animado, incluso el padre y la madre. «Venga, Gregor», deberían haber gritado, «dale, duro con la cerradura». Y, ante la idea de que todos seguían emocionados sus esfuerzos, mordió ciegamente la llave con todas las fuerzas que pudo reunir. A medida que el giro de la llave progresaba, él daba vueltas a la cerradura; ahora ya solo se sostenía con la boca y, según lo necesitaba, se colgaba de la llave o volvía a apretarla con todo el peso de su cuerpo. El agudo sonido del cerrojo, que por fin se descorría, despertó del todo a Gregor. Respirando profundamente, se dijo: «Pues no he necesitado al cerrajero», y apoyó la cabeza en el picaporte para abrir la puerta del todo.

Como se había visto obligado a abrir la puerta de ese modo, aunque estaba ya muy abierta, a él seguían sin verlo; por eso tuvo primero que girarse despacio sobre una hoja, y hacerlo con mucho cuidado si no quería caerse de espaldas de golpe, justo en el umbral de la habitación. Estaba aún ocupado con aquel difícil movimiento, sin tiempo para pensar en otra cosa, cuando oyó que el apoderado soltaba en voz alta un «¡oh!» (sonó como cuando sopla el viento), y entonces vio cómo este, que era el que estaba más cerca de la puerta, se apretaba la mano contra la boca abierta y retrocedía lentamente, como si lo empujara una fuerza invisible, de efectos regulares. La madre (a pesar de la presencia del apoderado tenía el pelo suelto y revuelto de toda la noche) miró primero al padre con las manos juntas, dio luego dos pasos hacia Gregor y cayó al suelo entre las faldas que se extendían a su alrededor, el rostro completamente hundido en el pecho. El padre cerró el puño con expresión amenazadora, como si quisiera empujar a Gregor de vuelta a su habitación, luego echó un vistazo inseguro al cuarto de estar, se tapó entonces los ojos con las manos y lloró tanto que su robusto pecho le temblaba por el llanto.

Gregor no entró en el cuarto, sino que, desde dentro, se apoyó en la hoja de la puerta que seguía firmemente cerrada, de manera que solo se le veía la mitad del cuerpo y, por encima, la cabeza ladeada con la que miraba a los otros. Entretanto se había ido haciendo de día; al otro lado de la calle se veía con claridad parte del edificio de enfrente, negruzco, interminable (era un hospital), con sus ventanas simétricas, que rompían bruscamente la fachada; seguía lloviendo, pero ya con gotas grandes, visibles una a una y que también caían al suelo así solas. Los cacharros del desayuno seguían en buen número sobre la mesa, porque para el padre el desayuno era la comida más importante del día, que prolongaba durante horas leyendo diferentes periódicos. Precisamente en la pared de enfrente había una fotografía de Gregor de sus años de militar, en la que se lo veía de teniente, la mano en el sable y una sonrisa despreocupada, exigiendo respeto para su actitud y su uniforme. La puerta del vestíbulo estaba abierta y, como la puerta de la casa también lo estaba, se veía el rellano y el comienzo de la escalera que conducía abajo.

—Bueno —dijo Gregor completamente consciente de ser el único que había mantenido la calma —, voy a vestirme ahora mismo, guardaré el muestrario y me marcharé. ¿Me dejaréis...? ¿Me dejaréis marchar? Bueno, señor apoderado, ya ve que no soy testarudo y que me gusta trabajar; viajar resulta pesado, pero no podría vivir sin los viajes. ¿Adónde va, señor apoderado? ¿A la empresa? ¿Sí? ¿Lo contará todo tal como ha sido? En un momento dado puede uno sentirse incapaz de trabajar, pero entonces es justo el momento perfecto para acordarse de los buenos resultados de antes y para pensar en que después, tras haber superado los obstáculos, seguro que se trabajará con mayor denuedo y concentración. Tengo tanto que agradecerle al jefe, eso lo sabe usted muy bien. Además tengo también la responsabilidad de mis padres y mi hermana. Estoy en un aprieto, aunque saldré de él. Pero no me ponga las cosas más difíciles de lo que ya son. ¡Defiéndame en la empresa! Ya sé que no se valora a los representantes. Se piensa que ganan una fortuna y que viven muy bien. Nadie tiene especial interés en meditar más sobre este prejuicio. Pero usted, señor apoderado, usted tiene una visión más amplia sobre las circunstancias que el resto del personal, e incluso, dicho con toda confianza, una visión mejor que la del propio jefe que, en su calidad de empresario, se confunde fácilmente en sus juicios para perjuicio del empleado. Usted sabe también muy bien que el representante, que está prácticamente la mitad del año fuera de la empresa, puede convertirse fácilmente en víctima de habladurías, casualidades y quejas infundadas contra las que le resulta prácticamente imposible defenderse, puesto que la mayoría de las veces ni siquiera se entera de ellas y no siente en sus propias carnes las funestas consecuencias, cuyas causas ya no puede averiguar, hasta que no ha regresado a casa de un viaje, totalmente agotado. Señor apoderado, ¡no se vaya sin haberme dicho una palabra que me demuestre que, al menos en algo, aunque sea en poco, me da usted la razón!

Pero el apoderado se había dado la vuelta ya a las primeras palabras de Gregor y solo lo miraba por encima del hombro, encogido, con una mueca en los labios. Y mientras Gregor hablaba no había podido estarse quieto ni un segundo, sino que, sin perderlo de vista, se había ido moviendo hacia la puerta, pero muy despacio, como si existiese una prohibición secreta de abandonar la habitación. Estaba ya en el vestíbulo y, a juzgar por el repentino movimiento con el que la última vez había sacado el pie del cuarto de estar, uno habría podido creer que acababa de quemarse la suela. Pero en el vestíbulo extendió bien la mano derecha en dirección a la escalera, como si allí le esperase una salvación supraterrrenal.

Gregor vio que de ninguna manera podía dejar que el apoderado se marchara en ese estado si no quería ver seriamente amenazada su posición en la empresa. Los padres no comprendían aquello muy bien; con los muchos años habían llegado a la firme convicción de que Gregor tendría para siempre un puesto en ella y, además, los problemas actuales les daban tanto que hacer que no eran capaces de prever absolutamente nada. Pero Gregor sí era capaz de prever. Había que detener al apoderado, tranquilizarlo, convencerlo y finalmente ganárselo para sí, ¡el futuro de Gregor y de su familia dependía de ello! ¡Si hubiera estado allí la hermana...! Ella era inteligente; había llorado ya mientras Gregor seguía tranquilamente tumbado. Y seguro que el apoderado, aquel hombre tan galante, se habría dejado convencer por ella; habría cerrado la puerta de la casa y le habría disuadido de sus miedos en el vestíbulo. Pero justo la hermana no estaba allí, el propio Gregor tenía que actuar. Y sin pensar en que aún no conocía su actual capacidad de movimiento, y sin pensar tampoco en que posiblemente, incluso probablemente, no habían vuelto a entender sus palabras, dejó la hoja de la puerta, y se metió por la abertura con intención de dirigirse hacia el apoderado, que se agarraba ya con ambas manos y de una forma sumamente ridícula a la escalera del rellano, pero, buscando un apoyo, se cayó de repente sobre

sus muchas patitas y lanzó un leve grito. Apenas había sucedido esto, sintió, por primera vez en aquella mañana, un bienestar físico; las patitas pisaban suelo firme, obedecían a la perfección, como pudo comprobar para su alivio, incluso trataban de llevarlo adonde él quería, y ello le hizo creer que el remedio definitivo a todos sus males estaba ya cerca. Pero en el mismo momento en que, balanceándose para intentar contener el movimiento, a no mucha distancia de su madre, se quedó justo frente a ella en el suelo, esta, que parecía tan sumida en sus pensamientos, dio un brinco, con los brazos bien estirados y los dedos extendidos, exclamando:

—¡Socorro, por amor de Dios, socorro! —al tiempo que mantenía la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregor, aunque muy al contrario, retrocedió despavorida; había olvidado que a sus espaldas estaba la mesa puesta, al llegar se apresuró a sentarse en ella, como distraída, y pareció no darse cuenta de que, a su lado, de la gran cafetera que se había caído se salía el café a chorros y se derramaba sobre la alfombra.

—Madre, madre —dijo Gregor en voz baja, mirando hacia ella. Por un momento el apoderado se le había ido completamente de la cabeza; por el contrario, al ver cómo se derramaba el café no pudo evitar mover las mandíbulas en el vacío. Al verlo, la madre volvió a gritar, se escapó de la mesa y cayó en brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero Gregor no tenía ahora tiempo para sus padres; el apoderado estaba ya en la escalera, con la barbilla sobre la baranda volvió la vista por última vez. Gregor tomó impulso para asegurarse de que lo alcanzaría; el apoderado debió de presentir algo, porque bajó varios escalones de un salto y desapareció lanzando un «¡uh!» que resonó por toda la escalera. Desgraciadamente, esta fuga del apoderado pareció confundir por completo al padre, que hasta ese momento había estado relativamente sereno, porque en lugar de echar a correr tras él o al menos no impedir a Gregor que lo persiguiera, agarró con la mano derecha el bastón del apoderado que este se había olvidado en la silla junto con el gabán y el sombrero; con la izquierda cogió de la mesa un periódico de gran tamaño y, dando patadas en el suelo, se puso a empujar a Gregor a su habitación blandiendo el bastón y el periódico. De nada sirvieron los ruegos de Gregor, tampoco los entendieron, por mucho que moviera la cabeza en actitud suplicante, el padre no dejaba de dar patadas más fuertes en el suelo. Al otro lado, a pesar de lo frío del tiempo, la madre había abierto una ventana de par en par y, reclinándose, se tapaba la cara con las manos bien fuera de la ventana. Entre la calle y la escalera se hizo una fuerte corriente, las cortinas volaban, los periódicos de encima de la mesa crujían, algunas hojas sueltas revoloteaban por el suelo. El padre, dando silbidos como un loco, lo empujaba inexorablemente. No obstante, Gregor no tenía aún práctica alguna en andar hacia atrás, andaba realmente muy despacio. Solo con que hubiera podido girarse, habría estado enseguida en su habitación, pero le dio miedo impacientar al padre perdiendo el tiempo en girarse, porque a cada momento lo amenazaba el golpe mortal del bastón de la mano del padre en la espalda o en la cabeza. Aun con todo, al final, a Gregor no le quedó más remedio, pues se dio cuenta con espanto de que al andar hacia atrás ni siquiera era capaz de mantener la dirección, de manera que, entre incesantes y temerosas miradas de soslayo al padre, empezó a darse la vuelta con la mayor rapidez posible, aunque en realidad lo hacía muy despacio. Tal vez el padre advirtiera su buena voluntad, porque no se lo impidió, sino que incluso desde lejos le dirigía de vez en cuando el movimiento de giro con la punta de su bastón. ¡Si no hubiese sido por ese insoportable silbido del padre! Gregor estaba a punto de volverse loco por su culpa. Ya casi se había dado la vuelta cuando, sin dejar de oír el silbido, incluso se confundió y retrocedió un poco. Pero cuando, finalmente, se hallaba todo feliz con la cabeza ante la abertura de la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar por ella sin más. Evidentemente, en su

actual estado, al padre no se le ocurrió ni por lo más remoto abrir la otra hoja para procurar a Gregor un espacio suficiente. Su única obsesión era simplemente que Gregor estuviera en su habitación lo más pronto posible. Tampoco hubiera permitido jamás los complicados preparativos que Gregor necesitaba para incorporarse y, a lo mejor de ese modo, poder entrar por la puerta. Lo que hizo fue empujar entonces a Gregor hacia adelante, con mucho más ruido, como si no hubiera ningún obstáculo; a espaldas de Gregor ya no se oía la voz de un padre, ahora ya no había bromas, y Gregor, pasara lo que pasara, se metió por la puerta. Un lado de su cuerpo se levantó, se quedó atravesado en el umbral, un costado estaba herido, en la puerta blanca quedaron unas manchas feas, de repente se quedó atascado y ya no hubiera podido moverse por sí solo, las patitas de un lado colgaban temblando en el aire, las del otro se aplastaban dolorosamente contra el suelo..., entonces el padre le dio por detrás un fuerte empujón, auténticamente liberador, y, sangrando abundantemente lo lanzó al interior de la habitación. La puerta se cerró con el bastón; luego, por fin, se hizo el silencio.

Un thriller literario, político y existencial sobre la difícil situación del exilio. La gran novela sobre los refugiados que huían de la Alemania nazi

The book cover features a photograph of a woman in a plaid dress standing on a wet beach, looking out at two large, rusted metal ships that appear to be shipwrecks. The sky is overcast. A thin teal rectangular border frames the text on the left side of the cover.

Anna Seghers

TRÁNSITO

Traducción de Carlos Fortea

NordicaLibros

Después de escapar de un campo de concentración nazi en Alemania en 1937, y luego de otro campo en Ruan, el narrador alemán sin nombre de veintisiete años de la obra maestra de Seghers termina en el polvoriento puerto marítimo de Marsella. En el camino, se le pide que entregue una carta a un hombre llamado Weidel en París y descubre que Weidel se suicidó, dejando una maleta que contiene cartas y el manuscrito de una novela. Mientras se dirige a Marsella para encontrar a la viuda de Weidel, el narrador asume la identidad de un refugiado llamado Seidler, aunque las autoridades creen que en realidad es Weidel. Allí va reconstruyendo la historia de Weidel.

Anna Seghers (Maguncia, 1900-Berlín, 1983) Durante la Segunda Guerra Mundial, la ocupación de París por parte de los alemanes (1940) la obligó a refugiarse en Marsella, desde donde logró embarcarse con rumbo a México. En los cafés de París y en los de Marsella trabajó febrilmente en dos novelas, sin duda sus mejores obras, escritas por el impulso de tener que decir a tantos millares de personas afectadas como ella por el nazismo. En México fue presidenta del Heine Club. Al terminar la guerra se estableció, en 1947, en Berlín Este, donde se convirtió en una de las principales y más activas exponentes de la cultura de la República Democrática Alemana, donde ocupó varios cargos. En 1951 le fue otorgado el Premio Lenin de la Paz.

Título original: Transit

© Aufbau Verlage GmbH & Co. KG, Berlin 1951 & 2009

© De la traducción: Carlos Fortea

Edición en ebook: agosto de 2022

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19320-32-2

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

[Portada](#)

[Tránsito](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo segundo](#)

[Capítulo tercero](#)

[Capítulo cuarto](#)

[Capítulo quinto](#)

[Capítulo sexto](#)

[Capítulo séptimo](#)

[Capítulo octavo](#)

[Capítulo noveno](#)

[Capítulo décimo](#)

[Promoción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Anna Seghers](#)

[Créditos](#)